



UN  
REINO  
DE  
HIERRO

LIBRO III DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

# UN REINO DE HIERRO

(LIBRO #11 DE EL ANILLO DEL HECHICERO)

MORGAN RICE

## Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de cuatro libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita [www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com) para unirme a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!

### Algunas Opiniones Acerca de Morgan Rice

"Es una fantasía animada que entrelaza elementos de misterio e intriga en su historia. *La Senda de los Héroeos (A Quest of Heroes)*, trata acerca del proceso del valor y de darse cuenta del propósito de la vida que conduce al crecimiento, madurez y excelencia... Para aquellos que buscan aventuras de fantasía sustanciosa, los protagonistas, estratagemas y acción proporcionan un vigoroso sistema de encuentros que se centran en la evolución de Thor, de ser un muchacho soñador a convertirse en un joven adulto que se enfrenta a retos imposibles para sobrevivir... Es sólo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes".

*Midwest Book Review* (D. Donovan, Crítico de eBook)

"EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING) tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: tramas, conspiraciones, misterio, caballeros aguerridos y relaciones florecientes repletas de corazones rotos, decepciones y traiciones. Lo mantendrá entretenido durante horas y satisfará a las personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género de la fantasía".

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

"La entretenida fantasía épica de Rice [EL ANILLO DEL HECHICERO - THE SORCERER'S RING] incluye rasgos clásicos del género — una buena ambientación, grandemente inspirada en la antigua Escocia y su historia, y un buen sentido de la intriga de la Corte".

— *Kirkus Reviews*

"Me encantó cómo Morgan Rice construyó el personaje de Thor y el mundo en que vivía. El paisaje y las criaturas que viven ahí, estuvieron muy bien descritos... La disfruté [la trama]. Fue corto y tierno... Tiene la cantidad adecuada de personajes secundarios, así que no me confundí. Contenía aventuras y momentos espeluznantes, pero la acción representada no era demasiado grotesca. El libro sería perfecto para un lector adolescente... Los inicios de algo increíble están ahí..."

--*San Francisco Book Review*

"En este primer libro lleno de acción de la saga de fantasía épica de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring (que actualmente consta de 14 libros), Rice presenta a los lectores a Thorgrin, 'Thor' McLeod, de 14 años, cuyo sueño es unirse a la Legión de los Plateados, caballeros de élite que sirven al rey... La obra de Rice es sólida y el argumento es fascinante".

--*Publishers Weekly*

"[LA SENDA DE LOS HÉROES - A QUEST OF HEROES] es de lectura fácil y rápida. Los finales de los capítulos hacen que tengas que leer lo que sigue y no quieras dejarlo. Hay algunos errores en el libro y algunos nombres están mezclados, pero eso no distrae de la historia en general. El final del libro me hizo querer conseguir el siguiente inmediatamente, y eso es lo que hice. Las nueve series del Anillo del Hechicero (The Sorcerer's Ring) se pueden adquirir actualmente en la tienda Kindle y La Senda de los Héroes (A Quest of Heroes) ¡es gratis, para que uno empiece! Si está buscando algo rápido y divertido para leer mientras está de vacaciones, este libro es el adecuado".

--*FantasyOnline.net*

## Libros de Morgan Rice

### **REYES Y HECHICEROS**

- EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)
- EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)
- EL PESO DEL HONOR (Libro #3)
- UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)
- UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

### **EL ANILLO DEL HECHICERO**

- LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)
- UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)
- UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)
- UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
- UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
- UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)
- UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)
- UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)
- UN REINO DE ACERO (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)
- UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)
- UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)
- UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)
- UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)
- EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

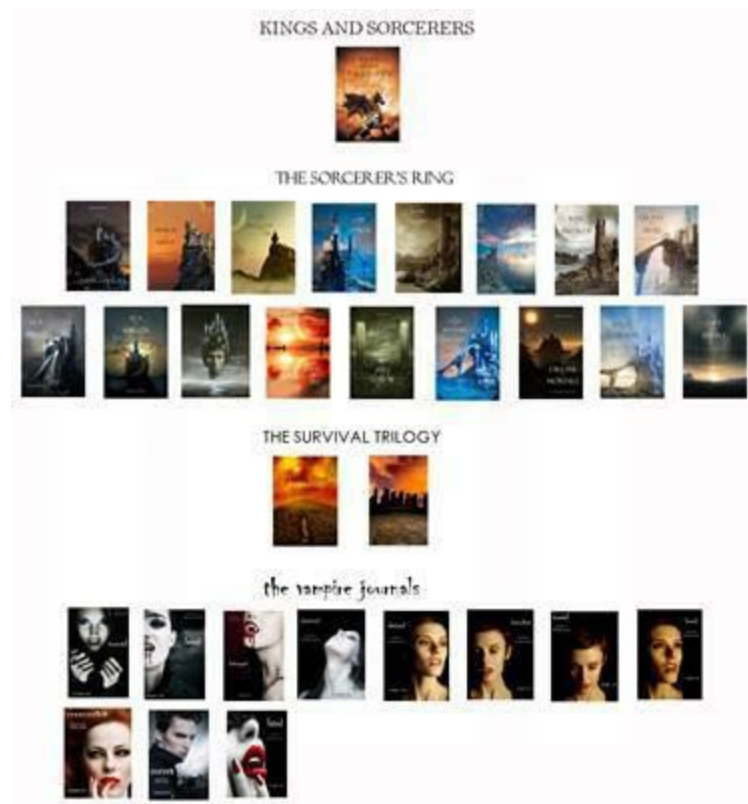
### **LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**

- ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)
- ARENA DOS (Libro #2)

### **EL DIARIO DEL VAMPIRO**

- TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)
- AMORES (Libro # 2)
- TRAICIONADA (Libro # 3)
- DESTINADA (Libro # 4)
- DESEADA (Libro # 5)
- COMPROMETIDA (Libro # 6)
- JURADA (Libro # 7)
- ENCONTRADA (Libro # 8)
- RESUCITADA (Libro # 9)
- ANSIADA (Libro # 10)
- CONDENADA (Libro # 11)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)





¡[Escuche](#) la saga de EL ANILLO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Ya está disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)



Derechos Reservados © 2014 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, sea tan amable de adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es solamente una coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos Reservados Slava Gerj, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com

## ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)  
[CAPÍTULO DOS](#)  
[CAPÍTULO TRES](#)  
[CAPÍTULO CUATRO](#)  
[CAPÍTULO CINCO](#)  
[CAPÍTULO SEIS](#)  
[CAPÍTULO SIETE](#)  
[CAPÍTULO OCHO](#)  
[CAPÍTULO NUEVE](#)  
[CAPÍTULO DIEZ](#)  
[CAPÍTULO ONCE](#)  
[CAPÍTULO DOCE](#)  
[CAPÍTULO TRECE](#)  
[CAPÍTULO CATORCE](#)  
[CAPÍTULO QUINCE](#)  
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)  
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)  
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)  
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)  
[CAPÍTULO VEINTE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)  
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)  
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)  
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)  
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)  
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)  
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)  
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)  
[CAPÍTULO TREINTA](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)

"Hay una tierra donde alguna vez se cosecharon alimentos, — pero el lugar fue transformado, asemejándose al fuego. Era un lugar donde las piedras eran zafiros, y tenía polvo de oro".

"El caballo se ríe del miedo, no teme a nada; no huye de la espada. No puede quedarse quieto cuando suena la trompeta. Ante el sonido de la trompeta, él resopla: "¡Viva!"".

*--El Libro de Job*

# CAPÍTULO UNO

Reece estaba parado, la daga que tenía en la mano estaba atravesada en el pecho de Tirus, congelado en un momento de conmoción. Su mundo entero giraba en cámara lenta, todo era borroso. Acababa de matar a su peor enemigo, el hombre responsable de la muerte de Selese. Por ello, Reece sentía una enorme sensación de satisfacción, de venganza. Finalmente, un gran mal se había resuelto.

Pero al mismo tiempo, Reece se sentía insensible al mundo, tenía la extraña sensación de prepararse para recibir a la muerte, para el deceso que seguramente seguiría. La habitación estaba llena de los hombres de Tirus, quienes estaban allí parados, también paralizados por la conmoción, presenciando todos el evento. Reece se preparó para la muerte. Sin embargo, no se arrepentía. Se sentía agradecido por haber tenido la oportunidad de matar a este hombre, quien se atrevió a pensar que Reece le ofrecería una disculpa.

Reece sabía que la muerte era inevitable; era minoría en esta habitación, y las únicas personas en esta gran sala que estaban a su lado eran Matus y Srog. Srog, herido, estaba atado con cuerdas, preso, y Matus estaba parado al lado de él, bajo la atenta mirada de los soldados. Serían de poca ayuda contra este ejército de hombres leales a Tirus, de las Islas Superiores.

Pero antes de que Reece muriera, quería completar su venganza y matar a tantos hombres de estas Islas Superiores como pudiera.

Tirus cayó a los pies de Reece, muerto, y Reece no vaciló: extrajo su daga e inmediatamente giró y cortó la garganta del general de Tirus, quien estaba de pie junto a él; con el mismo movimiento, Reece había apuñalado a otro general en el corazón.

Cuando todos los que estaban en shock en la sala comenzaron a reaccionar, Reece se movió rápidamente. Sacó dos espadas de las fundas de los dos hombres moribundos y fue a atacar al grupo de soldados que estaban frente a él. Mató a cuatro antes de que tuvieran oportunidad de reaccionar.

Cientos de guerreros finalmente entraron en acción, descendiendo sobre Reece de todos los lados posibles. Reece convocó a toda su formación en la

Legión, todas las veces que había sido obligado a luchar contra grupos de hombres, y cuando lo cercaron, levantó su espada con ambas manos. Él no se sentía abrumado por la armadura, como los otros hombres, o por un cinturón lleno de armas, o por un escudo; era más ligero y más rápido que todos ellos y estaba furioso y arrinconado y luchando por su vida.

Reece luchaba valientemente, más rápido que todos ellos, recordando esos tiempos en que había peleado contra Thor, el más grande guerrero con el que había luchado en la vida, recordando cuántas de sus habilidades había mejorado. Derribó hombre tras hombre, blandiendo su espada contra muchos otros, las chispas volaban mientras luchaba en todas direcciones. Giró y giró hasta que le pesaron los brazos, derribando a una docena de hombres antes de que pudieran parpadear.

Pero llegaron más y más hombres. Eran demasiados. Por cada seis que caían, una docena más aparecía, y la muchedumbre creció mientras se unían y lo presionaban desde todos lados. Reece respiraba con dificultad mientras sentía el corte de una espada en su brazo y gritó, la sangre salía de su bíceps. Giró y apuñaló al hombre en las costillas, pero el daño ya había sido hecho. Ahora estaba herido, y todavía más hombres aparecieron de todos lados. Sabía que había llegado su momento.

Se dio cuenta, agradecido, de que por lo menos, sería capaz de morir en un acto de valor.

"¡REECE!".

De repente se oyó un grito en el aire, era una voz que Reece reconoció inmediatamente.

Era una voz de mujer.

El cuerpo de Reece se adormeció, mientras se daba cuenta de quién era esa voz. Era la voz de la única mujer que quedaba en el mundo que podría llamar su atención, incluso en medio de esta gran batalla, aun en el momento en que estaba muriendo:

Stara.

Reece miró hacia arriba y la vio parada a lo alto de las gradas de madera que estaban alineadas a los costados del salón. Ella estaba muy por encima de la multitud, con su expresión feroz, sus venas saltando en su garganta, mientras ella le gritaba. Él vio que ella sostenía un arco y una flecha, y observaba cómo apuntaba a lo alto, a un objeto en la habitación.

Reece siguió la mirada de ella y se dio cuenta a qué estaba apuntando: a

una cuerda gruesa, de quince metros de largo, anclando una inmensa araña de metal de nueve metros de diámetro, cayendo en un gancho de hierro en el suelo de piedra. El aparato era tan grueso como el tronco de un árbol y sostenía varios cientos de velas llameantes.

Reece se dio cuenta: Stara quería tirar la cuerda. Si lograba atinarle, haría caer la araña estrepitosamente — y aplastaría a la mitad de los hombres en ese salón. Y cuando Reece miró hacia arriba, se dio cuenta de que estaba parado debajo de la araña.

Ella le estaba advirtiéndole que se moviera.

El corazón de Reece se aceleró lleno de pánico, mientras se daba vuelta y bajaba su espada e iba a la carga hacia el grupo de atacantes, corriendo para salir antes de que la araña cayera. Pateó y dio codazos y cabezazos a los soldados para quitarlos del camino, mientras atravesaba el grupo. Reece recordó de su niñez la gran tiradora que era Stara — superando siempre a los chicos — y sabía que su tiro sería perfecto. Aunque corrió dando la espalda a los hombres que lo perseguían, confió en ella, sabiendo que atinaría.

Un momento después, Reece escuchó el sonido de una flecha surcando el aire, una gran cuerda que se rompía, luego un enorme pedazo de hierro liberándose, cayendo en picado a través del aire, a toda velocidad. Se escuchó un ruido tremendo, todo el salón vibró, la vibración hizo caer a Reece. Reece sintió viento en su espalda, el candelabro estuvo a punto de caerle a unos pocos centímetros, mientras caía en la piedra sobre sus manos y rodillas.

Reece escuchó los gritos de los hombres, y miró sobre su hombro y vio el daño que Stara había ocasionado: docenas de hombres estaban en el suelo, aplastados por el candelabro, había sangre por todos lados, gritaban sujetados hacia sus muertes. Ella le había salvado la vida.

Reece se abrió paso, mirando a Stara, y vio que ahora ella estaba en peligro. Varios hombres se acercaban a ella, y mientras apuntaba con su arco y flecha, sabía que sólo tenía algunos tiros para lanzar.

Ella giró y miró nerviosamente a la puerta, pensando evidentemente que podrían escapar por ahí. Pero mientras Reece seguía su mirada, su corazón se detuvo cuando vio a docenas de los hombres de Tirus corriendo hacia adelante y bloqueándola, cerrando las dos enormes puertas dobles con una gruesa viga de madera.

Estaban atrapados, todas las salidas estaban bloqueadas. Reece sabía que morirían ahí.

Reece vio a Stara mirando alrededor del salón, frenética, hasta que su mirada se posó en las gradas de madera que estaban en la pared posterior.

Hizo un gesto a Reece mientras corría hacia ella, y él no tenía idea de qué era lo que tenía en mente. No veía una salida. Pero ella conocía este castillo mejor que él, y tal vez tenía una ruta de escape en mente que él no veía.

Reece se dio vuelta y corrió, luchando por abrirse camino entre los hombres, mientras empezaban a reagruparse y a atacarlo. Mientras corría entre la multitud luchó lo menos posible, tratando de no participar demasiado, sino tratando de cortar camino a través de los hombres y abrirse paso para ir a la esquina extrema de la habitación.

Mientras corría, Reece vio a Srog y a Matus, decidido a ayudarlos también, y estaba gratamente sorprendido de ver que Matus le había quitado las espadas a sus captores y los había apuñalado a ambos; mientras veía cómo Matus cortaba rápidamente las cuerdas de Srog, liberándolo, y éste tomó una espada y mató a varios soldados que se acercaron.

"¡Matus!", gritó Reece.

Matus se volvió y lo miró, y vio a Stara en el otro extremo de la pared y vio hacia dónde estaba corriendo Reece. Matus tiró de Srog, y se dieron vuelta y también corrieron hacia él; ahora todos iban hacia la misma dirección.

Mientras Reece luchaba por abrirse paso por la habitación, ésta comenzó a abrirse. No había tantos soldados aquí, en esta esquina extrema del salón, lejos de la esquina opuesta, de la salida cerrada con barrotes donde todos los soldados convergían. Reece esperaba que Stara supiera lo que estaba haciendo.

Stara corrió hacia las gradas de madera, saltando más y más alto de las filas, pateando hombres en la cara, cuando se acercaban a sujetarla. Mientras Reece la observaba, tratando de alcanzarla, no sabía exactamente hacia dónde iba o cuál sería su plan.

Reece llegó a la esquina lejana y saltó sobre las gradas, hacia la primera fila de madera, después a la siguiente, luego a la otra, saltando más y más alto hasta que estuvo a tres metros arriba de la multitud, en la banca más lejana y más alta contra la pared. Se reunió con Stara, y convergieron contra la pared lejana con Matus y Srog. Tenían una buena ventaja sobre los otros soldados, excepto por uno: corrió hacia Stara desde atrás, y Reece se lanzó hacia adelante y lo apuñaló en el corazón, antes de que él sacara una daga para lanzarla a la espalda de Stara.

Stara levantó su arco y se dio vuelta hacia dos soldados lanzándose hacia la espalda expuesta de Reece, con las espadas desenvainadas y los derribó a los dos.

Los cuatro se quedaron parados, con las espaldas en la pared en el otro extremo del salón, en las gradas más altas, y Reece vio a un centenar de hombres corriendo a través del salón, acercándose hacia ellos. Ahora ellos estaban atrapados en esta esquina, sin tener ningún lugar a dónde ir.

Reece no entendía por qué Stara los había llevado allí. No viendo posibilidades de escapar, estaba seguro de que pronto todos estarían muertos.

"¿Cuál es tu plan?", le gritó a ella mientras estaba parados uno al lado del otro, luchando contra los hombres. "¡No hay escapatoria!".

"Mira hacia arriba", respondió ella.

Reece estiró su cuello y vio por encima de ellos otra araña de hierro, con una cuerda larga hasta el suelo, justo al lado de él.

Reece frunció el ceño, confundido.

"No entiendo", dijo él.

"La cuerda", dijo ella. "Agárrenla. Todos ustedes. Y sujétense con todas sus fuerzas".

Hicieron lo que ella indicó, cada uno agarrando la cuerda con ambas manos y sujetándose fuertemente. De repente, Reece se dio cuenta de lo que Stara iba a hacer.

"¿Estás segura de que esta es una buena idea?", gritó él.

Pero ya era demasiado tarde.

Mientras una docena de soldados se acercaba a ellos, Stara sujetó la espada de Reece, saltó a sus brazos y cortó la cuerda junto a ellos, la que sostenía el candelabro.

Reece sintió que su estómago se desplomaba, mientras los cuatro repentinamente agarraban la cuerda y se sujetaban unos a otros saliendo disparados en el aire a una velocidad vertiginosa, sujetándose con todas sus fuerzas, mientras la araña de hierro caía en picado. Aplastó a los hombres que estaban abajo de ellos e impulsó a los cuatro por lo alto, balanceándose en la cuerda.

La cuerda finalmente se detuvo, y los cuatro se quedaron ahí colgando, moviéndose en el aire, a unos quince metros del salón.

Reece miró hacia abajo, sudando, casi perdiendo la sujeción.

"¡Allí!", gritó Stara.



Reece se dio vuelta y vio al enorme vitral que estaba ante ellos, y se dio cuenta de cuál era el plan de ella. La gruesa cuerda cortó las manos de Reece, y empezó a deslizarse debido al sudor. No sabía cuánto tiempo podía aguantar.

"¡Estoy perdiendo mi sujeción!". Srog gritó, haciendo su mejor esfuerzo para sujetarse, a pesar de sus lesiones.

"¡Necesitamos balancearnos!", gritó Stara. "¡Necesitamos impulsarnos! ¡Pateen la pared!".

Reece siguió su guía: se inclinó hacia adelante con su bota contra la pared y juntos se empujaron con la pared, con la cuerda moviéndose cada vez más y más violentamente. Se impulsaron una y otra vez hasta que con una patada final, se balancearon hasta atrás, como un péndulo y luego todos, gritando, se prepararon mientras se balanceaban hacia un enorme vitral.

El vitral estalló cayendo en pedazos alrededor de ellos, y los cuatro se soltaron, cayendo en la amplia plataforma de piedra, en la base de la ventana.

Estando allí parado, quince metros por encima de la habitación, llegando una ráfaga de aire, Reece miró hacia abajo y en un lado veía el interior del salón con cientos de soldados mirando hacia ellos, preguntándose cómo seguir adelante; en el otro lado veía fuera de la fortaleza. Afuera llovía a cántaros, azotando el viento y la lluvia cegadora, y la bajada estaba a unos nueve metros, sin duda era suficiente para romperse una pierna. Pero Reece vio por lo menos varios arbustos altos abajo, y también que el suelo estaba mojado y suave por el lodo. Sería una caída larga y dura; pero quizás sería amortiguada.

De repente, Reece gritó cuando sintió el metal perforando su carne. Miró hacia abajo y agarró su brazo y se dio cuenta de que una flecha acababa de rozarle, sacándole sangre. Era una herida leve, pero le dolía.

Reece se dio vuelta y miró sobre su hombro y vio a decenas de los hombres de Tirus con sus arcos apuntándole y disparando, las flechas volaban cerca de ellos ahora desde todas direcciones.

Reece sabía que no había tiempo. Vio a Stara parada junto a él, con Matus y Srog por el otro lado, todos ellos con los ojos bien abiertos de miedo ante la caída que estaba frente a ellos. Él agarró la mano de Stara, sabiendo que era ahora o nunca.

Sin decir palabra, sabiendo todos lo que debía hacerse, saltaron juntos. Gritaron mientras descendían por el aire en la lluvia y viento, temblando y cayendo y Reece no podía evitar preguntarse si había saltado de una muerte segura a otra.

## CAPÍTULO DOS

Godfrey levantó su arco con las manos temblorosas, se inclinó sobre el borde del parapeto y apuntó. Quería elegir un objetivo y disparar enseguida, pero cuando vio lo que había abajo se arrodilló allí, conmocionado. Abajo de él había miles de soldados de McCloud, un ejército bien entrenado, inundando el paisaje, todos dirigiéndose hacia las puertas de la Corte del Rey. Decenas de ellos se precipitaron con un ariete de hierro, y lo azotaron en la verja levadiza de acero una y otra vez, sacudiendo las paredes, el suelo bajo los pies de Godfrey.

Godfrey perdió el equilibrio y disparó y la flecha navegó inofensiva por el aire. Agarró otra flecha y tiró de ella en el arco, con el corazón acelerado, sabiendo con certeza que iba a morir aquí hoy. Se inclinó sobre el borde, pero antes de que pudiera disparar, una roca lanzada desde una honda voló y golpeó su casco de hierro.

Hubo un sonido metálico fuerte, y Godfrey retrocedió, su flecha voló directamente en el aire. Se quitó el casco y frotó su cabeza adolorida. Nunca imaginó que una roca podría doler tanto; el hierro parecía retumbar en su cráneo.

Godfrey se preguntó en qué se había metido. Ciertamente, había sido heroico, había ayudado a alertando a toda la ciudad de la llegada de los McCloud, comprándoles un tiempo valioso. Quizás incluso había salvado algunas vidas. Ciertamente había salvado a su hermana.

Sin embargo ahora estaba aquí, junto con unas cuantas docenas de soldados que habían quedado, ninguno de ellos era de Los Plateados, ninguno de ellos eran caballeros, defendiendo este armazón de ciudad evacuada contra todo el ejército de los McCloud. Estas cosas de soldados no eran para él.

Hubo un estrépito tremendo, y Godfrey se tambaleó otra vez mientras la verja levadiza se abría de golpe.

A través de las puertas abiertas de la ciudad corrieron miles de hombres, ovacionando, en busca de sangre. Mientras se sentaba en el parapeto, Godfrey sabía que era sólo cuestión de tiempo para que llegaran aquí, hasta que él luchara hacia la muerte. ¿Esto era lo que significaba ser soldado? ¿Esto era lo

que significaba ser valiente e intrépido? ¿Morir para que otros pudieran vivir? Ahora que saludaba a la muerte en la cara, no estaba tan seguro de que esto fuera una gran idea. Ser soldado, ser un héroe era genial; pero estar vivo era mejor.

Mientras Godfrey pensaba en renunciar, en huir y tratar de esconderse en algún lugar, de repente varios McCloud irrumpieron en los parapetos, subiendo en una sola fila. Godfrey miró cómo uno de sus compañeros soldados era apuñalado y caía de rodillas, gimiendo.

Y luego, una vez más, sucedió. A pesar de pensar racionalmente, de todo su sentido común en contra de ser un soldado, algo hizo clic dentro de Godfrey que no podía controlar. Algo dentro de Godfrey no podía soportar que otras personas sufrieran. No podía reunir el valor por sí mismo, pero cuando vio a su prójimo en problemas, algo le superó — una cierta temeridad. Incluso uno podría llamarlo hidalguía.

Godfrey reaccionó sin pensar. Se encontró agarrando una larga pica y yendo al ataque hacia la fila de los McCloud que subían corriendo las escaleras, en fila, a lo largo de los parapetos. Dio un gran grito y, manteniendo la pica firmemente, embistió al primer hombre. La enorme cuchilla metálica entró en el pecho del hombre, y Godfrey corrió, utilizando su peso e incluso su barriga cervecera para hacerlos retroceder a todos.

Para su sorpresa, Godfrey tuvo éxito al hacer caer a la fila de hombres de la escalera espiral de piedra, lejos de los parapetos, por sí solo, manteniendo a raya a los McCloud que irrumpían en el lugar.

Cuando terminó, Godfrey tiró el pico, asombrado de sí mismo, sin saber lo que había venido sobre él. Sus compañeros también parecían sorprendidos, como si no se dieran cuenta de que podía lograrlo.

Mientras Godfrey se preguntaba qué podía hacer después, la decisión la tomaron por él cuando detectó movimiento por el rabillo del ojo. Se volvió y vio a una docena más de hombres de los McCloud yendo a la carga desde un costado hacia el otro lado de los parapetos.

Antes de que Godfrey pudiera poner una defensa, el primer soldado lo alcanzó blandiendo un martillo de guerra enorme, esgrimiéndolo hacia su cabeza. Godfrey se dio cuenta de que el golpe aplastaría su cráneo.

Godfrey se agachó evitando el peligro, era una de las pocas cosas que sabía hacer bien, y el martillo pasó girando sobre su cabeza. Godfrey luego bajó su hombro y fue a atacar al soldado, haciéndolo retroceder, luchando

contra él.

Godfrey lo hizo retroceder más y más lejos hasta asirse a lo largo del borde del parapeto, luchando cuerpo a cuerpo, sujetándose uno al otro de la garganta. Este hombre era fuerte, pero Godfrey también, era uno de los pocos dones que le había otorgado la vida.

Los dos treparon, girando uno al otro hacia adelante y hacia atrás, hasta que de repente, ambos rodaron sobre el borde.

Los dos cayeron en picado por el aire, sujetándose uno del otro, cayendo unos buenos cuatro metros y medio hasta el suelo. Godfrey giró en el aire, con la esperanza de aterrizar encima de este soldado, en lugar de que fuera al contrario. Sabía que el peso de este hombre y toda su armadura, lo aplastaría.

Godfrey giró en el último segundo, cayendo sobre el hombre, y el soldado gimió cuando el peso de Godfrey lo aplastó, derribándolo.

Pero la caída también cobró su precio a Godfrey, dejándolo sin aire; se golpeó la cabeza y mientras caía sobre el hombre, cada hueso de su cuerpo le dolía, y Godfrey se quedó allí tirado por un segundo antes de que el mundo girara, y acostado al lado de su enemigo, se desmayó junto a él. Lo último que vio al mirar hacia arriba fue al ejército de los McCloud, entrando en la Corte del Rey y haciéndola suya.

\*

Elden estaba parado en los campos de entrenamiento de la Legión, con las manos en las caderas, Conven y O'Connor estaban junto a él, los tres vigilando a los nuevos reclutas que Thorgrin les había dejado. Elden miraba con ojo experto cómo los muchachos galopaban e hacia adelante y hacia atrás a través del campo, tratando de saltar sobre las zanjas y arrojar sus lanzas en las dianas colgantes. Algunos chicos no saltaban, desplomándose con sus caballos en los hoyos; otros si lo habian pero fallaban los objetivos.

Elden meneó la cabeza, tratando de recordar cómo era cuando comenzó su entrenamiento en la Legión, y tratando de animarse con el hecho de que en los últimos días estos muchachos ya habían mostrado signos de mejora. Sin embargo, estos muchachos no estaban ni remotamente cerca de los guerreros curtidos que necesitaba que fueran antes de poder aceptarlos como reclutas. Puso la barra muy alta, sobre todo porque tenía la gran responsabilidad de hacer que Thorgrin y los demás se sintieran orgullosos; Conven y O'Connor

tampoco permitirían nada menor que eso.

"Señor, hay noticias".

Elden vio a uno de los reclutas, Merek, el ex ladrón, acercarse corriendo hacia él, con los ojos bien abiertos. Habiéndolo interrumpido de sus pensamientos, Elden se sintió inquieto.

"Muchacho, te dije que nunca interrumpieras..."

"Pero señor, ¡usted no entiende! Debe... "

"No, TÚ no entiendes", replicó Elden. "Cuando los reclutas están entrenando, tú no..."

"¡MIRE!". Merek gritó, asiéndolo y apuntando.

Elden, furioso, estaba a punto de agarrar a Merek y arrojarlo, hasta que miró al horizonte, y quedó congelado. No podría creer lo que veía. Allí, en el horizonte, grandes nubes de humo negro se levantaban en el aire. Todo rumbo a la Corte del Rey.

Elden parpadeó sin entender. ¿Podría estar incendiándose la Corte del Rey? ¿Cómo?

Se escuchaban enormes gritos en el horizonte, los gritos de un ejército, junto con el sonido de una verja levadiza que se estrellaba. Elden se sintió descorazonado; las puertas de la Corte del Rey habían sido derribadas. Él sabía que sólo podía significar una cosa: un ejército profesional había invadido Hoy, de todos los días, el Día de la Peregrinación, la Corte del Rey estaba siendo invadida.

Conven y O'Connor irrumpieron en la acción, gritando a los reclutas para que dejaran de hacer sus actividades y los rodearan.

Los reclutas se acercaron corriendo y Elden fue al lado de Conven y O'Connor, mientras todos se quedaban callados y en posición de firmes esperando sus órdenes.

"Señores", dijo Elden. "¡Han atacado a La Corte del Rey!".

Hubo un murmullo de sorpresa y agitación de la multitud de chicos.

"Aún no son de la Legión, y ciertamente no son de Los Plateados ni guerreros curtidos, de quienes se espere enfrentar a un ejército profesional. Los hombres que están invadiendo vienen a matar, y si se enfrentan contra ellos, bien pueden perder la vida. Conven, O'Connor y yo estamos obligados a proteger a nuestra ciudad, y que debemos irnos ahora a la guerra. No espero que alguno de ustedes se una a nosotros; de hecho, los desalentaría a hacerlo. Sin embargo, si alguno de ustedes desea hacerlo, que dé un paso adelante

ahora, sabiendo que puede morir en el campo de batalla hoy mismo".

Hubo unos instantes de silencio, luego de repente, cada niño que estaba parado delante de ellos dio un paso al frente, todos valientes, nobles. El corazón de Elden se hinchó de orgullo ante lo que vio.

"Hoy todos se han convertido en hombres".

Elden montó su caballo y los otros le siguieron, todos ellos gritando una gran ovación mientras iban al ataque al unísono, como hombres, para arriesgar su vida por su gente.

\*

Elden, Conven y O'Connor iban al mando con un centenar de reclutas detrás de ellos, todos al galope, con las armas desenvainadas, mientras corrían hacia la Corte del Rey. Mientras se acercaban, Elden se asomó y se sorprendió al ver a varios miles de soldados de los McCloud irrumpiendo en las rejas, un ejército bien coordinado, claramente aprovechando la ventaja del Día de la Peregrinación para emboscar la Corte del Rey. Eran superados en número por diez a uno.

Conven sonrió, montando su caballo al frente.

"¡Es justo el tipo de probabilidades que me gustan!", gritó, despegando con un gran grito, yendo a la carga frente a todos, queriendo ser el primero en avanzar. Conven levantó su hacha de batalla por lo alto, y Elden miró con admiración y preocupación cómo Conven atacaba temerariamente por la parte posterior al ejército McCloud, él solo.

Los McCloud tenían poco tiempo para reaccionar, mientras Conven esgrimía su hacha como un loco y mató a dos de ellos en un momento. Yendo a la carga hacia el grueso de los soldados, bajó en picado de su caballo y salió volando por el aire, derribando a tres soldados y haciéndolos caer de su caballo al suelo.

Elden y los otros estaban justo detrás de él. Se enfrentaron con el resto de los McCloud, quienes tardaron demasiado en reaccionar, ya que no esperaban un ataque en su flanco. Elden blandía su espada con ira y destreza mostrando a los reclutas de La Legión cómo se hacía, utilizando su gran fuerza para derribar a uno tras otro.

La batalla se hizo más densa y cuerpo a cuerpo, mientras su pequeña fuerza de combate obligaba a los McCloud a cambiar de dirección y defenderse.

Todos los reclutas de la Legión se unieron a la refriega, montando a caballo sin miedo rumbo a la batalla y chocando con los McCloud. Elden notó a los muchachos luchando por el rabillo de sus ojos y estaba orgulloso de ver que ninguno de ellos vacilaba. Estaban en combate, peleando como verdaderos hombres, superados en número por cientos a uno, y a ninguno le preocupaba. Los McCloud cayeron a diestra y siniestra, tomados con la guardia baja.

Pero la fuerza pronto cambió, mientras la mayor parte de los hombres de McCloud se reforzaban, y la Legión se encontró con soldados profesionales. Algunos hombres de la Legión comenzaron a caer. Merek y Ario recibieron golpes de una espada, pero permanecieron en sus caballos, luchando y derribando a sus oponentes. Pero luego fueron golpeados por mazas que oscilaban, y fueron derribados de sus caballos. O'Connor, montando al lado de Merek, derribó varios tiros con su arco, acabando con los soldados que estaban a su alrededor, antes de ser golpeado en un costado con un escudo y derribado de su caballo. Elden, completamente rodeado, finalmente perdió el factor sorpresa, y recibió un poderoso golpe en sus costillas de un martillo y la cuchillada de una espada en su antebrazo. Se dio vuelta y derribó a los hombres de sus caballos, sin embargo al hacerlo, aparecieron cuatro hombres más. Conven, en el suelo, luchó desesperadamente esgrimiendo su hacha violentamente hacia los caballos y hombres que se acercaban, hasta que finalmente fue golpeado por detrás con un martillo y se derrumbó de bruces en el fango.

Llegaron docenas de refuerzos más de los McCloud, abandonando la puerta para hacerles frente. Elden vio que había menos de sus propios hombres y sabía que pronto acabarían con todos ellos. Pero no le importaba. Estaban atacando a La Corte del Rey y él daría su vida para defenderla, para defender a estos muchachos de La Legión, de quienes estaba orgulloso de luchar junto con ellos. Si eran muchachos o adultos ya no importaba, estaban derramando su sangre al lado de él, y en este día, vivos o muertos, todos eran hermanos.

\*

Kendrick galopó hacia abajo de la montaña de peregrinos, al mando de miles de Los Plateados, todos ellos cabalgando con toda la fuerza posible, corriendo hacia el humo negro en el horizonte. Kendrick se reprendió a sí mismo mientras cabalgaba, deseando haber dejado las puertas más protegidas

ya que nunca esperó recibir un ataque así en este día, y sobre todo por parte de los McCloud, quienes pensaba que estaban tranquilos bajo el gobierno de Gwen. Les haría pagar a todos por invadir su ciudad, por aprovecharse de este día de fiesta de precepto.

A su alrededor todos sus hermanos iban a la carga, eran mil hombres fuertes, con toda la ira de Los Plateados, dejando su peregrinaje sagrado, decididos a mostrar a los McCloud lo que Los Plateados podrían hacer para que pagaran de una vez por todas. Kendrick juró que para cuando que terminara, ni un McCloud quedaría vivo. El lado de las Tierras Altas de ellos, jamás volvería a levantarse.

Cuando Kendrick se acercó, miró hacia adelante y vio a los reclutas de La Legión luchando valientemente, vio a Elden y a O'Connor y a Conven, todos terriblemente superados en número y ninguno dando marcha atrás a los McCloud. Su corazón se llenó de orgullo. Pero todos estaban, como pudo ver, a punto de ser vencidos.

Kendrick gritó y pateó aún más a su caballo, mientras guiaba a sus hombres y todos fueron como ráfaga a un último ataque. Tomó una lanza larga y cuando estuvo lo suficientemente cerca, la aventó; uno de los generales de los McCloud se dio vuelta justo a tiempo para ver la lanza navegar por el aire y penetrar su pecho, con la fuerza suficiente para penetrar su armadura.

Los mil caballeros detrás de Kendrick dejaron escapar un gran grito: Los Plateados habían llegado.

Los McCloud se dieron vuelta y los vieron, y por primera vez, tenían verdadero miedo en sus ojos. Mil brillantes caballeros de Los Plateados, todos montando al unísono perfecto, como una tormenta bajando por la montaña, todos con sus armas desenvainadas, todos asesinos endurecidos, ninguno con una pizca de vacilación en sus ojos. Los McCloud se dieron vuelta para enfrentarlos, pero con inquietud.

Los Plateados descendieron sobre ellos, sobre su ciudad natal, Kendrick al mando del ataque. Sacó su hacha y la hizo oscilar expertamente, acuchillando a varios soldados haciéndolos caer de sus caballos; luego sacó una espada con su otra mano y cabalgando hacia el grueso de la muchedumbre, apuñaló a varios soldados en todos los puntos vulnerables de sus armaduras.

Los Plateados se acercaron hacia el grueso de los soldados como una ola de destrucción, como eran tan expertos en hacer; ninguno de se sintió cómodo hasta estar completamente rodeados en medio de la batalla. Para un miembro



de Los Plateados, eso era lo que significaba sentirse en casa. Atacaron y apuñalaron a todos los soldados McCloud que estaban alrededor de ellos, que eran como aficionados en comparación con ellos; los gritos se escuchaban cada vez más y más fuerte mientras caían los McCloud en todas direcciones.

Nadie podía parar a Los Plateados, que eran demasiado rápidos y elegantes y fuertes y expertos y en su técnica, luchando como una unidad, como habían sido entrenados desde que eran niños. Su ímpetu y destreza aterrorizaba a los McCloud, que eran como soldados comunes junto a estos caballeros finamente entrenados. Elden, Conven, O'Connor y el resto de la Legión rescatados por los refuerzos, se levantaron de nuevo, sin embargo estaban heridos y se unieron a la lucha ayudando a impulsar aún más a Los Plateados.

En pocos momentos, cientos de los McCloud yacían muertos, y los que quedaron fueron atrapados por un gran pánico. Uno por uno comenzaron a girar y a huir, los McCloud salían por las puertas de la ciudad, tratando de alejarse de la Corte del Rey.

Kendrick estaba decidido a no permitirles que lo hicieran. Cabalgó hasta las puertas de la ciudad, con sus hombres siguiéndolo y se aseguró de bloquear camino de todos los que iban de retirada. Era un efecto de embudo, y McCloud fueron sacrificados ya que alcanzaron el embotellamiento de las puertas de la ciudad, el mismo gates tenía stormed pero horas antes.

Mientras Kendrick blandía dos espadas matando a hombres a diestra y siniestra, sabía que muy pronto cada uno de los McCloud moriría, y que la Corte del Rey sería de ellos otra vez. Mientras arriesgaba su vida por el bien de su tierra, sabía que esto era lo que significaba estar vivo.

## CAPÍTULO TRES

Las manos de Luanda temblaban mientras caminaba paso a paso a través del amplio cruce fronterizo del Cañón. Con cada paso que daba sentía que su vida llegaba a su fin, sentía que abandonaba un mundo y entraba en otro. Pero a unos pasos de alcanzar el otro lado, sintió como si fueran sus últimos pasos en la tierra.

Parado a pocos metros de distancia estaba Rómulo y detrás de él, sus millones de soldados del Imperio. Dando vueltas en círculo por lo alto con un chirrido sobrenatural, volaban decenas de dragones, las criaturas más feroces que Luanda había visto, azotando sus alas contra el muro invisible que era el Escudo. Luanda sabía que con sólo dar unos cuantos pasos más, con salir del Anillo, el Escudo bajaría para siempre.

Luanda miró el destino que estaba esperando ante que ella, a la muerte segura a la que se enfrentaba a manos de Rómulo y sus hombres salvajes. Pero esta vez, a ella ya no le importaba. Todo lo que amaba, ya se lo habían quitado. Su marido, Bronson, el hombre al que más amaba en el mundo, había sido asesinado — y todo había sido culpa de Gwendolyn. Ella culpaba a Gwendolyn por todo. Ahora, finalmente, era momento de la venganza.

Luanda se detuvo a 30 centímetros de distancia de Rómulo, viéndose ambos a los ojos, mirándose fijamente uno al otro sobre la línea invisible. Era un hombre grotesco, dos veces más ancho que cualquier hombre, puro músculo, había tanto músculo en sus hombros que su cuello desaparecía. Su rostro era todo quijada, con grandes ojos negros, como canicas, y su cabeza era demasiado grande para su cuerpo. Él la miró como un dragón mira a su presa, y ella no tenía ninguna duda de que la haría pedazos.

Se miraron fijamente uno al otro en el grueso silencio, y una sonrisa cruel se extendió en su rostro, junto con una mirada de sorpresa.

"Nunca pensé que volvería a verte", dijo ella. Su voz era profunda y gutural, haciéndose eco en este horrible lugar.

Luanda cerró los ojos y trató de hacer que Rómulo desapareciera. Trató de hacer que su vida desapareciera.

Pero cuando abrió los ojos, él estaba todavía allí.

"Mi hermana me ha traicionado", respondió suavemente. "Y ahora es momento de que yo la traicione.

Luanda cerró los ojos y dio un paso final fuera del puente, al otro extremo del Cañón.

Al hacerlo, se escuchó un estruendoso ruido silbante detrás de ella; hubo un remolino de niebla en el aire desde el fondo del Cañón, como una gran ola que se elevaba y de repente volvía a caer otra vez. Hubo un sonido, como si se agrietara la tierra, y Luanda sabía con certeza que el Escudo se había desactivado. Que ahora nada quedaba entre el ejército de Rómulo y el Anillo. Y que el Escudo se había roto para siempre.

Rómulo la miró, mientras Luanda se quedaba valientemente de pie a 30 centímetros de distancia, frente a él, inquebrantable, viéndolo de manera desafiante. Sintió miedo pero no lo demostró. Ella no quería darle esa satisfacción a Rómulo. Ella quería que él la matara mientras lo miraba a la cara. Al menos eso le daría algo. Solo quería que él acabara con eso.

En cambio, la sonrisa de Rómulo se extendió y continuó mirándola directamente, en vez de ver al puente como ella esperaba que lo hiciera.

"Ya tienes lo que quieres", dijo ella, desconcertada. "El Escudo está desactivado". El Anillo es tuyo. ¿No vas a matarme ahora?"

Él meneó la cabeza.

"No eres lo que esperaba", dijo él finalmente, analizándola. "Podría dejarte vivir. Quizás incluso te podría hacer mi esposa".

Luanda sintió arcadas de solo pensarlo; esta no era la reacción que quería.

Ella se inclinó hacia atrás y escupió en su cara, con la esperanza de que eso hiciera que la matara.

Rómulo subió la mano y le pegó en la cara con el dorso de su mano, y Luanda se preparó para el golpe por venir, esperando que la golpeará como antes, que le rompiera la mandíbula — que hiciera cualquier cosa menos ser amable con ella. En cambio, el dio un paso al frente, la sujetó por la parte trasera de la cabeza, la atrajo hacia él y la besó con fuerza.

Ella sintió sus labios, grotescos, agrietados, lleno de músculos, como una serpiente, mientras él la apretaba hacia él con más y más fuerza, tanta, que ella apenas podía respirar.

Finalmente, él se alejó — y al hacerlo, le dio una bofetada, golpeándola con tanta fuerza que su piel le dolió.

Ella lo miró horrorizada, lleno de asco, sin entenderlo.

"Encadénela y manténganla cerca de mí", ordenó. Apenas había terminado de pronunciar las palabras, cuando sus hombres dieron un paso adelante y le ataron los brazos detrás de su espalda.

Los ojos de Rómulo se abrieron de par en par con deleite, mientras daba un paso adelante frente a sus hombres y, preparándose, dio el primer paso hacia el puente.

No había un Escudo para detenerlo. Estaba ahí parado sano y salvo.

Rómulo sonrió ampliamente, luego soltó a reír, extendiendo ampliamente sus brazos musculosos mientras lanzaba hacia atrás su cabeza. Rio con fuerza, triunfante; el sonido se hizo eco a lo largo del Cañón.

"Es mío", dijo él. "¡Todo mío!".

Su voz se hizo eco, una y otra vez.

"Señores", añadió él. "¡Invadan!".

Sus tropas de pronto corrieron alejándose de él, soltando un gran grito de ovación que se encontró en lo alto con el ruido de los dragones que agitaban sus alas y volaban elevándose por encima del Cañón. Entraron en el remolino de niebla, chirriando, con un gran ruido que se elevó hasta los cielos, que dejó saber al mundo que el Anillo nunca volvería a ser el mismo otra vez.

## CAPÍTULO CUATRO

Alistair estaba en los brazos de Erec en la proa del enorme barco, que se movía suavemente arriba y abajo, mientras las olas del enorme océano pasaban una y otra vez. Ella miró hacia arriba, hipnotizada, a las millones de estrellas rojas cubriendo el cielo de la noche brillando en la distancia; la cálida brisa pasaba acariciándola, arrullándola para dormir. Se sintió contenta. El simple hecho de estar aquí junto a Erec, hacía que todo su mundo tuviera paz; aquí, en esta parte del mundo, en este vasto océano, sentía que todos los problemas del mundo habían desaparecido. Un montón de obstáculos los habían mantenido separados, y ahora, finalmente, sus sueños se estaban volviendo realidad. Estaban juntos y no había nadie ni nada que se interpusiera entre ellos. Ya habían zarpado, ya estaban en camino a las islas de él, su tierra natal, y cuando llegaran ella se casaría con él. No había nada en el mundo que quisiera más.

Erec la apretó firmemente y ella se inclinó más hacia él, mientras ambos se reclinaban hacia atrás, mirando al universo, la suave niebla del océano caía sobre ellos. Sus ojos se les cerraban de sueño en la tranquila noche del océano.

Cuando ella miró al cielo abierto, pensó en lo enorme que era el mundo; pensó en su hermano, Thorgrin, por ahí en algún lugar, y se preguntó dónde estaba ahora. Sabía que iba en camino a ver a su madre. ¿La encontraría? ¿Cómo sería ella? ¿Realmente existía?

Una parte de Alistair quería unirse a él en el viaje, conocer también a su madre; y otra parte de ella extrañaba el Anillo y quería estar de regreso en casa, en territorio conocido. Pero la mayor parte de ella estaba emocionada; estaba entusiasmada de comenzar una vida de nuevo, junto a Erec en un lugar nuevo, en una nueva parte del mundo. Estaba emocionada de conocer a su gente, de ver cómo era la patria de él. ¿Quién vivía en las Islas del Sur?, se preguntaba. ¿Cómo era su gente? ¿Su familia lo acogería? ¿Les daría gusto recibirla o se sentirían amenazados por ella? ¿Les parecería bien la idea de su boda? ¿O habían imaginado a otra persona, alguien de los suyos para Erec?

Lo peor de todo, lo que más temía, era ¿qué pensarían de ella una vez que

se enteraran de sus poderes? ¿Una vez que descubrieran que era una Druida?  
¿La considerarían un bicho raro, una forastera como todos los demás?

"Cuéntame otra vez de tu gente", le dijo Alistair a Erec.

Él la miró, luego miró hacia el cielo.

"¿Qué deseas saber?".

"Cuéntame acerca de tu familia", dijo ella.

Erec reflexionó en silencio durante mucho tiempo. Finalmente habló.

"Mi padre es un gran hombre. Ha sido rey de nuestro pueblo desde que tenía mi edad. Su muerte inminente cambiará nuestra isla para siempre".

¿Y tienes más familia?

Erec dudó durante mucho tiempo, y finalmente asintió con la cabeza.

"Sí. Tengo una hermana... y un hermano". Él vaciló. "Mi hermana y yo, estuvimos muy unidos cuando éramos niños. Pero debo advertirte que es muy territorial y se pone celosa fácilmente. Desconfía de los forasteros y no le gusta la gente nueva en nuestra familia. Y mi hermano...", dijo Erec con la voz apagada.

Alistair le dio un codazo.

"¿Qué pasa?".

"Es el mejor luchador que conocerás. Pero es mi hermano menor, y siempre has estado en competencia conmigo. Siempre lo he visto como hermano, y él siempre me ha visto como competencia, como alguien que se interpone en su camino. "No sé por qué. Así son las cosas. Desearía que fuéramos más apegados".

Alistair lo miró, sorprendida. No podía comprender cómo alguien podía mirar a Erec con algo que no fuera amor.

¿Y sigue siendo de esa manera?", preguntó ella.

Erec se encogió de hombros.

"No he visto a ninguno de ellos desde que era un niño. Es mi primer retorno a mi patria; han pasado casi treinta ciclos de sol. No sé qué esperar. Ahora pertenezco más al Anillo. Y sin embargo, si mi padre muere... soy el mayor. Mi gente esperará que yo gobierne".

Alistair hizo una pausa, sorprendida, sin querer husmear.

"¿Y lo harás?".

Erec se encogió de hombros.

"No es algo que busque. Pero si mi padre lo desea... No puedo decir que no".

Alistair lo analizó.

"Tú lo quieres mucho".

Erec asintió con la cabeza, y ella pudo ver sus ojos brillando en la luz de las estrellas.

"Sólo rezo para que nuestro barco llegue a tiempo antes de que él muera".

Alistair consideró sus palabras.

"¿Y qué hay de tu madre?", preguntó ella. "¿Le agradeceré?".

Erec sonrió ampliamente.

"Como una hija", dijo. "Porque ella verá cuánto te amo".

Se besaron, y Alistair se reclinó y miró al cielo, estirándose y sujetando la mano de Erec.

"Recuerda esto, mi señora. Te amo. Tú estás por encima de todo. "Eso es lo único que importa". Mi gente nos hará la boda más grande que haya habido en las Islas del Sur; nos inundarán de festividades. Y serás amada y aceptada por todos ellos".

Alistair analizó las estrellas, sujetando la mano de Erec firmemente, y se maravilló. No tenía ninguna duda del amor que él sentía por ella, pero se preguntaba qué diría su gente, gente que él apenas conocía. ¿La aceptarían como él pensaba que lo harían? No estaba tan segura.

De repente, Alistair oyó pasos pesados. Miró y vio a un miembro de la tripulación del barco caminando sobre el borde de la barandilla, levantando un gran pez muerto sobre su cabeza y arrojándolo por la borda. Hubo un chapoteo suave por debajo y pronto un chapoteo más grande, mientras otro pez saltaba y se lo comía.

Luego siguió un terrible sonido debajo de las aguas, como un gemido o llanto, seguido por otro chapoteo.

Alistair miró al marinero, un personaje desagradable, sin afeitado, vestido con harapos, y al que le faltaban dientes, inclinándose sobre el borde, sonriendo como tonto. Se volvió y la miró, con una cara diabólica, grotesca, en la luz de las estrellas. Alistair tuvo un terrible presentimiento.

"¿Qué tiraste por la borda?", preguntó Erec.

"Las entrañas de un pez simka", contestó.

"Pero ¿por qué?".

"Es un veneno", respondió, sonriendo. "Cualquier pez que lo coma, morirá en ese instante".

Alistair lo miró, horrorizada.

"¿Y por qué quieres matar al pez?".

El hombre sonrió más ampliamente.

"Me gusta verlos morir. Quiero escucharlos gritar y me gusta verlos flotar, boca arriba. Es divertido".

El hombre se volvió y caminó lentamente hacia el resto de su tripulación, y mientras que Alistair le miraba irse, sentía la piel de gallina.

"¿Qué pasa?", preguntó Erec.

Alistair alejó la mirada y sacudió la cabeza, tratando de hacer desaparecer lo que sentía. Pero no fue así; tenía una terrible premonición, no estaba segura de lo que era.

"Nada, mi Lord", dijo ella.

Se instaló nuevamente en sus brazos, tratando de decirse a ella misma que todo estaba bien. Pero ella sabía, dentro de sí misma, que estaba muy lejos de estar bien.

\*

Erec despertó en la noche, sintiendo que el barco se movía lentamente hacia arriba y hacia abajo, y supo inmediatamente que algo estaba mal. Era el guerrero dentro de él, la parte que siempre le había advertido un instante antes de que algo malo sucedería. Siempre había tenido ese sentido desde que era un niño.

Se sentó rápidamente, alerta y miró alrededor. Se volvió y vio a Alistair profundamente dormida junto a él. Todavía estaba oscuro, el barco todavía se mecía sobre las olas, sin embargo, algo estaba mal. Miró alrededor, pero no vio ninguna señal de que algo estuviera mal.

¿Qué peligro podría existir, se preguntaba, aquí en medio de la nada? ¿Fue sólo un sueño?

Erec, confiando en sus instintos, se agachó para agarrar su espada. Pero antes de que su mano pudiera agarrar la empuñadura, repentinamente sintió una pesada red cubriendo su cuerpo, cayendo alrededor de él. Estaba hecha de la cuerda más pesada que había sentido, casi lo suficientemente pesada para aplastar a un hombre y aterrizó encima de él, con firmeza a su alrededor.

Antes de que pudiera reaccionar, sintió que era levantado por lo alto, la red lo tenía atrapado como animal, sus cuerdas estaban tan apretadas alrededor de él que no podía incluso moverse, sus hombros y brazos y las muñecas y pies



estaban limitados, aplastados juntos. Fue izado más y más, hasta que se encontró a unos seis metros por encima de la cubierta, colgando, como un animal atrapado en una trampa.

El corazón de Erec se aceleró en su pecho, mientras trataba de comprender lo que estaba sucediendo. Miró hacia abajo y vio a Alistair, despertando.

"¡Alistair!", gritó Erec.

Ella lo buscó por todas partes, y cuando finalmente levantó la vista y lo vio, su cara se desencajó.

"¡EREC!", gritó ella, confundida.

Erec observó cómo como varias docenas de miembros de la tripulación, llevando antorchas, se acercaban a ella. Todos tenían sonrisas grotescas, había maldad en sus ojos mientras se acercaban a ella.

"Ya era hora de que él la compartiera", dijo uno de ellos.

"¡Le voy a enseñar a esta princesa lo que significa vivir con un marinero!", dijo otro.

El grupo estalló en carcajadas.

"Después de mí", dijo otro.

"No antes de que yo la haya hecho mía primero", dijo otro.

Erec luchó para liberarse con todas sus fuerzas, mientras ellos continuaban aproximándose a ella. Pero fue en vano. Sus hombros y brazos estaban sujetos con tal firmeza, que ni siquiera podía moverlos.

"¡ALISTAIR!", gritó desesperado.

Estaba indefenso para hacer algo, mas que observar, mientras estaba colgado.

Tres marineros se abalanzaron repentinamente por detrás sobre Alistair; ella gritó mientras la hacían caer, rasgaron su blusa, pusieron sus brazos por detrás de su espalda. La sostuvieron firmemente mientras varios marineros más se acercaban.

Erec analizó el barco buscando cualquier señal del capitán; lo vio en la cubierta superior, mirando hacia abajo, observando todo.

"¡Capitán!", gritó Erec. Este es tu barco. ¡Haz algo!".

El capitán lo miró, luego poco a poco volvió la espalda a toda la escena, como no queriendo verla.

Erec miró desesperado, cómo un marinero sacaba un cuchillo y lo sostenía sobre la garganta de Alistair, y Alistair gritó.

"¡NO!", gritó Erec.

Era como estar viendo una pesadilla desvelándose ante él — y lo peor de todo, es que no había nada que pudiera hacer.

## CAPÍTULO CINCO

Thorgrin estaba frente a Andrónico, los dos solos en el campo de batalla, con todos los soldados muertos a su alrededor. Él levantó su espada por lo alto y la bajó hacia el pecho de Andrónico; al hacerlo, Andrónico dejó caer sus armas, sonrió de par en par y se acercó a abrazarlo.

*Hijo mío.*

Thor intentó detener la cuchillada de su espada, pero era demasiado tarde. La espada atravesó a su padre, y mientras Andrónico se partía en dos, Thor se sintió corroído por el dolor.

Thor parpadeó y se encontró caminando por un altar interminablemente largo, sujetando la mano de Gwen. Se dio cuenta de que era la procesión de su boda. Caminaron hacia un sol rojo intenso y cuando Thor miró a ambos lados, vio que todos los asientos estaban vacíos. Se volvió para mirar a Gwen y cuando ella lo miró, estaba aterrorizado mientras la piel de ella se secaba y se convertía en un esqueleto, que se convertía en polvo en su mano. Ella se convertía en un montón de cenizas a sus pies.

Thor se encontró parado ante el castillo de su madre. De alguna manera había cruzado el paseo aéreo, y estaba parado ante inmensas puertas dobles, de oro, brillantes, tres veces más altas que él. No había ninguna manija, y tocó en ellas con las palmas de sus manos hasta que éstas comenzaron a sangrar. El sonido hizo eco en todo el mundo. Pero nadie respondió.

Thor echó hacia atrás su cabeza.

"¡Madre!", gritó él.

Thor se hundió hasta las rodillas y al hacerlo, la tierra se convirtió en barro, y Thor resbaló por un acantilado, cayendo y cayendo, agitándose por el aire, hacia abajo, cientos de metros, hacia un mar embravecido. Extendió sus manos al cielo, vio desaparecer de la vista al castillo de su madre y gritó.

Thor abrió los ojos, sin aliento, el viento cepillando su rostro, y miró a su alrededor, intentando averiguar dónde estaba. Miró y vio un océano, pasando por debajo de él, a velocidad de vértigo. Miró hacia arriba y vio que agarró algo áspero, y al escuchar el gran aleteo, se dio cuenta de que estaba aferrándose a la escamas de Mycoples, tenía las manos frías por el aire de la

noche, su rostro estaba entumecido por las ráfagas del viento del mar. Mycoples voló con gran velocidad, sus alas nunca se agitaron, y cuando Thor miró hacia adelante, se dio cuenta de que se había quedado dormido sobre ella. Ellos seguían volando, como lo habían estado haciendo durante varios días, corriendo bajo el cielo de la noche, debajo de un millón de estrellas rojas centelleantes.

Thor suspiró y limpió la parte posterior de su cabeza, que estaba cubierta de sudor. Él había prometido permanecer alerta, pero habían pasado muchos días en su viaje juntos, volando, buscando la Tierra de los Druidas. Por suerte Mycoples, conociéndolo tan bien como lo hacía, sabía que estaba dormido y voló continuamente, asegurándose de que no se cayera. Los dos habían estado viajando mucho tiempo juntos, habían llegado a convertirse en uno solo. Aunque Thor extrañaba el Anillo, estaba emocionado, por lo menos, de volver con su vieja amiga otra vez, los dos solos viajando por el mundo; podría decir que también ella estaba feliz de estar con él, ronroneando con satisfacción. Sabía que Mycoples nunca permitiría que algo malo le sucediera, y él sentía lo mismo por ella.

Thor miró hacia abajo y examinó las verdes aguas espumosas y luminiscentes del mar; se trataba de un mar extraño y exótico que nunca había visto antes, uno de los muchos que habían pasado en su búsqueda. Siguieran volando hacia el norte, siempre al norte, siguiendo la flecha de señalamiento en la reliquia que había encontrado en su ciudad natal. Thor sintió que se estaban acercando a su madre, a su tierra, a la Tierra de los Druidas. Podía sentirlo.

Thor esperaba que la flecha fuera precisa. En el fondo, sentía que así era. Él podía sentir en cada fibra de su ser que estaban acercándose a su madre, a su destino.

Thor se frotó los ojos, decidido a permanecer despierto. Había pensado que ya habrían encontrado la Tierra de los Druidas para esta hora; sentía que ya había atravesado la mitad del mundo. Por un momento se preocupó: ¿Qué pasaría si todo fuera una fantasía? ¿Qué pasaría si su madre no existía? ¿Qué pasaría si no existiera la Tierra de los Druidas? ¿Qué pasaría si estuviese condenado a no encontrarla nunca?

Intentó sacudir esos pensamientos de su mente mientras instaba a Mycoples a seguir adelante.

*Más rápido, pensó Thor.*

Mycoples ronroneó y agitó sus alas con mayor fuerza, y en cuanto bajó su cabeza, los dos bajaron en picado hacia la niebla, dirigiéndose hacia algún punto en el horizonte donde, Thor sabía, que tal vez podría no existir.

\*

El día amaneció como Thor nunca había visto, el cielo inundado no solo de dos soles, sino de tres, elevándose los tres juntos en diferentes puntos del horizonte, uno rojo, uno verde, uno morado. Volaban justo por encima de las nubes, que se extendían por debajo de él, tan cerca que Thor podía tocarlas, eran una manta de color. Thor se deleitaba en el amanecer más hermoso que jamás había visto, diferentes colores de soles salían entre las nubes, los rayos pasaban sobre él, debajo de él, por encima de él. Sentía como si volara en el surgimiento del mundo.

Thor dirigía a Mycoples hacia abajo, y se sintió húmedo cuando entraron en la cubierta de la nube; momentáneamente su mundo estaba inundado de diversos colores, entonces quedó cegado. Al salir de las nubes, Thor esperaba ver otro océano, otra extensión interminable de la nada.

Pero esta vez había algo más.

El corazón de Thor se aceleró cuando vio por debajo de ellos un espectáculo que siempre había esperado ver, un espectáculo que ocupaba sus sueños. Allí, muy por debajo, se veía una tierra. Era una isla, revuelta en la niebla, en medio de este océano increíble, amplia y profunda. Su reliquia vibró y miró hacia abajo y vio el destello de la flecha, apuntando directamente hacia abajo. Pero él no necesitaba verlo para saberlo. Lo sentía, en cada fibra de su ser. Ella estaba aquí. Su madre. La mágica Tierra de los Druidas existía, y él había llegado.

*Baja, amiga mía,* pensó Thor.

Mycoples se dirigió hacia abajo, y cuando se acercaron, la isla pudo verse cada vez más clara. Thor vio los interminables campos de flores, notablemente similares a los campos que había visto en la Corte del Rey. Él no podía entenderlo. La isla se sentía tan familiar, casi como si hubiera llegado nuevamente a su casa. El había esperado que la tierra fuera más exótica. Era extraño cuán misteriosamente familiar era. ¿Cómo podría ser posible?

La isla estaba encajonada por una inmensa playa de arena roja brillante, con olas rompiendo contra ella. Cuando se acercaron, Thor vio algo que lo

sorprendió: parecía haber una entrada a la isla, dos enormes pilares se elevaban hasta los cielos, eran los pilares más altos que jamás había visto, y desaparecían en las nubes. Una pared, tal vez de unos seis metros de alto, cercaba toda la isla, y pasar a través de estos pilares parecía ser la única manera de entrar a pie.

Puesto que iba sobre Mycoples, Thor decidió que no necesitaba pasar a través de los pilares. Él simplemente volaría sobre la pared y aterrizaría en la isla, en cualquier lugar que quisiera. Después de todo, no iba a pie.

Thor dirigió a Mycoples a volar sobre el muro, pero cuando ella se acercó más, de repente lo sorprendió. Chilló y se replegó bruscamente, elevando sus garras en el aire hasta que quedó casi de manera vertical. Se detuvo bruscamente como si chocara con un escudo invisible, y Thor se sujetó como si se le fuera la vida en ello. Thor la guió para que siguiera volando, pero ella no iría demasiado lejos.

Es entonces cuando Thor se dio cuenta: la isla estaba rodeada de una especie de escudo de energía, tan poderoso que incluso Mycoples no podía pasar a través de él. Uno no podía volar sobre el muro; tenía que pasar por los pilares, a pie.

Thor dirigió a Mycoples, y bajaron en picado hacia la orilla roja. Aterrizaron ante los pilares, y Thor trató de dirigir a Mycoples a volar entre ellos, a través de las enormes puertas para entrar con él en la Tierra de los Druidas.

Pero nuevamente, Mycoples se replegó elevando sus garras.

*No puedo entrar.*

Thor sintió los pensamientos de Mycoples corriendo a través de él. Él la miró, la vio cerrar sus enormes ojos brillantes, parpadeando y entendió.

Ella le decía que tenía que entrar solo en la Tierra de los Druidas.

Thor desmontó sobre la arena roja y se puso delante de los pilares, examinándolos.

"No puedo dejarte aquí, amiga mía", dijo Thor. "Es demasiado peligroso para ti. Si debo ir solo, entonces debo irme. Volver a la seguridad del hogar. Espérame allí".

Mycoples sacudió su cabeza y la agachó hacia el suelo, se tendió allí, resignada.

*Voy a esperar por ti hasta los confines de la tierra.*

Thor pudo ver que ella estaba decidida a quedarse. Sabía que ella era

obstinada, que no se movería.

Thor se inclinó hacia adelante, acarició las escamas de Mycoples en su larga nariz, se inclinó y la besó. Ella ronroneó, levantó la cabeza y la descansó sobre su pecho.

"Volveré por ti, amiga mía", dijo Thor.

Thor se volvió y se puso frente a los pilares de oro sólido, brillando en el sol y casi cegándolo, y dio el primer paso. Se sentía vivo de una manera que nunca pensó, mientras pasaba a través de las puertas y, finalmente, en la Tierra de los Druidas.

## CAPÍTULO SEIS

Gwendolyn montaba en la parte posterior del carro, traqueteando a lo largo del camino vecinal, guiando a la expedición de gente que se abría paso lentamente hacia el oeste, lejos de la Corte del Rey. Gwendolyn estaba contenta con la evacuación que había sido ordenada hasta ahora, y satisfecha con los progresos que había hecho su pueblo. Ella odiaba dejar su ciudad, pero al menos estaba segura de que había ganado suficiente distancia para que su gente estuviera segura, para que estuvieran bien en su camino hacia su última misión: atravesar el Cruce Occidental del Cañón, para abordar su flota de barcos en las costas del Tartuvio y cruzar el gran océano hacia las Islas Superiores. Ella sabía que era la única manera de proteger a su gente.

Mientras marchaban, miles de personas iban a pie alrededor de ella, miles de personas más traqueteaban en sus carros; el sonido de las pezuñas de los caballos llenaba los oídos de Gwen, el sonido del constante movimiento de carros, de seres humanos. Gwen se encontró perdida en la monotonía del camino, sosteniendo a Guwayne en su pecho, meciéndolo. A su lado estaban sentados Steffen e Illepra, acompañándola durante todo el camino.

Gwendolyn miraba a la carretera delante de ella y trataba de imaginarse a sí misma en cualquier lugar, menos aquí. Había trabajado tan duro para reconstruir este reino, y ahora aquí estaba ella, huyendo de él. Estaba ejecutando su plan de evacuación masiva debido a la invasión McCloud, pero sobre todo debido a todas las profecías antiguas, a los presagios de Argon, a sus propias pesadillas y presentimientos de una catástrofe por llegar. Pero se preguntaba: ¿y si estaba equivocada? ¿Y si era todo había sido solo un sueño, solo preocupaciones de la noche? ¿Y si todo en el Anillo estaba bien? ¿Y si esto era una reacción exagerada, una evacuación innecesaria? Después de todo, ella pudo evacuar a su gente a otra ciudad dentro del Anillo, como Silesia. No tenía que llevárselos a cruzar el océano.

No a menos que ella hubiera previsto una destrucción completa y total del Anillo. Sin embargo, por todo lo que había leído y oído y sentido, esa destrucción era inminente. La evacuación era el único camino, se dijo a sí misma.



Mientras Gwen miraba hacia el horizonte, deseaba que Thor estuviera aquí, a su lado. Ella miró hacia arriba y examinó los cielos, preguntándose dónde estaría ahora. ¿Había encontrado la Tierra de los Druidas? ¿Había encontrado a su madre? ¿Volvería por ella?

¿Y alguna vez se casarían?

Gwen miró a través de los ojos de Guwayne y vio a Thor mirándola, vio los ojos grises de Thor, y sujetó a su hijo con más fuerza. Trataba de no pensar en el sacrificio que ella había tenido que hacer en el Mundo de las Tinieblas. ¿Todo se haría realidad? ¿El destino sería tan cruel?

"¿Mi señora?".

Gwen se sobresaltó con la voz; se dio vuelta y miró a Steffen, dando vuelta en el carro, apuntando al cielo. Se dio cuenta de que alrededor de ella, toda su gente se detenía, y de repente sintió su propio carruaje forzado a parar. Estaba confundida respecto a por qué el conductor se detenía sin que ella lo hubiera ordenado.

Gwen siguió el dedo de Steffen, y allí en el horizonte, se sorprendió al ver tres flechas disparadas al aire, todas en llamas, elevándose, luego arqueándose hacia abajo, cayendo en el suelo como estrellas fugaces. Estaba sorprendida: tres flechas en llamas solo podría significar una cosa: era el signo de los MacGil. Las garras del halcón, utilizada como señal de Victoria. Era un signo utilizado por su padre y por el padre de él, un signo que era únicamente para los MacGil. No había confusión: significaba que los MacGil habían ganado. Habían recuperado la Corte del Rey.

Pero, ¿cómo era posible?, se preguntaba. Cuando se fueron, no había ninguna esperanza de Victoria, mucho menos de supervivencia, su preciosa ciudad había sido invadida por los McCloud, sin nadie para montar guardia.

Gwen vio en el horizonte lejano, que levantaban una bandera, más y más alto. Ella entrecerró los ojos, y otra vez no había ningún error: era la bandera de los MacGil. Sólo podía significar que la Corte del Rey estaba ahora en manos de los MacGil.

Por un lado, Gwen se sentía eufórica y quería volver de inmediato. Por otro lado, al mirar el camino que habían viajado pensó en todas las predicciones de Argon, en los pergaminos que había leído, en sus propios presentimientos. Sentía en el fondo, que su pueblo aún debía ser evacuado. Tal vez los MacGil habían recuperado la Corte del Rey; pero eso no significa que el Anillo estaba a salvo. Gwendolyn todavía sentía que algo mucho peor estaba por venir y que

tenía que sacar a su gente de allí, hacia un lugar seguro.

"Parece que hemos ganado", dijo Steffen.

"¡Es motivo de celebración!". Aberthol gritó, acercándose a su carro.

"¡La Corte del Rey es nuestra, otra vez!", gritó un plebeyo.

Se elevó una gran ovación entre su gente.

"¡Debemos regresar inmediatamente!", gritó otro.

Se escuchó otra ovación. Gwen meneó la cabeza, inflexible. Se levantó y enfrentó a su gente, y todas las miradas se dirigieron hacia ella.

"¡No regresaremos!", le dijo a su gente. "Hemos empezado la evacuación, y hay que apegarnos a ella. Sé que le depara un gran peligro al Anillo. Debo llevarlos a un lugar seguro mientras todavía tengamos tiempo, mientras todavía haya una oportunidad".

Su gente gruñó, insatisfecha, y varios plebeyos caminaron hacia adelante, señalando al horizonte.

"No sé el resto de ustedes", dijo uno, "¡pero la Corte del Rey es mi casa! ¡Es todo lo que conozco y amo! ¡No voy a cruzar el mar hacia alguna isla extraña mientras que nuestra ciudad está intacta y en manos de los MacGil! ¡Regresaré a la Corte del Rey!".

Se escuchó una gran ovación, y mientras él se iba, caminando de regreso, cientos de personas se aliaron y lo siguieron, dando vuelta a sus carros, dirigiéndose rumbo a la Corte del Rey.

"Mi señora, ¿debo detenerlos?", preguntó Steffen, aterrado, fiel a ella.

"Está escuchando la voz de la gente, mi señora", dijo Aberthol, acercándose a ella. "Sería tonta en negarlo. Además, no puede hacerlo. Es su hogar. Es todo lo que conocen. No luche contra su propia gente. No los guíe sin una buena razón".

"Pero tengo un buen motivo", dijo Gwen. "Sé que viene la destrucción".

Aberthol movió la cabeza.

"Y sin embargo, no lo hacen", respondió. "No la pongo en duda. Pero las reinas planean con anticipación, mientras que las masas actúan por instinto. Y una reina solo es tan poderosa como las masas le permitan serlo.

Gwen se quedó allí parada, ardiendo de frustración mientras observaba a su pueblo desafiar su orden, regresando a la Corte del Rey. Era la primera vez que se habían rebelado abiertamente, que la habían desafiado. No le gustó la sensación. ¿Era un presagio de lo que se aproximaba? ¿Sus días como reina estaban contados?

"Mi señora, ¿ordeno a los soldados detenerlos?", preguntó Steffen.

Sentía como si él fuera el único que quedaba que todavía era leal a ella. Una parte de ella quería decir que sí.

Pero mientras los observaba marcharse, sabía que sería inútil.

"No", dijo ella suavemente, con la voz cortada, sintiendo como si su hijo le hubiera dado la espalda. Lo que más le dolía era que ella sabía que sus acciones sólo los conducirían a ser dañados, y no había nada que pudiera hacer para detenerlos. "No puedo evitar lo que su destino les depara".

\*

Gwendolyn, desesperanzada mientras le seguía el rastro a su gente, de vuelta a la Corte del Rey, pasó por las puertas traseras de la Corte del Rey y ya escuchaba los vítores lejanos de celebración desde el otro lado. Su gente estaba eufórica, bailando y ovacionando, lanzando sus sombreros al aire mientras todos entraban a través de las puertas, volviendo a los patios traseros de la ciudad que conocían y amaban, la ciudad que llamaban hogar. Todos se apresuraron a felicitar a la Legión, a Kendrick y a los victoriosos Plateados.

Pero Gwendolyn procedió con un agujero en su estómago, desgarrada por los sentimientos encontrados. Por un lado, por supuesto que también estaba eufórica de volver aquí, entusiasmada porque habían conquistado a los McCloud, eufórica al ver que Kendrick y los demás estaban a salvo. Se sentía orgullosa al ver los cadáveres de los McCloud desparramados por todo el lugar, y estaba encantada de ver que su hermano Godfrey había logrado sobrevivir, sentado a un costado, curando una herida, con la mano en la cabeza.

Sin embargo, al mismo tiempo, Gwendolyn no podía calmar su profundo sentido de la premonición, su certeza de que alguna otra terrible calamidad se avecinaba para todos ellos, y que lo mejor para su pueblo era evacuar el lugar antes de que fuera demasiado tarde.

Pero su pueblo se dejó llevar por la victoria. No escuchaban razones mientras ella era llevada con miles más, a la ciudad derribada que conocía tan bien. Al entrar, Gwen se sintió aliviada al ver que al menos los McCloud habían muerto rápidamente, antes de que hubieran tenido oportunidad de hacer algún daño verdadero a toda su cuidadosa reconstrucción.

"¡Gwendolyn!".

Gwendolyn se dio vuelta para ver a Kendrick desmontar, correr hacia adelante y abrazarla. Ella también lo abrazó, la armadura de él era dura y fría, mientras le entregaba a Guwayne a Illepra, que estaba al lado de ella.

"Hermano mío", dijo ella, mirándolo hacia arriba, los ojos de él brillaban con la victoria. "Me siento orgullosa de ustedes. Han hecho más que mantener nuestra ciudad — han vencido a los atacantes. Tú y tus Plateados. Encarnas nuestro código de honor. "Papá estaría orgulloso".

Kendrick sonrió mientras inclinaba la cabeza.

"Estoy agradecido por tus palabras, hermana. No iba a permitir que tu ciudad, nuestra ciudad, la ciudad de nuestro padre, fuera destruida por esos salvajes. No estuve solo; debes saber que nuestro hermano Godfrey montó la primera resistencia. Él y un puñado más, e incluso La Legión, todos ayudaron a refrenar a los atacantes".

Gwen se volvió para ver a Godfrey caminar hacia ellos con una atribulada sonrisa en su rostro, con una mano en un costado de la cabeza, cubierto de sangre seca.

"Hoy te convertiste en hombre, hermano mío", le dijo ella en serio, poniendo una mano en su hombro. "Papá estaría orgulloso".

Godfrey le sonrió tímidamente.

"Sólo quería advertirte", dijo él.

Ella sonrió.

"Hiciste mucho más que eso".

Junto con él llegaron Elden, O'Connor, Conven y decenas de miembros de La Legión.

"Mi señora", dijo Elden. "Nuestros hombres lucharon valientemente hoy, aquí. Pero me da tristeza decir que hemos perdido a muchos de ellos".

Gwen miró más allá de él, y vio los cadáveres por toda la Corte del Rey. Miles de McCloud — pero también decenas de reclutas de La Legión. Incluso un puñado de Los Plateados estaban muertos. Les traía recuerdos dolorosos de la última vez que su ciudad fue invadida. Era difícil para Gwen ver eso.

Ella se volvió y vio a una docena de los McCloud, prisioneros, vivos todavía, con la cabeza agachada y las manos detrás de sus espaldas.

"¿Y quiénes son estos?", preguntó ella.

"Los generales de los McCloud", respondió Kendrick. "Los hemos mantenido vivos. Son todo lo que queda de su ejército. ¿Qué nos ordenas hacer con ellos?".

Gwendolyn los miró con detenimiento, viéndolos a los ojos. Cada uno la miró, orgullosos, desafiantes. Sus rostros eran ordinarios, los típicos McCloud, nunca mostrando arrepentimiento.

Gwen suspiró. Hubo un tiempo en que ella había pensado que la paz era la respuesta a todo, que si podía ser lo suficientemente amable y lo suficientemente cortés con sus vecinos, que si podía demostrar la suficiente buena voluntad, entonces ellos serían amables con ella y con su pueblo.

Pero cuanto más tiempo gobernaba, más veía que los demás solamente interpretaban las insinuaciones de paz como un signo de debilidad, de algo que tenía que ser aprovechado. Todos sus esfuerzos de paz habían culminado en esto: un ataque sorpresa. Y no menos que el Día de la Peregrinación, el día más sagrado del año.

Gwendolyn se sintió endurecer por dentro. Ya no tenía la misma ingenuidad, la misma fe en el hombre como antes. Cada vez más y más, solo tenía fe en una cosa: un reinado de acero.

Mientras Kendrick y los demás la miraban, Gwendolyn levantó su voz:

"Mátalos a todos", dijo.

Los ojos de ellos se abrieron de par por la sorpresa y respeto. Evidentemente no esperaban esto de su reina que siempre había luchado por la paz.

"¿Escuché correctamente, mi señora?", preguntó Kendrick, con una voz de sorpresa.

Gwendolyn asintió con la cabeza.

"Así es", respondió ella. "Cuando hayas terminado, recoge sus cuerpos y expúlsalos de nuestras puertas".

Gwendolyn se dio vuelta y se alejó por el patio de la Corte del Rey, y al hacerlo, escuchó detrás de ella los gritos de los McCloud. A pesar de sí misma, se estremeció.

Gwen caminó por una ciudad llena de cadáveres y llena aún de vítores y música y baile, miles de personas regresando a sus casas, volviendo a llenar la ciudad como si nada malo hubiera ocurrido. Mientras los observaba, su corazón se llenó de temor.

"La ciudad es nuestra otra vez", dijo Kendrick yendo al lado de ella.

Gwendolyn meneó la cabeza.

"Sólo por un corto tiempo".

Él la miró, sorprendido.

"¿Qué quieres decir?".

Ella se detuvo y lo enfrentó.

"He visto las profecías", dijo. "Los antiguos pergaminos. He hablado con Argon. Yo tenido una pesadilla. Vienen a atacarnos. Fue un error volver aquí. Debemos evacuar de inmediato".

Kendrick la miró, con su cara lívida, y Gwen suspiró al ver a su gente.

"Pero mi gente no hace caso".

Kendrick meneó la cabeza.

"¿Qué pasa si estás equivocada?", dijo. "¿Qué pasa si crees demasiado en las profecías? Tenemos al mejor ejército de combate del mundo. Nada puede llegar a nuestras puertas. Los McCloud están muertos, y no tenemos otros enemigos en el Anillo. El Escudo está activado y se mantiene fuerte. Y también tenemos a Ralibar, donde quiera que esté. No tienes nada que temer". No tenemos nada que temer".

Gwendolyn meneó la cabeza.

"Ese es precisamente el momento en el que hay que temer más", contestó ella.

Kendrick suspiró.

"Mi señora, esto fue sólo un ataque inesperado", dijo. "Nos sorprendieron el Día de la Peregrinación. Nunca dejaremos la Corte del Rey sin protección otra vez. Esta ciudad es una fortaleza. La ha ocupado durante miles de años. No queda nadie para derrocarlos".

"Te equivocas", dijo ella.

"Bueno, aunque así sea, ya te diste cuenta de que la gente no se irá, hermana mía", dijo Kendrick, su voz se ablandó, implorando, "te amo. Pero hablo como tu comandante. Como el comandante de Los Plateados. Si tratas de forzar a la gente para que abandone el lugar, para hacer lo que no quieren hacer, tendrás una revuelta en tus manos. No ven el mismo peligro que tú. Y para ser honesto, incluso yo no lo veo.

Gwendolyn miró a su gente, y supo que Kendrick tenía razón. No la escucharían. Incluso su propio hermano no le creía.

Y le rompía el corazón.

\*

Gwendolyn estaba parada sola en la baranda superior de su castillo,

sosteniendo a Guwayne firmemente y mirando la puesta de sol, lo dos soles se mantenían abajo en el cielo. En la parte inferior escuchó los gritos apagados y las celebraciones de su gente, preparando una gran noche de fiesta. Allí afuera, vio el paisaje ondulado de las tierras que rodeaban la Corte del Rey, un reino en la cima. En todas partes estaba la recompensa del verano, interminables campos verdes, árboles frutales, una rica tierra exuberante. La tierra estaba conforme, reconstruida después de tanta tragedia, y vio un mundo en paz consigo mismo.

Gwendolyn frunció el ceño, preguntándose qué tipo de oscuridad podría llegar a aquí. Quizás la oscuridad que había imaginado ya había venido en la forma de los McCloud. Tal vez ya se había evitado, gracias a Kendrick y a los demás. Tal vez Kendrick había tenido razón. Tal vez ella había sido demasiado cautelosa desde que se había convertido en la reina, había visto demasiada tragedia. Tal vez ella estaba, como dijo Kendrick, examinando demasiado las cosas.

Después de todo, evacuar a su gente de sus casas para llevarlos a través del Cañón a los barcos, a la volatilidad de las Islas Superiores, era una medida drástica, reservada para un tiempo de mayor calamidad. ¿Qué pasaría si lo hacía y no acontecía ninguna tragedia en el Anillo? Sería conocida como la reina que fue presa del pánico sin peligro a la vista.

Gwendolyn suspiró, sujetando a Guwayne mientras se retorció en sus brazos y se preguntaba si se estaba volviendo loca. Ella miró hacia arriba y buscó en los cielos alguna señal de Thorgrin, esperando, orando. Al menos esperaba alguna señal de Ralibar, dondequiera que estuviera. Pero él tampoco había regresado.

Gwen observó un cielo vacío, decepcionada una vez más. Una vez más, tendría que confiar en ella misma. Incluso su gente, que siempre la había apoyado, que la había visto como diosa, ahora parecía desconfiar de ella. Su padre nunca la había preparado para esto. Sin el apoyo de su pueblo, ¿qué clase de reina sería? Impotente.

Gwen quería desesperadamente tener a alguien en quien sentir confort, en quien encontrar respuestas. Pero Thorgrin había desaparecido; su madre había muerto; aparentemente a todos los que conocía y amaba se habían ido. Se sentía en una encrucijada y nunca se había sentido más confundida.

Gwen cerró los ojos y pidió a Dios que la ayudara. Intentó llamarlo, con toda su voluntad. Nunca había sido una persona que rezara mucho, pero su fe

era fuerte, y estaba segura de que Él existía.

*Por favor, Dios. Estoy muy confundida. Muéstrame cómo proteger mejor a mi pueblo. Muéstrame cómo proteger mejor a Guwayne. Muéstrame cómo ser una gran gobernante.*

"Las oraciones son poderosas", se escuchó una voz.

Gwen se dio vuelta, aliviada instantáneamente al oír esa voz. Allí de pie, a varios metros de distancia, estaba Argon. Llevaba su manto blanco y capucha, sosteniendo su vara, mirando al horizonte en vez de a ella.

"Argon, necesito respuestas. Por favor. Ayúdame".

"Siempre estamos necesitados de respuestas", respondió él. "Y sin embargo, no siempre llegan. Nuestras vidas están destinadas a vivirse. No siempre nos pueden predecir el futuro".

"Pero se puede insinuar", dijo Gwendolyn. "Todas las profecías que he leído, todos los manuscritos, la historia del Anillo, siguen apuntando a que se avecina algo sombrío. Debes decírmelo. ¿Ocurrirá?".

Argon se volvió y la miró fijamente, con los ojos llenos de fuego, más sombríos y de mayor miedo que nunca.

"Sí", respondió él.

La determinación de su respuesta la asustó más que nada. Argon, el que siempre hablaba con enigmas.

Gwen se estremeció por dentro.

"¿Vendrá aquí, a la Corte del Rey?".

"Sí", respondió él.

Gwen se sintió más aterrada. También estaba segura de su convicción de que había tenido la razón todo el tiempo.

"¿El Anillo será destruido?", preguntó ella.

Argon la miró, y asintió lentamente.

"Quedan pocas cosas que puedo revelarte", dijo él. "Si quieres, esta puede ser una de ellas".

Gwen estuvo pensando largamente, debatiendo. Sabía que la sabiduría del Argon era muy valiosa. Sin embargo, esto era algo que realmente necesitaba saber.

"Cuéntamelo", dijo ella.

Argon respiró profundamente mientras se daba vuelta y miraba al horizonte, por un tiempo que pareció eterno.

"El Anillo será destruido. Todo lo que conoces y amas será eliminado. El



lugar en el que estás parada ahora, no será mas que brasas ardientes y cenizas. Todo el Anillo se convertirá en cenizas. Tu nación desaparecerá. Vendrá la oscuridad. Una oscuridad mayor que cualquiera en nuestra historia".

Gwendolyn sentía la verdad de sus palabras resonando en su interior, sentía el profundo timbre de su voz resonando en su corazón. Sabía que cada palabra que él decía era verdad.

"Mi gente no ve esto", dijo con la voz quebrada.

Argon se encogió de hombros.

"Tú eres la reina. A veces debe usarse la fuerza. No sólo contra los enemigos. Incluso contra nuestra gente. Haz lo que sabes. No busques siempre la aprobación de la gente. La aprobación es una cosa difícil de alcanzar. A veces, cuando tu pueblo te odia más, es una señal de que estás haciendo lo mejor para ellos. Tu padre fue bendecido con un reinado de paz. Pero tú, Gwendolyn, tendrás una prueba mucho mayor: tendrás un reinado de acero".

Mientras Argon se daba vuelta para marcharse, Gwendolyn caminó hacia adelante y extendió su mano hacia él.

"¡Argon!", dijo ella.

Él se detuvo, pero no se dio vuelta.

"Sólo dime una cosa más. Te lo ruego. ¿Volveré a ver a Thorgrin otra vez?".

Él hizo una pausa, hubo un largo y pesado silencio. En ese sombrío silencio ella sintió su corazón romperse en dos, esperando y orando para que él le diera una respuesta más.

"Sí", respondió él.

Ella se quedó allí parada, con el corazón acelerando, anhelando más.

"¿No puedes decirme nada más?".

Él se volvió y la miró, con tristeza en su mirada.

"Recuerda la elección que hiciste. No todo el amor dura para siempre".

A lo alto, Gwen escuchó un halcón chirriando, y miró al cielo sorprendida.

Se volvió para mirar a Argon, pero él ya había desaparecido.

Ella sujetó firmemente a Guwayne y vio a su reino, dando una última y larga mirada, queriendo recordarlo como estaba cuando era todavía vibrante y estaba vivo. Antes de que todo se convirtiera en cenizas. Se preguntaba con temor qué peligro tan grande podría estar acechando, más allá de la aparente belleza. Se estremeció ya que sabía, sin lugar a dudas, que pronto los encontrarían.

## CAPÍTULO SIETE

Stara gritó mientras caía en picada por el aire, agitándose, con Reece junto a ella, Matus y Srog junto a él, los cuatro cayendo de los muros del castillo en el viento cegador y la lluvia, bajando hacia el suelo. Ella se mentalizó al ver los grandes arbustos acercarse a ella rápidamente, y se dio cuenta de que la única razón por la que podría sobrevivir a esta caída sería por ellos.

Un momento después, Stara sentía como si cada hueso de su cuerpo se estuviera rompiendo mientras se estrellaba en los arbustos — que escasamente detuvieron su caída — y continuó hasta que llegó al suelo. Sentía que el viento le había sacado el aire, y estaba segura de que se había lastimado una costilla. Sin embargo, al mismo tiempo se hundió varias pulgadas y se dio cuenta de que la tierra era más suave y fangosa de lo que había imaginado, y que eso amortiguó su caída.

Los otros también cayeron junto a ella, y todos comenzaron a hundirse conforme el lodo cedía. Stara no había esperado que aterrizarían en una ladera escarpada, y antes de que pudiera detenerse, se estaba deslizando con los demás cuesta abajo, todos atrapados en un alud.

Rodaron y se deslizaron, y pronto las aguas brotantes los llevó cuesta abajo de la montaña a toda velocidad. Mientras ella resbalaba, Stara miró hacia atrás sobre su hombro y vio el castillo de su padre desapareciendo rápidamente de su vista y se dio cuenta de que al menos los estaba llevando lejos de sus agresores.

Stara miró hacia abajo y apenas logró esquivar las piedras en su camino, yendo tan rápidamente que apenas podía respirar. El lodo era increíblemente resbaladizo, y la lluvia caía con más fuerza, su mundo giraba a la velocidad de la luz. Ella intentó ir despacio, sujetándose del lodo, pero fue imposible.

Mientras Stara se preguntaba si esto terminaría alguna vez, se llenó de pánico al recordar hacia dónde conducía esta pendiente: justo al lado de un acantilado. Ella se dio cuenta muy pronto de que si no paraban pronto, todos morirían.

Stara vio que ninguno de los otros podía dejar de deslizarse, todos iban agitándose, gimiendo, tratando con todas sus fuerzas, pero era inútil. Stara vio

con temor que la caída se aproximaba rápidamente. Sin forma de detenerse, estaban a punto de ir directamente al despeñadero.

De repente, Stara vio a Srog y a Matus virar a la izquierda hacia una pequeña cueva situada en el borde del precipicio. De alguna manera lograron estrellarse en las rocas con los pies por delante, deteniéndose justo antes de que fueran al despeñadero.

Stara intentó cavar sus talones en el lodo, pero nada funcionaba; simplemente giró y dio volteretas, y viendo que el precipicio se acercaba a ella gritó, sabiendo que estaría sobre el borde en cuestión de segundos.

De repente, Stara sintió una mano áspera agarrando la parte posterior de su blusa, ralentizando su velocidad y luego deteniéndola. Ella miró hacia arriba y vio a Reece. Él se aferraba a un árbol endeble, con un brazo alrededor de éste en el borde del precipicio, con su otra mano la sostenía a ella mientras el agua y el lodo brotaban, tirando de ella para alejarla. Ella estaba perdiendo terreno, casi colgando sobre el borde. Él había evitado que ella cayera, pero perdía terreno.

Reece no podía continuar sujetándola y sabía que si no la soltaba, ambos caerían juntos. Ambos morirían.

"¡Suéltame!", le gritó ella a él.

Él movió la cabeza, inflexible.

"¡Nunca!", gritó, con la cara chorreando de agua, sobre la lluvia.

Reece de repente se soltó el árbol para que pudiera sujetarla de las muñecas con ambas manos; al mismo tiempo, envolvió sus piernas alrededor del árbol, sosteniéndose a sí mismo por detrás. Él tiró de ella hacia sí mismo con todas sus fuerzas, sus piernas eran lo único que evitaba que ambos cayeran.

Con un movimiento final gimió y gritó y logró tirar de ella fuera de la corriente, a un costado, y eso hizo que ella girara hacia la cueva con los demás. Reece rodó con ella fuera de la corriente mientras pasaban, y la ayudó mientras se arrastraba.

Cuando llegaron a la seguridad de la cueva, Stara se derrumbó agotada, acostándose de frente en el fango, muy agradecida por estar viva.

Mientras yacía allí, respirando con dificultad, empapada, se sorprendió no por lo cerca que había estado de la muerte sino por una cosa: ¿Reece todavía la amaba? Se dio cuenta que le importaba más eso, que si había sobrevivido o no.

\*

Stara se sentó hecha ovillo alrededor del pequeño fuego dentro de la cueva, con los demás cerca, finalmente comenzando a secarse. Ella miró a su alrededor y se dio cuenta de que los cuatro parecían supervivientes de una guerra, con las mejillas hundidas, todos mirando fijamente las llamas, con las manos arriba y frotándolas intentando refugiarse de la incesante humedad y frío. Escuchaban el viento y la lluvia, elementos constantes de las Islas Superiores, que golpeaban afuera. Parecía que no acabaría nunca.

Ya era de noche, y habían esperado todo el día para encender esta fogata, por temor a ser vistos. Finalmente, todos habían tenido tanto frío y cansancio y se sentían tan miserables, que se habían arriesgado. Stara sintió que había pasado suficiente tiempo desde su fuga, y además, no había manera de que aquellos hombres se atreverían a aventurarse a bajar a esos acantilados. Era demasiado empinado y húmedo, y si lo hacían, morirían en el intento.

Aún así, los cuatro quedaron atrapados aquí, como prisioneros. Si ponían un pie fuera de la cueva, finalmente un ejército de hombres de las Islas Superiores los encontrarían y los matarían. Su hermano tampoco tendría piedad con ella. Era inútil.

Se sentó cerca de un lejano y taciturno Reece, y reflexionó sobre los acontecimientos. Ella había salvado la vida de Reece en el fuerte, pero él había salvado la de ella en el acantilado. ¿A él todavía le importaba ella como una vez lo hizo? ¿De la forma en que a ella le importaba él? ¿O todavía estaba molesto por lo que le había sucedido a Selese? ¿La culpaba? ¿Alguna vez la perdonaría?

Stara no podía imaginar el dolor que él estaba pasando aunque estaba allí sentado, con la cabeza en sus manos, mirando fijamente al fuego como un hombre que estaba perdido. Se preguntaba qué era lo que pasaba por su mente. Parecía ser un hombre con nada que perder, como un hombre que había estado al borde del sufrimiento y no había regresado. Un hombre azotado por la culpa. No se veía como el hombre que había conocido alguna vez, el hombre tan lleno de amor y alegría, de sonrisa fácil que le había prodigado amor y cariño. Ahora, en cambio, parecía como si algo hubiera muerto dentro de él.

Stara miró hacia arriba, temerosa de enfrentar la mirada de Reece, pero necesitando ver su rostro. Secretamente esperaba que él la estuviese mirando,

pensando en ella. Pero cuando lo vio, se descorazonó cuando vio que él no la miraba en absoluto. En cambio, sólo miraba las llamas, era la mirada más solitaria que había visto en su rostro.

Stara no podía dejar de preguntarse por millonésima vez si lo que había existido entre ellos había terminado, si se había arruinado por la muerte de Selese. Por millonésima vez, maldijo a sus hermanos, y a su padre, por poner en acción un plan tan artero. Ella siempre había querido que Reece fuera de ella, por supuesto; pero nunca habría consentido el subterfugio que la había llevado a su fallecimiento. Nunca había querido que Selese muriera, ni siquiera que fuera lastimada. Había esperado que Reece le diera la noticia de una manera suave, y que aunque se molestara, entendiera, y no que se suicidara. Ni que destruyera la vida de Reece.

Ahora todos los planes de Stara, su futuro entero, se habían derrumbado ante sus ojos gracias a su horrible familia. Matus era el único sensato que quedaba en su linaje. Pero Stara se preguntaba qué sería de él, de los cuatro. ¿Se pudrirían y morirían aquí, en esta cueva? Con el tiempo, tendrían que dejarla. Y ella sabía que los hombres de su hermano eran implacables. Él no se detendría hasta que los hubiese matado a todos, especialmente después de que Reece había matado a su padre.

Stara sabía que debía sentir algún remordimiento porque su padre había muerto, y sin embargo, no sentía nada. Ella odiaba al hombre y siempre había sido así. En todo caso, se sentía aliviada, incluso agradecida con Reece por matarlo. Había sido un guerrero y rey mentiroso, sin honor, toda su vida y no fue un padre para ella.

Stara miró a esos tres guerreros, todos sentados allí, pareciendo consternados. Había estado en silencios durante horas, y se preguntaba si alguno de ellos tenía algún plan. Srog resultó gravemente herido, y Matus y Reece también estaban heridos, aunque sus lesiones eran menores. Todos parecían estar congelados hasta el hueso, golpeados por el clima de este lugar, con las probabilidades en contra de ellos.

"¿Entonces todos vamos a quedarnos sentados en esta cueva para siempre y morir aquí?", preguntó Stara, rompiendo el sofocante silencio, ya no siendo capaz de soportar la monotonía ni la oscuridad.

Lentamente, Srog y Matus la miraron. Pero Reece seguía sin levantar la mirada y enfrentar la de ella.

"¿Y adónde quieres que vayamos?", preguntó Srog, a la defensiva. "Toda la

isla está plagada de los soldados de tu hermano. ¿Qué posibilidades tenemos contra ellos? Especialmente si están encolerizados por nuestro escape y la muerte de tu padre".

"Tú nos metiste en este problema, primo mío", dijo Matus sonriendo, poniendo una mano en el hombro de Reece. "Ese fue un acto audaz de tu parte. Posiblemente el acto más audaz que he visto en mi vida."

Reece se encogió de hombros.

"Él se robó a mi novia. Se lo merecía."

Stara enfureció al escuchar la palabra *novia*. Se sintió descorazonada. La elección de esa palabra lo decía todo, claramente Reece todavía estaba enamorado de Selese. Ni siquiera miraba a Stara a los ojos. Sentía ganas de llorar.

"No te preocupes, primo", dijo Matus. "Me alegra que mi padre esté muerto, y me alegra que hayas sido tú quien lo mató. No te culpo. Te admiro. Incluso aunque hayas hecho que casi nos mataran a todos en el proceso".

Reece asintió, apreciando claramente las palabras de Matus.

"Pero nadie me respondió", dijo Stara. "¿Cuál es el plan?". ¿Que todos muramos aquí?".

¿Cuál es tu plan?", la preguntó Reece a ella.

"No tengo ninguno", respondió. Hice mi parte. Rescaté a todos nosotros de ese lugar".

"Sí, lo hiciste", reconoció Reece, mirando todavía las llamas, en lugar de verla a ella. "Te debo mi vida".

Stara sintió un atisbo de esperanza en las palabras de Reece, aunque él todavía no quería encontrarse con la mirada de ella. Se preguntaba si tal vez él no la odiaba, después de todo.

"Y tú salvaste la mía", contestó ella. "Del borde del acantilado. Estamos a mano".

Reece todavía miraba fijamente las llamas.

Ella esperaba que le dijera algo, que le dijera que la amaba, que dijera cualquier cosa. Pero no dijo nada. Stara sintió sonrojarse.

"¿Entonces así están las cosas?", dijo ella. "¿No tenemos nada más que decirnos uno al otro? ¿Nuestro asunto terminó?".

Reece levantó la cabeza, encontrando su mirada por primera vez, con una expresión de perplejidad.

Pero ella no podía aguantar más. Se puso de pie de un salto y se alejó

furiosa de los demás, y se quedó de pie en el borde de la cueva, de espaldas a todos ellos. Ella miró la noche, la lluvia, el viento, y se preguntó: ¿todo había terminado entre ella y Reece? Si era así, no sentía ninguna razón para seguir viviendo.

"Podemos escapar a los barcos", respondió Reece finalmente, después de un silencio interminable; sus escuetas palabras se escucharon en la noche.

Stara se volvió y la miró.

"¿Escapar a los barcos?", preguntó ella.

Reece asintió con la cabeza.

"Nuestros hombres están allá abajo, en el puerto de abajo. Debemos ir con ellos". Es el último territorio MacGil que queda en este lugar.

Stara meneó la cabeza.

"Es un plan imprudente", dijo ella. "Los barcos estarán rodeados, si no han sido ya destruidos. Tenemos que pasar a través de todos los hombres de mi hermano para llegar allí. Será mejor esconderse en otro lugar de la isla".

Reece meneó la cabeza, decidido.

"No", dijo él. "Esos son *nuestros* hombres. Debemos ir con ellos, sin importar el costo. Si son atacados, caeremos luchando con ellos".

"No parece entender", dijo ella, igualmente decidida. "Al amanecer, miles de los soldados de mi hermano llenarán las costas. "No podremos escapar".

Reece se levantó, cepillándose la humedad, con fuego en su mirada.

"Entonces no esperaremos la luz de la mañana", dijo. "Nos iremos ahora. Antes de que salga el sol".

Matus se levantó también, lentamente, y Reece miró a Srog.

"¿Srog?", preguntó Matus. "¿Puedes levantarte?".

Srog hizo una mueca mientras tambaleaba al levantarse, Matus le echó una mano.

"No voy a retenerlos", dijo Srog. "Vayan sin mí. Permaneceré aquí en esta cueva".

"Morirás en esta cueva", dijo Matus.

"Pues no morirán conmigo", contestó.

Reece movió la cabeza.

"*Nadie se quedará atrás*", dijo. "Nos acompañarás, sin importar lo que se necesite".

Reece, Matus y Srog se acercaron al lado de Stara en el borde de la cueva, observando el aullido del viento y la lluvia. Stara vio a los tres hombres,

preguntándose si estaban locos.

"Querías un plan", dijo Reece, volviendo hacia ella. "Bueno, ahora ya tenemos uno".

Ella meneó la cabeza lentamente.

"Imprudentes", dijo. "Así son los hombres. Lo más probable es que muramos al ir rumbo a los barcos".

Reece se encogió de hombros.

"Algún día todos moriremos".

Mientras todos estaban allí observando los elementos, esperando el momento perfecto, Stara esperaba que Reece hiciera algo, lo que fuera, que tomara su mano, que le demostrara, aunque sea con un detalle que ella todavía le importaba.

Pero no lo hizo. Mantuvo su mano quieta y Stara sintió endurecerse, aplastada por dentro. Se preparó para embarcarse, sin importar lo que el destino tuviera reservado para ella. Mientras todos salían juntos hacia la oscuridad de la noche, ella se dio cuenta de que sin el amor de Reece, no tenía nada que perder.



## CAPÍTULO OCHO

Alistair estaba parada en el barco, aterrorizada, con los brazos atados detrás de ella, su corazón palpitaba aceleradamente mientras decenas de marineros se le acercaban por todos los costados, con una mirada de lujuria y muerte en sus ojos. Se dio cuenta de que el objetivo de todos esos hombres era violarla y torturarla y matarla, y que se deleitarían haciéndolo. Se sorprendió de que existiera tanta maldad en el mundo, y por un momento ella luchó para entender a la humanidad.

Toda su vida había sabido que a cualquier lugar que iba, siempre era conocida por ser la chica más bella, y más de una vez eso la había metido en problemas. Solo quería que la dejaran en paz. Siempre había querido parecer normal, como todos los demás. Nunca quiso llamar la atención — y ciertamente no quería atraer problema alguno.

Erec, balanceándose en lo alto por encima de la red, gritó, indefenso, enfurecido.

"¡ALISTAIR!", gritó una y otra vez, tratando frenéticamente de liberarse.

Los marineros que estaban abajo se echaron a reír, con gran placer por su captura y su indefensión.

Alistair los miró y sintió una gran ira; ella se vio obligada a ser audaz, valiente.

"¿Por qué querrían lastimarme?", preguntó ella, con su voz llena de compasión. "¿No ven que su comportamiento solo les perjudica? Todos somos parte del mismo planeta".

Los hombres se rieron en su cara.

"¡Palabras elegantes de una chica tonta!", gritó uno de ellos, mientras subía su mano carnosa, preparándose para darle una bofetada.

Al bajar las manos hacia ella, algo extraño le sucedió a Alistair. Se apoderó de ella una sensación que nunca había experimentado: era como si todo el mundo se hubiera ralentizado, la mano del hombre se empezó a mover a paso de tortuga en el aire. Cuando ella se centró en la mano, ésta parecía congelarse. Todo el mundo parecía estar congelado. Ella vio cada partícula en detalle, vio la fibra misma de la naturaleza en el espíritu y las almas de estos

hombres.

Alistair de repente sintió una oleada de energía. Se sentía en un reino diferente, capaz de trascender todo ante ella, capaz de tener poder sobre todas las cosas a través de la solidaridad y del amor y de la compasión. Sentía una fuerza tremenda surgir dentro de ella, una fuerza que aún no podía entender. Parecía la energía de mil soles corriendo por sus venas.

Alistair parpadeó, y el mundo volvió a la vida otra vez en un gran destello de luz. Ella miró la mano del hombre, todavía congelada en el aire, y él repentinamente se llenó de pánico mientras miraba su propia mano, incapaz de moverla. Miró a Alistair y a su mano repetidamente, asombrado.

"¡Es una hechicera!", exclamó él.

Alistair se quedó allí de pie, sin miedo, detectando el poder de un espíritu superior dentro de ella, y sintiendo que todos esos hombres, de un plano espiritual diferente, no podían tocarla. Ella se dejaba llevar por un poder y fuerza en el mundo, que era superior a ella.

Alistair se reclinó y levantó sus manos hacia los cielos y al hacerlo, unos rayos de luz blanca corrieron a través de las palmas de sus manos, hacia arriba, iluminando la noche a través de los cielos, hacia la noche oscura.

De repente, el barco se sacudió violentamente de lado a lado. El aullido del viento fue mayor, y grandes olas se elevaron alrededor del barco, hubo una enorme corriente que movía al barco violentamente hacia arriba y hacia abajo.

Todos los hombres que estaban frente a ella, fueron lanzados a cubierta y mientras el barco escoraba, ellos resbalaban por todo el camino hasta estrellarse contra el costado de madera. El barco se balanceó del otro lado y los hombres se deslizaron hacia el otro extremo, estrellándose en ese costado, gimiendo de dolor. Alistair estaba parada con los dos pies bien plantados en cubierta, y se sentía como si fuera una montaña, manteniendo un perfecto equilibrio en el centro del mundo.

El barco se sacudió otra vez, y los hombres se deslizaron al otro lado, gritando mientras se estrellaban en los costados del barco, una y otra vez, hasta romperse las costillas.

Mientras los hombres se deslizaban una vez más, el barco estando casi de lado, gritaron aterrados mientras veían el borde: hubo un gran chapoteo, como si las entrañas del océano emergieran a la superficie y un enorme monstruo surgió de las profundidades. Era dos veces tan grande como una gran ballena, con una cabeza amplia y plana, escamas de un rojo brillante y miles de dientes

afilados. Su cuerpo era más grueso que el barco y se levantó por encima de las aguas con una gran furia, y dejó escapar un grito tan violento que casi dividía el mástil en dos. Los hombres se taparon los oídos tratando de sofocar el sonido, pero incluso así, muchas orejas se llenaron de sangre.

La ballena rosa estaba completamente fuera del agua, más grande que un dragón, más grande que cualquier cosa que Alistair hubiera visto, y luego se zambulló en el barco, con las mandíbulas abiertas de par en par.

Los hombres levantaron sus brazos y gritaron. Pero ya era demasiado tarde; los dientes de la ballena bajaron a través de la mitad del barco y lo hizo pedazos. Se comió a los hombres, con la sangre chorreando de entre sus dientes mientras cerraba su mandíbula y luego desapareció rápidamente, sorbiéndolos por debajo del océano.

El barco, ahora vacío, destruido, se hundía rápidamente y Alistair miró hacia arriba para ver a Erec, que se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en su red. Ella vio como la cuerda se rompió y él se estrelló en la cubierta. Erec usó su daga para cortar la red y liberarse. Se abrió paso poniéndose de pie y corrió hacia ella.

Los dos se abrazaron.

"Alistair", dijo. "Gracias a Dios estás a salvo".

El barco se llenaba de agua rápidamente. Sobre el sonido del viento y las olas se escucharon los gritos de los hombres, y Alistair se volvió y vio al capitán; bajó corriendo desde las cubiertas superiores, junto con decenas más de marineros de la parte posterior del barco.

"¡Allí!", gritó Erec.

Alistair se volvió y siguió su dedo para ver una pequeña embarcación, un bote de seis metros con una vela pequeña, atado con cuerdas al lado del barco, evidentemente era el bote salvavidas de este enorme barco. Los marineros corrían hacia él y Erec agarró la mano de ella y corrieron a través de la cubierta, consiguiendo adelantarse a los demás.

Llegaron en primer lugar al bote salvavidas, y Erec levantó a Alistair y la puso en el botecito mientras el barco se sacudía; ella se sujetó de la cuerda, tratando de afianzarse.

"¡No toque nuestra barca!", gritó el capitán.

Erec se acercó y mientras el capitán se acercaba, Erec lo apuñaló en el corazón con su espada. El capitán abrió la boca y cayó de rodillas, con los ojos saltones por la impresión, mientras Erec estaba parado sobre él, haciendo

muecas.

"Debí haber hecho eso hace mucho tiempo", dijo Erec.

Varios marineros más se acercaron, y Erec, desatado, luchó con venganza, acuchillando y matando a una docena, mientras ellos, de forma poco convincente levantaban sus espadas y trataban de defenderse. Pero ellos no eran rival para él.

“¡Erec, debemos irnos!”. Alistair gritó, mientras el barco se tambaleaba.

El barco se sacudió violentamente, entrando más agua, mientras docenas más de marineros comenzaban a correr hacia él. Erec se volvió y saltó en el bote de remos, y en cuanto lo hizo, cortó las cuerdas.

Alistair sintió su corazón en la garganta mientras se desplomaban por el aire hacia el océano, golpeando las olas con un gran chapoteo, bamboleándose mientras el océano se agitaba.

Escaparon justo a tiempo; un momento más tarde, el enorme barco giró hacia un costado, volteándose. Los marineros que se quedaron a bordo gritaron con sus últimos alientos mientras el mar se los tragaba, junto con el barco, con un gran agrietamiento de la madera.

Erec remó con todas sus fuerzas, alejándose del barco, y pronto, los gritos se calmaron. Rápidamente solo quedaron ellos dos, navegando en la oscuridad de la noche, bajo un millón de estrellas rojas, dirigiéndose a quién sabe dónde en el universo.

## CAPÍTULO NUEVE

Thor caminaba por la Tierra de los Druidas, sorprendido por su entorno, tan exótico y sin embargo tan extrañamente familiar. Atravesó un campo de flores, estiró la mano y las tocó asombrado, tratando de comprender dónde lo había visto antes, donde había visto antes todo este paisaje. Mientras más lo examinaba, más empezaba a recordar: era el campo de flores en el que ya había estado antes. Era el campo que estaba afuera de la Corte del Rey. El lugar donde había tenido su primera cita con Gwendolyn. Había sido un lugar mágico para él, un lugar grabado en su memoria, donde se había enamorado por primera vez. Un lugar que nunca podría olvidar.

Pero, ¿qué podría posiblemente estar haciendo aquí, en la mitad del mundo, en la Tierra de los Druidas? ¿Había cruzado el mundo sólo para volver a casa? No tenía sentido.

Mientras Thor caminaba en lo más profundo del campo, luchaba para entender lo que estaba sucediendo. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo, y tenía la sensación de que sin duda estaba en una tierra diferente, en un lugar diferente. Había una energía diferente en el aire, peso, y un olor distinto en la brisa. Por primera vez en su vida, Thor sintió como si la energía se alineara con él de manera perfecta. Como si estuviera en casa, entre su gente. Las personas eran como él. Eran personas que lo entendían. Se sentía más vivo, más fuerte aquí que en cualquier otra parte del mundo.

Pero al mismo tiempo, su entorno también se sentía diferente, ajeno a él. Tuvo un presentimiento, presintió un peligro, y no sabía qué era.

Thor examinó el horizonte, esperando ver algo familiar — el imponente castillo de sus sueños, el palacio de su madre, la ruta que lo conducía a él — o por lo menos, algún camino que lo llevara a él.

Pero no vio nada de eso. En cambio, mientras atravesaba el campo de flores por un sinuoso camino de tierra, el paisaje pronto dio paso a un pequeño pueblo, el camino de tierra pasaba a través de él, lleno de cabañas de piedra blanca.

Thor se quedó sin aliento, sorprendido, mientras los vellos de sus brazos se levantaban: era *su* pueblo. Su pueblo natal.

¿Cómo era posible?, se preguntaba. ¿Había viajado medio mundo sólo para volver a casa?

Thor siguió caminando con recelo por las calles vacías, hasta que más adelante vio una figura en la distancia. La figura estaba encorvada en el camino de tierra, y cuando Thor se acercó a él se sorprendió al ver que era una anciana, encorvada sobre una caldera encima de una fogata. Ella también le parecía conocida.

Ella lo miró e hizo una mueca.

"¡Ten cuidado al caminar!", lo regañó.

Thor reconoció esa voz, y de repente recordó: era la mujer de su pueblo, la que siempre estaba encorvada sobre su guisado, siempre gritándole mientras él corría por ahí, molestando a sus polluelos. ¿Estaba viendo cosas?

"¿Qué hace aquí?", preguntó él, mudo de asombro.

"La pregunta es: ¿qué haces tú aquí?"

Thor parpadeó, confundido.

"He venido a buscar a mi madre".

"¿Sí? ¿Y cómo piensas hacer eso?"

Thor miró hacia abajo a su reliquia y vio que la flecha ya no estaba apuntando a ninguna dirección. Se había roto. Él había llegado, y ahora que estaba aquí, era por su cuenta. No tenía ni idea de cómo encontrarla ahora.

Thor miró a la mujer.

"No sé", respondió finalmente. "¿Qué tan grande es la Tierra de los Druidas?"

La mujer echó la cabeza hacia atrás y cacareó, con un sonido horrible que le hizo sentir escalofríos en su espina dorsal.

Finalmente, dijo: "Puedo decirte dónde está".

Thor la miró sorprendido.

"¿Puede hacerlo? Pero, ¿cómo lo sabría?"

Ella agitó su caldero.

"Por un precio", dijo, "te diré lo que sea".

"¿Qué precio?", preguntó Thor.

"Por tu brazaletes".

Thor miró su brazaletes de oro que Alistair le había dado, brillando en la luz. Él vaciló. Sentía que tenía un enorme poder, y que era la única protección que tenía en esta tierra. Él tuvo la premonición de que si se lo daba a ella, perdería toda su fuerza.

Por otra parte, Thor necesitaba saber donde estaba su madre.

"Es un regalo", dijo él. "Lo siento. "No puedo".

La mujer se encogió de hombros.

"Entonces no puedo ayudarte".

Thor la miró con asombro, frustrado.

"Por favor", dijo él. "Necesito que me ayude".

Ella agitó su caldero durante mucho tiempo, y finalmente suspiró.

"Mira mi caldero. ¿Qué ves?".

Thor la miró, confundido, entonces finalmente miró hacia su caldero.

Parpadeó varias veces, atrapado fuera de guardia, se inclinó más, tratando de mirar bien.

En las aguas tranquilas, lentamente surgió una reflexión. En un principio parecía su rostro; pero luego, lentamente, se dio cuenta de que no era su cara. Era la cara de Andrónico.

Thor miró a la mujer, quien lo miraba con maldad.

"¿Quién es usted?", preguntó él.

Ella le sonrió ampliamente.

"Yo soy todo el mundo", dijo. "Y nadie".

Ella saltó de su caldero, estiró la mano y le arrebató el brazalete de su muñeca. Mientras Thor estiraba la mano para recuperarlo, ella repentinamente se transformó ante sus ojos, mutando en una larga y gruesa serpiente blanca. Thor la miró con horror y se dio cuenta de que era una Whiteback mortal, la misma serpiente que había visto en su primera cita con Gwendolyn. El signo de la muerte.

La serpiente crecía más y más y antes de que Thor pudiera reaccionar, su cola se envolvió alrededor de sus tobillos, después alrededor de sus espinillas, de sus rodillas, muslos, cintura y pecho. Apretó sus brazos y se quedó allí, apenas capaz de respirar mientras lo aplastaba.

La serpiente entonces se inclinó hacia atrás y abrió sus colmillos ampliamente y Thor volvió su rostro, sintiendo su aliento caliente sobre su cuello y sabiendo que, en momentos, hundiría sus colmillos en su garganta.

## CAPÍTULO DIEZ

Rómulo marchó a través de la provincia del sur del Anillo, viendo con alegría que sus decenas de miles de hombres iban hacia adelante hacia las puertas de Savaria. Cientos de ciudadanos del Anillo corrían hacia las puertas de la ciudad, y los caballeros haciendo guardia bajaron la gran verja levadiza y la cerraron de golpe, justo cuando entró la última persona. Subieron el puente levadizo sobre el foso, y Rómulo miró y sonrió ampliamente. Esta gente de Savaria realmente pensaba que podrían mantenerlo alejado. No tenían idea de lo que les esperaba.

Rómulo oyó un gran grito, y miró hacia arriba y vio a su ejército de dragones volando, dando vueltas en círculo, en espera de su comando. Él levantó su puño y lo bajó, y al hacerlo, bajó en picado, corriendo hacia el horizonte. Hacia Savaria.

Los dragones sobrevolaban los enormes muros sobre las puertas de la ciudad, como si no existieran, y al llegar cerca del suelo soplaron una pared de fuego.

Se escucharon miles de gritos detrás de los muros de la ciudad, los civiles indefensos fueron masacrados por el soplado de los dragones, y fueron quemados vivos intentando huir, sin tener a dónde ir. Él observaba a través de las puertas de hierro mientras los caballeros levantaban sus espadas inútilmente, sus armas se derretían en sus manos, hacia sus muñecas, sus armaduras se derretían sobre ellos, gritando mientras también eran quemados vivos.

Nadie estaba a salvo de la ira de los dragones. Las grandes paredes que supuestamente debían mantener alejados a los invasores, por el contrario mantenían las olas de fuego de los dragones, creando un efecto de pecera. Incluso un dragón podría haber arrasado con la ciudad. Docenas de ellos causaron un apocalipsis.

Rómulo respiró profundamente y sintió gran satisfacción por el infierno que había ante él. Irradiaba, cabalgando lentamente sobre su caballo, mientras sentía el calor de las olas de fuego. El fuego quemó los muros de la ciudad, las llamas subían más y más, saliendo por las ventanas como un enorme caldero



ardiente que no podía ser apagado.

Los hombres de Rómulo se detuvieron al borde del foso, incapaces de acercarse más debido al intenso calor. Esperaron y esperaron, hasta que finalmente Rómulo subió su mano y los dragones volvieron a caer, regresando, dando vueltas sobre su cabeza.

Las llamas finalmente cedieron, y mientras lo hacían, los hombres de Rómulo corrieron hacia adelante y bajaron un improvisado y largo puente de madera sobre el foso. El primer batallón corrió sobre él, sosteniendo un largo palo de hierro y embistieron la verja levadiza de acero que seguía en llamas. Las chispas volaban por todas partes, mientras ellos embestían una y otra vez; finalmente, cedió en medio de una gran nube de llamas y chispas, desvelando un muro en llamas detrás de él.

Ellos se quedaron allí esperando, mientras Rómulo dirigía lentamente su caballo hacia la línea del frente. Detrás de él, sentado en su caballo, estaba su premio, su nuevo juguete —Luanda— con sus muñecas y manos atadas, con la boca amordazada, los tobillos atados a la silla de montar. La habían obligado a cabalgar con él. Él podría haberla matado, por supuesto, pero prefirió prolongar su infierno, hacer que presenciara lo que estaba a punto de hacer con su patria. Había algo en ella, algo desafiante y maligno que le empezaba a gustar y se preguntó si podría ser una compañera apropiada para él.

Rómulo se detuvo mientras llegaba al borde del foso, luego asintió con la cabeza. Cientos de sus hombres que esperaban sus órdenes, irrumpieron en la ciudad con un gran grito y el sonido de los cuernos, y pronto la ciudad estaba llena de sus soldados. Él vio con orgullo la bandera del Imperio izándose sobre sus puertas.

Él sabía que Savaria era una de las grandes ciudades del Anillo. Y ahora, cada persona que estaba dentro, en cuestión de minutos, cada caballero y soldado y plebeyo y lord, estarían muertos. Y él no había perdido ni siquiera a un soldado. Había sido igual durante toda la marcha desde el Cañón, Rómulo lenta y meticulosamente había acabado con cada pueblo y aldea que se había encontrado, esperando que la destrucción del Anillo fuera total.

Por supuesto, la Corte del Rey todavía era libre, pero había querido tomar su tiempo antes de llegar allí. Primero quería destruir todo, no dejar ni una hierba, como venganza por su anterior derrota. Llegaría a buen tiempo con Gwendolyn, y su Corte del Rey. Desataría a sus dragones, y él la haría pagar. Pero no antes de que destruyera cada pueblo de su precioso Anillo.

Rómulo echó hacia atrás su cabeza y rugió triunfante. No importaba cuánto durara el hechizo, él era invencible. Y mientras viviera, nada ni nadie en el mundo podría detenerlo.

## CAPÍTULO ONCE

Gwendolyn montaba en la parte trasera de Ralibar, sujetándose con todas sus fuerzas, preguntándose cómo había llegado aquí. Ralibar volaba erráticamente, como nunca antes, subiendo y bajando, corriendo entre las nubes, como si quisiera que ella cayera.

“¡Ralibar, ve más despacio, por favor!”, gritó ella.

Pero Ralibar no le hacía caso. Era una bestia diferente, un dragón que ella no conocía. Él rugió — con un ruido aterrador — y bajó en picado a través de las nubes — directamente, como vio Gwen, hacia la Corte del Rey.

“¡No puedo sujetarme!”, Gwen gritó, resbalándose.

Pero Ralibar voló más rápido, de manera más empinada, y un momento después, Gwen gritó al perder su sujeción.

Gwen voló por el aire, dando volteretas, cayendo hacia la Corte del Rey. Y Ralibar, en vez de descender para atraparla, se alejó de ella.

Gwendolyn se mentalizó, gritando, mientras se precipitaba hacia el suelo.

Cayó con fuerza sobre el lodo, sintiendo dolor en cada parte de su cuerpo. Sin embargo, estaba viva.

Gwen se levantó lentamente, preguntándose cómo había podido sobrevivir. Ella miró alrededor y casi no reconoció la Corte del Rey. Estaba en ruinas, y ella estaba al centro de él, era la única persona viva.

Escuchó el llanto de un bebé y se dio vuelta, inmediatamente reconoció el llanto de su hijo. Vio, al otro lado de la Plaza, a Guwayne. Estaba solo, llorando a los cielos.

Con el corazón destrozado, Gwen trató de correr hacia él, pero al hacerlo, se encontró tropezándose en el lodo.

“¡Guwayne!”, gritó ella.

Gwen corrió, tropezando, hasta que finalmente lo alcanzó. Ella lo levantó y lo sujetó firmemente, llorando, meciéndolo. No podía entender cómo había llegado aquí él solo.

Gwendolyn miró hacia arriba y vio de pie ante ella, debajo de la gran puerta en forma de arco para entrar a la ciudad, a su padre. El Rey MacGil. Estaba inexpresivo, con la cara dura y fría y se le quedó mirando, sombrío.

"Hija mía", dijo él repentinamente, con la voz que parecía venir de lejos. "Vete de este lugar. Vete de inmediato".

Gwen sujetó a Guwayne, llorando y gritando en sus brazos; estaba a punto de responder, de preguntarle a su padre qué estaba haciendo aquí, contra qué le estaba advirtiendo, cuando repentinamente escuchó un aleteo. Estiró su cuello y miró al cielo, y finalmente vio un dragón descendiendo súbitamente de las nubes. Al principio estaba eufórica, esperando que fuera Ralibar; pero luego se horrorizó al ver que no era él. Era un dragón horrible, de color amarillo, que nunca había visto antes, con los dientes largos y afilados, una cabeza demasiado grande para su cuerpo y las alas cubiertas de púas y espinas.

El dragón arqueó su cuello, chillando hacia los cielos, luego bajó su cabeza y sopló fuego hacia ella. Una pared de fuego corrió por el aire, y Gwen gritó y sujetó a su bebé sobre su pecho para protegerlo del calor. Ella se encogió y se agachó, aunque intentaba escapar, sintió las llamas quemándola viva, poco a poco.

Gwen despertó gritando. Se sentó en la cama, respirando con dificultad, mirando a todas partes, tratando de eliminar las llamas. Saltó de la cama, y le costó un momento darse cuenta de que era sólo una pesadilla.

Gwen estaba parada en la habitación del castillo, sudando, respirando con dificultad. Lentamente, recuperó el aliento y miró hacia fuera y vio el primero de los soles naciendo a través de su ventana, la habitación se llenó de un color violeta. Ella vio a Guwayne durmiendo plácidamente en su cuna, al lado de su cama. Respiró profundamente, dándose cuenta de que todo estaba bien en el mundo.

Gwen cruzó la habitación, salpicó agua en su cara, luego fue hacia la ventana arqueada que estaba abierta. Miró hacia afuera, preparándose para lo peor después de esa pesadilla.

Pero todo estaba en paz en su reino. Toda su Corte dormía y no había ningún revuelo. Aparentemente, no había razón para temer.

Pero mientras Gwen estaba ahí parada, su sueño colgaba sobre ella como una frazada. Presintió que sus visiones eran reales; sintió que todo era un aviso, que tenía que irse de este lugar —y sacar a su gente de este lugar. Tenían que evacuar. No podía esperar un momento más.

Gwendolyn rápidamente se vistió, cruzó su habitación, y abrió la puerta.

Sus guardias se dieron vuelta y la miraron, poniéndose en posición de

firmes.

"Mi señora", dijo uno.

Ella lo miró con la gravedad de una reina. Estaba decidida—sin importar cuáles fueran las consecuencias.

“Suenen los cuernos de evacuación”, les ordenó. “¡Ahora!”.

No había confusión en la autoridad de su voz, sus asistentes la miraron, con los ojos bien abiertos por la sorpresa. Pero ejecutaron su orden, e inmediatamente se apresuraron y corrieron a obedecer su voluntad.

Gwen se dio vuelta, levantó a Guwayne, y se preparó a reunir las cosas más valiosas. Echó una última mirada larga a la habitación de su castillo, luego fue a la ventana y miró a la Corte del Rey por última vez. Sabía que nunca volvería a verla.

\*

Gwendolyn estaba parada en el centro del patio de la Corte del Rey bajo el sol temprano de la mañana, rodeada de miles de personas de su pueblo, una muchedumbre agitada y enojada. Al lado de ella estaban parados Steffen y Aberthol y todos sus consejeros, junto con sus hermanos, Godfrey y Kendrick. Estaban a su lado, en apoyo a la reina, mientras la turba se enfrentaba a ella con enojo. Alrededor de la periferia de la Corte del Rey estaban parados cientos de sus soldados viendo con recelo, sosteniendo sus armas, preparados para que a la señal de ella actuaran en contra de aquellas personas que se negaran a evacuar.

Después de que los cuernos habían sonado, su pueblo se había reunido aquí en el patio, obligados por los soldados desde sus casas; ahora aquí estaban parados, adormilados, una turba enfurecida estaba frente a ella, exigiendo respuestas. Nunca había visto a su gente tan molesta con ella, y no le gustaba esa sensación. No era la experiencia de ser reina que había llegado a conocer.

"¡Exigimos respuestas!", gritó alguien entre la multitud, y la turba ovacionó con enojo.

"¡No puede sacarnos de nuestras casas de esta manera!", gritó otro.

"¿Por qué exige la evacuación? ¡No nos están atacando!”.

“¡No dejaré el hogar donde nací, estando en la ciudad más fortificada de la Tierra!”.

"¡Queremos respuestas!”.

La multitud vitoreó nuevamente. Gwendolyn los enfrentó a todos, sintiéndose odiada por su gente. Sin embargo, en su interior, aunque fuera difícil, sabía que estaba haciendo lo correcto.

Gwen dio un paso adelante y hubo un momento de calma, todos los ojos voltearon a verla en silencio.

"Tuve una pesadilla", gritó Gwen a la multitud. "Una pesadilla de destrucción, que viene hacia nosotros".

"¡Una pesadilla!", gritó alguien.

La multitud entera rió de manera burlona.

"¿Vamos a desarraigarnos y dejar atrás nuestras vidas por sus pesadillas?"

La multitud ovacionó, y Gwendolyn sintió ruborizarse, avergonzada.

"¡Gwendolyn es su reina, y la tratarán con respeto!", Steffen gritó airadamente.

Gwendolyn colocó una mano tranquilizadora sobre su muñeca; ella agradecía su apoyo, pero no quería incitar más a la multitud.

"Si desea irse en base a sus pesadillas", gritó uno de ellos, "¡entonces hágalo! ¡Buscaremos a un nuevo gobernante!".

Se escuchó otra ovación.

"¡No nos iremos!", gritó otro.

La multitud gritó, elevándose al rojo vivo.

Godfrey fue corriendo al lado de ella y enfrentó a la multitud, agitando sus brazos.

"¡Gwendolyn siempre ha sido una reina buena y justa con ustedes!", gritó. "Ella ha estado con ustedes en las duras y en las maduras. Ahora ustedes deben devolver el favor. Si tiene razones para creer que debemos evacuar, ¡entonces deben hacerle caso!".

"¡Incluso las buenas reinas pueden tomar malas decisiones!", gritó un miembro de la multitud, siendo ovacionado por los demás.

Gwen vio sus caras, y notó que cada uno de ellos estaba enojado, decidido y quizás con miedo. Ninguno de ellos quería aventurarse hacia lo desconocido. Ella pudo entender eso.

"¡Entiendo cómo se sienten!", gritó Gwendolyn. Pero mi decisión no se basa en sueños solamente. Se basa en las profecías. Antiguas profecías que he leído. Presagios que he visto venir. En las predicciones de Argon. No creo que la Corte del Rey vaya a prevalecer más tiempo. Quiero que todos estén en un lugar seguro antes de que eso ocurra. Sé que es difícil dejar sus casas. Ni yo

quiero dejar mi hogar. Amo a la Corte del Rey. Pero les pido que confíen en mí. Entiendo que lo desconocido es difícil. Pero sería más seguro que donde estamos ahora".

"¿Cómo podemos confiar en usted si no nos muestra el peligro?", gritó uno de ellos, y la multitud ovacionó estando de acuerdo.

"No nos iremos. No", gritó otro.

Mientras la multitud rugía y vitoreaba, Gwendolyn no podía creer lo que veía frente a ella. ¿La multitud era tan voluble? ¿Podían realmente amarla en un momento y odiarla al siguiente?

Gwen recordó algo que su padre le había dicho una vez, algo que no había entendido en ese momento. *Las masas te amarán y las masas te odiarán. Es una trampa para ser persuadido por cualquiera de los dos.*

"Lo siento", dijo Gwendolyn, "pero yo soy su líder y debo decidir qué es lo mejor. Si no se van voluntariamente, mis soldados tendrán que escoltarlos a la fuerza a salir de la ciudad. Esta ciudad será blindada y evacuada, y nadie se quedará atrás. No bajo mi mando".

Los abucheos y las burlas se incrementaron, y un hombre dio un paso adelante y enfrentó a Kendrick.

"Es por eso que una mujer no debe gobernarnos", dijo el hombre. "Una mujer cede ante sus sueños volubles. Usted es el primogénito del Rey MacGil. Preferiríamos que usted fuera nuestro líder".

La multitud ovacionó detrás de él, y Gwen no podía creer lo que estaba escuchando. Kendrick se sonrojó.

"Este es su momento", continuó diciendo el hombre. "Asuma el control el gobierno de los MacGil. Los Plateados le responderán a usted. No le haremos caso a ella—pero sí le obedeceremos a usted".

Gwendolyn miró a Kendrick, consternada, y se preguntó cómo reaccionaría él. Ella sabía que él no estaba de acuerdo con la evacuación. Esta era su oportunidad, sin duda alguna.

Hubo un tenso silencio entre la multitud hasta que finalmente, Kendrick habló.

"¡Apoyo a mi hermana!", espetó. "Yo siempre serviré honorablemente a mi reina—esté o no esté de acuerdo con ella. Eso es lo que nuestro padre quería. Y ese es nuestro código de honor".

La multitud, sorprendida y decepcionada, levantó sus puños y abucheó.

"¡PLATEADOS!", gritó Kendrick. "Su Reina ha hablado. ¡Cumplan su

orden! ¡Evacuen la ciudad de inmediato!"

Un coro de cuernos sonó, y la multitud abucheó y empujó mientras miles de Los Plateados se acercaban a ellos, acorralándolos hacia las puertas. La multitud los hizo retroceder, luchando contra ellos. Pero los Plateados iban armados, llevaban armadura y eran la fuerza de combate de élite, y la multitud no fue rival para ellos. Los Plateados los empujaron lenta y firmemente, hasta las puertas de salida.

Lentamente, la ciudad se vació, una persona a la vez.

Gwen se quedó parada viendo todo, y se acercó a Kendrick mientras él también observaba.

“Gracias, hermano mío”, dijo ella poniendo una mano sobre la muñeca de él. “Nunca olvidaré esto”.

Él se volvió hacia ella y movió la cabeza, sin embargo su rostro era de seriedad.

"Espero que sepas lo que estás haciendo, hermana mía", dijo.

Gwen lo miró, sintiéndose indecisa mientras miraba a su gente alejándose de esta ciudad y preparándose a unirse a ellos.

"Eso espero yo también", dijo ella.

Se unió a Kendrick, Godfrey, Steffen, Aberthol y todos sus asesores mientras seguían a las masas, saliendo por las puertas de la Corte del Rey, pero esta vez Gwendolyn sabía que era para siempre.



## CAPÍTULO DOCE

Thor se retorció, tratando de liberarse de la sujeción de la serpiente blanca — pero era demasiado fuerte. Su cuerpo musculoso estaba envuelto alrededor de él, desde los tobillos hasta su pecho, apretándolo en prensa. Ahora estaba frente a él, siseado, preparándose para abrir sus colmillos sobre el cuello de Thor.

Thor trató de esquivarlo, de despedazarlo, de hacer cualquier cosa, pero era inútil. Todo lo que podía hacer era cerrar los ojos y darse vuelta mientras se preparaba para la inevitable mordida en su rostro.

Thor no comprendía lo que estaba sucediendo aquí, en este lugar. Él siempre había imaginado que cuando hubiese encontrado la Tierra de los Druidas, sería bienvenido, recibido por su madre. Él esperaba reconocer inmediatamente su hogar. No había esperado nada de esto.

Y ahora, Thor no podía creer que pasaría sus últimos momentos aquí, que moriría aquí, tan cerca de encontrar a su madre, a merced de esta terrible bestia.

Mientras Thor se preparaba, abrió sus ojos obligándose a ver sus últimos segundos en la Tierra. Y mientras la serpiente bajaba sus colmillos, de pronto Thor sintió movimiento con el rabillo del ojo. Era un hombre, como de cincuenta años, corpulento, con una barba larga y pelo melencoloso color marrón — era un hombre que Thor apenas reconoció. Llevaba una armadura resplandeciente, la armadura de un rey, y él, al ver a Thor se acercó corriendo con su guantelete y agarró a la serpiente por el cuello, lanzándola por el aire, a solo centímetros de clavar sus dientes en la cara de Thor.

Thor vio con asombro cómo el hombre apretaba a la serpiente por el cuello, con más y más fuerza, la serpiente siseaba y jadeaba. Thor sentía los músculos de la serpiente relajarse lentamente alrededor de su cuerpo, mientras el hombre lo mataba apretándolo.

Cuando la serpiente comenzó a aflojarse, Thor movió un brazo para liberarse y levantó su espada y cortó su cuerpo en dos.

La mitad de la serpiente envuelta alrededor de Thor cayó sin fuerzas al suelo, pero la otra mitad que el hombre sujetaba, todavía luchaba por vivir. El

hombre lo apretó con más y más fuerza hasta que finalmente, los ojos de la serpiente se abrieron, luego se cerraron y su cuerpo quedó flácido en la mano del hombre.

Mientras el hombre lanzaba el cadáver de la serpiente al suelo, Thor lo miraba con incredulidad. Era un hombre que reconocía; un hombre que había amado; un hombre al que extrañaba mucho; un hombre que pensaba que nunca iba a ver otra vez.

El Rey MacGil.

\*

Mientras el Rey MacGil tiraba la cabeza de la serpiente, miró a Thor, sonriendo ampliamente a través de su barba y avanzó y le dio un abrazo, como lo haría un padre con su hijo.

"Rey mío", dijo Thor sobre su hombro, mientras MacGil retrocedía y lo miraba.

"Thorgrinson", dijo MacGil poniendo una cálida mano en el hombro de Thor, sonriendo con aprobación. "Te dije que nos encontraríamos otra vez".

Thor se quedó sin palabras. No entendía lo que estaba sucediendo. ¿Había muerto y se había ido al cielo? ¿O se estaba volviendo loco?

"Pero, ¿cómo?", preguntó Thor. "¿Cómo está aquí? ¿Está vivo?".

El Rey MacGil sonrió, puso su brazo alrededor de Thor, se dio vuelta y comenzó a caminar con él, llevándolo por una senda de la ciudad.

"Siempre tuviste muchas preguntas".

"¿He muerto?", preguntó Thor.

El Rey MacGil reía encantado, y Thor estaba eufórico por escucharlo. La risa del rey era un sonido que él había extrañado mucho; sin duda no se había dado cuenta hasta este día, cuánto había extrañado verlo. De alguna manera, aunque lo había conocido brevemente, el rey MacGil era como un padre para Thor y verlo era como recuperar a su padre.

"No, hijo mío", dijo el rey MacGil, riendo todavía, "no has muerto. De hecho, sólo has comenzado a vivir. Estás a punto de vivir verdaderamente".

"Pero... usted murió. ¿Cómo es que está aquí?".

"Ninguno de nosotros muere, realmente", respondió MacGil. "Ya no estoy en el plano físico, eso es cierto; pero fuera de eso, estoy muy vivo. En la Tierra de los Druidas, el velo entre los vivos y los muertos es más delgada,

más transparente. Es más fácil de cruzar. Tu madre me envió aquí a buscarte. Para llevarte con ella".

Los ojos de Thor se abrieron de par en par, sorprendido y emocionado por la mención de su madre.

"Entonces *sí* existe", dijo Thor.

MacGil sonrió.

"Totalmente". Él suspiró. "Uno no puede atravesar esta tierra sin un guía. Seré tuyo. Debiste haberme esperado pacientemente, en la puerta, a que fuera a buscarte. Entonces no te habrías metido en este problema. Pero siempre fuiste impaciente, Thorgrinson. ¡Y por eso te amo!", dijo con una sonrisa.

Siguieron por un sendero y Thor asimiló todo, sorprendido.

"No entiendo este lugar en absoluto", dijo Thor. "Parece tan conocido...y sin embargo, tan extraño".

MacGil asintió con la cabeza.

"La Tierra de los Druidas es diferente para cada persona que entra", dijo. "Es un lugar diferente para mí y para ti. Incluso podríamos ver dos tierras diferentes. Verás, Thorgrinson, todo lo que ves aquí es sólo un reflejo de tu propia conciencia. De tus recuerdos, de tus esperanzas y necesidades y deseos y miedos. De tus deseos. Podrías pasar por aquí y ver tu ciudad natal; ver a tu primer amor; ver cualquier lugar que haya sido importante para ti; ver los mejores momentos de tu vida ante ti. Podrías encontrar tus momentos más gloriosos, tus más altas ambiciones — y también podrías encontrar tus demonios más oscuros. De esta manera, la Tierra de los Druidas es el lugar más seguro y más agradable del planeta— pero también el más oscuro y peligroso. Todo depende de ti. De tu mente. De tus demonios. De cómo te ves a ti mismo. De cómo percibes el mundo. Y sobre todo, cuán profundamente puedes controlar tu mente. ¿Puedes eliminar un pensamiento sombrío? ¿Puedes darle poder a uno positivo?"

Thor asimiló todo, abrumado, tratando de entender. Se dio cuenta de algo cuando escuchó las palabras del rey.

"Usted", dijo Thor, "es un reflejo de mi mente".

MacGil asintió con la cabeza, sonriendo.

"Tú me amabas", dijo él. "Fui una persona importante para tí". Una especie de mentor".

"Cuando deje este lugar, usted se habrá ido", dijo Thor, empezando a comprender y entristecido al pensarlo.

MacGil asintió con la cabeza.

"Cuando te vayas— *si* alguna vez te vas— entonces sí, el mundo volverá a ser como lo conocías. Pero por ahora, aquí estamos. Tan reales y tan vivos como fuimos alguna vez. Tu mente entera, tu conciencia entera, se extiende ante ti. ¿No ves, Thorgrin", dijo él, poniendo un brazo alrededor de su hombro, "que toda esta tierra es un reflejo de ti? Es un ejercicio de control mental, Thorgrinson. Algunos de tus momentos más felices, algunos de tus recuerdos más bellos, aparecerán ante ti en tu viaje. Aunque debo advertirte: no dejes que tus pensamientos oscuros te abrumen, ni siquiera por un instante. Los pensamientos oscuros pasan a través de la Tierra de los Druidas como fuertes tormentas. Si no aprendes a controlarlos, te destruirán".

Thor tragó saliva, nervioso, empezando a entender.

"Entonces esa ciudad que pasé", Thor se dio cuenta, "era mi ciudad natal. Yo la creé. Mi mente creó eso".

MacGil asintió con la cabeza.

"Fue un lugar importante en tu vida. Era el lugar que querías que te diera la bienvenida".

Thor se dio cuenta de algo más.

"Y entonces ese campo de flores por el que caminé", dijo él, "fue sin duda donde tuve mi primera cita con Gwendolyn. Y esa serpiente blanca que vi..."

A Thor se le fue la voz, entendiendo todo. Estaba empezando a tener sentido. Finalmente, estaba entendiendo. Este lugar era más poderoso de lo que podía darse cuenta. Era más sorprendente, más prometedor de lo que había soñado. Y era más aterrador.

Caminaron un largo rato en silencio, hasta que algo le ocurrió a Thor.

"¿Y mi madre?", preguntó él. "¿Está viva?". ¿Es una persona real? ¿O sólo es producto de mi imaginación y de mi esperanza? ¿Está aquí sólo porque ella existe en algún lugar profundo de mi subconsciente? ¿Sólo porque yo siempre quise que ella existiera? ¿Sólo porque necesitaba que existiera? ¿Sólo porque soñaba con tener a una madre gloriosa?".

El Rey MacGil estaba callado, inexpresivo, mientras caminaban.

"Tú buscas todas las respuestas", dijo él. "En la Tierra de los Druidas, te darás cuenta de que nada es absoluto. Las únicas respuestas que encontrarás, están dentro de ti mismo. Lo poderoso que seas por dentro, así de poderoso será este mundo para ti. Prepárate, joven Thorgrin y ármate de valor para controlar el arma más dura, más poderosa, más difícil de controlar de todas: tu

mente".

\*

Thor atravesó la Tierra de los Druidas durante horas, con MacGil a su lado. Los dos habían estado riendo y conversando durante horas, recordando los viejos tiempos, sobre las cacerías en las que habían ido juntos, sobre la Corte del Rey, de cuando Thor había conocido a la hija del rey por vez primera. Hablaron de cómo MacGil lo aceptó en su familia; hablaron sobre la batalla y los caballeros y del honor y el valor. Hablaron sobre el asesinato del rey MacGil, y la venganza que se había tomado. Hablaron de política. Pero sobre todo hablaron de las batallas. Ambos eran guerreros intrépidos de corazón, y se entendían uno al otro totalmente. De alguna manera, Thor sentía como si estuviera hablando consigo mismo. Se sentía muy bien hablar con el rey MacGil otra vez, tenerlo de nuevo a su lado. Thor sintió que había una ruptura con la realidad, como si estuviese vagando en un país surrealista, en un sueño del que no podía despertar.

Pasaron por paisajes que Thor reconocía con gusto, lugares que sentía que eran tan conocidos, lugares de su ciudad natal, de su zona rural, de fuera de la Corte del Rey. Se sentía muy a gusto aquí. Una parte de él vagamente podía sentir que su mente iba creando estos lugares conforme avanzaba, y era difícil diferenciarlos a los dos; Thor sentía como si estuviera parado en una intersección extraña entre su mente y la realidad externa del mundo. Era aterrador darse cuenta de la profundidad del poder de su mente. Si podía crear cualquier cosa, eso significaba que podía crear los reinos más gloriosos con el chasquido de un dedo. Pero si tenía un momento de debilidad, eso significaba que en sólo unos minutos, podía crear los reinos más oscuros. Eso lo aterrizó. ¿Cómo podía mantener su mente llena de pensamientos positivos todo el tiempo?

Llegaron al límite de una colina y ambos se detuvieron, mirando el lugar. Thor jadeó, asombrado por el panorama. Apenas podía entenderlo: extendida por debajo, estaba la Corte del Rey. Era una réplica perfecta, tan parecida que Thor estaba seguro de que era real. Parecía más gloriosa que nunca, con miles de caballeros de brillante armadura, de pie ante las antiguas paredes de piedra, parados ante la verja levadiza, alineados en los parapetos. Había más caballeros de los que había visto alguna vez, guerreros gloriosos protegiendo

una ciudad gloriosa.

El Rey MacGil estaba parado al lado de él y sonrió.

"Tu mente es un lugar hermoso, Thorgrin", dijo él, mirando y admirando el paisaje. "Nunca tuve tantos caballeros en la Corte del Rey. ¡Parece que han incrementado sus filas!".

El Rey MacGil echó hacia atrás su cabeza y rio.

"De hecho, no creo haber visto a tantos caballeros juntos", añadió. "El brillo de su armadura me deslumbra. Verdaderamente eres un guerrero de corazón".

Thor había pasado un mal momento creyendo que su mente estaba creando esto; todo parecía tan real, tan perfecto, más real que cualquier cosa que había visto en su vida.

Thor emprendió el camino con MacGil, el camino estaba perfectamente immaculado, con dirección a las puertas de entrada. Mientras caminaban, miles de caballeros más aparecieron en el camino y se pusieron en posición de firmes, alineados por todo el camino. Las trompetas sonaban a lo lejos.

Cruzaron el puente sobre el foso, debajo de la verja levadiza y hacia la Corte del Rey. Al pasar por debajo de las enormes puertas de piedra arqueadas, esperando darles la bienvenida como si fuera una sola persona, sonriendo, con la mano extendida hacia ellos.

Gwendolyn.

Thor lanzó una mirada hacia ella. Se veía más hermosa que nunca, con su largo cabello rubio, sus ojos azul brillante, usando un vestido regio, sonriendo y extendiendo una mano hacia Thor.

Thor se apresuró a ir hacia ella y la abrazó, y ella se inclinó y lo besó abrazándolo con fuerza.

Luego se dieron vuelta y caminaron juntos por la Corte del Rey, el Rey MacGil iba al lado de su hija.

"Me alegro que visualices a mi hija en una luz tan hermosa", le susurró el Rey MacGil. "Yo la veo de la misma forma".

"Thorgrinson", susurró Gwendolyn poniendo su mano alrededor del brazo de él, inclinándose y besando su mejilla. Podía sentir el amor que sentía por él, y eso lo revivió.

"Gwendolyn", dijo sujetando su mano, manteniéndola apretada. De repente, Thor recordó. "¿Dónde está Guwayne?".

No acababa de pronunciar esas palabras cuando se escuchó el llanto de un

bebé. Thor miró y vio a su hijo en brazos de Gwendolyn. Ella lo sujetaba suavemente, acunándolo, sonriendo.

Thor se acercó y tomó al niño, quien saltó en sus brazos, y estaba más grande y con más edad de lo que Thor recordaba. Guwayne abrazó a Thor y éste correspondió el abrazo.

"Papá", dijo Guwayne en su oído.

Era la primera vez que Thor lo escuchaba hablar. Era surrealista.

De pronto, Gwendolyn y MacGil se detuvieron y Thor se volvió para ver por qué. Cuando miró, también se detuvo.

Delante de ellos estaba un hombre que significaba más para Thor que para los demás: Argon. Estaba parado con su manto blanco y capucha, sosteniendo su vara, con sus ojos brillando mientras los miraba, inexpresivo.

"Thorgrinson" dijo Argon.

Thor se acercó y entregó a Guwayne a Gwen, pero al mirar hacia abajo, vio que Guwayne había desaparecido. Se esfumó.

Thor miró a Gwendolyn, pero notó que también se había ido. Así como el Rey MacGil. De hecho mientras se daba vuelta, vio que todas las personas, los caballeros, toda la gente que había llenado la Corte del Rey momentos antes, había desaparecido.

Ahora la ciudad estaba vacía. Ahora solo estaban Thor y Argon, parados en este lugar vacío, uno frente al otro,

"Es hora de continuar con tu entrenamiento", dijo Argon. "Solamente aquí en la Tierra de los Druidas, puedes empezar a alcanzar los niveles más altos de quién eres; puedes comenzar a tener los niveles más profundos de tus poderes. Sólo aquí puedes entender lo que significa ser quien eres, lo que significa ser un Druida".

Thor se quedó a un lado de Argon, mientras los dos caminaban a través de la Corte del Rey. No había nada, mas que el silencio y el aullido del viento. Finalmente, Thor habló:

"¿Qué significa ser un Druida?", preguntó Thor.

"Significa ser todo y nada. Para ser un Druida, uno debe dominar la naturaleza, y uno debe dominarse a uno mismo. Significa combinar la fragilidad del ser humano con el poder infinito para aprovechar la naturaleza. ¿Ves el león que está allí, viendo a la carga hacia nosotros?".

Thor se volvió y vio a un león feroz corriendo hacia ellos. Su corazón se aceleró por el miedo mientras se acercaba, pero Argon simplemente extendió

una mano y el león se detuvo mientras saltaba y caía a sus pies, inofensivo.

Argon bajó la palma de su mano.

“El león estará contra ti, hasta que entiendas su naturaleza. Hay una corriente que está debajo de todas las cosas. Aquí en la Tierra de los Druidas, la corriente no está debajo de la superficie. ¡La corriente es la superficie!”.

"Lo siento", dijo Thor cerrando los ojos, respirando profundamente, extendiendo las palmas de sus manos al viento. "Lo presiento. Es como que... el aire es sofocante... las mínimas vibraciones, como si algo zumbara en el cielo".

Argon asintió con la cabeza.

"Sí. Es como poner la palma de tu mano sobre el agua corriendo. Está en todas partes y aquí es más fácil para ti utilizarlo, entenderlo. Y sin embargo también es más fácil que pierdas el control”.

Thor se volvió y vio a un oso yendo a la carga hacia él, rugiendo, a toda velocidad. El primer impulso de Thor fue girar y correr, pero en cambio extendió la palma de su mano, sintiendo la energía de este lugar, sabiendo que era sólo la naturaleza. Sólo energía. Energía que podía aprovechar.

Thor extendió ambas palmas de las manos, esperando, a pesar de su miedo, esforzándose por mantener la calma; en el último segundo, el oso saltó, rugiendo, luego se detuvo. Estaba allí parado con sus patas en el aire, agitándose, y finalmente se agachó al suelo y rodó sobre su espalda.

Argon se dio vuelta y se alejó y Thor, sorprendido, se apresuró para alcanzarlo.

Los dos caminaron y caminaron, dejando las puertas de la Corte del Rey; Thor se preguntaba a dónde iban.

"Si esperas conocer a tu madre", dijo Argon finalmente: "te espera un largo viaje. La Tierra de los Druidas no es una tierra que puedas cruzar a tu antojo. Es una tierra que debes *ganártela* para cruzar. Debe admitirte. Es una tierra que te exige, que te pone a prueba. Sólo los dignos pueden cruzarlo. Tu madre está en el extremo más lejano de esta tierra. Te costará todo lo que tienes llegar hasta ella. Debes ser más fuerte”.

"Pero, ¿cómo?", preguntó Thor.

“Tendrás que aprender a depurarte de los demonios que se esconden dentro de ti. De los viejos y dolorosos recuerdos. De quien sea que te haya maltratado. De los sentimientos de ira, odio, venganza. Del daño y del dolor. Debes aprender a elevarte por encima de ellos, a dejarlos en el pasado. Es la



prueba definitiva de un guerrero—y de un Druida”.

Thor frunció el ceño mientras caminaban, tratando de entender.

"Pero ¿cómo lo hago?", preguntó.

Argon se detuvo, y Thor miró y vio extendido ante ellos, un paisaje interminable de tinieblas. La tierra era de lodo, salpicada con árboles muertos y las nubes oscuras en el cielo igualaban su color. Un río lento y sinuoso cortaba su camino, su agua era del color del fango, y Thor se dio cuenta enseguida dónde estaba.

"El Infierno", dijo Thorgrin, recordando el Imperio. "La Tierra de los Muertos”.

Argon asintió con la cabeza.

"Un lugar de tus sueños más oscuros", dijo. "Un páramo interminable y enorme. Se encuentra dentro de ti. La oscuridad, junto con la luz. Y tienes que atravesarlo. Es el primer paso del viaje”.

Thor miró con temor la tierra estéril, escuchando el horrible sonido de cuervos lejanos, sintiendo la intensa oscuridad que impregnaba este lugar. Se dio vuelta hacia Argon para hacerle más preguntas—pero se sorprendió al ver que ya se había ido.

Thor se dio vuelta para ver la seguridad de la Corte del Rey, preguntándose si debía girar, pero ya se había ido también. Se quedó parado solo, en el centro de este interminable páramo, rodeado por la muerte, por las esquinas más oscuras de su psique, y sin tener una salida, mas que atravesando.

## CAPÍTULO TRECE

Reece corrió a través de la lluvia torrencial con Stara, Matus y Srog a su lado, abriéndose camino por la ladera fangosa en la oscuridad de la noche. Matus corrió con un brazo sujetado alrededor de la cintura de Srog, que cojeaba mucho, mientras Reece agarraba la mano de Stara, no por amor, sino para evitar que resbalara y para evitar que él también se deslizara. Se sentía culpable con solo tocarla, pensando en Selese, pero dada la situación, no tuvo otra opción.

Todos corrieron por el extremo del acantilado resbalando en el fango conforme caminaban, teniendo cuidado de no caer sobre el borde. Reece sabía que el mar no estaba lejos, que las olas se estrellaban por debajo en alguna parte, y sin embargo, apenas podía escucharlas sobre el ruido de la lluvia. Con el número de soldados que les esperaban allá afuera, Reece sabía que eran probable que sería una misión suicida. Él sabía que la gente de las Islas Superiores los estaría esperando en las costas, bloqueando cualquier posible ruta de escape para ellos, cualquier sueño de llegar a la flota de su hermana, que estaba en el mar.

A Reece ya no le importaba. Al menos tenían un plan y moriría con honor, no sentado como cobardes en esa cueva. Una parte de él, de todos modos, había muerto con Selese, y ahora sólo luchaba para sobrevivir.

Reece sabía que no había mucho tiempo antes de que amaneciera, cuando la gente de las Islas Superiores seguramente iría a cobrar venganza en la flota de su hermana. Aunque no llegaran a la seguridad del barco, Reece sabía que por lo menos debían tratar de llegar a la flota para advertirles. Reece no podía permitir que todos murieran, no podía permitir que sus muertes pesaran en su cabeza. Después de todo, él era el que había matado a Tirus y quien, sin darse cuenta, los había preparado para la venganza.

Los acantilados finalmente dieron paso a la ladera de una montaña escarpada, y tambalearon hacia abajo, tratando de llegar a la costa, deslizándose y apuntalándose mutuamente. Reece vio el océano extendido por debajo y finalmente estuvo lo suficientemente cerca para oír las olas estrellándose sobre el sonido de la lluvia.

Llegaron a una pequeña meseta y todos hicieron una pausa, respirando con dificultad.

"Déjenme", dijo Srog, jadeando, agarrando su costado. "Mi herida no puede soportar esto".

"Nadie se queda atrás", repitió Reece.

Reece jadeó tratando de tomar aire mientras miraba hacia abajo y veía a cientos de los hombres de Tirus dispersos en las costas, haciendo guardia, al acecho, bloqueando su fuga hacia los barcos, y también evitando que las embarcaciones llegaran a la orilla. Reece sabía que la única razón por la que no los habían matado aún era porque estaba oscuro, y por el viento cegador y la lluvia y la niebla.

"Allí", dijo Stara, señalando.

Reece siguió su dedo y vio a docenas más de los hombres de Tirus, apiñados dentro de una cueva en la costa, protegidos del viento. Ellos estaban poniendo flechas largas en cubos, luego envolvían las puntas de las flechas con tela, lentamente, cuidadosamente, una y otra vez.

"Aceite", dijo Stara. "Se están preparando para hacer arder sus flechas. Esas flechas son largas. Van a lanzarlas a los barcos. Pretenden incendiar la flota".

Reece miró horrorizado y se dio cuenta de que tenía razón. Sintió un hoyo en el estómago al darse cuenta de cuán cerca estaban los barcos de Gwendolyn de desaparecer.

"Las flechas nunca volarían con este viento y lluvia", dijo Matus.

"No es necesario", respondió Stara. "Tan pronto como se detenga la lluvia, lo harán".

"No tenemos mucho tiempo", dijo Srog. "¿Cómo proponen que luchemos para atravesar entre esos hombres? ¿Cómo podemos llegar a los barcos de la reina?".

Reece exploró las costas. Miró los barcos flotando en las aguas turbulentas, anclados quizá a noventa metros de la costa; los marineros seguramente no tenían idea de lo que había ocurrido en la costa, no tenían idea de lo que estaba a punto de sucederles. Él no podía permitir que fueran lastimados. Y también necesitaba llegar a ellos para escapar. Reece examinó el paisaje, preguntándose cómo podrían hacerlo.

"Podemos nadar", dijo Reece.

Srog sacudió la cabeza.

"Nunca podré lograrlo", contestó.

"Ninguno de nosotros lo haría", agregó Matus. "Esas aguas son más turbulentas de lo que parecen. Tú no eres de aquí; no entiendes. Las mareas son violentas en mar abierto. Todos nos ahogaríamos. Preferiría morir en tierra firme que en el mar".

¿Que hay de esas rocas?", dijo Stara de repente.

Todos se volvieron y siguieron su dedo. Mientras contemplaba la lluvia, secándose el agua de sus ojos, Reece vio un embarcadero de piedras sobresaliendo en el océano, quizás a treinta y cinco metros.

"Si pudiéramos llegar al borde de esas rocas, mis flechas podrían alcanzarlos", dijo Stara, levantando su arco.

"¿Podrían alcanzar qué?", preguntó Matus.

"A la embarcación más cercana", dijo ella, como si fuera lo más obvio del mundo.

Reece la miró, confundido.

"¿Y para qué dispararías a nuestros barcos?"

Stara sacudió la cabeza, impaciente.

"No entiendes", dijo ella. "Podemos colocar una cuerda a la flecha. Si la flecha se aloja en la cubierta, nos dará una línea. Nos puede guiar a través de las aguas. Podemos tirar de nosotros mismos mientras nadamos hacia el barco".

Reece la miró, impresionado por su audaz plan. La idea era lo suficientemente alocada, que podría funcionar.

"¿Y qué van a hacer los hombres de la reina cuando vean una flecha con una cuerda alojada en su barco, en la oscuridad de la noche?", preguntó Srog. "Cortarla. O nos matarán a todos. ¿Cómo deberían saber que somos nosotros?"

Reece pensó rápidamente.

"Con la señal MacGil", dijo. "Las garras del halcón. Cualquier MacGil del Anillo lo reconocerá. Tres flechas disparadas al cielo, todas ellas en llamas. Si las disparamos primero, ellos sabrán que somos nosotros, no el enemigo".

Srog miró a Reece con escepticismo.

"¿Y cómo vas a conseguir flechas ardientes que duren con este clima?"

"No necesitan durar", respondió Reece. "Sólo necesitan permanecer así unos segundos, el tiempo suficiente para que los marineros las vean, antes de que lluvia las apague".

Srog sacudió la cabeza.

"Todo me parece una locura", dijo él.

"¿Tienes alguna idea mejor?", preguntó Reece.

Srog sacudió la cabeza.

"Entonces está todo arreglado", dijo Reece.

"Esa cuerda de allí", dijo Stara, señalando. "La larga, enrollada, en la playa, cerca de los hombres de Tirus. Es lo suficientemente larga. Es lo que necesitamos. Podemos atarla a la flecha y hacer que funcione".

¿Y si los hombres de tu hermano nos ven?", preguntó Srog.

Stara se encogió de hombros.

"Entonces nos matarán nuestros propios hombres".

"¿Y qué hay de los diez hombres que están allí, bloqueando la entrada del embarcadero?", preguntó Srog.

Reece miró y vio a seis soldados parados delante de ella. Se dio vuelta, le arrebató el arco a Stara, tomó una flecha la elevó por lo alto y disparó.

La flecha navegó a través del aire unos 35 metros y perforó la garganta de uno de los soldados. Él cayó muerto.

"Cuento nueve", dijo Reece, luego corrió a toda velocidad.

\*

Los otros siguieron a Reece mientras él corría hacia abajo de la colina, deslizándose, tratando de llegar al embarcadero. Lo tomó unos instantes a los hombres de Tirus darse cuenta de que uno de los suyos había muerto; pero en cuanto lo hicieron, todos sacaron sus armas, en guardia, buscando al enemigo en la oscuridad de la noche.

Reece y los demás corrieron imprudentemente hacia el punto de paso que los llevaba hacia el embarcadero; Reece sentía que si corrían lo suficientemente rápido, tal vez podrían matar a los soldados que hacían guardia antes de que supieran qué les había atacado. Y lo más importante era que tal vez podrían conseguir pasar más allá de ellos.

"¡Atáquenlos, pero sin importar nada, no dejen de correr!", les gritó Reece a los demás. "No estamos aquí para luchar contra todos ellos, sólo tenemos que pasar más allá de ellos, hacia el extremo del muelle".

La oscuridad de la madrugada empezaba a levantar mientras todos corrían, con las espadas desenvainadas; Reece jadeando tratando de tomar aire

mientras sus pies tocaban la arena, tropezando, dándose cuenta de que ésta podría ser la última carrera de su vida. El grupo de soldados bloqueando el embarcadero tampoco los vieron, su atención estaba en el soldado que había muerto, todos estaban desconcertados en cuanto a qué lo había matado. Tres de los soldados estaban inclinados sobre él, tratando de reanimarlo.

Ese fue su error fatal. Reece y Matus arremetieron mientras ellos los alcanzaban, Srog cojeando detrás de ellos, con las espadas desenvainadas, y antes de que los tres soldados con sus costados expuestos se dieran cuenta, los apuñalaron en el corazón. Ya solo quedaban seis.

Stara, justo detrás de ellos, sacó su daga y le dio un revés a uno, cortando su cuello, derribándolo al suelo; después se volvió sin problemas y apuñaló a otro en el corazón. Así quedaban cuatro.

Reece le dio un revés con su guantelete y pateó a otro, mientras Srog le daba un cabezazo a uno, y Matus se agachó mientras un atacante esgrimía una maza hacia su cabeza, luego se levantó y lo apuñaló en el estómago.

En pocos momentos el grupo de soldados bloqueando el embarcadero estaba muerto, mientras Reece y los otros corrían más allá de ellos como rayo.

Sonó un cuerno, y Reece se volvió para ver que otros de los hombres de Tirus, cientos de ellos, los habían visto. Se escuchó un gran grito de guerra en la playa, mientras los hombres se daban vuelta y empezaban a correr hacia ellos.

"La cuerda!", gritó Stara.

Reece corrió hacia el enorme rollo de cuerda que estaba cerca y la puso sobre su hombro; era más pesado de lo que había imaginado. Matus corrió a ayudarlo, y lo levantaron juntos, mientras todos corrían hacia el muelle, los cuatro corrieron lo más rápido que pudieron. Stara subió el extremo, y se detuvo, se dio vuelta, subió su arco y disparó seis tiros seguidos, matando a seis de los soldados más cercanos; los cadáveres se apilaban en el muelle.

Todos, jadeando en busca de aire, finalmente llegaron al borde del embarcadero. Las olas se estrellaban alrededor de ellos, la espuma rociaba sus pies. Reece perdió su equilibrio por un momento, y Stara estiró la mano y lo estabilizó. Al lado de ellos, Srog y Matus se apresuraron para atar la cuerda al extremo de una de las flechas de Stara.

"¡Primero la señal de advertencia!", gritó Reece, recordando a Stara.

Stara tomó tres flechas de un carcaj cerrado envuelto alrededor de su espalda. Estas fueron envueltas con un paño impregnado de aceite, preparado

de antemano, como todo buen arquero, en su propia aljaba. De la aljaba también retiró las rocas de pedernal seco y las frotó juntas, creando chispas. Ella lo hizo una y otra vez, las chispas no se mojaban con la lluvia. Reece se volvió para ver a los hombres de Tirus corriendo hacia el embarcadero. Sabía que su tiempo era corto.

"¡Vamos!", gritó Reece.

Finalmente, la tela se incendió y las tres flechas se encendieron.

"¡Dispara a lo alto!", dijo Reece. "¡Casi directamente arriba! ¡Pero un poco hacia los barcos! ¡Ésa es la señal!".

Stara disparó las tres flechas llameantes en rápida sucesión, y ellos dispararon, cerca uno del otro, tiros perfectos. Esa era la llama de las garras del halcón, arriba en el cielo, la antigua señal de los MacGil y que cualquier buen comandante vería en los cielos. Reece se sintió aliviado al ver que las flechas permanecieron encendidas durante cinco segundos, hasta que finalmente, las tres se apagaron.

"¡La cuerda!", dijo Matus. "¡Dispara ahora!".

Stara tomó la cuerda y la flecha, apuntando a lo alto, a gran distancia del barco.

"Tenemos una oportunidad con esto", le dijo Reece a ella. "No falles".

Ella se volvió y lo miró, y él vio lo hermoso que era su rostro en la lluvia, lo orgullosa, lo noble, lo audaz que era. El se le quedó mirando y asintió con la cabeza, para tranquilizarla.

"Tú puedes hacerlo", dijo. Todos tienen fe en ti".

Ella asintió de nuevo.

Stara se dio vuelta y disparó, y todos observaron; Reece sosteniendo su respiración, mientras la flecha navegaba por lo alto, arqueando a través del aire. Reece sabía que si quedaba corta, todo se habría acabado.

Finalmente, a lo lejos, Reece escuchó el ruido satisfactorio de la flecha perforando la madera, y cuando Reece vio la cuerda ponerse tiesa debajo, sabía que lo había logrado: la flecha se había alojado en el barco. La cuerda se desenrolló al navegar por el aire, y solo quedaban unos pocos metros de la misma cuando finalmente se alojó en su lugar de descanso.

Reece se volvió y vio a cientos de los hombres de Tirus gritando, ahora muy cerca, desenvainando sus espadas y arcos y acercándose a ellos.

"El agua no se está calentando!", gritó Matus, mirando al mar agitado.

Al unísono, los cuatro agarraron la cuerda y saltaron de las rocas hacia el

mar espumoso.

Reece estaba sorprendido de cuán fría estaba el agua; luchó para recuperar la respiración mientras tragaba agua salada, flotando de arriba a abajo en el océano embravecido. Se sostuvo de la cuerda sin soltarla por nada del mundo, y tiró de sí mismo poco a poco, dirigiéndose hacia el lejano barco.

Reece tiró con fuerza y rápidamente junto con los demás, y todos comenzaron a avanzar en el agua, con cada tirón, alejándose de la costa y acercándose más al barco.

Reece escuchó los gritos apagados de los hombres de Tirus en la orilla detrás de ellos, y luego oyó otro ruido que le inquietó — el sonido de una flecha cayendo en el agua. El ruido se escuchó una y otra vez, y Reece vio flechas volando por el aire, cayendo en el agua a ambos lados de él. Se dio cuenta de que los hombres de Tirus les estaban disparando.

Reece escuchó un grito en la oreja. Stara. Vio que su pierna era atravesada por una flecha, la flecha sobresalía de su muslo. Miró hacia atrás y vio una multitud de flechas volando por el aire, zumbando por su cabeza.

Después Srog gritó y Reece vio que él también fue atravesado por una flecha.

Reece sabía que tenían que hacer algo rápidamente. Estiró la mano y agarró a Stara, poniendo un brazo alrededor de ella mientras se agitaba.

"Sujétate a mí con fuerza", le dijo.

Él colocó su cuerpo sobre el de ella de modo que estuviera entre ella y la orilla, poniéndose en el camino del fuego. Entonces, mientras ella estaba ahí colgada, él tiró de la cuerda por los dos.

Reece gritó al sentir repentinamente una flecha que perforaba un costado de su muslo. El dolor era insoportable. Pero al menos tuvo el consuelo de saber que de no haber estado en su camino, le habría caído a Stara.

Más y más flechas volaban por sus cabezas, y Reece se preguntaba cuánto tiempo más podría continuar esto, cuánto tiempo más pasaría hasta que una de las flechas fuera fatal. Tiró con todas sus fuerzas, duplicando su velocidad. Reece sabía que su situación era desesperada; si no recibían ayuda pronto, todos estarían muertos.

Reece escuchó otro ruido, de una flecha volando sobre su cabeza, pero esta vez, desde otra dirección. Miró hacia arriba sorprendido al ver flechas volando hacia la costa, lanzadas desde el barco de la reina. Al principio, Reece se preparó, pensando en que los hombres de la reina estaban



disparándole a él. Pero luego, vio más y más de ellas volando por encima de su cabeza, y cuando oyó los gritos de los hombres de Tirus, se dio cuenta de que los hombres de la reina iban a venir en su ayuda.

De repente, cientos de flechas volaron por lo alto proviniendo del barco de la reina, matando a los hombres de Tirus, que les disparaban a ellos. Pronto, las flechas de la orilla dejaron de caer junto a ellos.

Fuera de peligro, tiraron más y más duro en el mar agitado, y pronto, Reece sintió un tirón y se dio cuenta de que los hombres de la reina lo estaban llevando hacia ellos. Decenas de marineros agarraron las cuerdas y tiraron con fuerza, y pronto los estaban jalando más y más rápido hacia el barco.

Flotando desesperadamente en las olas, jadeando en busca de aire, todos ellos, heridos, alcanzaron el borde del barco. Una mano se agachó hacia Reece y mientras él la agarraba, vio a alguien de su gente, un MacGil de tierra firme, ansioso por ayudarlo.

El marinero miró hacia abajo y sonrió.

"Qué gusto tenerlo a bordo", dijo.

## CAPÍTULO CATORCE

Rómulo iba al mando, marchando ante su ejército de un millón de soldados, al límite de la colina, hacia la Corte del Rey. Cuando su caballo llegó a la cima, con Luanda atada detrás de él, la vista se abrió ante él, y su corazón se aceleró con expectación.

Pero Rómulo estaba desconcertado por lo que vio. Había esperado ver la ciudad llena de gente, había esperado atrapar a su némesis, Gwendolyn, desprevenida. Había esperado ver a todos sus hombres, Los Plateados, el último bastión de la resistencia del Anillo, convenientemente reunidos en un solo lugar para que él pudiera aniquilarlos con sus dragones. Él había estado esperando este momento, reviviéndolo mentalmente, preparándose para deleitarse con este momento de su victoria.

Pero Rómulo quedó asombrado por lo que vio ante él. Desde aquí, podía ver la Corte del Rey a través de las puertas, y no podía creer la imagen: estaba vacía.

Gwendolyn había huido. De alguna manera, ella había sabido que él iba a venir, quién sabe cómo. Ella lo había burlado una vez más.

"No puede ser", dijo Rómulo en voz alta, sin entender. "¿A dónde pudo haber ido? ¿Cómo podría haber sabido que iba a venir? Rómulo había sido meticuloso acerca de la destrucción de todo lo que estaba en su camino— no era posible que un mensajero hubiera podido ir a avisarle. Incluso había dejado en claro que retendría a sus dragones, para que no escucharan sus chillidos, para que no vieran la devastación que habían causado.

Sin embargo, a pesar de todas sus preparaciones, de toda su cuidadosa planificación, de alguna manera Gwendolyn se había enterado. ¿Cómo podría haber evacuado esta ciudad tan rápidamente?

Su rostro se llenó de ira. Ella le había robado su victoria.

Y lo más confuso de todo: ¿adónde podría haber ido? Él sabía que El Anillo era un espacio limitado, y no podrían ir muy lejos a esconderse.

Rómulo, enfurecido, pateó su caballo dando un grito y fue a la carga por el camino bien cuidado, hacia las grandes puertas abiertas de la Corte del Rey— que dejaron abiertas para atormentarlo. Todos sus hombres se unieron a él,

corriendo detrás; Luanda todavía estaba atada en su caballo, mientras cabalgan hacia la gran ciudad.

Rómulo apenas pudo contener su rabia; su mayor momento de satisfacción había sido despojado de él. Había estado soñando con destruir esas puertas, con asesinar a todos en su camino, con incendiar el lugar y disfrutar de los gritos de dolor.

Ahora ya no tenía nada que hacer más que caminar por su interior.

No sentía que fuese una victoria en absoluto. "Parecía una derrota. La mitad de la diversión de tomar una ciudad era infligir dolor, tortura, devastación. No, esta no era una victoria en absoluto.

Los hombres de Rómulo aclamaron mientras entraban en la ciudad, y el sonido de sus gritos lo irritaban todavía más; tontos idiotas, celebrando una victoria que aún no alcanzaban. Rómulo no podía soportarlo más.

Rómulo saltó de su caballo, jalando a Luanda hacia abajo con él, se enfureció con el primer soldado que encontró, sacó su espada y le cortó la cabeza. A continuación, fue hacia adelante y cortó otra cabeza, luego otra, después una más.

Finalmente, sus soldados entendieron cuál era el punto. Todos detuvieron su jolgorio y guardaron silencio mientras le abrían paso. Se alinearon en posición de firmes, esperando sus órdenes, temblando de miedo. El patio de la ciudad, unos minutos antes, estaban llenos de alegría, ahora tenía una palidez de muerte.

Rómulo estaba parado al centro de sus hombres mientras ellos hacían un círculo a su alrededor, y después dijo:

"¡No hay ninguna victoria que celebrar, tontos! Por el contrario, deberían sentirse avergonzados. Todos han sido burlados por una *joven reina*. Se nos ha escapado, ha rescatado a su pueblo de nuestra sujeción. ¿Ese es motivo para celebrar?"

Sus hombres se detuvieron, sin mover un músculo, mientras Rómulo iba de aquí para allá entre las filas, debatiendo si debía matar a algunos más. Tenía que desahogar su ira de alguna manera. Ni uno de ellos se movió, lo conocían demasiado bien.

Rómulo, con las manos en sus caderas, se dio vuelta y analizó las paredes, examinó todos los lugares, esperando ver la señal de alguien, de cualquier vida. Pero no había nada. "¿A dónde podrían haber ido?"

Un estridente chillido se escuchó en el aire, seguido por un batir de alas;

éste se hizo más fuerte, y pronto, sobre la cabeza de Rómulo, apareció su ejército de dragones. Todos daban vueltas en círculo con furia, sus grandes garras colgaban por debajo de ellos mientras bajaban en picado, luego hacia arriba, dando vueltas en círculo una y otra vez, como si quisieran resoplar fuego sobre todos ellos. Rómulo podía sentir su ira por la falta de derramamiento de sangre. Era una rabia compartida.

¿Qué tipo de victoria sería ésta, sin muerte y destrucción? ¿Qué tipo de victoria sería sin saber que Gwendolyn estaba muerta, aplastada bajo sus pies, y que toda su gente fuera aniquilada?

Mientras Rómulo se preguntaba dónde podría estar Gwendolyn, de repente tuvo una idea. ¿Quién más sabría donde habría ido esa chica astuta, excepto alguien de su familia?

Rómulo miró a Luanda; estaba a varios metros de distancia, amordazada, retorciéndose contra sus cuerdas, con sus muñecas y tobillos todavía atados a la espalda. Rómulo corrió hacia delante, levantó su cuchillo, y los ojos de ella se abrieron de par llenos de miedo cuando él se acercó.

Pero él se acercó y cortó sus ataduras, incluyendo su mordaza.

¿Dónde está tu hermana?, preguntó Rómulo.

Luanda, libre de sus ataduras, frotándose las muñecas, lo miró.

"¿Cómo debo saberlo?", dijo. "Me tienes atada como un animal. Sucio cerdo".

Luanda estiró la mano hacia atrás y le dio una bofetada, un golpe que hizo eco frente a todos sus hombres. El primer impulso de Rómulo fue regresarle el golpe, y pegarle lo más fuerte que pudiera. Pero se refrenó. De hecho, la bofetada se sintió bien, lo hizo sacudir de sus oscuros pensamientos, y admiró su espíritu salvaje, por la manera en que ella la miraba con tal veneno. Realmente le hizo sonreír: le gustaba ver a alguien tan lleno de ira como él mismo.

"Dime donde está", repitió lentamente. "Tú la conoces. Conoces este lugar. ¿Por qué se fue? ¿Adónde se fue?".

Luanda puso sus manos en sus caderas, buscando por toda la Corte del Rey, como debatiendo.

"Y si lo supiera", dijo ella, "¿por qué habría de decírtelo?".

Rómulo la miró fijamente, su expresión se ensombreció. Pero sabía que la necesitaba y se forzó a sí mismo a usar su voz más seductora.

Él se acercó más a ella y sonrió, levantando una mano y acariciando su

pelo.

"Porque te haré mi reina", dijo suavemente, con su voz gutural. "Serás la mujer más poderosa del Imperio".

Él esperaba que ella se llenara de asombro y gratitud, sin embargo, ella lo sorprendió: se mofó.

"No hay nada que quisiera menos", espetó ella. "Preferiría morir primero".

Él frunció el ceño.

"Entonces te daré la muerte que pides", dijo. "O lo que sea que quieras. Si no deseas ser mi reina, entonces dime lo que sea que quieras — cualquier cosa — y la tendrás".

Luanda lo miró por un largo tiempo, con dureza, mientras lo analizaba, como si estuviera pensando. Finalmente, sus ojos se entrecerraron.

"Lo que quiero", dijo lentamente, "es ser la que mate a mi hermana. Quiero que la atrapen viva. Quiero que me la traigan —a mí personalmente —que ruegue misericordia".

Rómulo la miró de arriba a abajo, sorprendido por su respuesta. Era más parecida a él de lo que había pensado. Por primera vez, la admiró.

Rómulo sonrió ampliamente. Quizás después de todo, la haría su reina, sin duda alguna — le gustara o no.

"De acuerdo", dijo él.

Luanda dio varios pasos hacia delante, dándole la espalda y analizó las puertas, el patio, el suelo polvoriento, como pensando.

"Si conozco a mi hermana", dijo ella, "ha planificado una ruta de escape. Ella siempre planea todo por anticipado. Tiene planes para todo. Y es demasiado astuta para ti. Si quería salvar a su pueblo, no solo haría un plan para ir a otro lugar en el Anillo— ella supondría que a la larga la encontrarías. Así que sin importar a dónde haya ido, sería fuera del Anillo. A través del Cañón. Probablemente cruzaría el mar. Es probable que sus barcos estén zarpando ahora".

La mente de Rómulo empezó a trabajar, considerando sus palabras. Mientras ella les hablaba, al instante supo que tenía razón. Gwendolyn *sí* haría algo como eso. Ella no solo evacuaría a su gente para ser encontrada dentro del Anillo. Qué estúpido había sido.

Miró a Luanda con un respeto completamente nuevo. Y se dio cuenta de que si quería detener a Gwendolyn, le quedaba poco tiempo.

Rómulo se inclinó hacia atrás, estiró su cuello hacia los cielos y levantó

las palmas de sus manos.

“¡DRAGONES!”, gritó. “¡AL CAÑÓN!”.

Los dragones chillaron al unísono, mientras Rómulo les daba órdenes. Sus hombres no podrían llegar al cruce del Cañón en tiempo para detenerla, ni al mar, pero sus dragones sí. Podrían volar frente a él, era un ejército volador, y aniquilarían a Gwendolyn antes de que él llegara.

Le robarían algo de satisfacción.

Pero era mejor que nada.

## CAPÍTULO QUINCE

Erec abrió los ojos cuando el suave vaivén del mar lo despertó. Miró alrededor, desorientado, intentando averiguar dónde estaba. En todos sus años como guerrero, nunca se había permitido dormir, especialmente en un ambiente extraño. Se sentía profundamente desconcertado por despertar y no tener idea de dónde estaba.

Erec parpadeó y se dio cuenta que estaba acostado de espalda en un pequeño bote, de unos seis metros de largo, con una vela de lona ordinaria atada a un mástil. El barco se mecía suavemente en las inmensas olas ondulantes del mar, levantándolos y bajándolos como arrullándolos para que se durmieran.

Erec miró al cielo, maravillado por su belleza. Miró hacia arriba y vio el cielo abierto hasta donde alcanzaba la vista, todo el mundo se avivaba con el amanecer, con un vasto tramo de violetas y rosas y morados. Una cálida brisa se agitaba y Erec respiró profundo, confortado por el aire del océano y por los suaves colores del universo. Era la escena más tranquila que había encontrado en su vida, y Erec se dio cuenta de por qué se había dormido.

Erec miró hacia abajo, a la figura que estaba acostada en sus brazos y se dio cuenta de que había una razón aún mayor para sentir paz: Alistair. Erec sintió su cuerpo antes de verla, y miró su cabello largo y rubio que le llegaba hasta la cintura, su hermoso perfil, su rostro perfectamente esculpido, sus ojos cerrados mientras dormía dulcemente como un ángel, en su pecho. Acostado de espaldas, con Alistair en sus brazos y el universo extendido delante de él, Erec nunca se había sentido más a gusto. Era como si todo el universo hubiera sido creado sólo para los dos.

Erec pensó y recordó los acontecimientos de la noche anterior, y su corazón se aceleró al recordar su captura a manos de esos mercenarios, que casi atacaban a Alistair. Se sintió abrumado por la culpa al ser sorprendido de esa manera, al no ser capaz de defenderla. Recordó los poderes de Alistair, su invocación a la tormenta, a ese monstruo, y sus pensamientos cambiaron de miedo a asombro. Miró su rostro angelical, sintiendo la intensa energía que irradiaba, y sabía que no era de esta tierra. Era de otro mundo. Se asombró de

la profundidad de los poderes que corrían a través de ella. Sabía que eran inmensos. Pero tal vez, también impredecibles.

Aunque Erec estaba impresionado con ella, tenía que admitir que tal vez sentía un poco de miedo. ¿Qué significarían sus poderes para su relación? ¿Para su vida juntos? ¿Para los hijos que tendrían? Erec pensó en lo poderoso que era Thorgrin. ¿Los hijos de Erec serían igual de poderosos? ¿Sus hijas? ¿Y Alistair sería capaz de amarlo y respetarlo, aunque no tuviera los mismos poderes que ella?

Y el pensamiento más preocupante de todos: ¿Qué pasaría si sus poderes, de alguna manera, la condujeran a su desaparición? ¿Tenía menos tiempo de vida?

Erec analizó su rostro y se sintió abrumado por el amor y gratitud que sentía hacia ella, y oró para que viviera por siempre. Él esperaba presumirla con su gente, en su futura boda. Su alegría por estar con ella y su entusiasmo por presentársela a su familia, eclipsó su pena por la inminente muerte de su padre.

Erec suavemente soltó a Alistair de su pecho, deseoso de ver dónde estaban. Se hincó, el barco bamboleaba, luego se puso de pie, equilibrándose para no caer. Se paró en el centro del barco y miró al horizonte. Al hacerlo, se corazón se hinchó de emoción.

Las Islas del Su estaban justo adelante, tan bellas y resplandecientes como Erec las recordaba de cuando era niño, los acantilados dentados envolviendo las islas, elevándose desde el mar como una obra de arte, cubiertos por una bruma ligera de color amarillento. El sol brillaba directamente sobre las islas, tan fuerte, que las islas eran conocidas como las islas soleadas. Parecía como si brillaran en el oscuro océano, como una gigante esfera de luz en la oscuridad.

Erec detectó movimiento al lado de él, sintió que el barco se balanceaba ligeramente, y se volvió para ver a Alistair de pie junto a él, sonriendo. Ella se acercó y tomó su mano, y los dos miraron juntos las islas.

"Un día serás la reina allí", dijo él. "Gobernaremos juntos las islas".

"Mientras estemos juntos", respondió Alistair, "iría contigo a los confines de la tierra".

El corazón de Erec se aceleró cuando cada ola los acercaba más y más a las islas. ¿Su familia estaría allí para recibirlo? ¿Qué pensarían de Alistair? ¿Cómo sería volver a este lugar que no había visto desde la infancia?



Conforme se acercaban más y más, se preguntó: ¿sería el mismo lugar que había conocido y amado?

\*

Erec echó un vistazo a la costa con alegría mientras su barco tocaba la arena, cientos de personas de las Islas del Sur los esperaban, ovacionando a su llegada. Su gente había ido con grandes fanfarrias, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, recibéndolos como a un rey y una reina. Decenas de ellos corrieron hacia adelante y agarraron el borde de su barco y lo arrastraron a la arena, mientras Erec saltaba y le tendía una mano a Alistair. Ella la tomó y caminó por la arena.

Hubo una gran ovación cuando lo hizo, y Erec vio, lleno de orgullo, ser tan felizmente acogidos por esta gente y estar al lado de Alistair. Una persona tras otra se acercó para abrazarlo y besar la mano de Alistair; mientras Erec veía las caras, tratando de reconocer a alguna persona de su infancia. Todo era borroso.

Erec había olvidado cuán cálida y amigable era la gente de las Islas del Sur; estas personas eran legendarias por su calidez y hospitalidad; según la leyenda, eran iluminados vivos por el sol. Reían y sonreían con facilidad y daban un abrazo o una palmadita en la espalda; sin embargo su bondad nunca era confundida con debilidad, ya que también eran conocidos por ser guerreros legendarios, era una isla de fuertes y orgullosos y nobles guerreros entre los más hábiles de todos los países. Era la gente de Erec.

Mientras Erec también los abrazaba, fluyeron lágrimas en su rostro, y se dio cuenta de cuántas cosas se había perdido en su patria, de su gente, de este lugar donde pasó sus años de formación, de este lugar con el que todavía soñaba a menudo. Se sentía muy bien estar en casa otra vez, que sus pies estuvieran de nuevo en su suelo y se sentía muy bien ser amado. No había estado seguro si su gente se acordaría de él, y aquí estaba, siendo recibido como un héroe que regresaba.

También alegraba el corazón de Erec el poder ver que le daban la bienvenida a Alistair con tanto cariño, que la trataban como si ya fuera uno de los suyos, su reina. Derramaban en ella el mismo amor y afecto que tenían reservado para Erec, y Erec se sentía eternamente agradecido con ellos por eso.

Durante todos estos años que Erec había pasado en el Anillo, desde el día en que su padre lo había enviado siendo niño a estudiar bajo la tutela del rey MacGil y Los Plateados, había sentido que el Anillo había sido un hogar para Erec. El rey MacGil había llegado a ser como un padre para él, y Los Plateados se habían convertido en sus hermanos. Erec nunca había pensado mucho conscientemente en las Islas del Sur, porque en su mente, no se había imaginado a sí mismo regresando. En su mente, el Anillo se había convertido en su hogar.

Y sin embargo, ahora que había regresado, Erec tuvo una oleada de sensaciones otra vez, recuerdos, sentimientos, y se dio cuenta de que este lugar era también su casa. Su primer hogar. Un lugar al que debía tanta lealtad como al Anillo. Después de todo, ellos eran su pueblo, su sangre. Había nacido aquí, crecido aquí, antes de ser enviado al Anillo para convertirse en un gran guerrero.

Él había logrado lo que su padre había establecido — se había convertido en el mejor guerrero de todos — y había enorgullecido a su pueblo. Se dio cuenta de que tenía una deuda con su padre — y con su pueblo. Era tiempo de pagarles. El deber había llamado, y era tiempo no sólo de ver a su padre moribundo, sino también de adoptar el papel para el que había sido destinado desde su nacimiento: asumir la corona de las Islas del Sur. Sabía que es lo que su pueblo le demandaría, lo que su padre le exigiría, le gustara o no, y estaba dispuesto a servirles. Con Alistair a su lado como reina, no podía pensar en un regreso más adecuado.

"Hermano mío", se escuchó una voz.

Erec se dio vuelta, emocionado al escuchar una voz conocida, y se sorprendió gratamente al ver de pie ante él a su hermano menor, Strom, con una gran sonrisa.

"¡Había esperado que tu regreso fuera en un embarcación más gloriosa que ésta!". Añadió Strom con una sonrisa, mientras se acercaba y lo abrazaba.

Erec lo abrazó, luego lo tiró hacia atrás y lo miró de arriba a abajo: se sorprendió al ver a su hermano más pequeño ahora, muchos años después hecho un hombre maduro, casi tan alto como él, con sus músculos marcados. Tenía el rostro de un guerrero endurecido, que había sido probado en la batalla. Ahora era un hombre.

"Strom", dijo Erec, con los ojos brillantes de aprobación. Se sentía muy bien verlo otra vez.

Strom también miró a Erec de arriba a abajo, analizándolo. Meneó la cabeza.

"¡Estaba seguro que había crecido lo suficiente como para ser más alto que tú! ¡Desgraciado!". ¡Solo necesitaba dos centímetros más!". Strom rio, apretando el hombro de Erec. "Pero parece que soy mayor que tú, por lo menos".

Erec meneó la cabeza. Ese era su hermano.

"No has cambiado nada", dijo. "Todavía tratas de superarme.

"¿A qué te refieres con que trato?", dijo Strom. "*Estoy teniendo éxito. ¡Te lo demostraré más adelante cuando entrenemos!*".

Strom se echó a reír con ganas, y Erec sabía que su hermano pequeño lo decía en serio. Erec se echó a reír también, asombrado por lo rápido que había avanzado de donde se quedaron.

Erec amaba a su hermano menor, y nunca sintió celos ni competencia con él. Sin embargo, Strom no compartía el mismo punto de vista. Para su hermano pequeño, Erec fue siempre el hombre a vencer, el objetivo a superar; Erec podría jurar que Strom había dedicado su vida a ser mejor que él en cualquier cosa.

Erec se había reído, pero para Strom era un asunto serio. Erec había conocido a muchas personas en su vida, y sin embargo nunca había encontrado una rivalidad más intensa que la de su hermano, aunque fuera solo de parte de él. Su relación con Strom siempre había sido una mezcla de todo. Erec sentía que Strom lo amaba— y sin embargo, al mismo tiempo, no podía controlar su deseo de derrotarlo. Erec culpaba a la forma competitiva en que su padre los había criado, siempre enfrentándolos uno contra el otro. Su padre había pensado que serían mejores hombres — pero sólo había creado una división. El mismo Erec no creía en fomentar la competencia, y si tuviera hijos había decidido no criarlos nunca así; en cambio, Erec pensaba que era mejor criarlos para cuidarse uno al otro, para cuidarse mutuamente las espaldas y fomentar la lealtad y la abnegación. Erec creía que esas eran las verdaderas cualidades de un guerrero. La competencia era importante, pero no entre la familia — la competencia podía ser aprendida en el campo de batalla, y las habilidades podían mejorar de otras maneras. A veces la competencia sacaba lo mejor de la gente, eso era cierto — y sin embargo otras veces, la competencia solamente fomentaba lo peor.

"¿Y traes a tu novia?", dijo Strom, mirando a Alistair, sacudiendo la

cabeza. "¿También tuviste que superarme en esto? Aún no he encontrado a mi novia, y ahora dudo que voy a encontrar a una tan hermosa como ella", dijo Strom, mientras se acercaba y tomaba la mano de Alistair y le daba un beso.

Alistair le sonrió.

"Es un placer conocerte", contestó ella. "El hermano de Erec es mi hermano".

"Bueno, debes saber antes de casarte con él", dijo Strom: "que yo soy el mejor hermano de Erec. Si pasas algún tiempo aquí, podrías decidir elegirme. Después de todo, ¿por qué querrías tener al más débil?".

Strom se rió, y Erec meneó la cabeza. Strom era tan obstinado y sin tacto, como siempre.

"Sé que estaré muy contenta con mi actual elección, gracias", dijo Alistair respondió con una sonrisa, diplomática, como siempre.

Strom se hizo a un lado, mientras la multitud se separaba y alguien dio un paso adelante, y Erec quedó sorprendido al quién era:

Delfina. Su hermana menor.

La última vez que la había visto, le llegaba hasta la cintura, y ahora, Erec apenas podía creer lo alta que estaba: era casi tan alta como él, con hombros anchos, una postura perfecta y una sonrisa deslumbrante. Él no podía creer lo hermosa que se había puesto, con su pelo largo color fresa y brillantes ojos verdes.

Ella se quedó allí parada y miró a Erec con la misma intensidad que él recordaba de cuando eran niños. Siendo solo unos pocos años menor, siempre había visto a Erec como un héroe, siempre había tenido la intención de exigir su atención, y siempre había sido increíblemente celosa y territorial d cualquiera que robara su atención de ella. Posiblemente porque su padre siempre había estado ausente gobernando su reino, Delfina había visto a Erec como una figura paterna en su solitaria crianza.

Erec se daba cuenta ahora, por su mirada y por la forma en que ignoraba a Alistair, que después de todos estos años, no había cambiado nada.

"Hermano mío", dijo Delfina, caminando hacia adelante, abrazándolo con firmeza, sin dejar que se apartara de ella.

Erec la abrazó y sintió que las lágrimas de ella corrían por su cara y cuello. Erec se dio cuenta de que había extrañado mucho a su familia, pese a sus caprichos, y era abrumador verlos a todos juntos en un mismo lugar. De alguna

manera, sentía como si nunca se hubiera ido. Era una sensación extraña.

"Hermana mía", dijo. "Te he extrañado mucho".

Ella se retiró un poco y lo miró.

"No tanto como yo te he extrañado a ti. ¿Recibiste todas mis cartas?"

"Cada una de ellas", dijo Erec.

Delfina le había escrito constantemente a lo largo de los años, halcón tras halcón, enviándole sus pergaminos. Erec había respondido cuando podía, pero no le había escrito tan a menudo o tanto como ella. Evidentemente nunca había estado lejos de sus pensamientos, y una parte de él siempre se había sentido culpable por estar tan lejos de ella, casi como si estuviera abandonando a una hija.

"Estas islas no han sido lo mismo sin ti", dijo. "Me da tristeza de que la muerte inminente de papá es lo que te ha traído de regreso. ¿No era suficiente con que yo hubiera estado aquí?"

Erec sintió una punzada de culpa en sus palabras y no sabía cómo responder.

"Lo siento", dijo finalmente. "Mis deberes me obligaban a estar en otros lugares".

Erec se dio vuelta hacia Alistair, no queriendo que se sintiera ignorada, esperando que Delfina fuera amable con ella, pero temiendo lo contrario. Su estómago se hizo nudo mientras las presentaba.

"Delfina, permíteme presentarte a mi futura esposa, Alistair".

Alistair sonrió amablemente, nada territorial y extendió una mano.

Delfina la miró como si le estuvieran entregando una serpiente. Ella hizo una mueca y se volvió hacia Erec, ignorando a Alistair.

"¿Y por qué no elegiste a una novia de entre tu gente?", preguntó Delfina. "¿Significa que quieres que nos gobierne una extraña?"

La cara de Erec se puso sombría, y se sintió mortificado de vergüenza, por Alistair.

"Delfina", dijo él con firmeza, "Alistair es mi prometida. La amo con todo mi corazón. Por favor, demuéstrole el respeto que se merece. Si me amas, la amarás a ella".

Delfina se volvió y miró fríamente a Alistair, como si viera a una criatura terrible que había llegado a la costa. Entonces ella repentinamente le dio la espalda, y se fue pavoneándose frente a la multitud que ovacionaba.

Él se ruborizó, avergonzado. Esa era su hermana, siempre atrapada en una

tormenta de emociones, particularmente de su invención, y siempre impredecible. Era increíble; a pesar de todos los años que habían pasado, nada había cambiado.

Erec se dirigió a Alistair, quien parecía cabizbaja.

"Lo siento", dijo él. "Perdónala, por favor". No sabe lo que hace. No es personal hacia ti".

Alistair asintió, bajando la mirada, pero Erec pudo ver que le había perturbado esa recepción. Él se sintió muy mal.

Cuando estaba a punto de consolarla un poco más, la multitud abrió camino y se acercó la madre de Erec. Erec se sintió abrumado al verla. Era como si una parte de sí mismo regresara.

Su madre extendió ambas manos mientras se acercaba; no iba a abrazar primero a Erec, sino a Alistair. Esa era su madre — siempre impredecible y siempre siendo impecablemente oportuna. Siempre sabía exactamente qué hacer y cuándo. Erec se sintió tan aliviado al verla, y encantado de que le hubiera dado primero a Alistair el honor de saludarla.

"Futura nuera", dijo ella, manteniendo ambas manos extendidas y abrazando a Alistair con afecto.

Alistair la miró con una sonrisa de sorpresa, mientras la madre de Erec la abrazaba, sujetándola con firmeza, como si fuera una hija que había perdido. Ella se retiró un poco y la miró de arriba a abajo.

"Me habían hablado de tu belleza, sin embargo, no te hicieron ninguna justicia. Ya que eres la cosa más gloriosa que he visto. Estoy muy emocionada y encantada de que Erec te haya escogido para ser su esposa. Él ha hecho muchas buenas elecciones en su vida, pero ninguna mejor que esta".

Alistair la miró, con los ojos brillantes, y Erec pudo notar lo abrumada que estaba. Ablandó su corazón. Su madre había logrado una vez más, reparar el daño perpetuo que Delfina había ocasionado.

"Gracias, mi reina", dijo Alistair. "Es un honor conocerla. A cualquier madre de Erec la voy a amar con todo mi corazón".

Su madre también le sonrió.

"Pronto serás su esposa, y tú serás la reina. Tendrás mi título. Y nada me hará más feliz".

La madre de Erec se volvió hacia él, y ella le dio un abrazo apretado.

"Madre", dijo, mientras ella se retiraba un poco y limpiaba una lágrima de su ojo. Se veía mucho mayor que cuando se había ido, eso lo entristeció.

Había estado lejos tanto tiempo, se había perdido de tantos años fabulosos de su vida, y verla le hizo recordar todo. Vio las nuevas arrugas en su cara, y pensó en su padre.

"Tu padre te espera", dijo ella, como si leyera su mente. "Todavía está vivo. Pero no será por mucho tiempo. No le queda mucho tiempo. Ve ahora".

Ella tomó su mano y también tomó la de Alistair y juntos caminaron entre la multitud que vitoreaba, dándose prisa, mientras Erec se preparaba, ansioso por ver a su padre en sus momentos de muerte. No importaba lo que pasara, él estaba en casa.

Estaba en casa.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Gwendolyn iba en el carruaje, atrás de su gente que caminaba hacia el oeste y sur, a un costado del Cañón, como lo habían hecho todo el día, rumbo al cruce fronterizo. Gwen sintió consuelo al saber que, pese a las protestas de su pueblo, pronto estarían en el Cañón y mucho más cerca de abordar la flota de barcos que los esperaban para llevarlos a las Islas Superiores. Su corazón sentía una mezcla de remordimiento y urgencia, sabiendo que esto era lo correcto, pero odiando hacerlo.

Pero más que nada, sentía desasosiego al ver a su gente, las miles y miles de personas que se habían ido de la Corte del Rey a regañadientes, resentidos, todos bajo la mirada vigilante de los soldados que los rodeaban a cada lado y los mantenían caminando. Era como un motín controlado. Su pueblo claramente no quería irse, y Gwen los oyó murmurando más fuerte a cada paso. No sabía cuánto tiempo más podría controlarlos; era como esperar a que se soltara la tormenta.

"No siempre se puede gobernar sin dolor," dijo una voz junto a ella.

Gwen vio a Kendrick cabalgando en su caballo a un lado de ella, orgulloso, noble, con Sandara, su nuevo amor, montado en su caballo detrás de él.

Gwen se sintió tranquila al verlo. Ella sonrió, tensa.

"Papá siempre decía eso", respondió Gwen.

Kendrick también le sonrió.

"Estás haciendo lo que crees que es mejor para tu pueblo".

"Pero tú no estás de acuerdo", dijo Gwen.

Kendrick se encogió de hombros.

"Eso no es importante. Admiro que lo estés haciendo".

"Pero aún así, no estás de acuerdo con lo que estoy haciendo", dijo presionando.

Kendrick suspiró.

"A veces tú y Argon ven cosas que yo no veo". Es algo que no entiendo bien. Nunca lo he entendido. Soy un caballero; aspiro a algo más. No tengo tu habilidad ni talento para ver las cosas; no me siento cómodo con otros reinos. Pero confío en ti. Siempre lo he hecho. Papá también confió en ti, y eso es



suficiente para mí. De hecho, nuestro amado padre te eligió precisamente para momentos como éste".

Gwendolyn lo miró, conmovida.

“Eres el mejor hermano que podría querer, dijo. "Siempre me has apoyado. Incluso cuando no estás de acuerdo".

Kendrick le sonrió.

"Tú eres mi hermana". Y mi reina. Iría a los confines de la tierra por ti — esté de acuerdo contigo o no“.

Hubo un grito y Gwendolyn se dio vuelta y vio a un grupo de personas empujando airadamente a los soldados, quienes los mantenían en movimiento por la ruta de evacuación. Presintió que el poco orden que habían tenido estaba empezando a acabarse, y se preguntó cómo conseguiría llevar a su gente a través del Cañón. Desde luego, mientras sus gritos subían de volumen, se preguntó si podría haber una rebelión abierta contra ella.

Dieron vuelta en una curva, y Gwendolyn contuvo el aliento mientras veía la inmensidad del Cañón extendiéndose ante ella. Ella vio todas las capas de niebla, de diferentes colores persistiendo en el aire, vio la extensión infinita, que parecía llegar al mismo cielo. Y vio el magnífico puente, a la espera de ellos.

Mientras su gente llegaba a la base del cruce fronterizo, repentinamente se detuvieron. El grito se extendió, y pudo ver que sus hombres ya no eran capaces de controlar a las masas, bamboleándose de aquí para allá, como animales enjaulados. La gente se negaba absolutamente a dar un paso adelante, hacia el puente. Pudo ver que tenían miedo de cruzarlo.

"¡No dejaremos el Anillo!", gritó un hombre.

La multitud vitoreó.

"¡Nuestro hogar está aquí! Si va a haber peligro aquí, entonces moriremos aquí", gritó otro.

Se escuchó otra ovación.

"¡Usted no puede obligarnos a ir!", gritó otro.

Hubo un coro de ovaciones, mientras su gente se volvía cada vez más envalentonada.

Gwendolyn sabía que tenía que hacer algo. Se paró en su carro, muy por encima de las masas y extendió sus manos para que se callaran.

Lentamente, su pueblo se calmó, mientras todos los ojos se dirigían hacia ella.

"No", dijo ella, "no puedo obligarlos a irse. Tienen razón. Pero yo soy su reina, y les estoy pidiendo esto. Les prometo que hay una buena causa. Y les prometo que si se quedan aquí, morirán".

La multitud se burló, abucheándola y Gwendolyn se sonrojó, ya que sintió lo que era ser odiado como gobernante. Por primera vez, deseaba no ser la reina.

"¡A la Corte del Rey!", gritó un hombre.

La gente se dio vuelta y comenzó a regresar en esa dirección, lejos del puente. Ella vio que sus hombres perdían el control, vio que no podían detenerlos.

Mientras Gwen estaba allí parada, con el corazón acelerado en su pecho, sujetando a Guwayne, preguntándose qué hacer a continuación, se escuchó un chillido horrible en el cielo, lo suficientemente alto para hacer que se le pusieran los vellos de punta.

Su gente dejó de gritar y en cambio se quedaron allí parados, mirando a los cielos. Gwen se volvió y miró al este, hacia el horizonte, teniendo un mal presentimiento de lo que podría pasar.

*No, pensó Gwen. Ahora no. No cuando estamos tan cerca de irnos.*

Hubo otro chillido, luego otro y luego uno más. Ella reconocería ese chillido en cualquier lugar. Era un chillido primordial, el grito más potente del mundo.

Era el rugido de un dragón.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Reece estaba sentado en la bodega de la embarcación de la reina, el sonido de la lluvia golpeaba contra la madera llenando el aire, con la espalda contra la pared, curando la herida de su pierna y feliz de estar vivo. Junto a él estaban sentados Stara, Srog y Matus, bebiendo cerveza caliente y curando sus heridas, cada uno de ellos siendo atendidos por una de las curanderas de la reina. Reece hizo una mueca cuando la curandera cosió la herida en su muslo izquierdo, después de que ella había sacado la flecha. Le dolía, pero se sintió aliviado cuando salió la flecha, y aliviado de haberla recibido mientras protegía a Stara.

Al lado de él, Stara estaba recibiendo las puntadas valientemente, casi sin pestañear, su curandera estaba terminando la última puntada, después le aplicó varias pomadas. Reece sintió una punzada fría como su sanador cubierto de un paño frío sobre su pierna llenado de ungüentos; sentía los geles frescos infiltrarse lentamente su herida. Después de unos segundos sintió alivio, y se relajó y empezó a sentir mejor.

Reece tomó otro largo trago de su cerveza, el líquido caliente se sentía bien en esta noche fría y lluviosa y se le subía directamente a la cabeza. No podría recordar que era lo último que había comido. Mientras estaba allí sentado, Reece se sintió increíblemente relajado después de los terribles acontecimientos de la noche y agradecido de haber llegado al barco contra toda posibilidad. Reece se dio cuenta de lo afortunados que eran por haber escapado con heridas relativamente menores. Incluso Srog que era quien estaba más herido, ahora estaba recibiendo la curación que necesitaba, y por primera vez, Reece vio el color regresar a sus mejillas, mientras varios curanderos trabajaban en sus heridas y le aseguraban que estaría bien.

Sentado frente a todos ellos estaba Wolfson, comandante de la flota de la reina, un entrecano guerrero con una barba veteada de gris, un ojo vago y la amplia y endurecida cara de un guerrero. Llevaba el uniforme de marinero de la reina, adornado con todas las medallas y honores, como correspondía a su rango. Reece sabía que era un buen comandante, que había servido a su padre durante muchas guerras en el mar. Reece se sintió aliviado cuando llegaron a

su barco.

Tan pronto como habían abordado todos, Reece había advertido inmediatamente a Wolfson de las flechas de fuego que estaban siendo preparadas para incendiar la flota en cuanto dejara de llover. Wolfson se había puesto en acción, elevando las anclas de toda su flota y navegando hacia el mar, fuera del alcance de cualquier flecha desde la costa.

Ahora aquí estaban todos sentados, anclados a casi una milla de la costa, en aguas del océano más agitadas, siendo azotados por la lluvia, el barco se balanceaba entre las olas. Una y otra vez, habían hablado de los detalles de lo que había sucedido y qué pasos debían tomar a continuación.

"Nos salvaron a todos esta noche", dijo Wolfson. "Si no fuera por todos ustedes, nos habrían tomado por sorpresa, y nuestros barcos habrían sido incendiados en cuanto dejara de llover.

"Y sin embargo, todavía no estamos seguros aquí", dijo Matus. "Estamos a salvo de las flechas, sí, pero no crean que los de las Islas Superiores se quedarán quietos. Con la primera luz del día, mi hermano Karus llamará a su flota desde el otro lado de la isla, y atacarán lo que queda de su flota en mar abierto. Tienen docenas de barcos más que ustedes, y estarán expuestos aquí, en mar abierto.

"Ni pueden pisar tierra, con el ejército esperándolos", añadió Srog".

Wolfson asintió con la cabeza, como si ya hubiera considerado eso.

"Entonces moriremos luchando", respondió.

"¿Por qué esperar a mañana?", preguntó Stara. "¿Por qué esperar a que nos tiendan una emboscada y nos ataquen en mar abierto? ¿Por qué no zarpar ahora mismo hacia el Anillo?".

Wolfson meneó la cabeza.

"La última orden que la Reina MacGil me dio, fue mantener nuestra flota en esta bahía y mantener nuestras posiciones. No tengo una orden distinta. No abandonaré nuestro puesto. No a menos que la reina me ordene retirarme".

"Que locura", dijo Stara.

Srog suspiró.

"Somos soldados", dijo. "La Reina MacGil nos ordenó retener su isla. No desafiamos la cadena de mando".

"Y sin embargo, todavía no conoce las circunstancias que han ocurrido aquí", señaló Stara. "Después de todo, ella no esperaba que su hermano mataría al Rey Tirus y que provocaría una revolución".

Reece notó que todos lo miraban, y se ruborizó. Se preguntó si Stara lo estaba usando como excusa, y si lo odiaba por haber matado a su padre.

"Él fue un traidor", dijo Reece, "merecía la muerte".

"Aún así, tus acciones provocaron una guerra", respondió ella. "Creo que su reina entendería nuestra retirada".

Wolfson meneó la cabeza.

"Sin una orden directa, nosotros no nos retiraremos".

Todos los ojos se dirigieron a Srog, el vocero oficial de la reina en la isla. Después de un largo mientras suspiraba, se resignó. Meneó la cabeza.

"No tengo ninguna orden distinta", dijo él. "No podemos abandonar nuestros puestos. Nos quedaremos aquí y lucharemos".

Todos los hombres asintieron con la cabeza y refunfuñaron de satisfacción, estando todos de acuerdo. Se atrincheraron, examinaron sus armas, preparándose mentalmente para la lucha inevitable que habría en la mañana.

Srog y Matus se unieron a Wolfson mientras él cruzaba la habitación, en una misión para buscar más cerveza, cada uno de ellos cojeando pero de pie, y Reece se encontró solo con Stara, sentados uno al lado del otro, tomando una taza caliente de cerveza. Reece dejó su taza y quitó una piedra de su cinturón y comenzó a afilar su espada. No sabía qué decir a Stara, o si quería hablar con él, así que se sentó allí en silencio, el sonido de la espada que afilaba se oía suavemente a través de la habitación.

Reece supuso que Stara estaba enojada con él, probablemente por lo de Selese, o tal vez porque había matado a su padre y esperaba que se levantara y cruzara la habitación con los demás; le sorprendió que siguiera allí, sentada a pocos metros de distancia. Reece no sabía qué sentir por ella; una parte de él sentía vergüenza cuando la miraba, pensando en Selese, y también por cómo había roto su promesa de volver por ella. Él se sentía culpable con tan solo mirarla, dado su increíble amor y dolor por Selese, que colgaba sobre él como una manta. Sentía una tormenta de emociones, y no sabía qué pensar. Una parte de él no quería verla, dado lo que había sucedido con Selese.

Sin embargo, tuvo que admitir que otra parte de él quería quedarse cerca de ella. Una parte de él quería que ella le hablara, quería que las cosas volvieran a ser como antes. Pero se sentía culpable incluso de pensarlo.

Claramente, Reece había arruinado todo, en todas direcciones. Stara probablemente lo odiaba y no podía culparla.

"Gracias por salvarme allá", dijo Stara finalmente, con una voz tan suave

que Reece no estaba seguro si la había escuchado.

Reece se volvió y la miró, sorprendido, preguntándose si realmente había pronunciado las palabras, o si sólo lo había imaginado. Stara estaba mirando al piso, no a él, sus rodillas estaban dobladas hasta su pecho, melancólica.

"Yo no te salvé", dijo.

Ella se volvió y lo miró, con sus ojos brillantes, llenos de intensidad; estaba pasmado, como siempre, por lo hipnotizantes que eran.

"Lo hiciste", dijo ella. "Recibiste las flechas por mí".

Reece se encogió de hombros.

"Te debo tanto como tú a mí", respondió. "Si no es que más. Hoy me salvaste varias veces".

Reece volvió a afilar su espada y miró al piso y se quedaron en silencio otra vez, aunque esta vez más cómodo. Reece estaba sorprendido de que ella le hubiese hablado, y de que no parecía albergar malos sentimientos para él.

"Pensé que me odiabas", dijo Reece, después de un tiempo.

Ella se volvió y lo miró.

"¿Odiarte?", preguntó ella, elevando su voz por la sorpresa.

Reece se volvió para mirarla.

"Después de todo, yo maté a tu padre".

Stara se burló.

"Esa es una razón más para que me agrades", dijo. "Ya era hora. Me sorprende no haberlo matado yo misma".

Reece la miró, confundido. No era la respuesta que había estado esperando.

"Entonces debes... odiarme por otras razones", dijo Reece.

Stara lo miró, intrigada.

"¿Y cuáles podrían ser esas razones?".

Reece suspiró.

"Prometí volver por ti", dijo él, desahogándose. "Prometí cancelar mi boda con Selese. Y no cumplí mi promesa. Te decepcioné. Y por eso me siento avergonzado".

Stara suspiró.

"Por supuesto que me sentí decepcionada. Pensé que nuestro amor era verdadero. Me decepcionó saber que no era así. Que tus palabras estaban vacías".

"Pero mis palabras *no* estaban vacías", insistió Reece.

Ella lo miró, desconcertada.

"¿Entonces por qué cambiaste de parecer y decidiste casarte con Selese, después de todo?".

Reece suspiró, confundido, sin saber qué decir. Su mente se aceleró con emociones contradictorias.

"No es que no te amara", dijo él. "Es que me di cuenta de que también amaba a Selese. "Quizá de una manera diferente". Tal vez no con tanta fuerza como a ti. Pero la amaba igual. Y le había dado mi palabra. Y cuando iba de regreso, cuando hubo distancia entre nosotros, me di cuenta de que era una palabra que tenía que cumplir.

Ella frunció el ceño.

"¿Y qué hay de la promesa que me hiciste?", preguntó ella. "¿Y qué hay de amor por mí?", preguntó ella. ¿Eso no significó nada, entonces?".

Reece meneó la cabeza, sin saber qué decir.

"Significó mucho", dijo finalmente. "Y sé que rompí tu corazón. Lo siento".

Stara se encogió de hombros.

"Creo que es demasiado tarde para eso", dijo ella. "Tú hiciste tu elección. Tu prometida, a la que habías decidido dedicar el resto de tu vida, ya murió. Y estoy segura de que me culpas por eso".

Reece consideró sus palabras, preguntándose si eran ciertas. ¿Realmente la culpaba? Una parte de él, sí. Pero una parte más profunda de él sabía que era el único culpable.

"Me culpo a mí mismo más que a ti", respondió: "mucho más. Fue mi elección. No la tuya".

Reece suspiró.

"Y como dijiste, nada de eso importa ahora", añadió. "Cuando murió Selese, una parte de mí murió con ella. Juré nunca volver a amar. Y es una promesa que en este momento, intento mantener".

Stara lo miró, y él vio cómo su rostro se transformaba, la vio ser aplastada una vez más. Pudo ver algo brillante en sus ojos, como una gran decepción. Una resignación. Se dio cuenta en ese momento de que ella todavía lo amaba, todavía estaba esperando estar juntos. Y él sin saberlo, la había lastimado una vez más.

Stara de pronto asintió con la cabeza, luego se levantó sin decir palabra y se alejó.

Reece miró hacia abajo, afilando su espada, odiándose aún más a sí mismo y tratando de sacar todo de su mente; pero los pasos de Stara cruzando la

cubierta hacían eco en su cráneo mientras ella se alejaba más y más, cada paso era como un clavo en el ataúd de su corazón.



## CAPÍTULO DIECIOCHO

Gwen estaba parada en la base del Cañón y miraba al horizonte, congelada por el terror, mientras poco a poco, de entre las nubes, surgió una multitud de dragones, enormes, antiguos, todos soplando fuego conforme se acercaban a ellos. Los chillidos cortaban el aire una y otra vez, sacudiendo la tierra, tan intensamente que Gwen tuvo que levantar sus manos para tapar sus oídos. Observar cómo se acercaban era una pesadilla convirtiéndose en realidad, y Gwen tenía la experiencia surrealista de ver llegar el desastre real que había previsto durante tantas lunas.

Todo a su alrededor, toda su gente, tan reacia a cruzar el Cañón unos momentos atrás, repentinamente estallaron en gritos, se dieron vuelta y corrieron por sus vidas a toda velocidad, a través del mismo puente contra el que habían protestado. Corrieron por sus vidas para alejarse cuanto fuera posible del Anillo, tomando, irónicamente, la misma ruta que Gwen había querido tomar todo el tiempo.

Pero ahora era demasiado tarde. Gwen había demostrado que tenía razón. Ella había tenido la razón todo el tiempo. Pero sintió poca satisfacción.

Los dragones bajaron en picado, más y más cerca, soplando fuego. Mientras se acercaba un muro de llamas, Gwen, sintiendo ya el calor, sabía que en cuestión de minutos, ella y a todos los que conocía y amaba, estarían muertos.

Al lado de ella estaban parados todos sus concejales, y detrás de ella estaban parados todos sus caballeros, los fieles Plateados, a su favor ninguno de ellos corría, estaban de pie junto a ella, sosteniendo la parte posterior para proteger a su gente. Detrás de ella, a lo lejos, podía oír los gritos de miles de su gente, corriendo por sus vidas. Si tan solo le hubiesen escuchado antes, pensó Gwen. Ya estarían en los barcos ahora, yendo mar adentro, rumbo a su seguridad.

Los dragones bajaron en picado hechos una furia, y Gwen sabía que a pesar de los mejores esfuerzos de su gente, pronto todos estarían muertos, no sólo ella, sino todos los que intentaron huir a través del puente. Los dragones eran demasiado rápidos, demasiado fuertes, demasiado poderosos. Nada en el

mundo podía detenerlos.

Gwen miró hacia arriba y los vio acercarse, criaturas monstruosas, hermosas, batiendo sus alas, mostrando sus inmensos dientes, y supo que estaba mirando a la muerte a la cara. Ella solamente tenía algo que lamentar antes de morir — que su amor, Thorgrin, no estuviera aquí, a su lado. Deseaba verlo una vez más.

Gwendolyn agarró a Guwayne firmemente, sosteniendo su rostro en su pecho, no queriendo que viera eso. También deseaba que Guwayne pudiera estar lejos de aquí, en cualquier lugar menos aquí, a salvo en otro mundo. Su vida era demasiado corta y demasiado valiosa, para ponerle fin de esa forma.

Los dragones se acercaron, sus gritos eran ensordecedores, ahora estaban tan cerca que Gwendolyn podía sentir que el vello de su piel se erizaba por el calor. Sus hombres estaban parados valientemente al lado de ella, pero Gwen sabía que era un esfuerzo inútil. La pared de fuego derretiría sus espadas antes de que tuvieran la oportunidad de elevarlas.

Gwendolyn cerró los ojos y se preparó para enfrentar su destino.

*Por favor, Dios. Puedes llevarme a mí. Simplemente permítele a mi gente estar a salvo. Ya mi bebé. Por favor. Me ofrezco. Pero sálvalos.*

Cuando Gwen abrió los ojos, se sorprendió al oír un rugido. Era un rugido distinto, diferente de los otros dragones, uno que conocía bien. Era un rugido al que se había acostumbrado escuchar cada día y un rugido que no había oído desde el día en que Mycoples se había ido.

Ralibar.

Gwendolyn miró hacia arriba y vio a su viejo amigo Ralibar acercándose rápidamente, sobrevolando el Cañón desde el oeste, corriendo para confrontar a los dragones que se aproximaban, con furia en su rostro como nunca había visto antes. Ralibar, más grande que todos ellos, solitario, era un temible dragón a la vista, aún más temible que los que se acercaban, y era intrépido al enfrentarse solo ante un ejército.

Todos los dragones repentinamente dejaron de soplar fuego, dejaron de mirar a Gwen y a los demás, y en su lugar cambiaron su enfoque, mirando a Ralibar. Volaron rápido y se prepararon para vencerlo.

Hubo un tremendo estrépito por encima, mientras Ralibar se estrellaba sobre el dragón líder, con sus garras afuera: Ralibar se reclinó y envolvió sus garras sobre el cuello del dragón, y después continuó volando, alejando más y más al dragón, como una bala de cañon por el aire. Entonces Ralibar bajó en

picado, antes de que los otros dragones pudieran alcanzarlo, y lanzó al dragón al suelo, toda la tierra se sacudió al caer.

Los otros dragones se dieron vuelta para ayudar a su amigo.

“¡Debemos irnos!”. Kendrick gritó, estando al lado de ella, tirando de su manga. “¡Ahora, mi reina!”.

Gwendolyn sabía que tenía razón; esta era su oportunidad para huir. Y sin embargo ella odiaba dejar a Ralibar solo, de esa manera — especialmente mientras todos los otros dragones daban vuelta y bajaban en picado para atacarlo.

Aún así, Gwen sabía que ella no tenía ninguna opción; no había nada que pudiera hacer para ayudar a defender a Ralibar. Aunque ella tratara de ayudarlo, sería inútil. Y ésta era su única oportunidad para escapar, mientras que los dragones estaban distraídos.

“¡Ahora, mi reina!”, imploró Kendrick, tirando de su brazo.

Gwen finalmente se volvió y se unió a sus hombres, todos ellos montando sus caballos y carruajes y yendo hacia el puente.

Pronto se unieron a su gente, miles de ellos continuar su éxodo masivo a través del puente y finalmente al otro lado del Anillo. Llegaron a las Tierras Salvajes y Gwen pensó en el camino a seguir y agradeció a Dios que tenía a la flota esperándolos en las costas, para la evacuación.

La gente huyó en pánico total, y ninguno de ellos se detuvo para mirar atrás. Es decir, ninguno, a excepción de Gwendolyn. Al llegar al otro extremo del cruce fronterizo, Gwen se volvió para echar una última mirada y se descorazonó al ver a Ralibar siendo atacado por todos los costados. Ralibar luchaba brillantemente, derribando a un dragón tras otro con sus garras, cortándolos, luchando, usando sus grandes dientes, clavándolos en sus cuellos. Él luchó ferozmente, derribando a un dragón tras otro.

Pero ellos eran demasiados, y lo atacaban desde todos los lados. Uno tras otro, bajaban en picado hacia él, como aves furiosas, sujetándolo, lanzándolo, arañándolo y mordiéndolo, estrellándolo en las piedras. Ralibar luchó valientemente, pero pronto estaba siendo golpeado en el suelo por un dragón tras otro.

"Gwendolyn, ¡VETE!", ordenó de repente una voz firme que ella reconoció.

Gwendolyn miró sorprendida a Argon, y se preguntó cómo consiguió llegar allí.

Argon caminaba solo, sin miedo, hacia el puente. Tenía una expresión

intensa, centrada en Ralibar, y Gwen observaba paralizada, mientras Argon se dirigía al centro del puente, con su vara. Finalmente se detuvo, extendió una sola mano y la dirigió al este, hacia Ralibar y los demás.

"Ralibar, te convoco", espetó Argon con su voz antigua, dando la orden. "¡Regresa a mí!".

Ralibar, en el suelo, dando tumbos, siendo inmovilizado una y otra vez, volvió su cabeza y miró hacia el sonido de la voz de Argon.

De repente, de la palma levantada de Argon surgió una luz blanca brillante, disparando a través del puente hacia el borde del Cañón. Al hacerlo, se transformó en una enorme pared de luz blanca, elevándose del suelo hacia los cielos, colgando a un costado del Cañón. Parecía como si Argon creara por su propia cuenta un nuevo escudo de energía.

De repente, Ralibar rodó hacia fuera por debajo de los otros dragones, se puso de pie y agitó sus grandes alas. Subió al cielo, con los otros dragones siguiéndolo de cerca y se dirigieron hacia Argon. Estaba herido, no volaba tan rápido como lo hacía generalmente, y un dragón logró atraparlo, mordiendo su cola. Gwen contuvo el aliento, temiendo que Ralibar no pudiera sobrevivir.

Pero Ralibar se liberó, aleteó con más y más fuerza, y se alejó lo suficiente para volar por la pared de luz de Argon hacia el aire a, través del Cañón.

Los otros dragones fueron detrás de él, pero en cuanto llegaron a la pared de luz, se estrellaron de cabeza en ella. Gritaron furiosos, estrellándose en ella una y otra vez, pero no podían penetrarla.

Argon estaba parado, con ambas palmas levantadas, creando y manteniendo el campo de energía, y sus brazos temblaban. Gwen nunca lo había visto bajo tanta tensión; parecía sentir dolor cada vez que los dragones golpeaban el escudo. Pronto, Argon se derrumbó por el esfuerzo, y Gwen gritó, mientras lo observaba caer al suelo. Argon estaba allí tirado, indefenso, en ovillo, al centro del puente.

"¡Ralibar!". Gwen gritó, apuntando.

Ralibar se dio vuelta con sonido de su voz, y miró el cuerpo de Argon; Ralibar dejó escapar un grito y bajó en picado, con las garras extendidas, dirigiéndose a Argon. Lo levantó, agarrándolo firmemente, y voló con él, llevándolo cada vez más y más alto por los aires.

Él siguió a Gwendolyn mientras ella se daba vuelta, guiándolo a él y a toda su gente por el camino ante ellos, a través de las Tierras Salvajes hacia sus barcos, a un lugar en el mundo que no fuera el Anillo.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Thorgrin caminó a través de los interminables campos de lodo en la Tierra de los Druidas, mirando al horizonte y con la esperanza de ver algo, cualquier cosa; pero no había más que desolación, nada que rompiera la monotonía del paisaje, que parecía extenderse sin fin. Había nubes oscuras en el aire, lo suficientemente bajas para casi poder tocarlas, completando el cuadro de la penumbra.

Era la imagen exacta del Infierno que Thor recordaba cuando había pasado por el páramo del Imperio. Sin embargo Thor se obligó a sí mismo a recordar, a saber que no estaba en el Imperio. Estaba en la Tierra de los Druidas, se dijo a sí mismo. Todo lo que vio ante él era una creación de su mente. Él sabía que no estaba caminando por un paisaje, sino por los contornos de su propia mente.

Conscientemente, Thor sabía que era verdad, y quería detenerlo, cambiar la imagen que tenía ante él, tener pensamientos felices; pero curiosamente, se encontró incapaz de cambiarla. Se dio cuenta que tenía el poder de hacerlo. Aunque intentaba con ganas tener un pensamiento diferente, un mundo distinto, se encontraba caminando por éste, sus pies se pegaban al lodo con cada paso que daba, cada paso trabajado, respirando con dificultad. Y tenía una gran corazonada mientras más lejos iba, como si fuera a ser atacado en cualquier momento. Pero no sabía qué lo atacaría.

Thor buscó sus armas, pero al mirar hacia abajo se dio cuenta de que el cinturón estaba vacío, de hecho, ya no llevaba su armadura. Vestía harapos otra vez, la simple bata de pastor que solía ponerse. ¿Qué había pasado? ¿Cómo es que estaba vestido así otra vez? ¿A dónde habían ido sus armas? Cuando Thor tocó su cintura, lo único que encontró fue solo una honda, de su infancia, acabada por los años de uso.

Thor marchó y marchó, en guardia y sintió que esto era un campo de entrenamiento, que su subconsciente lo llevaba a través de etapas de su vida. Al entrecerrar los ojos hacia el horizonte, empezó a ver algo. Parecía ser un bosque de cierta clase, y al acercarse, vio que era un nuevo paisaje, lleno de árboles muertos hasta donde alcanzaba la vista, con las ramas negras, torcidas.

Era un enorme huerto de la muerte.

Thor caminaba por un estrecho camino que lo llevó a un bosque, bajo las ramas nudosas de los árboles, los cielos estaban llenos de sonidos de cuervos, y mientras caminaba vio algo que le hizo sentir un hoyo en el estómago: desde un árbol cercano, vio una figura colgando, vestido con su armadura, balanceándose a pesar de que no había viento. Su armadura oxidada crujía mientras se balanceaba, y cuando cayó la placa frontal, Thor lo reconoció: era Kolk, su antiguo comandante de la Legión, con una soga al cuello.

Thor quiso bajarlo, ayudarlo, pero al acercarse vio sus ojos bien abiertos, vio que ya tenía mucho tiempo muerto. Perplejo, Thor continuó caminando, sorprendido. En el siguiente árbol vio otro cuerpo colgando, balanceándose, con los ojos bien abiertos. Era Conven, su antiguo hermano de la Legión.

Conforme Thor continuaba, veía a miles de caballeros de armadura oxidada colgando de los árboles; al pasar, vio que en cada árbol había un cuerpo diferente, todos eran personas que había conocido, gente con la que había combatido. Había gente que sabía que estaba muerta; entonces, Thor se sorprendió al ver que había gente que sabía que aún estaban vivos: Reece, Elden, O'Connor. Todos sus hermanos de la Legión. Luego vinieron los miembros de Los Plateados. Todos ellos muertos.

"Eres el único que queda".

Thor se volvió y miró alrededor de la fuente de donde provenía la voz, pero no pudo encontrarla.

"Un guerrero aprende a luchar solo. Sus hombres están a su alrededor. Pero su campo de batalla es él mismo".

Thor se volvió una y otra vez, pero no pudo encontrar la voz. Sabía que era la voz de Argon; pero no podía verlo.

Thor se apresuró por el sendero, más allá de los miles de cuerpos balanceándose, sintiendo como si todo el mundo estuviera muerto y preguntándose si esto terminaría alguna vez. Al pensar en ello, de repente el bosque desapareció, y estaba de regreso en el desolado paisaje de barro.

Thor escuchó un ruido silbante, y miró hacia abajo y había algo deslizándose por debajo de la superficie del lodo, que se volvió translúcido. Miró de cerca y vio una serpiente gigantesca, justo debajo de la superficie, corriendo. Mientras observaba el suelo, de repente vio a miles de criaturas exóticas, todas reptando a pocos centímetros por debajo de la superficie del lodo. De alguna manera, no fueron capaces de perforar la superficie del lodo,

sin embargo, Thor sentía como si fuera a caer en cualquier momento y estar inmerso en un agujero de la muerte.

*Thor cerró los ojos mientras caminaba.*

*Estas criaturas no son reales, se dijo a sí mismo. Son criaturas que se deslizan debajo de la superficie de mi conciencia. Yo las creé. Yo las puedo suprimir. Utiliza tu mente, Thorgrin. Utiliza tu mente.*

Thor sintió un calor tremendo levantándose entre sus ojos, en el centro de su frente, y se sintió más y más fuerte. Se sintió controlando la estructura del universo que le rodeaba.

Thor abrió los ojos y miró hacia abajo, y parpadeó sorprendido al ver que las criaturas se habían ido. Ahora caminaba en nada más que el fango.

Thorgrin se sintió empoderado, comenzando a darse cuenta de que tenía la capacidad, después de todo, para invocar sus poderes, para controlar su entorno. Estaba empezando a entender cómo utilizarlo, cómo llegar a los niveles más profundos de sí mismo; estaba empezando a entender que no había diferencia entre el mundo interior de su mente y el mundo exterior.

Él también estaba empezando a darse cuenta de que toda esta tierra era un campo de entrenamiento. Se dio cuenta de que tenía que llegar a un cierto nivel antes de poder presentarse ante su madre. Antes de que fuera digno.

Hubo una espesa niebla, mientras Thor caminaba, cegándolo momentáneamente. Cuando finalmente se levantó, miró a lo lejos y vio un objeto único que salía del fango. Regresó la niebla y él no estaba seguro de haberla visto, y aumentó su paso, ansioso por ver lo que era.

Thor se acercó más y al hacerlo, la niebla se levantó de nuevo y la vio otra vez. Se detuvo ante ella, escudriñándola, sorprendido. Al principio, parecía ser una cruz gigante; pero cuando llegó a tocarla, se dio cuenta de que era otra cosa. Estaba endurecida por el barro, con capas de lodo, y al estirar el brazo, la limpió poco a poco. Lentamente, apareció una pieza del objeto: era una empuñadura brillante, tachonada de joyas.

Thor estaba allí parado, congelado, sin aliento. No lo podía creer. Ante él, con su hoja clavada en la tierra, partida en capas de lodo, esperando a que la agarrara, estaba la Espada del Destino.

Thor parpadeó varias veces, sorprendido. Parecía tan real. Él sabía que era real. Y sin embargo, al mismo tiempo, Thor sabía que había creado esto, junto con todo lo demás en esta tierra. Se sentía muy bien ver esta arma otra vez, recuperar a su viejo amigo otra vez, un arma por la que había cruzado medio

mundo, por la que había perdido a un querido amigo, que había dictado gran parte de su viaje en la vida. Empuñar la Espada del Destino había significado más para Thor de lo que podía decir. Casi gritaba cuando la vio; se dio cuenta de lo mucho que la había extrañado. Sin duda, había tenido sueños de que estaba fuera de su alcance desde el día que la había perdido.

Y ahora al verla allí, se dio cuenta de que eran sus sueños los que creaban esto. Los niveles más profundos de su subconsciente.

Thor se acercó, agarró la empuñadura de la espada y tiró de ella, esperando extraerla fácilmente del lodo.

Sin embargo, Thor se sorprendió cuando no se movió.

Thor tiró de ella con más fuerza, luego la agarró con ambas manos. La espada se mecía hacia adelante y hacia atrás, pero sin importar cuánto lo intentara, no podía extraerla.

Thorgrin finalmente gritó al hacer esfuerzo, luego se derrumbó, cayendo de rodillas, jadeando, aplastado.

¿Cómo podría ser posible? ¿Como podía ser posible que ya no era digno de empuñar esta espada?

"Nunca fuiste tan fuerte como creías, Thornicus", se escuchó una voz sombría.

A Thor se le erizaron los vellos de la parte posterior del cuello cuando se dio cuenta de quién era esa voz.

Se volvió lentamente y vio al hombre que odiaba más en el mundo allí de pie, frente a él, con una sonrisa malvada en su rostro:

Andrónico.

Andrónico le sonrió, sosteniendo una enorme hacha de armas en una mano y una espada en la otra. Sus músculos eran abultados, su armadura apenas era capaz de contenerlos, mientras se acercaba a Thor.

"¿Qué haces aquí?", preguntó Thor. "¿Cómo llegaste aquí?".

Andrónico se echó a reír, con un sonido horrible, estridente.

"He venido a esta tierra como tú", respondió. "Buscando. Estaba buscando un mayor poder, mi poder interior. Yo era un joven guerrero. Y fue entonces cuando conocí a tu madre".

Srog lo miró, sorprendido.

"Te dije que volvería contigo en tus sueños", dijo Andrónico. "Y aquí, en esta tierra, los sueños son lo bastante reales como para matarte".

Andrónico se abalanzó con su hacha y Thor la esquivó en el último



momento mientras el hacha pasaba cerca de él, fallando por poco.

"¡No eres real!". Thor gritó apuntando una palma de su mano hacia su padre, tratando de invocar su poder para alejarlo.

Andrónico giró su espada y cortó el brazo de Thor.

Thor gritó por el terrible dolor, y la sangre brotaba de su herida.

Andrónico lo miró, riendo.

"¿Esto no es real? Cuando te apuñale el corazón, morirás para siempre. Al igual que yo. Tal vez pudiste haberme creado. Pero ahora estoy aquí, y soy lo suficientemente real para matarte, y lo haré".

Andrónico giró una y otra vez, y Thor lo esquivó cada vez, la espada fallaba por poco, pero cada vez se acercaba más. Thor miró la Espada del Destino y deseó más que nada poder esgrimirla.

Mientras Andrónico se acercaba con fuerza a él, Thor recordó su honda: se agachó, la agarró y lanzó una piedra.

La piedra salió volando hacia la cabeza de Andrónico, pero Andrónico hizo girar su espada y bateó con fuerza la piedra en el aire.

"Tus armas de la adolescencia no te servirán aquí, muchacho", dijo su padre.

Thor buscó un arma por todos lados desesperadamente, pero no pudo encontrar ninguna. Estaba indefenso contra este monstruo, y Andrónico estaba decidido a matarlo.

"Sigues oponiéndote a mí", dijo Andrónico. "Pero soy parte de ti. Acéptame. Acéptame y desapareceré".

"¡Nunca!", exclamó Thor.

Andrónico levantó su hacha y se la lanzó a Thor. Thor no se lo había esperado, y apenas tuvo tiempo de esquivarlo, mientras volaba dando volteretas, y le cortó el hombro. Thor gritó de dolor, mientras la sangre brotaba de su otro brazo.

Antes de que pudiera reaccionar, Andrónico lo pateó con ambos pies en el pecho, derribando a Thor de espaldas.

Thor se deslizó docenas de metros en el lodo, hasta que finalmente se detuvo. Miró hacia arriba, pero Andrónico ya estaba parado sobre él y levantó su hacha de armas por lo alto.

"Te amo", Thornicus. Y es por eso que debo matarte".

Mientras Andrónico levantaba su hacha por lo alto, Thor, indefenso, levantó sus manos y gritó, sabiendo que ésta sería una horrible forma de morir.

## CAPÍTULO VEINTE

Erec rápidamente subió las escaleras interminables que conducían a la cima del pico más alto de las Islas del Sur, mirando hacia arriba conforme caminaba, emocionado al ver la fortaleza de su padre. Allí estaba, en el punto más alto de la isla, tal como lo había recordado de niño. Era una hermosa estructura, como un pequeño castillo, pero cuadrado y cerca del suelo, adornada con torres y parapetos. Fue construido de piedras antiguas extraídas siglos atrás, de estos acantilados, y su presencia era imponente. Para Erec era su hogar; sin embargo, también personificaba un lugar especial en sus sueños, un lugar casi mágico.

Erec se acercó a sus enormes puertas de cobre, altas y rectangulares, brillando tanto en el sol que tuvo que entrecerrar los ojos, tenía enormes mangos tallados que le traían recuerdos. Erec había olvidado que las Islas del Sur eran una tierra de cobre, con sus abundantes minas de cobre produciendo un sinfín de material, tanto así, que casi todas las estructuras de las Islas del Sur, incluso las casas más pobres, tenían algún elemento de cobre en ella. La fortaleza de su padre, con la más bella y elaborada estructura, tenía tanto cobre en ella, brillaba tanto, que era visible desde casi cualquier punto de las islas. Fue diseñada para sorprender a la gente, fueran amigos o enemigos.

Erec estaba respirando con dificultad, sus piernas le ardían, cuando finalmente llegó a la meseta y al lugar — había olvidado cuán empinadas eran las Islas Superiores, cómo toda la isla era básicamente una enorme cordillera, con una serie de elevaciones, subiendo y bajando, la gente constantemente tenía que subir escalones interminables tallados en la piedra para llegar a cualquier lugar. A la fortaleza de su padre, sobre todo. Erec se dio cuenta de que sin importar en qué forma estaba, no era la de la gente de las Islas del Sur, donde todos los hombres — y mujeres — tenían las piernas como troncos, acostumbrados toda su vida a subir y bajar.

Cuando Erec se acercó a las puertas, con Alistair a su lado, media docena de soldados, ataviados con el uniforme de las Islas del Sur, de pies a cabeza con su armadura de cobre, armas, escudos, brillando como el fuerte, inmediatamente se hicieron a un lado y les abrieron las puertas. Inclinaron la

cabeza, ofreciéndole una recepción digna de un rey. Eso le dio a Erec una sensación extraña; le hizo saber que pronto, su padre estaría muerto — y él sería el rey.

Erec nunca había sido tratado como un rey antes, y se dio cuenta de que no le gustaba la sensación. Era un hombre humilde de corazón, toda su vida la había dedicado a ser un fiel soldado, un guerrero, un caballero — no a la política ni a la pompa y solemnidad. Su vida estaba dedicada a servir a los demás, a servir al Anillo, a ser el mejor guerrero que podía ser. Poco le importaba lo demás.

Viendo a todas estas personas de las Islas del Sur tratarlo con tal recepción le hizo comprender que su vida estaba a punto de cambiar. Pronto estaría pasando menos tiempo con su armamento, menos tiempo en el campo y más tiempo como gobernante, en los salones de la política. No estaba seguro si le gustaba la sensación. ¿Es la evolución natural de un guerrero?, se preguntaba. ¿Dejar el campo de batalla, un lugar de honor, para entrar en el oscuro campo de la política? Erec consideró que había más honor en la batalla, y que el más profundo estaba en meterse en la política y el poder, en la que uno arriesgaba más el honor. ¿Transformarse de guerrero a gobernante era la evolución natural de la responsabilidad? ¿O era una involución, deslustrar nuestro honor y virtudes?

Erec no sabía la respuesta, y una parte de él no quería averiguarlo. Solo quería una vida simple siendo un guerrero, defendiendo su reino, viviendo entre su gente. No quería gobernarlos. Sin embargo, era el primogénito de su padre y todo el mundo en las Islas, incluyendo a su padre, no esperaba menos de él.

Si había algo que lo salvara de ser rey en estas islas, era que los reyes aquí eran diferentes a los reyes de cualquier otro lugar en el mundo; ser rey aquí significaba no sólo que tenía que ser elegido por el linaje — también había que ganárselo. Para ganar el reinado, Erec tendría que ser probado en el campo de batalla, por su propia gente. Se haría un concurso, y cualquier plebeyo tendría el derecho a desafiarlo. Si uno de ellos lo derrotaba, el reino pasaría a ellos. Al menos Erec, suponiendo que ganara, sería rey por mérito — y no solo a través del linaje.

Erec marchó por los corredores de la mano de Alistair, sus pasos hacían eco en los pisos de cobre, con los asistentes y soldados alineados, agachando la cabeza al pasar. Más asistentes abrieron otro conjunto de puertas para ellos,

y pasaron por otro corredor y otro más, y finalmente, ante ellos estaban las puertas de la cámara de su padre. Un último soldado abrió la puerta y Erec se preparó, nervioso, anticipando en qué estado podría estar su padre.

Alistair se detuvo con él ante la puerta, tirando de su mano.

"Mi Señor, ¿voy entrar contigo?", preguntó Alistair, vacilante.

Erec asintió con la cabeza.

"Serás mi esposa. Es conveniente que conozcas a mi padre antes de que muera".

"Pero no lo has visto desde tu juventud. Tal vez quieras estar un tiempo a solas con él".

Erec agarró su mano. "Donde yo vaya, irás tú".

Los dos entraron en la habitación y la puerta se cerró detrás de ellos, dejándolos solos en esta cámara con el rey, junto con los asistentes alineados solemnemente a lo largo de las paredes.

Por primera vez desde que era un niño, Erec vio a su padre y se sintió descorazonado. Su padre estaba acostado en la cama, con la cabeza levantada sobre almohadas de seda; la seda cubría su pecho a pesar del día caluroso de verano. Se veía mucho más viejo, más débil, más pequeño de lo que Erec recordaba. Verlo así le dolía infinitamente.

En la memoria de Erec, su padre era un gran guerrero alto, de pecho amplio, un hombre feroz y fuerte, sabio y calculador, respetado por todos los que lo veían. Era un hombre que había logrado ocupar el trono en su juventud, por combatir mejor que otros que tenían linaje real, por su pura fuerza, determinación y capacidad de combate.

Como era un guerrero y no un gobernante, un hombre que no provenía de sangre real, todos los isleños habían estado seguros de que no podría durar en el trono y que no sería un gran gobernante. Pero su padre los sorprendió a todos. Él resultó ser no solo el mejor guerrero en las islas, sino también un gran y astuto gobernante. Se las arregló para mantenerse en el trono y fortalecerlo — toda su vida, y en el proceso, hacer de las Islas del Sur, un lugar mucho más fuerte. Él fue quien había descubierto las minas de cobre, que les había llevado a ellos toda la riqueza, que había ayudado a construir la mayor parte de las estructuras de cobre en la isla; él era el que había extendido la flota de pesca, había reforzado los acantilados, había hecho las islas más prósperas y abundantes — y que había manejado todos los ataques a sus islas. Él había tenido éxito todos estos años, a pesar de las predicciones, y

se había convertido, de manera impredecible, en el mejor rey de la Islas del Sur que habían conocido.

Y ahora estaba acostado, muriendo esta montaña de hombre, y Erec sabía que tendría que llenar unos zapatos enormes. No sabía si él o cualquier persona, era capaz de llenarlos.

"Padre", dijo Erec, con el corazón destrozado mientras se acercaba, y se detuvo en la cabecera de su padre.

El rey abrió un poco los ojos, luego al mirar a Erec, los abrió más ampliamente. Inclino su cabeza hacia adelante, sólo un poco, miró Erec y extendió una mano débil.

Erec la sujetó y besó la mano de su padre. Estaba arrugada y vieja y fría al tacto. Parecía la muerte.

"Hijo mío", dijo él, con anhelo en su voz.

Erec admiraba a su padre como rey y como soldado; pero tenía sentimientos encontrados como padre. Después de todo, su padre lo había alejado a una edad muy corta, lo había enviado lejos de todo lo que conocía y amaba. Sabía que su padre lo había hecho por su bien, sin embargo, una parte de Erec sentía que su padre no lo quería aquí. O estaba más interesado en ser un rey que un padre.

No podía negar que una parte de Erec, hubiera querido quedarse aquí, estar cerca, pasar su vida con su padre y su familia; tuvo que admitir que otra parte de Erec, resentía que su padre lo hubiera enviado a un exilio forzado, que hubiera elegido esta vida para él.

"Alcanzaste a llegar antes de mi muerte", dijo su padre.

Erec asintió con la cabeza, con sus ojos brillando ante el sonido de la voz débil de su padre. No parecía correcto que un gran guerrero fuera reducido a esto.

"Tal vez no morirás, padre", dijo él.

Su padre meneó la cabeza.

"Todos los curanderos de aquí, me han visto dos veces. Yo tenía que haber muerto hace meses. Yo he aguantado", dijo él, teniendo un ataque de tos, "para verte".

Erec podía ver los ojos de su padre brillando y notar que sin duda, a su padre le importaba él. Le conmovía profundamente. A pesar de sí mismo, Erec sintió que se formaba una lágrima. Rápidamente la secó.

"Probablemente creas que no me importabas, habiéndote enviado lejos

todos estos años. Pero fue porque *sí* me importabas. Yo sabía que una vida con los MacGil te haría ganar fama y reputación y rango, más allá de lo que jamás podrías haber conseguido aquí, en nuestras pequeñas islas. De niño, fuiste el mejor guerrero que he visto. Me atrevo a decir que me identifiqué contigo. Es cierto, no quise privar a los MacGil de tus habilidades; pero confidencialmente te diré, que también fue porque no quise privarte del poder que podrías lograr allí”.

Erec asintió con la cabeza, conmovido, empezando a comprender, a mirar a su padre con una luz completamente nueva.

"Te entiendo, padre".

Su padre tuvo otro ataque de tos, y cuando se detuvo, miró hacia arriba y vio a Alistair. Agitó la mano hacia ella.

"Tu novia", dijo. "Quiero verla”.

Erec se volvió y asintió con la cabeza y Alistair se acercó tímidamente, luego se arrodilló al lado de Erec, se acercó y besó la mano de su padre.

"Mi señor", dijo suavemente.

La miró de arriba a abajo, con cuidado, durante mucho tiempo, y finalmente asintió con satisfacción.

"Eres mucho más que una bella mujer", dijo. "Lo veo en tus ojos. También eres una guerrera. "Erec ha elegido bien", dijo.

Alistair asintió con la cabeza, pareciendo conmovida.

"Trátalo bien", agregó el rey. "Pronto serás la reina aquí. Una reina debe ser más que una esposa devota. También trata bien a mi pueblo. La gente necesita un rey —, pero también necesitan una reina. No olvides eso".

Alistair asintió con la cabeza.

"Sí, mi señor”.

"Debo hablar contigo ahora", le dijo a Erec.

Erec asintió con la cabeza a Alistair, y ella se inclinó y rápidamente dio vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella.

"Todos ustedes, déjenos", dijo el rey.

Uno por uno, todos sus asistentes se apresuraron a salir de la habitación, cerrando la puerta.

Erec y su padre se quedaron solos, y el silencio se sentía más pesado. Erec agarró la mano de su padre, libremente, permitiendo derramar una lágrima por su rostro.

"No quiero que mueras, padre", dijo él, conteniendo las lágrimas.

“Lo sé, hijo mío. Pero mi tiempo ha llegado a su fin en esta tierra. Pocas cosas me importan ahora. Lo que me importa ahora, más que nada, eres tú”.

Tosió durante mucho tiempo, luego se inclinó hacia adelante.

"Escúchame", le ordenó, con la voz repentinamente firme, teniendo la fuerza que Erec recordaba de cuando era niño. Miró hacia arriba y vio un poco de la feroz determinación en la cara de su padre, que él recordaba. "Hay mucho que debes entender y no mucho tiempo para aprenderlo. Mi gente— nuestra gente— es más compleja de lo que piensas. Nunca olvides nuestras raíces. Cientos de años atrás, nuestras islas fueron una simple colonia de prisioneros, desterrados, exiliados, esclavos, toda la gente que no quería el Anillo. Los enviaban aquí a morir.

"Pero los sorprendimos a todos, y sobrevivimos. Nos convertimos en un pueblo por derecho propio. Y durante siglos, hemos evolucionado. Nos hemos vuelto autosuficientes, y los mejores guerreros que hay en el Imperio. Nos hemos convertido en marineros expertos, pescadores, agricultores, incluso en estos acantilados. Ahora, siglos después, hemos pasado de ser parias a una joya de la corona, una nación de recompensas y guerreros.

"Nuestra relación con los MacGil se reparó con los años hasta el punto donde les enviamos a nuestros guerreros para aprender y ellos nos mandaron a los suyos. Los MacGil quieren a nuestros guerreros. Siempre ha habido una alianza tácita entre nosotros. En tiempos de problemas o peligro, esperan que acudamos en su ayuda. Pero lo que debes entender es que nuestra gente está dividida. Algunos consideran que estamos en deuda con ellos, y seguirán siendo fieles hasta la muerte. Pero mucho de nosotros somos aislacionistas. Ellos están resentidos con el Anillo y no quieren ayudar”.

Miró a Erec de manera significativa.

"Tienes que entender a tu gente. Si tratas de reunirlos para defender al Anillo, podrías tener una guerra civil en tus manos. Son orgullosos y tercos. Intenta guiarlos a todos, y no lo harás con ninguno. Debes guiarlos con cuidado. ¿Entiendes? Tu, siendo el rey, eres quien debe decidir”.

Su padre tuvo otro ataque prolongado de tos, y Erec estaba allí sentado, tratando de procesar todo. Él estaba empezando a darse cuenta de que su gente y su política eran mucho más compleja de lo que había pensado.

"Pero padre, la familia MacGil me recibió como si fuera parte de ellos. El Anillo es mi segundo hogar. He jurado acudir en su ayuda si alguna vez lo necesitaban, y siempre mantengo mis promesas”.

Su padre asintió con la cabeza.

“Y ahora te darás cuenta de lo que significa ser un rey. Es fácil dar tu palabra — y mantenerla como guerrero; pero es mucho más difícil conservarla como gobernante. Si tu gente no te sigue, ¿a quién estás gobernando exactamente?”.

Erec pensó en sus palabras, mientras su padre de pronto cerró los ojos. Levantó su mano y la agitó hacia Erec. Erec quería despedirse de él, abrazarlo.

Pero esa no era la costumbre de su padre, nunca lo fue. Su padre era un hombre frío y duro cuando quería serlo — incluso era abrupto. Y ahora Erec podía ver que había acabado con él. Erec había cumplido su propósito.

Cuando Erec se volvió para caminar hacia la puerta, su padre tosió y tosió; Erec sabía que era la última vez que volvería a verlo, y se fue, pensando. Su padre le había dejado como heredero de su reino, ¿pero verdaderamente lo amaba como hijo? ¿O sólo lo quería como heredero de sus asuntos?

Y más aún, el pensamiento que pasmó a Erec como cuchillo en el pecho fue: si ser rey significa comprometer su palabra de honor por el bien de las masas, ¿sería algo que Erec podría hacer? Erec había vivido toda su vida por el honor, y daría su vida por el honor, sin importar el costo. Pero como rey, ¿podría permitirse ese lujo? Se destruiría a sí mismo por el bien del honor, pero ¿podría destruir un reino?



## CAPÍTULO VEINTIUNO

Gwendolyn estaba parada en la proa del enorme barco, al mando de su flota, mirando al horizonte y subiendo y bajando mientras la embarcación se mantenía a flote en el vaivén de las olas. Ella respiró profundamente, sabiendo que a cada momento, cada rocío de las olas del mar los llevaba más y más lejos del Anillo.

Navegaron en un viento azotador y neblina; la lluvia finalmente se detuvo, pero las gruesas y sombrías nubes se negaban a ceder. Pese al verano, hacía más frío conforme iban más al norte, y Gwen tiró su capa firmemente alrededor de sus hombros. Ella sujetó a Guwayne, sosteniéndolo firmemente sobre su pecho, disfrutando de su calidez, meciéndolo mientras ella se asomaba y se preguntaba acerca del futuro que les esperaba.

Gwendolyn no se dio vuelta para mirar hacia atrás — ni una vez, a pesar de que sabía que el continente del Anillo ahora estaba lejos de la vista. Ella temía que, si se daba vuelta, vería a los dragones de Rómulo, que de alguna manera romperían el escudo de Argon y los perseguiría. Recordando su terrible mirada, el calor de sus llamas cuando se aproximaron, se estremeció; no quería atraer a la mala suerte.

A su alrededor lo único que había era el océano, agua en todas direcciones, una monotonía sin fin. Pero no importaba; le daba la bienvenida al agua, para variar. Ella no podía soportar mirar detrás de ella, en la dirección donde antes se encontraba su casa. Era demasiado doloroso. Todo lo que ella conocía, que había amado y querido ahora estaba quemado; se sentía mal al pensar que la Corte del Rey ahora la estaban disfrutando Rómulo y sus soldados, sus dragones. Toda su gente en todo el Anillo, los que no habían tenido tiempo para evacuar con ella, seguramente habían muerto. Su patria ya no existía. Gwen se sentía decepcionada, sentía como si de alguna manera fuese culpa suya. Deseaba con todas sus fuerzas haber rescatado a más personas de su pueblo.

Todo lo que quedaba, toda la esperanza que le quedaba en el mundo, estaba adelante. Ella miró alrededor y vio a decenas de barcos y no pudo evitar sentir que se estaban yendo como exiliados, en un éxodo masivo de las riquezas del

Anillo hacia las solitarias, escarpadas, tormentosas Islas Superiores. Gwen se estremeció al pensar que el resto de sus días, de los días de su pueblo, estarían condenados a vivir en ese lugar; pero por lo menos, se dijo a sí misma, estaban vivos. Habían sobrevivido. Y eso era todo lo que importaba ahora.

Gwen sabía que no habría ninguna bienvenida esperando para recibirla; solo una fría, si no hostil, recepción por parte de los hombres de Tirus. Lo último que había sabido, es que ella había enviado a Reece para ofrecerle disculpas a Tirus; era quien sabía cómo lo había tomado Tirus. ¿Sería él gentil a su llegada?, se preguntaba ella. De alguna manera, lo dudaba. Ahora habitaba un lugar frío y árido, atrapada entre un adversario y el siguiente, ella y todo su pueblo se veían obligados a luchar, de una u otra forma, en cualquier dirección que eligieran, sólo para sobrevivir.

Gwen, cerró los ojos y trató de eliminar el horror; pensó en todas las personas que había tenido que dejar atrás, esparcidas en el Anillo, todo bajo su cuidado. Sacudió la cabeza, pensando en todas las familias que seguramente estaban muertas ahora, aniquiladas por la mano de Rómulo y el soplido de sus dragones. No entendía cómo pudo haber pasado eso. Rómulo, de alguna manera, había logrado bajar el Escudo y había logrado controlar en cierta forma a todos esos dragones. Ella había presentado la catástrofe que se acercaba, pero nunca había imaginado tal amplitud de destrucción.

Gwen sentía derrumbarse, como si renunciara, estaba tan débil y cansada y agotada en todas las maneras posibles, pero se obligaba a ser fuerte. Después de todo, ella era la reina y todavía gobernaba y su gente contaba con ella. Su reino se había reducido a este barco, a esta flota, a estos cientos de personas, sin embargo, seguía siendo algo. Tenía que seguir adelante por el bien de ellos.

Gwen ansiaba tener a alguien con quien hablar, ahora más que nunca. Ella pensó en Argon y recordó cómo Ralibar los había alcanzado, había depositado el cuerpo débil de Argon inmovilizado en la cubierta, donde todavía estaba; Gwendolyn y los demás habían tratado de despertarlo en vano. Se había sentido descorazonada al verlo, y se preguntaba si Argon los había dejado, esta vez para siempre. Ralibar ya se había ido, ella no sabía a qué lugar, y tampoco sabía se regresaría por ella. Gwendolyn se sentía más impotente que nunca. ¿Sin Argon, sin Ralibar, sin Thor — y solamente con estos pocos miles de hombres — qué esperanza tenía cualquiera de ellos? Ella sabía que serían

afortunados, si al menos llegaban a las Islas Superiores. Si se desactivaba el escudo de Argon, estarían acabados. No podían resistir un ataque directo de Rómulo y sus dragones, y sabía que con el tiempo, seguramente los seguirían.

Gwen miró hacia el horizonte, a los mares tormentosos y deseó que ahora, más que nunca, Thorgrin estuviera aquí, a su lado.

"¿Mi reina?", se escuchó una voz suave.

Gwendolyn se volvió para ver a su hermano Kendrick acercarse a ella, junto con su otro hermano, Godfrey y Steffen y Aberthol. Se sintió reconfortada con su presencia, y estaba agradecida de que al menos ellos hubieran sobrevivido.

"No nos acercaremos a las Islas durante algún tiempo, incluso hoy. Se acerca la noche y el viento está aumentando. ¿Vendrías abajo con el resto de nosotros? Si sigues aquí te vas a marear, y no nos harás llegar más rápido.

Gwendolyn meneó la cabeza.

"No quiero llegar más rápido. Quiero volver al Anillo. Pero ya no existe. Lo destruyeron para siempre", contestó ella, abatida. "Y es mi culpa".

Ella se volvió y los enfrentó a, y Kendrick y los demás intercambiaron una mirada seria. Gwen se dijo a sí misma que fuera fuerte.

"No es su culpa, mi señora", respondió Steffen. "Al contrario, salvó a todas estas personas que ve aquí".

"Espero que podamos llegar al amanecer", dijo Kendrick, y nuestros hombres tendrán que estar preparados. Dudo que encontremos una cálida recepción. Interceptamos a un cuervo dirigiéndose al Anillo. Nos avisan que nuestro hermano ha matado a Tirus".

"¿Qué?" Gwen dijo, sorprendido.

Kendrick asintió con la cabeza, con seriedad.

"Lo envié a ofrecer disculpas y asesinó al hombre?", preguntó Gwen, tratando de procesar todo. Ella apenas podía concebir lo que había sucedido, y estaba furiosa con Reece.

"Dicen que hay una revuelta abierta en la isla, que nuestros hombres están aislados, en su pequeña flota de barcos. Tal vez podamos alcanzarlos a tiempo".

Gwendolyn asintió con la cabeza, decidida.

"Tirus merecía morir", dijo ella, "sin embargo, Reece fue tonto en desafiar mis órdenes. Dicho esto, no abandonaremos a nadie. Navegaremos tan rápido como podamos durante toda la noche, y si es necesario, lucharemos hasta la

muerte para rescatar a nuestros hombres".

Miró a sus hombres, quienes recurrían a ella por su liderazgo, y elevó la voz con confianza.

"No se preocupen", les dijo. "Recuperaremos nuevamente las Islas Superiores. Al menos en esto seremos exitosos. Y una vez allí, estableceremos una nueva fortaleza, un nuevo hogar para nosotros, los expatriados del Anillo.

Todos asintieron, y pudo ver que sintieron cierta tranquilidad en sus palabras, en su confianza.

¿Y qué pasaría si el hechizo de Argon fallaba?", preguntó Godfrey. "¿Qué pasaría si dejan libres a esos dragones? ¿Cómo podríamos luchar contra ellos?".

"Rómulo tiene ahora el Anillo", respondió Gwen. "Tal vez se conforme con eso y no nos persiga".

“¿Y si no lo hace?”, dijo Aberthol presionando.

"Entonces no tendremos más remedio que luchar contra él. Y sus dragones". Los hombres se veían preocupados.

"Pero mi reina, no podemos ganar", dijo Aberthol. "Seríamos nosotros contra un grupo de dragones — y el ejército de un millón de hombres".

Gwendolyn asintió con la cabeza, dándose cuenta de que era correcto.

"Por ahora, lleguemos a las Islas, liberemos a nuestros hermanos y establezcamos un hogar. Oremos para que el escudo de Argon no se desactive".

“¿Y si no?, dijo Aberthol presionando. "¿No tenemos otras opciones?".

Gwen se volvió y miró al horizonte, tan sombrío como su estado de ánimo, sabiendo que no la tenían.

"Sí", dijo ella. "Podemos hacer lo que hacemos siempre: luchar por nuestro honor — y luchar hasta la muerte".

\*

Godfrey e Illepra se sentaron debajo de la cubierta cuando anocheció, el enorme barco se balanceaba de arriba a abajo. Godfrey inclinó su espalda contra la pared mientras Illepra curaba sus heridas, envolviendo un vendaje alrededor de su brazo una y otra vez. Mientras él la observaba, tan cerca, notó una diferencia en la forma en que ella lo miraba. Antes, ella siempre lo había mirado con desaprobación — pero ahora, se sorprendió al verla sonriéndole,

envolviendo su brazo lenta y cariñosamente, cortando el vendaje con ternura, cuidando sus heridas con amor y cariño.

"Has cambiado", le dijo ella a él.

Godfrey la miró, perplejo.

"¿De qué manera?", preguntó él. "Eso curioso, porque yo estaba pensando lo mismo de ti".

"Ya no eres el chico que eras antes", dijo ella. "Ahora eres un hombre. Te levantaste y luchaste como hombre. Arriesgaste tu vida por los demás, por el bien de nuestra ciudad, como pocos lo harían. Me ha sorprendido. No lo esperaba de ti".

Godfrey se ruborizó, alejando la mirada.

"No lo hice para que estuvieras orgullosa. Yo no estaba buscando tu aprobación ni la de nadie más — sobre no por mi padre fallecido. Lo hice por mí mismo. Y por mi hermana".

"Sin embargo, lo hiciste. Sé que no eres tu padre. Pero te diré algo: Creo que va a ser incluso mejor de lo que fue tu padre".

Godfrey levantó su ceja, sorprendido de sus palabras.

"Te estás burlando de mí", dijo él.

Ella sacudió la cabeza, y se puso seria.

"Tu padre nació con rango y privilegio", dijo ella. "Nació para ser un rey. De ti, por otra parte, no se esperaba nada, ya que eras el niño de en medio. Lo lograste tú solo. No aceptaste el statu quo, sino que buscaste para ti la mejor manera de vivir, y llegaste a tus conclusiones por tu propio derecho. No porque te hayan obligado. No porque alguien esperara algo de ti. Ibas por un camino, y le diste vuelta tú solo. Sobrepasaste quien eras. Es fácil llegar a ser un guerrero cuando eso es todo lo que uno ha hecho; sin embargo, es mucho más difícil cuando uno lo hace más adelante en la vida, cuando uno decide por sí mismo que puede ser también un guerrero, como cualquier otra persona".

Godfrey se sintió conmovido por sus palabras, mientras las procesaba; era la primera vez en su vida que alguien le había prodigado alabanzas. Él se ruborizó.

"Hay muchos guerreros que pueden empuñar una espada y lanzar un arpón mejor que yo", dijo humildemente. "Nunca seré capaz de igualar su habilidad, no a estas alturas de mi vida".

Illepra meneó la cabeza.

"Ese no es el punto, y eso únicamente no es lo que hace un guerrero", dijo ella.

"Se necesita tener honor. Voluntad. Sacrificio. Y eso es lo que tienes ahora. Ya sea que sepas que lo tienes o no, yo sí lo veo en ti".

Illepra sorprendió a Godfrey cuando de repente se inclinó y lo besó en los labios. Él no se resistió.

Y entonces, después de un momento de sentirse aturdido, él también la besó.

Sostuvieron el beso durante mucho tiempo, hasta que finalmente, Illepra lo apartó, sonriéndole.

"Hacía mucho tiempo que no besaba a a alguien", dijo.

"Entonces debemos hacerlo otra vez", dijo Godfrey con una sonrisa y se inclinó y la besó otra vez. Mientras se besaban, con sus labios cálidos unidos en esta fría noche, Godfrey pronto olvidó el dolor en su brazo. Por primera vez desde que recordaba, en este barco oscilante en medio de la nada, se sintió en casa.

Tal vez, pensó él, esto de ser guerrero no era tan malo, después de todo.

\*

Steffen estaba parado en la cubierta del barco, en la lluvia y el viento, mientras la oscuridad daba paso al crepúsculo, estando de pie no muy lejos de Gwendolyn. Él estaba parado lo suficientemente lejos para darle privacidad mientras estaba mirando el mar, como si buscara a un amigo perdido, sujetando a Guwayne. Él había permanecido aquí tiempo después de que los demás habían ido abajo, incapaz de separarse de ella, de dejarla sola.

Al lado de él estaba parada Arliss, quien había permanecido a su lado durante la mayor parte del viaje, como lo había hecho desde que se habían conocido. Steffen se sentía halagado de que ella se preocupara por él; nunca antes había experimentado algo igual, y estaba lleno de amor por ella.

"Ella quiere estar sola", le dijo Arliss a Steffen. "Debemos bajar con los demás". Su voz se llenó de cariño y preocupación por él.

Era un sentimiento extraño para Steffen que alguien se preocupara por él; seguía dudando si Arliss realmente lo amaba, o si solo le estaba jugando una broma cruel, fingiendo amarlo — como habían hecho todos los demás en su vida.

Pero cuanto más tiempo Steffen había pasado con ella, podía sentir que era más sincera. Ella realmente lo amaba. Era una sensación difícil de aceptar

para él. Nunca nadie en su vida lo había amado verdaderamente, incondicionalmente, por quien era. Él casi no sabía cómo reaccionar. Todo lo que sabía era que sentía un inmenso amor y gratitud por ella.

"Por favor, baja, mi amor", le dijo él a ella. "También te vas a enfriar y a mojar aquí. Yo no puedo bajar. No si Gwendolyn está arriba".

"Pero te instó a que bajaras".

Él se encogió de hombros.

"No me gusta tenerla fuera de mi vista. Al menos no cuando Thorgrin no está aquí. "Tengo una gran deuda con ella".

Arliss asintió con la cabeza.

"Entiendo. Nuestra reina es encantadora; ella me ha aceptado como una hermana, y yo siento la misma lealtad a ella que tú. Pero ningún peligro le podría acontecer aquí. Está entre su propia gente. En un barco, en medio de un océano".

"Lo sé", dijo Steffen. "Pero es mi deber. Y yo tomo mi deber muy en serio".

Arliss agarró el pasamanos, mirando al mar, y Steffen detectó tristeza en su rostro.

"¿Qué pasa, mi amor?", preguntó Steffen.

Ella suspiró.

"Cuando pienso en el Anillo, en todo lo que hemos dejado atrás, es abrumador. Es difícil de creer. A todos los que hemos conocido y amado, todo está completamente destruido. El Anillo ahora es un yermo. "¿Cómo es posible?".

Steffen meneó la cabeza, comprendiendo, sintiéndose vacío él mismo, No había nada que pudiera hacer al respecto. Pensó en su ciudad natal, en toda su familia, que ahora seguramente estarían muertos, y aunque nunca fueron amables con él, sentía tristeza.

"¿No es difícil para ti pensar en eso?", dijo ella presionando. "Esa vida nunca será la misma". ¿Nunca podremos volver a casa?".

Steffen miró al horizonte y suspiró.

"Yo no estoy dejando nada allá", dijo él. "Todo lo que dejamos en casa, todos esos pueblos del Anillo, no tienen nada para mí. En cuanto a las personas que me importan, están aquí. Podemos reinventar nuestra ciudad natal. Tenemos la oportunidad de empezar una vida nueva otra vez. Todo lo que importa en este mundo es mi deber. Y eso significa Gwendolyn. Y ahora, por supuesto, tú", dijo, bajando la cabeza y ruborizándose.

Arliss, claramente conmovida, lo miró y sonrió, luego le dio un beso.

Se besaron durante mucho tiempo.

Ella suspiró mientras miraba al mar.

"Las personas con las que crecimos eran crueles", dijo ella. "No merecen nuestras lágrimas. Aún así, una parte de mí se siente culpable. Después de todo, fuimos los únicos que escaparon. ¿Y si yo no hubiera venido a la Corte del Rey? ¿Y si nunca te hubiera conocido? Ya estaría muerta ahora mismo".

Steffen miró al horizonte y se dio cuenta de que no había pensado en eso.

"Te amo", dijo ella. "Te debo mi vida".

Steffen negó con la cabeza.

"No me debe nada. Yo no la salvé. Fue el destino".

"Pero el destino te acercó a mí".

Ella se acercó y Steffen puso su brazo alrededor de su hombro, sujetándola con fuerza, frotando su hombro, que estaba temblando. Fue una sensación increíble, abrazar a una chica firmemente, sentirse querido, amado. Sentía como si su vida importara más que antes, y se sentía menos solo en el mundo.

"Mi amor, estás temblando", dijo él. "La neblina es mayor. Por favor. Baja".

"Sólo si prometes acompañarme".

Que ella necesitara que bajara, finalmente, hizo que él asintiera con la cabeza.

"Lo haré", dijo él. "Muy pronto".

Arliss se inclinó, le dio un beso, y rápidamente descendió debajo de la cubierta.

Steffen se dio vuelta hacia Gwendolyn. Todavía estaba allí parada, sola, dándole la espalda, mirando al océano, sosteniendo a Guwayne. Se preguntó qué pensamientos corrían por su mente.

Steffen no podía dejarla allí parada, sola, congelándose. Decidió acercarse a ella una vez más e implorarle que fuera abajo. Él sabía que no lo haría, orgullosa y testaruda como era y con tantas cosas en su mente. Él sabía que ella sentía que tenía que quedarse aquí arriba, sacrificarse por su gente; siempre lo hacía. Steffen la amaba y admiraba por eso. Pero él quería que ella estuviera a salvo.

Mientras Steffen comenzaba a acercarse a ella, de repente detectó movimiento con el rabillo del ojo. Algo se movió rápidamente en la oscuridad, al otro lado de la cubierta, y su corazón saltó cuando vio una figura



con una capucha negra. Él fue a toda velocidad, en la oscuridad, y en la niebla, hacia el costado del barco — y corrió hacia Gwendolyn.

Steffen vio un destello en la luz, y se dio cuenta, con temor, de lo que era: una daga. Se dio cuenta de que el hombre era un asesino, tenía una cuchilla brillante en sus manos, en camino para matar a Gwendolyn.

"¡Gwendolyn!". Steffen, gritó.

Steffen corrió hacia ella — pero se dio cuenta de que el asesino ya tenía una amplia ventaja sobre él.

Gwen se dio vuelta cuando él gritó, y al hacerlo, vio al asesino corriendo hacia ella. Ella abrazó con fuerza a Guwayne, luego esperó hasta el último momento y esquivó el cuchillo; el asesino fue a atacarla, fallando por poco, su cuchillo pasó por el aire mientras él tambaleaba con el arco.

Era todo el tiempo que Steffen necesitaba. Corrió hacia adelante mientras el asesino giraba en un círculo, y sin vacilar, sacó su espada y la sumió en el corazón del asesino.

El hombre gritó, jadeó, brotaba sangre de su boca y garganta y se derrumbó en los brazos de Steffen, como si lo estuviera abrazando. Steffen lo soltó, y el hombre se derrumbó en la cubierta, muerto.

Los cuernos de alarma sonaban en la cubierta, y en unos segundos, decenas de caballeros, liderados por Kendrick y Godfrey, llegaron corriendo por las entrañas de la embarcación, corriendo hacia Gwendolyn, quien estaba allí parada, lívida.

"¿Te encuentras bien?", le preguntó Kendrick, respirando con dificultad. Él miró hacia abajo al cadáver, horrorizado, luego miró en todas las direcciones para detectar cualquier signo de otro atacante. Pero no había ninguno.

Gwendolyn asintió con la cabeza.

Kendrick se agachó y jaló al asesino muerto de sus pies. Le quitó la capucha y examinó su cara con disgusto.

"Era uno de los hombres de Tirus", dijo Godfrey, acercándose. "Un espía".

Kendrick lo levantó por lo alto y lo lanzó a un costado del barco. Ellos vieron como su cuerpo salpicaba en el océano y fue arrastrado rápidamente por las olas.

"Steffen salvó mi vida", dijo Gwen.

Todos los ojos miraron a Steffen, y él se ruborizó por la atención, mirando hacia abajo.

"Eres un verdadero soldado", le dijo Kendrick, colocando una mano

agradecida en su hombro. "Nuestra familia tiene una gran deuda contigo".

Gwendolyn lo enfrentó.

"Te debo mi vida una vez más", dijo ella. "Y esta vez, también la vida de mi bebé. Eres más que un siervo. De ahora en adelante, serás un caballero".

Steffen se sonrojó, sorprendido.

"Arrodíllate", dijo ella.

Él lo hizo, y ella tomó la espada de Kendrick y tocó la punta de cada uno de sus hombros.

"Levántate, Señor Steffen", dijo ella.

Steffen se levantó lentamente, mientras todos los hombres a su alrededor soltaron una ovación de aprobación, cada uno corriendo hacia adelante para darle una palmada en la espalda. El mundo parecía estar girando alrededor de él; nunca había previsto nada parecido a esto en su vida.

La tormenta arreció, y Steffen se unió a los demás mientras todos, incluyendo Gwendolyn, bajaban de la cubierta, y al hacerlo, él echó una larga mirada a los océanos furiosos y se preguntó qué otros peligros estaban acechándoles.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Thor estaba acostado de espaldas sobre el lodo, mirando a Andrónico quien subió un hacha de armas por lo alto, con ambas manos y preparado para partirlo en dos.

Thor sintió el odio de su padre hacia él, su rabia, sintió que estaba a punto de ser destruido — y lo peor de todo, él sabía que todo esto era creación suya. Sabía que todo lo que vio delante de él era solo un reflejo de su propia conciencia, y sin embargo, no podía apagarlo. Él iba a morir aquí, en este lugar y todo debido a su propio subconsciente, a sus peores miedos.

Thor cerró los ojos y se obligó a convocar su poder interior. Convocó a todas sus sesiones de entrenamiento con Argon, escuchó las palabras de Argon resonando en sus oídos.

*Eres más fuerte que cualquier mal en el universo. Tú y el universo no están separados. No te resistas a la energía que te rodea. Y sobre todo, no te resistas a ti mismo.*

Thor había oído muchas veces las palabras de Argon, había intentado considerar su significado, había entrenado y tratado de ponerlas en acción. A veces había tenido éxito y otras veces no. Thor nunca había adquirido perfecto dominio sobre sus poderes, sobre el universo. Mientras se concentraba y caía en lo más profundo, Thor se dio cuenta de que siempre había algo dentro de él reteniéndolo; nunca había aceptado sus poderes. Él nunca había aceptado realmente quien era. Siempre había visto sus poderes como algo separado de sí mismo. Ahora, por primera vez, se dio cuenta de que él y sus poderes eran uno solo. Estaban ligados a la estructura de su ser.

Thor sintió una oleada de fuerza al darse cuenta de que estaba orgulloso de abrazar sus poderes, orgulloso de quien era.

Thor abrió los ojos para ver el hacha bajando hacia él — pero esta vez, fue diferente. Esta vez, él lo vio todo en cámara lenta; esta vez era una parte de él, no estaba separado de él. Y al bajar, Thor sintió repentinamente control completo de su mente. Él rodó fuera del camino, y al mismo tiempo convirtió el lodo que estaba junto a él en agua; cuando el hacha de Andrónico bajó, falló el tiro, desapareciendo en un charco de agua.

Andrónico tropezó hacia adelante mientras el hacha se hundía, y cayó de bruces en el fango.

Thor rodó a sus pies en el paisaje lodoso, y entró en control su intuición. En lugar de buscar un arma, en lugar de peinar el paisaje, Thor sintió que podía cambiar el paisaje para adaptarse a lo que necesitaba. Podía controlarlo.

Thor se volvió y sus ojos miraron la Espada del Destino, todavía sumergidos en el lodo. Mientras Andrónico se ponía de pie, Thor caminó con indiferencia hacia la espada, y suavemente puso ambas manos en la empuñadura y cerró los ojos. Sintió el poder de ella vibrando, corriendo por sus venas.

*Voy a empuñar esta espada. Voy a blandirla porque la espada y yo no somos independientes. La espada y yo somos uno.*

Thor, con los ojos cerrados, escuchó el sonido distintivo del metal, sintió la vibración en su mano, y miró hacia arriba para verse a sí mismo sosteniendo la cuchilla por lo alto, brillando por encima de él. Su vieja amiga estaba de vuelta en su mano.

Andrónico fue a la carga y giró con su hacha, y Thorgrin tranquilamente dio un paso adelante y dio la cuchillada, cortando el hacha de Andrónico en dos, con su vara. La cabeza del hacha se separó y salió volando en el lodo, mientras Andrónico giraba sin causar daño con la otra mitad de él.

Andrónico tropezó más allá de Thor, luego recuperó su equilibrio y se volvió y lo enfrentó. Esta vez, Andrónico enfrentó a Thor con temor, con miedo en sus ojos, mientras miraba a Thor empuñando la Espada del Destino. Thor se sentía más poderoso que nunca. Sintió que finalmente tenía un control total sobre su entorno.

"Tú eres mi padre", dijo Thor. "Pero eso no significa que yo soy tu hijo. Elegimos a nuestros padres. Tenemos el poder de elegir. Y no te elijo a ti".

Thor fue a la carga y dejó escapar un gran grito de guerra, mientras llevaba su Espada del Destino hacia Andrónico, decidido a destruirlo de una vez por todas. Andrónico elevó su vara para defenderse, y Thor la partió en dos, la hoja continuaba bajando y cortando el pecho de Andrónico, brotando sangre.

Andrónico gritó por el dolor de la herida y tropezó, cayendo de espaldas.

Mientras Andrónico estaba allí triado, sangrando, Thor estaba parado sobre él, empuñando la espada. Andrónico lo miró, mientras Thor levantaba la espada para acabar con él.

Sin embargo, de repente, la vista que había ante Thor cambió, y por primera vez, Thor se sintió inseguro. Andrónico cambió ante los ojos de Thor. Comenzó a encogerse, y su grotesco cuerpo y su cara cambiaron a una muy humana.

Cuando la transformación terminó, Andrónico era un hombre normal, un guerrero orgulloso y noble, vestido con el uniforme real y escudo de los MacGil. El hermano mayor del rey MacGil. Él se asemejaba al rey MacGil, y se parecía asombrosamente a Thor.

Andrónico levantó una mano hacia Thorgrin.

"Aquí estoy", dijo él. "Me estás viendo. Soy el hombre que alguna vez fui tu padre, antes de cambiar. Soy el hombre que tu madre conoció y del que se enamoró. Soy yo, tu padre original. Sálvame, Thorgrin. Sálvame para siempre".

Thor vaciló. Sentía que algo estaba mal, y sin embargo no podía dejar allí tirado a su padre, herido. Así que Thor se agachó, tomó su mano y lo jaló de sus pies.

Al hacerlo, su padre agarró su brazo tan fuerte que le dolió, y no lo soltó. Thor trataba de liberarse, pero no podía. Andrónico sonrió, levantó un puñal escondido en su cinturón y apuñaló a Thor en el pecho.

Thor jadeó mientras la cuchilla lo traspasaba, sintiendo dolor más fuerte de lo que jamás había sentido. Había sido engañado, y se dio cuenta de que estaba muriendo.

Cuando Thor sintió que su mundo lo abandonaba, mareado, débil, se obligó a sí mismo a centrarse. Él sabía que podía parar esto. Sabía que tenía el poder de trascender el plano físico, para encontrar otra manera. Esta tierra lo estaba obligando a ser mejor que sí mismo, a utilizar los poderes que nunca antes había tenido.

Thor cerró los ojos y convocó al universo para extraer la hoja de su pecho.

De repente la daga salió y Andrónico dio un paso atrás, sujetándola, pareciendo sorprendido. Thor utilizó la energía del aire para curar su herida, para detener la sangre. Mientras cerraba sus ojos, puso sus palmas sobre su pecho, sus manos brillaban intensamente con calor y energía irreal, y al moverlas, su herida estaba completamente sanada.

Andrónico lo miró y abrió la boca, perplejo.

Thor levantó la Espada del Destino una vez más, y esta vez, la clavó en el suelo junto a él, soltándola. Por primera vez, se dio cuenta de que no la

necesitaba. Era más hechicero que humano. Era un Druida, después de todo. Tenía el poder de todo el universo a su alcance, y eso era más potente que cualquier pieza de acero.

"No necesito una espada para matarte, padre. Solo necesito el poder de mi mente. Existes en los niveles más profundos de mi mente. Fuera de eso, no tienes ningún poder".

Entonces Thor dirigió una sola palma hacia su padre, y al hacerlo, una bola de luz salió a través de él, envolviéndolo. Andrónico gritó mientras volaba hacia atrás a través del aire, el grito se desvanecía mientras iba más y más lejos, a la velocidad de la luz, volando hacia el horizonte, antes de que finalmente desapareciera por completo.

Mientras Thor estaba parado allí en la quietud, de pronto la niebla que había a su alrededor se levantó. Los cielos se abrieron, el sol entró, y poco a poco, el paisaje ante él se transformó. El barro se transformó en hierba, brillante, vibrante, florecieron los árboles muertos y llegaron las aves, cantando. El invierno se convirtió en verano, la desolación en riqueza.

Cuando Thor miró al horizonte, ya no vio el vacío. En cambio, vio en la distancia, un castillo, situado en el borde de un acantilado, con un gran pasaje conduciendo a él.

Sintió su corazón acelerarse mientras reconocía el lugar de sus sueños como el que conocía, solo sabía que su madre estaba en el camino que estaba ante él.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Alistair caminaba junto a la madre de Erec, tomadas del brazo; la madre de Erec sonreía mientras iban a lo largo de los pasillos forrados de cobre en el borde de los acantilados. Alistair se había sentido abrumada por lo amable que su madre había sido con él, tan gentil, aceptándola como si fuera su propia hija. Alistair nunca había conocido a su madre y siempre había querido tener una mamá en su vida — y en el poco tiempo que había pasado con la mamá de Erec, ya se había dado cuenta de lo fabuloso que podría ser eso. Una parte de ella se sentía completa como nunca antes.

Mientras caminaban, una docena de asistentes los seguían, abanicando a la reina; llegaron al borde de una meseta delimitada por una barandilla alta de cobre, y Alistair miró el paisaje y quedó asombrada. Era como si todo el mundo estuviera extendido por debajo de ellos. En los valles que estaban abajo, Alistair vio miles de viviendas, la mayoría brillantes con techos de cobre, como mil puntos de luz que reflejaban el sol. Las islas eran muy fértiles, a pesar de su terreno montañoso, de los viñedos plantados sobre acantilados, en las colinas, huertos de fruta más que madura, floreciendo por todas partes, añadiendo color al horizonte, aferrándose a la vida en el terreno escarpado. El olor penetrante de sus flores flotaba en el aire.

"Es uno de los puntos altos de la isla", dijo suavemente la madre de Erec que estaba al lado de ella, mirando también. "Desde aquí se puede ver la capital entera e incluso aldeas abrazando la costa. También se pueden ver partes de Tatrazen, donde persiste la gran niebla en el valle".

Alistair siguió su dedo y vio por debajo las hermosas aldeas construidas a lo largo de la costa, flotando sobre las blancas arenas, aguas verdes y azules se estrellaban contra ellas. Una niebla pesaba sobre las islas y el aire era el más fresco que había respirado, lleno del olor del océano y flores de naranjo. El sol brillaba fuertemente aquí, sentía sus caricias, sus rayos calentando todo su cuerpo.

Alistair se sentía arropada aquí, en profunda tranquilidad en este lugar. Gwen, también estaba sorprendida. Había esperado sentirse desorientada en el nuevo terreno, extrañar el Anillo; sin embargo, por alguna razón, aquí en las

Islas del Sur se sentía más en casa como nunca en su vida.

"Su isla es hermosa", dijo Alistair. "Gracias por su amabilidad".

La madre de Erec sonrió ampliamente y puso un brazo alrededor del hombro de Alistair, abrazándola.

"Eres el amor de Erec", dijo ella, "lo que significa que eres una hija para mí. Siempre te amaré, como él te ama. Puedes acercarte a mí para cualquier cosa".

Alistair sonrió, sintiéndose muy bien al ser aceptada por una madre por primera vez en su vida. Ella se sentía amada aquí, y si era posible, su amor por Erec se sentía aún más fuerte.

"¿Estás lista para el agua sagrada?", preguntó ella.

Alistair la miró, perpleja.

"¿Qué es eso?", preguntó ella.

Su madre hizo una pausa.

Alistair se volvió y vio, cerca del borde del acantilado, un gran agujero en el mármol liso, en el que había una fuente burbujeante, saliendo vapor de él. En el interior estaba sentada la hermana de Erec, Delfina, con su cabeza apoyada en la piedra y sus brazos extendidos mientras miraba los interminables paisajes de la isla.

"Es costumbre de las mujeres aquí, sumergirse semanalmente en las aguas. Son muy relajantes, y dicen que tienen elementos de purificación. Una novia siempre se sumergirá un día antes de la boda. Se dice que trae buena suerte".

Alistair la miró, con los ojos abiertos, preguntándose si había escuchado correctamente.

La madre de él asintió con la cabeza.

"Así es. Mañana te vas a casar".

El corazón de Alistair comenzó repentinamente a acelerarse.

"¿Mañana?", dijo Alistair, desconcertada. "Pero aún no he tenido tiempo de... Aún no he preparado..."

La madre de él sonrió y extendió una mano.

"No te preocupes", dijo. "Ya te prepararon los vestidos. Hay una amplia selección para elegir, así como las mejores joyas reales en nuestra bóveda. Nuestros pueblos se han estado preparando para esto durante muchas lunas. Va a ser la boda más espectacular que hayas visto".

Alistair estaba atónita. Por un lado, estaba encantada realmente de casarse con Erec; pero no tenía idea si esto iba a ser pronto, y ella no había tenido



tiempo para prepararse mentalmente para el día más importante de su vida.

¿Pero por qué tan repentinamente?, preguntó Alistair. "¿No debí haber ayudado a prepararlo?",

La madre de Erec meneó la cabeza.

Aquí en las Islas del Sur tenemos supersticiones acerca de las bodas. Creemos que deben llevarse a cabo inmediatamente. Es nuestra costumbre que cuando se propone matrimonio a una novia, ella se case inmediatamente. Somos un pueblo que no se retrasa, que cumple al instante lo que prometemos. Es una de muchas costumbres y peculiaridades de las que sabrás acerca de nosotros. Espero que no te ofendas”.

Alistair sonrió ampliamente al pensarlo. Sin duda eran gente poco común, sin embargo, no le importaban sus costumbres; ella pensaba que eran peculiares, y le gustaban. Y la idea de casarse con Erec inmediatamente llenó su corazón de amor. También estaba muy agradecida con ellos por todos los preparativos que habían hecho.

Alistair meneó la cabeza, alejándose.

"Por el contrario", respondió ella. "Estaré encantada de casarme con su hijo. Aunque se lleve a cabo en este preciso momento".

La madre de él sonrió y se dio vuelta y comenzó a llevar a Alistair a las aguas termales.

"¡Delfina!", la madre de él gritó rápidamente, con una dureza en su tono que Alistair no esperaba. "Ven con nosotras. Levántate y saluda a tu cuñada”.

Delfina se mofó, dándoles la espalda y siguió ignorándolas.

"Delfina, ¿me oyes?", dijo su madre presionando.

Poco a poco, Delfina salió de las aguas. Estaba totalmente desnuda, y se quedó parada y se dio vuelta, frente a ellas, inexpresiva. Gwen se sonrojó y apartó la mirada. Delfina se quedó allí parada y la miró fríamente.

"Considérate haber sido saludada", dijo ella, y se volvió y se sentó nuevamente en el agua.

Alistair se preguntó, una vez más, qué problemas tenía Delfina; parecía una persona atribulada. O era eso o solamente odiaba realmente a Alistair.

Los asistentes corrieron a ayudar a la reina y a Alistair a desvestirse, dándoles batas mientras las guiaban a las fuentes termales.

Cuando Alistair bajó los escalones de piedra en el agua caliente ésta se sentía muy bien, el agua caliente burbujeaba alrededor de ella, estaba llena de una loción que no reconoció, empapando sus músculos, haciéndola sentir

completamente relajada. Alistair se asomó sobre el paisaje sin fin, en el borde de un acantilado, con la suave brisa acariciándola, y ella se sentía como si flotara en el cielo.

"Delfina", le dijo su madre: "sé amable con nuestra nueva invitada. En solo unas horas, ella será tu reina".

"Ella no será mi reina", dijo Delfina, contundente.

"Lo será", insistió su madre. "Ella es la novia de Erec. Si sientes amor por él, serás amable con ella".

Delfina cerró los ojos y movió la cabeza.

Alistair se sentó allí, sintiéndose incómoda, como si ella fuera la causa de todo este malestar, y desapareció su relajación.

"Deshonras a tu familia por tratarla tan groseramente", dijo su madre presionando. "Y no deberías estar sentada en la silla del centro. Está reservada para la novia".

Delfina abrió los ojos, furiosa y miró a su madre.

"Ella tiene lengua. Puede hablar por sí misma".

Alistair se ruborizó, no queriendo ser atrapada entre las dos, no con una persona conflictiva. Alistair se dio cuenta de cuánto la odiaba Delfina y no entendía por qué.

"Puede sentarse donde quiera", dijo Alistair. "No quiero un asiento especial para mí".

"Allí tienes, madre. Ya hemos hablado", espetó Delfina. "¿Es suficiente para ti?".

Su madre meneó la cabeza, echando humo.

"Tu padre se sentiría avergonzado de ti".

Delfina suspiró, se quedó parada precipitadamente y salió furiosa del manantial, con el agua salpicando. Ella subió rápidamente las escaleras, desnuda, quitándose la túnica que las asistentes intentaban darle, y se alejó furiosa de la meseta.

"¡Delfina, vuelve aquí!", le gritó su madre.

Pero ella desapareció rápidamente de su vista.

Su madre se ruborizó mientras miraba a Alistair.

"Perdona su grosería, por favor. Nuestra gente no es así. Me temo que no la eduqué duramente como debía".

Alistair meneó la cabeza.

"Por favor, no se disculpe".

"Es que ella es muy pegada a Erec. Siempre lo ha sido. Y no lo había visto en muchos años.

"Por favor, no se disculpe por ella. Ha sido una anfitriona muy amable y me siento honrada de tenerla como mi suegra".

Su madre sonrió tristemente, y entonces las dos se sentaron nuevamente y cerraron sus ojos.

De pronto, cuando Alistair empezaba a relajarse en silencio, alrededor de la tierra se escuchó el repique de las campanas. Esto fue seguido de una enorme ovación a continuación.

El ruido se elevó más y más, y Alistair abrió los ojos, alarmada.

"¿Qué está pasando?", preguntó ella, preguntándose cuántas costumbres extrañas más tenían estas personas. Sonaba como una gran fiesta.

La madre de Erec abrió los ojos y sonrió de par en par. Ella se rió y levantó sus manos al cielo.

"Son campanas de muerte", explicó. "¡Mi esposo está muerto!".

Ella reía y reía, claramente llena de deleite.

Alistair la miró, perpleja.

"Entonces ¿por qué todo el mundo celebra?", preguntó. "¿Por qué está sonriendo?".

Su madre suspiró y la miró.

"En las Islas del Sur, la muerte no es para ser llorada. Debe ser celebrada. Se nos prohíbe llorar la muerte, aquí. En cambio, celebramos la vida. De hecho, para nosotros, es la causa más grande de todas para celebrar".

Las campanas sonaron y sonaron, y las ovaciones se elevaron al rojo vivo, Alistair se dio cuenta de cómo era este lugar, y de lo mucho que había dejado para aprender acerca de esta nación.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Thor estaba parado ante la pasarela, aguantando su respiración, mientras una fría ráfaga de viento golpeaba su cara. En la distancia, en el otro extremo del camino, vio grandes acantilados elevándose al cielo, y encaramado en el borde, un antiguo castillo, con sus puertas de oro reluciente.

Era el castillo de su madre.

El viento aullaba mientras él estaba allí parado, viendo el paisaje, que era el de sus sueños con una mezcla de expectación y preocupación. La pasarela era estrecha, resbaladiza, con el rocío del océano y una niebla colgando y debajo de ella, la caída al mar embravecido y a los acantilados, estaba a varios cientos de metros. Era una caída de muerte.

Thor se asomó a mirar la vista con asombro. Había magia en el aire, él podía sentirla. Este mundo entero se sentía surrealista; era el paisaje de sus sueños hecho realidad, sueños que le habían perseguido toda su vida. Y ahora era real.

¿O fue real? ¿Era otra creación de su mente?

Thor ya no estaba seguro. Pero esto era más real para él que cualquier cosa que hubiera visto. Sin duda era más real que uno de sus sueños. Y ahora que estaba aquí, dentro de su sueño, no estaba seguro de cómo terminaría.

Thor sabía que su madre estaba allí, al otro lado de ese puente peatonal, en ese castillo; él lo podía sentir. Se sentía temblando, emocionado más allá de lo que podía creer, por poner finalmente los ojos en ella — y estaba nervioso. ¿Cómo sería ella? ¿Sería buena y amorosa con él, como había sido en sus sueños? ¿Estaría feliz de verlo?

Y entonces estaba el peor pensamiento de todos, el que Thor temía: ¿Qué pasaría si ella no estaba allí en absoluto?

Thor sabía que estando aquí parado, esperando, no le serviría de nada. Había llegado el momento.

Thor se preparó y dio su primer paso hacia la pasarela; al hacerlo, el viento aullaba. Tropezó inmediatamente sobre el suelo resbaladizo, luego recuperó su equilibrio. Dio varios pasos más, con cautela.

El sonido de las olas creció, y Thor miró hacia abajo y las vio,

estrellándose contra las rocas, la niebla se elevaba en el aire, llevada por el viento. Dio otro paso, luego otro, y al hacerlo, no pudo evitar sentir como si estuviera dejando un mundo y entrando en uno nuevo. Sentía como si estuviese caminando en lo más profundo de su subconsciente.

Thor cobró fuerza, caminando más rápido, y pronto estaba a mitad del camino. Sabía que no podía ser tan fácil. Comenzó a preguntarse qué otras pruebas podría haber delante de él, qué otra cosa podría crear su subconsciente.

Apenas había pensado en eso, cuando apareció ante él una figura solitaria. Thor parpadeó varias veces antes de darse cuenta de que era su padre adoptivo, el hombre que lo había criado en su pueblo natal, el hombre que había sido tan cruel con él. Detrás de él aparecieron también, de repente, los tres hermanos adoptados de Thor.

Thor se dio cuenta de que su mente le estaba trayendo de vuelta a su infancia, a sus primeros días, creando otro obstáculo para él. Se dio cuenta de que estaba creando a todas las personas en su vida que siempre habían intentado mantenerlo agachado, los obstáculos finales para evitar que llegara adonde él quería.

"No llegarás más lejos", le dijo su padre adoptivo. "No eres digno. Y solo los que son dignos pueden cruzar aquí".

"¿Quién eres tú para decirme que yo no soy digno?". Thor respondió, finalmente enfrentándose a este hombre, como no lo había hecho toda su vida. La incapacidad de Thor para defenderse, para expresarse, para decirle a su figura paterna cómo se había sentido, había sido una de las fuentes de decepción toda su vida. Ahora, finalmente, él estaba reuniendo el valor.

Los tres hermanos de Thor frunció el ceño detrás de él, mientras que el padre de Thor estaba allí parado, con las manos en las caderas, desafiante.

"Si piensas que puedes cruzar, Thorgrin, deberás pasar sobre mí".

Su padre salió volando y fue más rápido de lo que Thor pudo darse cuenta. Thor estiró la mano para agarrar la Espada del Destino, y se horrorizó al ver que ya no estaba.

Thor, indefenso contra el ataque de su padre y reaccionando demasiado tarde, se encontró siendo derribado por él, haciéndolo caer al suelo. Los dos se fueron resbalando por la estrecha pasarela.

Thor se deslizó hacia el borde, cuando de repente se dio la vuelta y aventó a su padre, luchando con él, los dos rodando de un lado al otro mientras se

resbalaban.

Thor finalmente aterrizó encima de su padre, sujetándolo al suelo, asfixiándolo, mientras su padre lo estrangulaba. Thor oyó que sus tres hermanos iban hacia él para atacarlo, escuchó que cada uno sacaba su espada, a punto de apuñalar a Thor por la espalda.

Thor cerró los ojos.

*Ustedes no son reales. No existen realmente. Ustedes son mi subconsciente. Son mis dudas y temores. Todo lo que veo a mi alrededor, todo lo que hay en este mundo soy yo. Soy yo el que les da poder. Y ahora, dejaré de darles ese poder.*

Thor convocó a la parte más profunda de sí mismo para obligarse a hacerse más fuerte, para luchar sin pelear, para luchar sin armas. Se dio cuenta de que ya era hora de hacer que su mente fuera más fuerte que su cuerpo.

Thor sintió una ola de calor corriendo sobre él, sintió que su mundo se volvía de un blanco deslumbrante, y al abrir sus ojos, se encontró agarrando no el cuello de su padre, sino la mugre de la pasarela debajo de él. Su padre había desaparecido.

Thor se volvió y vio que sus hermanos se habían ido, también. Todo lo que quedaba era el aullido del viento y el vaivén de las olas.

Thor exhaló, aliviado, luego poco a poco se puso de pie. Continuó caminando por la pasarela, reprendiéndose a sí mismo para mantener su mente fuerte. Él sabía que se estaba volviendo su peor enemigo. Todo este camino por la Tierra de los Druidas había sido un largo intento por dominar su mente y estaba empezando a darse cuenta de que era la batalla más difícil de todas. Thor prefería enfrentar a un ejército entero él solo. Su mente podría llevarlo a los lugares más profundos y más oscuros inesperadamente, y todavía no tenía el control que necesitaba para evitar ir allí. ¿Cómo se obtenía ese control?, se preguntaba. Se dio cuenta de que era una lucha, que tendría que seguir entrenando para dominarlo.

Mientras Thor caminaba, las rachas de viento dejándolo fuera de balance, decidió que podía usar el poder de su mente para reducir la energía del viento. Él estaba empezando a ver cómo era uno con la naturaleza, con el universo, con todo lo que le rodeaba. El viento se calmó y él se paró más recto, caminó más orgullosamente, con más equilibrio mientras continuaba por el pasaje. Sentía que el universo convergía alrededor de él, su caminar era más seguro.

Thor se sorprendió al darse cuenta de que se acercaba el final de la

pasarela. Cuando estaba a pocos metros del final del acantilado en donde estaba el castillo de su madre, de repente, una figura más estaba delante de él, bloqueando el camino.

Thor parpadeó varias veces, tratando de procesar a quién veía delante de él. No tenía sentido. Ante él estaba un enemigo formidable, vistiendo armadura, a diferencia de cualquier otro que Thor hubiera visto.

Allí parado, frente a él, estaba *él mismo*.

Thorgrin.

Thor vio la réplica exacta de sí mismo, un guerrero feroz y formidable, que estaba allí parado, preparándose para la batalla, sosteniendo la Espada del Destino a su lado. Él examinó a este guerrero y trató de entender si era real, o sólo otra creación de su mente. ¿Cómo podría haber otro como él, en el universo?

"¿Por qué bloqueas mi camino a la entrada de mi madre?", preguntó Thor.

"Porque no eres digno", se escuchó esa respuesta.

"¿No soy digno de conocer a mi propia madre?", preguntó Thor.

El guerrero lo miró inexpresivo, inquebrantable.

"Este es un castillo para los iniciados", contestó él. "Sólo los más poderosos pueden entrar. Soy el guardián. Primero tendrán que pasar por encima de mí".

Erec lo miró, perplejo.

"Pero tú eres yo mismo", dijo Thor.

"Eres tú mismo a quien no has conquistado aún", se escuchó la respuesta.

El guerrero repentinamente fue a la carga, levantando la Espada del Destino por lo alto y bajándola hacia la cabeza de Thor.

Thor sintió algo en la palma de su mano, y miró con alegría al darse cuenta de que él también empuñaba la Espada del Destino.

Thor la levantó por lo alto y fue a atacarse a sí mismo.

Las dos espadas se encontraron en el centro, perfectamente emparejados, las chispas volaban por todas partes. Thor atacó, girando de izquierda a derecha, y el guerrero imitó exactamente el tiro, movimiento por movimiento. Lo que fuera que Thor hiciera, el guerrero lo hacía exactamente igual, y Thor se dio cuenta rápidamente que era inútil, no había forma de ganar. Este guerrero sabía lo que él sabía. Él anticipaba sus movimientos, y no había manera de derrotarlo.

Iban y venían, Thor jadeaba, sus brazos y hombros se estaban cansando,

hasta que de repente, Thor lo acuchilló, el guerrero hizo algo que Thor no se esperaba: se inclinó hacia atrás y lo pateó en el pecho.

Thor salió volando, deslizándose sobre su espalda, a lo largo del pasaje, hasta el borde. Él continuó deslizándose en su armadura resbaladiza, incapaz de detenerse, temiendo resbalar hacia el borde.

Thor sintió pánico mientras se deslizaba sobre el borde, y comenzó a caer.

De repente, el guerrero estaba allí, agarrando el tobillo de Thor, sosteniéndolo de una mano, evitando que cayera. Thor miró sobre su hombro y vio el océano embravecido, abajo. Después miró hacia arriba y vio a su reflejo viendo hacia abajo, como si debatiera si debía ayudarlo o no.

"Ayúdame", dijo Thor, estirando la mano hacia él, que estaba de cabeza.

"¿Y por qué debería hacerlo?".

"Debo ver a mi madre", dijo Thorgrin. "Yo no he venido hasta aquí para morir, estando tan cerca".

"Pero perdiste en la batalla", dijo el guerrero.

"Pero me perdí a mí mismo".

Meneó la cabeza.

"Lo siento", dijo el guerrero. "No eres lo suficientemente fuerte".

De repente, el guerrero lo soltó.

Thor gritó al sentir que caía hacia atrás en el aire, dando volteretas, sus gritos se oían en el Cañón, mientras caía en picado hacia el océano, las rocas y la muerte segura abajo.



## CAPÍTULO VEINTICINCO

Amaneció inusualmente tranquilo para las Islas Superiores, mientras Reece, Stara, Matus y Srog estaban parados, mirando al Oriente, viendo el primer sol arrastrándose en el horizonte y dando la bienvenida al día. Detrás de ellos estaba parado el Comandante Wolfson y sus decenas de hombres, todos en cubierta, todos con armas en ristre, todos mirando al horizonte. El día era frío pero sorprendentemente despejado, el cielo vetado de ámbar y cuando la oscuridad de la madrugada comenzó a desvanecerse y el sol comenzó a iluminar el cielo, Reece se preguntó lo que todos los demás seguramente estaban preguntándose: ¿cuándo atacarían los de las Islas Superiores?

La tensión era tan gruesa, que Reece podía sentirla en el aire. Ahora que había amanecido, ahora que la noche de tormenta había quedado detrás de ellos, Reece estaba seguro de que era sólo cuestión de tiempo para que los barcos de Tirus llegaran de mar abierto y los flanquearan por detrás. Ellos habían decidido atrincherarse, y Reece sabía que su causa perdería a uno. Con una docena de barcos que quedaban de la flota de Gwendolyn, no había forma de que pudieran derrotar lo que seguramente serían decenas de barcos, atrapándolos aquí en este puerto.

Reece examinó la costa y vio las siluetas de cientos de soldados de Tirus alineados, con las flechas listas, preparados para disparar a la flota, si aparecían. Estaban atrapados.

Srog se adelantó, con las manos en sus caderas, mirando al cielo. Se volvió y vio sobre su hombro, al mar abierto, en el sentido en que las embarcaciones de Tirus seguramente se acercarían.

"Nosotros debemos sostener nuestra posición", dijo Srog. "Y sin embargo, al mismo tiempo, si nos quedamos aquí, nos matarían".

Srog se quedó parado, pensando, y Reece se adelantó y analizó las costas, pensando también. Reece sabía que Srog tenía razón; sabía que algo tenía que hacerse.

"¿Qué nos diría tu hermana que hiciéramos?", le preguntó Srog a Reece.

Reece cerró los ojos, pensando.

"Ella no querría esperar y ser asesinados", respondió. "Ella querría que

atacáramos— igual que mi padre querría que atacáramos. Él siempre valoró el elemento sorpresa. Una fuerza menor atacando a una mayor: es algo que no esperarían. Si vamos todos a morir, debemos hacerlo valientemente, atacando, con espadas levantadas por lo alto. No aquí sentados, esperando a ser destruidos".

Reece abrió los ojos y examinó la costa.

"Y como no podemos navegar en el mar, mi padre querría que atacáramos en la costa".

Srog examinó la orilla, perplejo.

"Pero en cuanto entremos en la trayectoria, sus flechas nos incendiarán", protestó él.

Reece asintió con la cabeza.

"Pero si nos movemos lo suficientemente rápido, no podrán atraparnos a todos".

"¿Y si damos vuelta y navegamos hacia el mar?, preguntó Srog. "Podríamos enfrentar la flota de Tirus".

Matus dio un paso adelante y bajó la cabeza.

"No", dijo él. "La flota de mi hermano empuja la nuestra. Están bien armados y bien entrenados. Sería una masacre".

"Parece que va a ser una masacre de cualquier manera", observó Srog.

Reece examinó sus opciones, mirando, pensando con ganas. Llegó a una conclusión.

"Es mejor morir en tierra que en el mar", dijo Reece.

Mientras estaban allí parados, debatiendo, repentinamente un marinero en el mástil hizo un llamado con urgencia.

"¡Mi señor!". ¡Han llegado!".

Todas las cabezas se dieron vuelta, y corrieron hacia el otro lado de la embarcación y miraron: el horizonte estaba lleno con el contorno de los barcos, todos navegando hacia ellos. Era la flota de Tirus, dirigiéndose a atraparlos en el muelle. Para emparedarlos entre sus barcos y la costa.

Reece podía sentir que empeoraban las cosas.

Wolfson asintió, decidido.

"¡Naveguen a la orilla!", ordenó. "Es hora de atacar".

\*

Reece se agachó cuando una flecha en llamas navegó por su cabeza, con el corazón acelerado, ya que falló por poco. Alrededor de él los barcos estaban llenos de los gritos de pánico de los hombres, mientras su flota navegaba hacia la costa, directamente al ejército de flechas llameantes volando hacia ellos. Para acelerar su ataque, decenas de hombres remaron con todas sus fuerzas, tratando de llevar los barcos más rápido a la orilla.

Era un esfuerzo lento, agotador, a pesar de las olas que se estrellaban y a la corriente ayudándolos a ir a tierra, y alrededor de Reece, el aire se cortaba con los gritos de los hombres, mientras una flecha en llamas tras otra les traspasaba — y peor aún, comenzaron a perforar las velas y la madera.

Reece y los hombres corrían alternativamente para apagar las llamas en cuanto las flechas caían, y disparaban también. Reece miró las otras embarcaciones, y vio que algunas de ellas estaban incendiándose, las flechas habían caído en la velas, haciendo que sus barcos se quemaran. Reece miró a su alrededor con temor, ya que se dio cuenta de que varios de sus barcos estaban en llamas, era una flotilla llameante navegando a la costa. Reece se preguntaba cuántas de sus embarcaciones, si es que las había, tendrían que dejar cuando llegaran a las costas. Si alguna vez lo hicieron.

Reece se volvió y miró hacia el mar, hacia su ruta de escape y vio la flota de Tirus acercarse; sabía que tenían que llegar a la costa. Estaba a noventa metros, pero estarían sangrientas.

Al lado de Reece, Stara luchó valientemente, sin agacharse mientras estaba parada en el riel y disparaba flecha tras flecha a la costa, derribando hombres a diestra y siniestra. Mientras una flecha en llamas pasaba por la cabeza de Reece, él tiró su remo, se levantó, agarró un arco y se unió a ella, disparando también. Él hizo un tiro perfecto de casi noventa metros, y escuchó el grito de uno de los hombres de Tirus a lo lejos y lo vio caer en la arena.

Una flecha aterrizó a pocos metros de Reece, alojándose en una vela y la llama comenzó a extenderse en la cubierta; Reece agarró un balde de agua y la apagó inmediatamente. Silbada y echaba humo, y por suerte la apagó, pero Reece no sabía cuantas veces sería tan afortunado.

"¡Bajen las velas!", ordenó el capitán.

Los marineros se apresuraron a ejecutar sus órdenes, mientras una flecha en llamas caía en uno; Reece corrió a unirse a ellos y mientras bajaban la lona, Matus corrió y apagó las llamas dándoles unas palmaditas con la mano. Lo hizo justo a tiempo, antes de que la vela se incendiara totalmente; dejando un

gran agujero negro en su centro.

Reece sentía que se reducía la velocidad de la embarcación, y Srog vio las velas bajadas, con preocupación.

"¡Reducirá nuestra velocidad!", gritó el capitán.

"¡No me importa!", gritó el capitán. "¡Es mi barco! ¡Y no vamos en morir quemados!".

Reece estaba preocupado también por el ritmo más lento, y sin embargo fue una jugada inteligente, ya que la lluvia de flechas llameantes fue mayor y más barcos en la flota de ellos empezaron a incendiarse. Las velas los hacían demasiado vulnerables.

"¡ARRIAR VELAS!". ¡TRANSMÍTANLO!", gritó el capitán al barco que estaba junto a ellos y sus marineros gritaron su orden a la siguiente embarcación, y ellos al siguiente barco. De uno en uno, todas las velas en su flota comenzaron a bajar. Una de las embarcaciones no pudo bajarlas a tiempo y Reece se estremeció ante el terrible sonido de sus hombres gritando, mientras se incendiaban en una gran bola de fuego.

Cuando se acercaron, estando a unos 64 metros de la costa, las corrientes eran cada vez más fuertes, tirando de ellos en medio de las olas, y recuperaban su impulso. Pasaron el embarcadero a su derecha y Reece vio un grupo de soldados, escondidos entre las rocas, que surgieron de repente, y les apuntaron.

Reece vio que Stara estaba en su línea de fuego, y que ella no lo sabía, ya que estaba parada orgullosamente y continuaba disparando hacia la costa; él se volvió y corrió hacia ella.

"¡Stara!" gritó.

Reece corrió a través de la cubierta y bajó en picado, derribándola, haciéndola caer a cubierta. Cayeron con fuerza en la cubierta, Stara gritó al impactarse contra la madera. Sin embargo, al hundirse, una flecha pasó volando exactamente en donde ella había estado. Pero la flecha perforó el hombro de Reece, y gritó de dolor.

Reece estaba ahí tirado, gimiendo, mirando a Stara, que lo miraba también, con los ojos igualmente abiertos de par en par. Reece podría decir por su expresión, que ella se había dado cuenta que le había salvado la vida.

Quería hablar con ella, pero sentía demasiado dolor; la flecha en llamas todavía estaba encendida en su hombro, y Stara, horrorizada, le dio unas palmaditas. Cada palmadita le dolía a Reece todavía más.

"¡No te muevas!", exclamó ella. "¡Tengo que sacar esto!".

Reece revisó y vio que la cabeza no estaba totalmente adentro, solo unos pocos centímetros. Pero aún así, sentía como si le estuvieran perforando todo el cuerpo.

"No sé si debas...", comenzó a decir él.

Pero antes de que pudiera terminar las palabras, Stara se agachó y tiró de la flecha con toda su fuerza.

Reece gritó, la sangre chorreaba de la herida. Fue lo más doloroso que jamás había experimentado; Stara rápidamente subió la mano y tapó la sangre. Luego usó los dientes para sacar una tira de tela de su camisa y la envolvió alrededor de su hombro varias veces. Más flechas pasaban por su cabeza, y ambos se agacharon para evadirlas.

Reece miró hacia abajo, con su herida pulsante y vio que su vendaje filtraba sangre. Stara arrancó otra tira y la ató nuevamente.

"Lo siento", dijo Stara, mientras Reece se estremecía de dolor. "No es exactamente lo que yo llamo tacto femenino".

Hubo gran grito y conmoción a bordo, y Reece miró con sorpresa a varios de los hombres de Tirus subir al barco, mientras navegaban más cerca de la orilla, junto al embarcadero de piedras. Reece miró hacia arriba y vio que ahora estaban a 25 metros de distancia de la orilla, y que los hombres de Tirus estaban alineados, todos saltando hacia el barco. Varios saltaron de los rieles y aterrizaron, gritando, en las aguas; otros se agarraron pero fueron derribados por los hombres de Reece. Sin embargo, bastante de ellos lograron llegar a bordo y subir. Estaban invadiendo la embarcación.

Reece logró levantarse, junto con Stara, alzó su espada con el brazo sano y corrió hacia los invasores. Apuñaló a dos de ellos antes de que pudieran llegar al riel y los lanzó hacia las aguas. Un tercero, sin embargo, aterrizó al lado de él y levantó su espada y giró, dirigiéndose al cuello expuesto de Reece. Reece no pudo dar vuelta a tiempo para bloquearlo, y se preparó.

Stara se lanzó hacia adelante, empuñando una lanza larga y apuñaló al soldado en el pecho antes de que pudiera completar su golpe. El hombre gritó, mientras ella lo golpeaba hacia atrás, sobre el riel, sobre el barco, y tambaleó hacia atrás, cayendo a las aguas.

Reece la miró, sorprendido y muy agradecido.

"Parece que estamos a mano", dijo.

Ella sonrió nuevamente, pero no titubeó. Ella se alejó corriendo, blandió su

lanza de manera deslumbrante, sorprendiendo a Reece, mientras giraba la lanza de tres metros una y otra vez, usándola como vara, derribando a cuatro hombres de Tirus más, cuando intentaban tomar la embarcación.

Él se acercó a ella, mirando los daños, todos los cuerpos flotando en el agua, y ambos de pie allí, respirando con dificultad, uno junto al otro.

"¿Dónde aprendiste a esgrimir una lanza de ese modo?", preguntó, impresionado.

Ella se encogió de hombros.

"Las mujeres de las Islas Superiores no pueden usar espadas. Así que aprendí a blandir varas. No siempre se necesita una cuchilla para matar a un hombre".

Varias flechas más navegaban por encima de sus cabezas, y Reece miró y vio cuán cerca estaban de la orilla ahora. Las olas se estrellaban alrededor de ellos, y su barco se levantaba por lo alto y bajaba, mientras la corriente los llevaba a toda velocidad, por las olas. Ahora estaban a escasos 18 metros de la costa, y cientos de los hombres de Tirus, armados con espadas, disparando flechas corrieron para recibirlos, metiéndose en las aguas. Sus hombres, disparando también caían a diestra y siniestra. Era como caminar en una pared de fuego.

Reece sabía que algo tenía que hacerse rápidamente, si seguían así, todos estarían muertos antes de llegar a tierra.

Reece tuvo una idea; era audaz y arriesgada, pero lo suficientemente loca para funcionar. Se volvió hacia el capitán.

"¿Puede incendiarlo?", gritó Reece.

El capitán, a pocos metros de distancia, se volvió y miró a Reece, como si estuviera loco. Obviamente, no entendía.

"¡Nuestro barco!", gritó Reece. "¡Las velas!". ¡Enciéndalas! ¡Prenda fuego a todo!".

"¿Estás loco?", gritó el capitán. "¿Para que todos nos incendiemos y muramos?".

Reece meneó la cabeza, acercándose, agarrando el brazo del capitán con urgencia, mientras las flechas navegaban por sus cabezas.

"Vamos poner toneles de aceite alrededor de la llama central. A medida que nos acerquemos, dejaremos que sus hombres suban al barco. Cuando lo hagan, saltaremos por la parte de atrás, y cuando estemos seguros en las aguas, dispararemos nuestras flechas llameantes y quemaremos nuestro barco con los

hombres de Tirus a bordo”.

Srog, parado cerca, vio al capitán, quien miraba inquisitivamente a Srog, ambos inseguros acerca de si Reece estaba loco o era un comandante brillante. Finalmente, las flechas pasaron zumbando, ambos parecían decidir que quedaba poco por perder, viendo que una cierta muerte segura estaba delante de ellos.

El capitán asintió con la cabeza y empezó a dar órdenes. Sus hombres se apresuraron a seguir sus órdenes, colocando varios toneles de aceite alrededor del mástil y cubriendo las velas más bajas sobre ellos.

Reece condujo a los otros a agarrar las flechas, envolviendo sus puntas con trapos y empapándolas en aceite, preparados para incendiarlas. Todos ellos, conforme él les dijo, abandonaron sus posiciones y corrieron hacia la parte trasera del barco, dejando la proa para dar a los hombres de Tirus una apertura para entrar.

Se amontonaron atrás, esperando, mientras la corriente los acercaba más y más a la orilla. Reece vio cómo los hombres de Tirus comenzaron a entrar; como hormigas, empezaron a arrastrarse sobre los rieles de la proa y caían hasta la cubierta, uno tras otro.

Todos sus hombres, agazapados, esperando, estaban inquietos, ansiosos por saltar fuera de la nave.

"Todavía no", ordenó Reece.

Cada vez más de los hombres de Tirus subieron tambaleando al barco, llenando la cubierta, eran cientos de hombres. Comenzaron a correr a través de la embarcación cuando los vieron, un ejército corrió para matarlos.

"¡Todavía no!", ordenó Reece. Quería que el barco se llenara con tantos de ellos como fuera posible.

Se acercaron más y más, casi los alcanzaban, sacando sus espadas, soltando gritos de batalla, suponiendo que los hombres de Reece tenían miedo.

Finalmente, cuando el soldado más cercano estaba a yardas de distancia, Reece gritó, "¡Disparen!".

Al unísono, los hombres de la reina dispararon soltando docenas de flechas en llamas hacia las velas y los barriles de petróleo por debajo de ellos. Ellos ni siquiera esperaron que las flechas cayeran; siguieron a Reece e inmediatamente se volvieron y saltaron de la parte trasera del barco hacia el océano.

Reece salió volando por el borde, agarró a Stara, y los dos aterrizaron

juntos en el agua. El agua era de congelación, especialmente cuando Reece sumergió la cabeza, pero sostuvo la mano de Stara, y ella la de él, y mientras estaba bajo el agua, escuchó una tremenda explosión que casi sacudió sus oídos.

Los pies de Reece tocaron fondo — por suerte sólo unos tres metros de profundidad — y rebotó hacia arriba y surgió en un espectáculo de una talla que estaba seguro que nunca iba a ver otra vez. La embarcación que acababan de abandonar explotó, explosión tras explosión estaba totalmente incendiada, mientras una barrica tras otra se encendían. Se incendió el mástil y las velas y la cubierta entera y el riel y todo se quemó tan rápido, que no hubo tiempo para que los hombres de Tirus reaccionaran.

Llegaron los gritos de cientos de hombres incendiándose. Saltaron del barco, en llamas, pero era demasiado tarde para la mayoría de ellos.

Reece vio la escena con gran satisfacción. Había matado a cientos de los hombres de Tirus y había salvado a todos sus hombres en el barco. Habían ido de una muerte segura, a tener ahora una oportunidad de luchar.

Reece, flotando en las olas, se volvió y miró hacia la costa. Tomado de la mano de Stara, él, junto con todos los demás, nadaron hasta su pecho; luego empezaron a meterse hasta sus estómagos, luego hasta sus rodillas, mientras se abrían paso por las mareas fuertes, con las olas rompiendo a su alrededor hacia la costa.

Aún así, no estaban a salvo. Cientos de soldados más de Tirus, refuerzos, aparecieron en la orilla y estos hombres con las espadas levantadas fueron hacia ellos, vadeando en el agua para recibirlos.

Reece, con el hombro pulsante, empapado, congelado, con el agua hasta las rodillas, levantó su espada con su brazo sano y corrió a encontrar a su primer enemigo. Él bloqueó su golpe con un gruñido, el hombre del doble de su tamaño, se inclinó hacia él y después lo esquivó; el hombre se abalanzó hacia el agua, y Reece giró y lo acuchilló.

A su alrededor, sus hombres luchaban cuerpo a cuerpo, soldado contra soldado, tratando de luchar en cada paso, de abrirse camino hacia la costa. Combatieron valientemente, luchando por sus vidas, mientras el aire se llenaba con del sonido del metal y los gritos de los hombres. Los hombres cayeron en ambos lados, y pronto las aguas corrían de color rojo, por la sangre.

Aún más de los soldados de Tirus llegaron a la costa, era una oleada



interminable. Con cada paso que lograba Reece, con cada hombre que mataba, otro hombre llegaba.

Hubo un coro de cuernos, y Reece se volvió para ver la flotilla de Falus dirigiéndose hacia ellos, con docenas y docenas de enormes barcos de guerra acercándose rápidamente. Ellos estaban atrapados entre dos enemigos.

Reece sabía que moriría este día; sin embargo, le reconfortaba el hecho de que moriría de pie, como un soldado, con la espada en la mano, y no dejaría de luchar hasta que no pudiera levantar los brazos. Podría morir, pero acabaría con todos los hombres que pudiera.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Mientras amanecía, Gwendolyn estaba parada en la proa de su barco, sosteniendo a Guwayne, mirando con temor sobre el océano sombrío de las Islas Superiores. Finalmente la tierra había entrado a la vista, y sin embargo, eso no fue lo que llamó su atención.

En vez de sentirse aliviada de ver tierra, aliviada de haberlo logrado, la mirada de Gwen se fijó en algo más inquietante: decenas de buques de guerra con banderas de Tirus, de espaldas a ellos, navegaban por la bahía como si fueran a atacar a su propia isla.

Al principio, Gwen estaba confundida. No tenía sentido. ¿Por qué lanzarían un ataque contra su propio pueblo?

Kendrick, Godfrey, Steffen y todos sus asesores subieron junto a ella en el sol temprano de la mañana, todos mirando a la misma escena alarmante. Y mientras ellos se acercaban más navegando, cuando Gwen entrecerró los ojos hacia el horizonte, todo comenzó a tener sentido. Allí, atrapada en la bahía, había cerca de una docena de sus barcos, muchos de ellos incendiándose, con columnas de humo negro levantándose hacia el horizonte. Los gritos de hombres moribundos se podían escuchar incluso desde aquí. Estaban atrapados entre la flota de Tirus en el mar, y sus hombres en la costa.

Gwen se dio cuenta de lo que había sucedido: Los hombres de Tirus estaban librando una guerra total en lo que quedaba de su flota. Y sus hombres, los pocos que quedaban, estaban siendo asesinados.

Cuando Gwen miró, estuvo segura de que su hermano Reece estaba en uno de los barcos — junto con Srog y todos sus hombres. Gwen se sintió culpable inmediatamente. Claramente, habían sostenido sus posiciones aquí para cumplir sus órdenes. Sentía como si de alguna manera los hubiera defraudado, los hubiera expuesto a morir a manos de esta gente de las Islas Superiores.

Gwendolyn sintió una ola de pánico, y sabía que no podía permitir que esto sucediera, no podía permitir que sus hombres fueran derrotados. Cualquiera que fuese la causa, incluso aunque Reece hubiera desafiado su orden, aunque no hubiera matado a Tirus, seguía siendo su hermano, y todavía eran sus hombres. A los de las Islas Superiores no se les podía permitir que los

dañaran. Tenían que aprender lo que sucedía cuando desafiaban a la reina, a Los Plateados, a los MacGil; necesitaban sentir la ira del Anillo.

Pero Gwendolyn navegaba en una posición vulnerable, ampliamente superada en número por las decenas de barcos grandes y bien armados de los de las Islas Superiores. Aunque la fuerza de combate de Gwendolyn era superior, claramente no había manera de que pudieran derrotarlos en el mar, en una lucha frontal.

"No es exactamente el recibimiento que esperabas, ¿cierto, hermana?". Kendrick le preguntó, mirando con el semblante de un guerrero, manteniendo la calma, mientras estudiaba la escena con el ojo de un guerrero profesional.

"Te dije que Tirus no era de confianza", agregó Godfrey.

Gwen meneó la cabeza.

"Nada de eso importa ahora", dijo ella. "Nosotros creamos nuestra propio recibimiento en este mundo".

Su voz era fría, endurecida, la voz de su padre — y todos sus hombres la miraban con un claro respeto.

"Pero sin duda, mi señora", dijo Aberthol, "simplemente no podemos atacar esta gran flota".

"Tenemos el elemento sorpresa", dijo Gwendolyn. "No esperan un ataque desde atrás, de mar abierto. No nos estarán buscando. Para cuando reaccionen, ya habremos tomado una buena parte de su flota".

"¿Y después, qué?", dijo Aberthol presionando. "Una vez que se den cuenta, una vez que se den vuelta y nos enfrenten, nos aplastarán en el mar".

Gwen se dio cuenta de que él tenía razón. Necesitaba un plan, un plan astuto, algo para ser ejecutado de prisa. Ella no podía arriesgar una confrontación de frente.

Analizó el horizonte, estudió la topografía, los muelles que sobresalían en el mar, la cuenca en forma de U en la que su hermano estaba atrapado; ella aprovechó todo lo que había leído acerca de la historia, de la estrategia militar y tácticas, de toda su erudición de mil famosas batallas, y de repente, tuvo una idea.

Sus ojos se iluminaron con entusiasmo al darse cuenta de que era una locura suficiente, pero que podría funcionar. ¿Qué era lo que su padre le había dicho? *Para que un comandante gane, su plan debe tener dos tercios de lógica y un tercio de locura.*

"Tienen atrapados a nuestros hombres en una bahía estrecha, en un pasaje

en forma de U, entre esos embarcaderos", dijo Gwendolyn. "Pero puede ser su desventaja también. Al atrapar a otros, también te atrapas a ti mismo".

Todos la miraron, con los ojos bien abiertos.

Godfrey frunció el ceño.

"No entiendo, mi señora".

Gwen señaló los embarcaderos.

"Podemos atraparlos", añadió.

Sus hombres parpadearon, todavía sin comprender.

"Las cuerdas", dijo ella apresuradamente, volviéndose hacia Kendrick.

"Las cuerdas con picos. Las de la bodega. ¿De qué tamaño son?"

"¿Las que se utilizaron para la guerra del muelle?", preguntó Kendrick. "Al menos noventa metros, mi señora".

Ella asintió con la cabeza al recordar las cuerdas que había visto a su padre utilizar, infinitamente largas, con pinchos atadas a ellas en cada tramo, filosas como espadas. Ella había visto una vez que su padre había extendido las cuerdas en un puerto, y había visto cómo los barcos enemigos navegaban sobre ellas y se desmoronaban en pedazos.

"Exactamente", dijo ella. "Esas".

Kendrick meneó la cabeza.

"Es una buena idea para una flota estrecha", dijo Kendrick. Pero nunca podría funcionar aquí. Se trata de mar abierto, no de aguas poco profundas. Recuerda, los atacaremos desde el mar. El agua no será poco profunda como para dañar las bodegas de los barcos. Las cuerdas se colocan en un fondo marino poco profundo".

Gwen meneó la cabeza, la idea se cristalizaba en su mente.

"No entiendes", dijo ella. "Las cuerdas pueden usarse de otras maneras, también. No necesitamos dejar caer las cuerdas en el suelo marino — podemos navegar cerca y tensar las cuerdas en el agua, y cuando nos persigan, los destruirán".

Kendrick la miró, perplejo.

"¿Pero cómo, mi señora? ¿Cómo tensarás las cuerdas?"

"Debemos atacar desde su parte trasera e incendiar su flota", explicó ella. "Cuando se den vuelta para hacer frente a esto, ya tendremos las cuerdas en su lugar. Primero lanzaremos pequeñas embarcaciones, una en cada extremo de la bahía, una conducida por ti, la otra por Godfrey. Cada uno llevará un extremo de la cuerda y las atará a las rocas, a un extremo de cada muelle. Las tensarán

y las mantendrán por debajo de la superficie del agua. Los hombres de Tirus nos verán cuando cuando ataquen — no buscarán por debajo de la superficie algún tipo de trampa en el agua. ¡Navegarán hacia nuestros pinchos!".

Kendrick vio hacia el horizonte, estudiando la topografía, con las manos en sus caderas. Lentamente, asintió de nuevo.

"Es una idea audaz", concluyó.

"¡Eso es una locura!", dijo Aberthol. "¡Puedo pensar en un centenar de cosas que pueden salir mal!".

Gwendolyn se acercó y sonrió, una comandante audaz en su mejor momento:

"Y es exactamente por eso que vamos a hacerlo", dijo.

\*

Gwen estaba parada en la proa, con el corazón acelerado, mirando, mientras su media docena de barcos navegaban junto a ella, todos ellos, siguiendo sus órdenes, manteniéndose tan tranquilos como se podía. No se oía ni un ruido, excepto el aullido del viento y los gritos lejanos de sus hombres, de Reece y de los demás, atrapados en la bahía, luchando por sus vidas.

Gwendolyn vio con satisfacción cómo los dos pequeños botes, cada uno con una docena de hombres, uno conducido por Kendrick, el otro por Godfrey, remaban rápidamente, cada uno sosteniendo un extremo de la cuerda. Dentro de sus barcos estaban los guerreros más atrevidos que se habían ofrecido voluntariamente a la arriesgada misión, entre ellos varios de la Legión — Elden, O'Connor y Conven, junto con algunos de los nuevos reclutas. Steffen quería ser voluntario, pero Gwendolyn egoístamente lo mantuvo, a su lado.

Su flota se acercó a toda vela, el viento cobrando fuerza recogiendo, ganando impulso mientras navegaban más y más cerca de la parte posterior de la flota de Tirus. Gwen contuvo el aliento, con la esperanza de que nadie en la flota de Tirus se diera vuelta y los viera.

Gwen esperó con impaciencia, abrazando a Guwayne, mientras observaba sus botes entrar en posición. Ellos remarón tan duro y tan silenciosamente como pudieron, sus remos salpicaban el agua, hasta que finalmente, los botes de Kendrick y de Godfrey tomaron su posición al final de cada embarcadero, a solo unos metros de las naves enemigas. Inmediatamente, se pusieron a atar cada extremo de la cuerda a las enormes rocas, en cada uno de los muelles. Al

hacerlo, la cuerda se tensó, sobresaliendo brevemente por encima de la superficie, hasta que la aflojaron para permitir que quedara escondida por debajo.

“¡Preparen arcos!”, ordenó Gwen a sus hombres a bordo.

Una gran cantidad de hombres levantó sus arcos, con las flechas llameantes en ristre, en espera de su comando.

"¡Apunten hacia las velas superiores!", gritó ella. "¡Tan alto como puedan!".

Navegaron más cerca y más cerca, la tensión era tanta que podía cortarse con un cuchillo. Tenía una sola oportunidad para hacer esto, y ella quería que saliera perfecto.

Estaban a solo cuarenta y cinco metros de la parte posterior de la flota de Tirus, cuando finalmente ella estuvo lista.

"¡DISPAREN!", gritó ella.

De repente, mil flechas llenaron el aire de la flota de barcos de Gwen, todas encendidas, todas navegando por lo alto. Gwen contuvo la respiración mientras veía cómo iluminaban el amanecer.

Un momento más tarde aterrizaron en la flota de Tirus.

"¡DISPAREN!", gritó ella otra vez.

Sus hombres dispararon descarga tras descarga, con las flechas llameantes iluminando el cielo como una plaga de langostas y aterrizaron en los barcos de Tirus.

Surgieron gritos de confusión y de dolor, mientras algunos de los barcos de Tirus repentinamente se incendiaron. Media docena de barcos, en la parte posterior de su flota fueron afectados tan gravemente que se incendiaron rápidamente, los hombres trataban desesperadamente de apagar las llamas, pero sin éxito. Ellos saltaron al océano mientras se incendiaban.

Pero el resto de la flota — docenas más de barcos — estaban fuera del alcance de las flechas, o lograron apagar las llamas lo suficientemente rápido para que no hubiera un daño real. Todos se dieron vuelta poco a poco para ver a Gwendolyn, era un ejército mucho más grande que el de ella. Dejaron la persecución en el puerto, pero ahora fijaron su mira en Gwen.

Eran intimidantes, esta flota bien coordinada de buques de guerra se dirigía hacia ellos, y Gwen sabía que si sus cuerdas no funcionaban, ella y sus hombres morirían en cuestión de minutos.

Gwendolyn levantó su mano y la bajó rápidamente, era la señal que había preparado. Al hacerlo, vio a Kendrick y sus hombres tirar de la cuerda pesada

en un extremo y Godfrey y sus hombres por el otro. La cuerda se levantó por lo alto, justo arriba de la superficie de la tierra, de noventa metros de ancho, y rápidamente la envolvió en nuevas rocas, una y otra vez, asegurándola.

Ellos habían esperado hasta el último momento, hasta que la flota de Tirus estuviera demasiado cerca para ver las puntas sobresaliendo del agua. Los hombres de Tirus finalmente se dieron cuenta, pero era demasiado tarde.

La flota de Tirus, desprevenida, navegó directamente a la trampa. El sonido de la madera astillándose se escuchó en el aire, seguido por el sonido de la madera crujiendo. Kendrick y Godfrey y todos los muchachos de la Legión tomaron sus posiciones sin miedo, sujetando las cuerdas con sus manos, para asegurarse de que no se aflojaran. Se aferraron como si les fuera la vida en ello, crujiendo contra el peso de las embarcaciones.

La flota de Tirus continuó alojándose en los pinchos, una tras otra, era demasiado tarde para dar vuelta, todos estaban alineados lado a lado en el estrecho puerto, todos navegando apresuradamente para destruir a Gwendolyn. En cuestión de minutos, los barcos empezaron a desplomarse, y después a escorar. Las proas comenzaron a zambullirse, directamente bajo del agua, mientras los barcos se hacían un millón de pedazos.

Los hombres de Tirus gritaron de terror, cayendo de los barcos desequilibrados, agitándose en el océano mientras las grandes corrientes los succionaban. En pocos momentos, su flota que navegaba con orgullo, indómita unos momentos antes, fue totalmente aniquilada.

Los hombres de Gwendolyn dejaron escapar una gran ovación, mientras la flota de Tirus caía en picado a las profundidades del mar.

"¡ATAQUEN!", gritó Gwen.

Los hombres de Gwendolyn levantaron la vela mayor, y arreció el viento y navegaron y remaros con todas sus fuerzas, a toda velocidad hacia el muelle, para dar refuerzo a Reece y lo que quedaba de su flota. Mientras se acercaban, ella pudo ver a Reece y a los demás abriéndose paso entre las olas hasta sus rodillas, luchando mano a mano, superados en número por los hombres de Tirus que estaban en la costa.

Eso estaba a punto de cambiar. Sonó un coro de cuernos, marcando la llegada de Gwen, y los soldados de Tirus empezaron a detener su ataque y miraron a la flota que llegaba, con temor.

"¡APUNTEN A LO ALTO Y DISPAREN!", gritó Gwen.

Sus hombres liberaron cientos de flechas más por lo alto, navegando por el

aire, sobre las cabezas de Reece y sus hombres y atacando a los soldados de Tirus en tierra. Los gritos llenaron el aire, mientras un soldado tras otro caía en la arena, sangrando, y el cielo se oscurecía con las flechas. Descarga tras descarga subía en el aire y caían, y pronto, casi todos los hombres en la playa, excepto los suyos, estaban muertos. Quienes sobrevivieron, se daban vuelta y huían.

Gwen estaba lo suficientemente cerca para ver la cara de Reece, mientras él y los demás se daban vuelta y la miraban asombrados, perplejos, y llenos de gratitud.

Habían sobrevivido. La victoria era suya.



## CAPÍTULO VEINTISIETE

Rómulo estaba parado en la base del Cañón cruzando, con su ejército de un millón de hombres detrás de ellos, y miró lleno de ira. En lo alto, sus dragones chillaban mientras se lanzaban una y otra vez al escudo invisible de Argon, bloqueando el Cañón, enfurecidos, sin ser capaces de cruzar. Rómulo miraba hacia arriba, observando, pensando qué pudo haber pasado, preguntándose qué fuerza podría ser lo suficientemente fuerte como para soportar todos estos dragones.

Rómulo sabía que él había destruido el Escudo para siempre — y le habían dicho todos los hechiceros que el Escudo no volvería a activarse; que el Anillo era suyo por siempre, que ninguna fuerza en la tierra podría detenerlo.

Sin duda, Rómulo ocupaba el Anillo — sus hombres ocupaban cada rincón de él, en ambos lados de las Tierras Altas. Habían arrasado con todos los pueblos, los había reducido a escombros, a cenizas, y no había una sola cosa que quedara para reconstruir. El Anillo ahora le pertenecía a él. Ahora era territorio del Imperio.

Y sin embargo, aquí estaba Rómulo, incapaz de dejar el Anillo, atrapado en el interior, con este Escudo invisible que de alguna manera había sido erigido por Argon. Mientras Rómulo miraba a través del puente, se preguntaba lo que había sucedido aquí, y cómo destruirlo. Y sobre todo: ¿a dónde había escapado Gwendolyn?

Rómulo se dirigió a Luanda, quien estaba parada a su lado.

"¿A dónde se ha ido tu hermana?", le preguntó con exigencia.

Luanda estaba allí parada, quien ya no estaba atada, siendo leal finalmente, sin huir a ningún lugar. Rómulo sintió satisfacción al verla, era una mujer que pensó que nunca domaría, que antes era tan ferozmente independiente, ahora estaba subordinada a su voluntad, como todos los demás. Todos sus golpes habían funcionado; ahora ella era como cualquier otro esclavo, estaba lista para obedecer su mandato. Algún día, podría incluso casarse con ella, y cuando se hartara, la mataría igual de rápido. Por supuesto, ella no lo sabía todavía. Se llevaría una ruda sorpresa.

Luanda miró al horizonte y parecía estar pensando.

"Ella no intentaría hacer una casa en las tierras agrestes", contestó. "Sabe que no hay lugar para ella allá. Debe estar llevando a su gente a las embarcaciones; debe haberlos preparado. Solo hay un lugar al que podría navegar que está cercano, es un territorio amigable, un lugar al que probablemente nunca pensaría en aventurarse. Un lugar oculto en los tempestuosos mares del norte: las Islas Superiores".

Rómulo examinó el cruce del Cañón, vio las huellas de miles de personas a través de él, y se preguntó. Si pudiera pasar este Escudo, se llevaría a la mitad de su ejército de millones de hombres, los llevaría a sus barcos e irían hacia las Islas Superiores. Rodearía cada centímetro del lugar, y los destruiría para siempre.

Sin embargo, en primer lugar, enviaría a su ejército de dragones a través del océano, les ordenaría incendiar todo antes de su llegada. Él llegaría a una isla aplastada por la devastación. Ni siquiera necesitaría levantar una espada.

Los dragones chillaban una y otra vez, y Rómulo sabía que tenía que desactivar este nuevo Escudo, para deshacer la obra de Argon. Rómulo echó su cabeza hacia atrás, abrió ampliamente sus brazos, abrió sus palmas ante el cielo, y gritó, convocando toda su energía recién adquirida, más decidido que nunca. Si él podría invocar a los dragones, podría convocar las energías más oscuras del infierno para hacer su voluntad.

Hubo un gran trueno, la tierra tembló, y rayos de luz negra de los cielos, cayeron en las palmas de Rómulo. Ellos brillaban y vibraban, mientras sentía la energía pasando hacia él y hacia la tierra.

"¡Antiguos poderes, yo los convoco!", gritó Rómulo. "¡Rompan este Escudo!".

Rómulo abrió los ojos, dirigió sus palmas hacia adelante y con un gran grito dirigió toda la luz negra hacia el Escudo invisible.

El Escudo de Argon repentinamente se cubrió de una luz negra, extendiéndose sobre él, más y más vibrante, hasta que finalmente el Escudo comenzó a agrietarse.

De repente, se escuchó una gran explosión.

El escudo invisible estalló en un millón de pedacitos, cayendo como nieve alrededor de todos ellos. Rómulo miró hacia arriba, sorprendido, sintiendo la lluvia de fragmentos minúsculos alrededor de él, en su pelo, y cayendo como polvo en sus palmas abiertas.

Los dragones chillaron ovacionando, pues ya no chocaban contra una pared

invisible, sino que volaban hacia adelante, corriendo a través del aire libre, a través del Cañón y hacia las Tierras Agrestes.

Rómulo se inclinó hacia atrás y rio encantado, sabiendo que pronto los dragones cruzarían las Tierras Agrestes, cruzarían el océano, descenderían sobre Gwendolyn y sus hombres y destruirían a cada uno de ellos.

Los seguiría muy de cerca.

"Vuelen, mis dragones", rio él. ¡Vuelen!".

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Erec estaba parado en una meseta en los acantilados, viendo la competencia que se efectuaba delante de él, las ovaciones subían de tono mientras cientos de hombres se enfrentaban frente a él. Tal vez a unos seis metros, había una amplia meseta, de cuarenta y cinco metros de diámetro en forma de un círculo perfecto, con una caída pronunciada alrededor. Había una enorme puerta de cobre alrededor de su perímetro, elevándose unos tres metros, para asegurar que ningún guerrero caería sobre el borde y que ninguno de estos encuentros tuviera como resultado la muerte.

Sin embargo, seguía siendo un asunto serio. La competencia de este día dictaba quién tenía el derecho de retar a Erec para el reinado, a raíz de la muerte de su padre. Todos estos finos guerreros, hermanos en armas, todos de la misma nación y de la misma isla, no estaban aquí para matarse unos a otros. Las armas fueron desafiladas hoy, y la armadura fue cromada de más. Pero todos querían ser rey, y todos querían demostrar sus habilidades en el campo de batalla.

Mientras Erec los veía, admirando sus habilidades, su mente se llenó de un millón de pensamientos. Todavía estaba procesando las últimas palabras de su padre, todo lo que le había dicho acerca de gobernar una nación. Erec se preguntaba si realmente estaba listo para esa labor. Miró hacia abajo a todos estos finos guerreros, a las miles de personas alineadas en los acantilados, mirando, todos ellos tan nobles, y se preguntó por qué debía ser él quien los gobernara.

Sobre todo, a Erec le sorprendía el hecho de que su padre acababa de morir y aquí estaban todas estas personas, celebrando, siguiendo adelante, como si nada hubiera pasado. Erec sentía una serie de emociones contradictorias. Una parte de él podía entender las tradiciones de su pueblo, celebrar la vida de su padre en vez de llorar; después de todo, el luto no podría resucitarlo. Sin embargo otra parte de él quería tiempo y espacio para llorar al hombre que apenas conocía.

"Muchos lucharán contra ti, hermano mío", dijo Strom, sonriendo, acercándose a su lado y dando una palmada sincera a Erec en la espalda. "Y

yo seré el primero entre ellos.

Erec se volvió y vio a la familia real junto a él — con Strom, Delfina, su madre, Alistair a su lado — todos ellos aquí, en este sitio con vista privilegiada, mirando a los competidores. A continuación se escuchó el sonido de metal, mientras cientos de grandes guerreros se enfrentaban unos con otros, uno a la vez, eliminándose unos a otros. Ellos habían estado luchando así durante horas, decididos a reducir sus filas hasta llegar a doce vencedores que lucharían contra Erec por la realeza.

Como era la tradición, la docena de vencedores representarían a la docena de provincias de las islas, y cada uno de ellos tendría una oportunidad de luchar contra Erec. Eso le permitiría a cada provincia ser representada, ya que cada provincia luchaba por su propio vencedor individual. Eso le daba a todas y cada una de las personas en la isla, a tener la oportunidad de luchar por el reino, de la misma forma que habían hecho sus antepasados durante siglos. Estos doce vencedores representarían lo mejor de la gente que tenían que ofrecer, y aunque, por supuesto, Erec estaría cansado de luchar contra doce hombres, seguía siendo la prueba de un verdadero guerrero. Si él podía derrotarlos a todos, consecutivamente, entonces su pueblo estaría satisfecho de reconocerlo como rey.

Strom rio otra vez.

"Llevas mucho tiempo alejado de estas islas", agregó, "y yo he estado entrenando para esto durante años. ¡No te sientas demasiado triste cuando te derrote!".

Strom le dio unas palmaditas en la espalda a Erec, y se echó a reír con ganas, encantado consigo mismo. Erec miró su hermano de arriba a abajo y vio que, sin duda, sería un enemigo formidable. No tenía duda de que era un buen guerrero, con la mejor armadura y entrenado por los mejores hombres de su padre. Y él no tenía ninguna duda de que su hermano quería entrañablemente tener el reino — y sobre todo, deseaba derrotarlo con todas sus ganas.

"No te preocupes, hermano mío", respondió Erec. "Tendrás una oportunidad de pelear contra mí, junto con todos los demás".

Strom sonrió.

"No te sientas decepcionado si te encuentras llamándome «rey» antes de que acabe el día".

Strom rio, y Erec sonrió para sí mismo. Su hermano era audaz y seguro de sí mismo, siempre lo había sido. Pero por supuesto, eso también podría llevar

a un guerrero a la perdición.

Erec dirigió su atención hacia la lucha, analizándolos con ojo de guerrero. Los partidos continuaron y continuaron, el aire estaba lleno de gritos y gemidos de los hombres y del sonido del metal. Los guerreros se atacaban unos a otros a caballo, a todo galope, y levantaban sus lanzas por lo alto, compitiendo en las justas. Erec sabía que la costumbre de la gente de las Islas del Sur, era que uno debía ganar en caballo y a pie — así que después de que los hombres eran derrotados, las batallas siempre se transformaban en un combate cuerpo a cuerpo. Los guerreros aquí, después de todo, tenían que pasar pruebas más a fondo que cualquier guerrero del mundo.

Conforme pasaban las horas y el sol bajaba en el cielo, la última de las provincias declaró un vencedor; finalmente, un coro de cuernos sonó y la gente dejó escapar una gran ovación.

Los doce ganadores del día estaban alineados, eran feroces guerreros, todos listos para luchar con Erec por el derecho a ser rey.

"¡Parece que es nuestro turno, hermano mío!", dijo Strom, poniéndose su casco y apresurándose a bajar los escalones de piedra.

Erec tomó su armadura, besó a Alistair y lo siguió a la parte inferior. Mientras Erec se acercaba a la arena, el cielo se hizo más denso con los gritos de miles de isleños, todos emocionados de recibirlo, y para verlo combatir contra los demás.

Erec notó que Strom se preparaba para combatir, y él estaba confundido.

"Pero lucharé contigo al final, dijo Erec, alcanzándolo. "Es la tradición".

Steffen meneó la cabeza.

"Ya no", respondió él. "He cambiado las reglas. Pelearás conmigo primero. Debo acabar contigo de inmediato, para que luego pueda derrotar a todos los demás. Después de todo, una vez que yo sea el rey, les habré demostrado a todas estas personas que yo soy un luchador mejor que tú. Es decir, a menos que tengas miedo de pelear conmigo primero".

Erec meneó la cabeza hacia la confianza en sí mismo, de su hermano menor.

"Yo no doy marcha atrás a ningún desafío", respondió Erec.

"No te preocupes", dijo Strom: "¡voy a intentar no lastimarte en el proceso!".

Strom rio de su broma, encantado consigo mismo y corrió y montó en su caballo, tomando su lanza y dirigiéndose a la arena de combate.

Erec montó el caballo hermoso que tenían provisto para él, miró hacia

abajo y examinó las tres lanzas que había. Sopesó cada uno y finalmente se decidió por una, más corta que las otras, y más ligera, con una empuñadura de cobre. Apenas la había agarrado cuando su hermano ya estaba yendo a atacarlo.

Erec también fue a la carga y ahora que estaba en modo de combate, algo se precipitó dentro de él. Se transformó en un soldado profesional, y ya no vio al hombre a caballo cabalgando hacia él como su hermano. Ahora era su oponente.

Todo lo demás quedó lejos mientras se centraba con una claridad similar a un láser. Como había ocurrido toda su vida, algo cambió dentro de él una vez que bajó su placa frontal y fue a la carga, algo que no podía controlar. Se convirtió en una máquina, con la intención de derrotar a quien se interpusiera en su camino, fuera o no fuera su hermano.

Erec dejó ir todas las emociones, todos los sentimientos de competencia o celos o envidia. Él sabía que eso sólo se interpondría en su camino. Para el guerrero profesional, no había lugar para permitir que la mente se nublara por la emoción.

En cambio, cuando bajó su lanza, cuando oyó el sonido de su respiración en sus oídos, Erec se centró en cada pequeño movimiento de su hermano —la armadura movediza, donde tenía su lanza. Su hermano tenía confianza en sí mismo, podía notarlo en su manera de cabalgar- También podía ver que era su debilidad.

Al acercarse, en el último momento, Erec hizo un pequeño ajuste; levantó su lanza un poco más, movió su cuerpo a la derecha y golpeó su lanza en el pecho de su hermano.

Hubo un gran sonido metálico mientras su hermano salía volando de espaldas, de su caballo y aterrizó boca arriba. La multitud vitoreó.

Erec giró en círculo alrededor, viendo a su hermano tendido en el suelo, gimiendo, rodando para levantarse. Desmontó y se quedó allí parado, esperando, dando tiempo a su hermano. Se sentía mal; era su hermano, después de todo.

Strom rápidamente se puso de pie, se quitó el casco, con la cara roja de furia, y gritó a su escudero: "¡MAZA!".

Erec estaba parado frente a él, tranquilo y fresco, mientras se quitaba el casco, y tomó la maza que le entregó su propio escudero. Estas eran grandes mazas de madera, sus clavos estaban desafilados para no matar — pero aún

así, se sentiría su impacto.

"¡Fue un golpe de suerte!", gritó Strom. "¡No lo harás dos veces!".

Strom fue a la carga y gritó, esgrimiendo salvajemente. Eran golpes poderosos — pero golpes nublados por la emoción. Erec, centrado, pudo desviar hábilmente cada uno.

Strom hizo una pausa, respiró profundamente y miró.

"¡Te voy a dar una oportunidad de rendirte ante mí, ahora!", gritó Strom. "Ríndete ahora, y nómbrame rey!".

Erec meneó la cabeza hacia la confianza en sí mismo, de su hermano menor. Aunque su hermano lo decía en serio, Erec no pudo evitar sonreír.

"Eres amable al ofrecerme la oportunidad", dijo Erec. "Pero es demasiado bueno. Es una oportunidad que no puedo aceptar. Yo no elegí ser rey; no deseo ser rey; pero nunca me rendiré en el combate — a ningún hombre y ni siquiera ante mi hermano".

Strom gritó y fue a la carga como un loco, levantando su maza para dar un gran golpe a la cabeza de Erec.

Erec dio vuelta lateral a su maza, la levantó por lo alto y bloqueó el golpe. Luego se inclinó hacia delante y le dio una patada a su hermano en el pecho, haciéndolo volar de espaldas, cayendo boca arriba en el suelo.

Erec entonces fue a la carga, hizo girar su maza alrededor, mientras Strom levantaba su maza para bloquearlo, Erec giró desde abajo y logró golpear la cabeza de la maza de Strom perfectamente, y envió la maza volando de la mano de su hermano. Salió volando sobre el pasamano de cobre, sobre el borde de la arena y el costado del acantilado.

Erec estaba parado sobre su hermano indefenso, la maza apuntaba a su garganta.

Strom miró hacia atrás, con los ojos bien abiertos, claramente no esperaba esto en absoluto.

"Te amo, hermano mío", dijo Erec. "No quiero hacerte daño". Termina con esto ahora, y nuestro partido habrá terminado sin golpes ni arañazos".

Pero Strom lo miró.

"Fue otro golpe de suerte", espetó Strom. "¿Realmente crees que me inclinaré ante alguien menos hábil en la batalla?".

Strom repentinamente se puso rápidamente de rodillas y fue a atacarlo, dirigiéndose a las piernas de Erec.

Erec lo vio venir y lo esquivó, dejando que su hermano fuera hacia adelante



con gran velocidad. Al hacerlo, Erec subió la mano y con el pie lo empujó, haciéndolo caer boca abajo en la tierra.

Strom rodó a sus pies, con la cara llena de odio, mientras la multitud se reía de él.

"¡Espada!", gritó Strom a su escudero. "¡Una espada REAL!".

La multitud dio un grito ahogado, mientras su escudero se abalanzaba con la espada, luego se detuvo y miró a Erec, buscando su aprobación.

Erec miró a Strom, apenas creer lo que estaba viendo, decepcionado de él.

"Hermano mío, esta es una competencia amistosa", dijo él, con calma. "No deben utilizarse armas afiladas".

"¡Exijo una espada real!", gritó él, frenético. "¡A menos que tengas miedo de enfrentarte conmigo en la batalla!".

Erec suspiró, viendo que no había nada que detuviera a su hermano. Tendría que aprender.

Erec asintió con la cabeza al asistente, quien entregó a Strom una espada, mientras Erec estaba parado allí, frente a él.

"¿Y dónde está tu espada?", preguntó Strom, mientras se ponía de pie.

Erec meneó la cabeza.

"No la necesito. De hecho, incluso no necesito esto".

Erec tiró la maza, y la multitud dio un grito ahogado. Allí estaba indefenso, frente a su hermano.

"¿Debo matar a un hombre indefenso?", dijo su hermano.

"Un verdadero caballero nunca está indefenso. Sólo el que está aturdido por la emoción, está indefenso.

Strom miró, confundido; claramente estaba luchando, preguntándose si debía atacar a un hombre indefenso. Pero finalmente, su ambición sacó lo mejor de él; su rostro se transformó en rabia, y con un grito levantó su espada y fue a atacar a Erec.

Erec esperó el momento oportuno midiendo la fuerza de su hermano, luego se quitó del camino en el último momento; la cuchilla zumbó por su oreja, fallando por poco. Erec estaba decepcionado al darse cuenta de que su hermano realmente tenía intención de matarlo.

Con el mismo movimiento, sin perder el ritmo, Erec dio a su hermano un codazo en la parte baja de la espalda, donde él no tenía armadura. Strom gritó cuando Erec hizo presión en el punto que estaba esperando, justo debajo de su riñón, y cayó de rodillas, tirando la espada.

Erec se dio vuelta, lo pateó en la espalda, haciéndolo caer boca abajo y se paró en la parte posterior de su cuello, manteniendo su cara plantada en la tierra. Estaba más firme que antes, haciendo saber a su hermano que ya había tenido suficiente.

"Has perdido, hermano", dijo Erec. "Esta espuela está más afilada que tu espada. Si te mueves media pulgada, te cortará cada arteria de tu garganta. ¿De verdad quieres continuar con nuestra lucha?"

La multitud quedó en silencio, todos fijando la mirada en los dos hermanos.

Por último, Strom respiró con dificultad y movió un poco la cabeza.

"Entonces dilo", espetó Erec. "¡Me rindo!"

Strom se quedó allí durante varios minutos, en silencio, ni una sola persona hacía un movimiento, hasta que finalmente él gritó: "¡ME RINDO!"

Hubo una gran ovación, y Erec levantó su pie de la garganta de su hermano. Strom, ileso, se puso de pie y se fue furioso, dándole la espalda a Erec, sin siquiera darse vuelta una vez, con su rostro cubierto de barro.

Sonó un cuerno, seguido de una gran ovación.

"¡Y ahora, los doce vencedores!"

Erec se volvió y vio a los vencedores de la doce provincias, alineados respetuosamente, todos esperando su turno para pelear con él.

Sabía que sin duda, iba a ser una larga tarde.

\*

Erec compitió en la justa durante horas, con un caballero tras otro, sus hombros se estaban cansando, sus ojos le picaban por el sudor. Al final de la tarde, incluso su espada se sentía pesada al tacto.

Erec luchó con un ganador a la vez, cada uno de otra provincia, cada uno era un guerrero salvaje. Y sin embargo, ninguno era rival para él. Uno tras otro, derrotó a cada uno de la justa y luego a cada uno en el combate cuerpo a cuerpo.

Pero mientras más peleas tenía, más salvajes y más expertos eran los guerreros — y él se sentía más cansado. Esta era realmente una prueba para los Reyes: para ganar, no solo tenía que ser el mejor luchador, sino tener la mayor resistencia física para combatir contra los doce mejores hombres que tenía esta isla. Una cosa era vencer a un rival la primera pelea del día; y otra era vencerlo en la décima segunda.

Y sin embargo, Erec perseveró. Convocó a todos sus años de formación, de batalla, de largos combates, de lucha de un hombre tras otro, recordando esos días cuando Los Plateados iban a la carga más allá del extremo, teniendo que luchar no solo contra una docena de hombres, sino dos docenas, tres decenas — incluso un centenar de hombres en un solo día. Lucharían hasta que sus brazos estuvieran tan cansados para levantar siquiera una espada, y todavía tenían que encontrar la manera de ganar. Ese fue el entrenamiento que el rey MacGil había exigido.

Ahora, eso le había servido bien. Erec convocó a su habilidad, a sus instintos, e incluso al agotamiento; luchó mejor que todos estos grandes guerreros, los guerreros más grandes de un reino conocido por tener a los mejores guerreros. Erec sobrepasaba a todos, y con un deslumbrante despliegue de virtuosismo, derrotó a uno tras otro. Un cuerno había enfatizado cada victoria, y una ovación de satisfacción de su pueblo, claramente sintiéndose seguros de que tenían en su futuro rey, al mejor guerrero que estas islas podían ofrecer.

Cuando Erec derrotó al undécimo retador con un golpe de su maza de madera sobre las costillas del hombre, el hombre se rindió, el undécimo cuerno sonó, y la multitud enloqueció.

Erec estaba parado allí, respirando profundamente, estirando la mano para ayudar al guerrero a subir.

“Bien peleado”, dijo el guerrero, un hombre del doble de su tamaño.

“Luchaste con valentía”, dijo Erec. “Voy hacerte comandante de una de mis legiones”.

El hombre apretó el brazo de Erec en señal de respeto, y se dio vuelta y se fue con su gente, orgulloso y noble en la derrota.

La multitud vitoreó salvajemente, mientras Erec se dirigía hacia el duodécimo y último vencedor. El hombre montó su caballo en el lado extremo de la arena y le hizo frente. La multitud no paraba de animar, sabiendo que después de esta batalla, tendrían a su rey.

Erec montó su caballo, respirando con dificultad, bebió un vaso de agua que le llevó uno de sus escuderos, luego tiró el resto del agua fría en su cabeza. Después, Erec levantó su casco y volvió a ponerlo sobre su cabeza, limpiando el sudor de su frente mientras sujetaba una nueva lanza.

Erec observó al caballero que estaba frente a él. Era el doble de ancho de los otros, y llevaba armadura de cobre con tres rayas de color negro a través

de ella. El estómago de Erec se puso tenso ante la vista; esas marcas las utilizaban los Alzac, una pequeña tribu en la parte meridional de la isla, una tribu separatista que había sido una espina para su padre durante años. Eran los guerreros más feroces de la isla, y uno de ellos había sido rey antes de su padre. Fue un Alzac al que su padre había tenido que vencer para llegar al trono, muchos años atrás.

"¡Yo soy Bowyer, de los Alzac!", el caballero le dijo a Erec. "Tu padre le robó el trono a mi padre hace cuarenta ciclos de sol. Ahora vengaré a mi padre y te quitaré el trono. ¡Prepárate para arrodillarte ante tu nuevo rey!".

La cabeza de Bowyer era calva y él tenía una barba marrón corta, rígida. Se sentó erguido en su caballo, con una cara desafiante y la nariz aplanada de un guerrero que ha estado en muchas batallas.

Erec sabía que los Alzac eran feroces y valientes — y escurridizos. No le sorprendió que este fuera el último combate, el campeón de los vencedores. Erec sabía que no sería fácil y que el retador no debería ser subestimado. Él no daba nada por sentado.

Erec se concentró cuando el cuerno sonó, bajaron sus viseras y los dos galoparon para encontrarse uno con el otro.

Fueron a la carga y cuando sus lanzas se encontraron, a Erec le sorprendió sentir el impacto de la lanza de Bowyer en su pecho, la primera del día; al mismo tiempo, la lanza de Erec impactó el pecho de él. Bowyer había hecho un giro inesperado de último momento, y Erec se dio cuenta que Bowyer era, sin duda, el mejor de los que había enfrentado. El golpe no fue lo suficientemente duro para derribar a Erec de su caballo, pero sí lo hizo bambolear hacia atrás, sacudió su confianza.

Bowyer también permaneció en su caballo, y dieron vueltas en círculo para enfrentarse otra vez, con las ovaciones de la multitud. Bowyer también parecía sorprendido de que Erec lo hubiera impactado, y ambos fueron a la carga con un nuevo respeto.

Esta vez, cuando se acercaron, Erec tuvo una mejor sensación para los ritmos de Bowyer. Sin duda, ese era uno de los puntos fuertes de Erec: ser capaz de evaluar a su enemigo y ajustarse rápidamente. Esta vez, Erec esperó hasta el último momento, luego bajó un poco la lanza, era un movimiento que Bowyer no podría haber esperado, ya que estaba destinado a las costilla de Bowyer.

Fue un golpe perfecto, y Erec logró derribar a Bowyer a un costado de su

caballo; cayendo al suelo con fuerza, tambaleando con el sonido metálico de la armadura.

La multitud aplaudió salvajemente mientras Erec giraba en círculo, desmontó y se quitó el casco.

Bowyer rodó a sus pies, su cara estaba púrpura de rabia, tenía una mirada de muerte en sus ojos como no había visto en ninguno, hoy. Otros claramente querían ganar; pero Erec notó que Bowyer quería matar.

"Si eres un hombre de verdad", espetó Bowyer, lo bastante fuerte como para que todos pudieran escuchar, "y aspiras a ser un verdadero rey, ¡luchemos con armas reales! ¡Exijo utilizar espadas reales en el combate! Y exijo que bajen las puertas".

La multitud resolló ante las palabras de Bowyer.

Erec vio las puertas de cobre alrededor del perímetro del campo de combate, era lo único que los separaba de los acantilados que estaban abajo. Él sabía lo que significaba bajarlas: una lucha a muerte.

"¿Estás pidiendo un combate a muerte?", preguntó Erec.

"¡Sí!", espetó Bowyer. "¡Lo exijo!".

La multitud jadeó. Erec se quedó allí parado, debatiendo; no quería matar a este hombre, pero él no podía retroceder.

Bowyer dijo: "A menos que tengas miedo".

Erec se ruborizó.

"No le temo a ningún hombre", gritó él, ".y no me niego a ningún reto en el combate. Si ese es tu deseo, entonces que bajen las puertas".

La multitud resolló y sonó un cuerno, y lentamente varios asistentes giraron las enormes manivelas. Un crujido llenó el aire, y centímetro a centímetro, bajaron las puertas de cobre que rodeaban la arena. Un viento sopló precipitadamente, y ahora no quedaba nada para evitar que los guerreros cayeran sobre el borde, que cayeran en picado hacia la muerte. Ahora no había lugar para errores. Erec había visto partidos cuando era joven, con las puertas bajadas— y siempre habían terminado en muerte.

Bowyer, sin perder tiempo, tomó una espada real de su escudero y fue a la carga. Erec agarró la suya. Cuando se acercó a Erec, Bowyer giró su espada con ambas manos hacia la cabeza de Erec, fue un golpe mortal; Erec levantó su espada para bloquearla, volaron chispas.

Erec giró con su propio arco, y Bowyer lo bloqueó. Luego Bowyer lo acuchilló.

Iban y venían, acuchillando y bloqueando, atacando, bloqueando, defendiendo, volaban las chispas, las espadas silbaban por el aire, con el sonido metálico mientras iban golpe por golpe por golpe. Erec estaba exhausto de la batalla del día, y Bowyer era un oponente formidable, luchando como si su vida dependiera de esto.

Ninguno de los dos se detuvo mientras se atacaban uno al otro, hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, acercándose al borde, luego más lejos de éste, fluyendo y refluyendo, uno intentando hacer girar en círculo al otro, tratando de hacerlo retroceder, tratando de obtener la ventaja.

Finalmente, Erec aterrizó un golpe perfectamente colocado, atacando de lado y derribando la espada de Bowyer de su mano. Bowyer parpadeó, confundido, después corrió a buscarla, zambulléndose en la tierra.

Erec se quedó sobre él y levantó su visera.

"¡Ríndete!", dijo Erec, mientras Bowyer estaba ahí tendido boca abajo.

Pero Bowyer agarró un puñado de tierra, se dio vuelta y antes de que Erec pudiera verlo venir, la lanzó a la cara de Erec.

Erec gritó, cegado, levantando sus manos hasta sus ojos ya que le ardían, y dejando caer su espada. Bowyer no dudó; se fue a atacarlo, derribándolo, llevándolo a través de la arena hacia el borde del acantilado y derribándolo en el suelo.

La multitud dio un grito ahogado mientras Erec estaba tirado de espaldas, con Bowyer encima de él; la cabeza de Erec estaba en el borde del precipicio. Erec se volvió y miró hacia abajo, y él sabía que si se movía unos centímetros se desplomaría hasta morir.

Erec levantó la mirada para ver a Bowyer haciendo muecas, con la muerte en sus ojos. Bajó sus pulgares para tratar de sacarle los ojos a Erec.

Erec levantó la mano y agarró las muñecas de Bowyer, y era como sujetar serpientes vivas. Eran todo músculo, y se necesitó toda la fuerza de Erec solo para mantener alejados los puños de Bowyer.

Gimiendo, los dos se enfrascaron en una lucha, ninguna cedía ni una pulgada, Erec sabía que tenía que hacer algo rápidamente. Él sabía que había cruzado el punto crítico y que si resistía más, perdería la poca fuerza que le quedaba.

En cambio, Erec decidió hacer una jugada audaz, intuitivo: en lugar de tratar de inclinarse hacia adelante y alejarse de la orilla, se desplomó hacia atrás, sobre él.

Mientras Erec dejaba de resistir, todo el peso de Bowyer cayó hacia adelante; Erec tiró a Bowyer hacia él, hacia abajo, y Bowyer se volteó volteado boca abajo sobre el borde del acantilado, sus pies van sobre su cabeza como Erec colgado en sus muñecas. Erec rodó sobre su estómago, aferrándose a las manos de Bowyer y entonces se dio vuelta y miró hacia abajo. Bowyer colgaba por el borde del acantilado, no había nada entre él y la muerte mas que la sujeción de Erec. La multitud dio un grito ahogado.

Erec había dado vuelta a la mesa y ahora Bowyer gemía y se agitaba.

"No me sueltes", suplicó Bowyer. "Moriré si lo haces".

"Y sin embargo fuiste tú quien quería que bajaran las puertas", le recordó Erec. "¿Por qué debía darte la misma muerte que esperabas para mí?".

Bowyer lo miró, con pánico en su rostro, mientras Erec soltaba una mano. Bowyer cayó unos centímetros, mientras Erec ahora lo sostenía con una mano.

"¡Me rindo ante ti!, le gritó Bowyer. "¡Me rindo!", gritó.

La multitud aplaudió mientras Erec estaba ahí, sosteniéndolo, debatiendo.

Finalmente, Erec decidió perdonar a Bowyer para no morir. Estiró la mano, lo sujetó de la parte trasera de la camisa, y lo jaló a terreno seguro.

La multitud ovacionó repetidas veces, mientras los doce cuernos sonaban, y todos corrieron, rodeando a Erec, abrazándolo. Él se quedó allí parado, exhausto, sin energía y sin embargo aliviado y feliz de ser tan abrazado, tan querido, por su pueblo. Alistair se abalanzó a través de la multitud, y lo abrazó.

Él había ganado. Finalmente, él sería rey.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Gwendolyn estaba parada en la fortaleza que era de Tirus y miró a su antiguo patio, al cadáver colgando del hijo de Tirus, Falus. Colgaba con una soga en el cuello, en el centro de la ciudad, con decenas de hombres de las Islas Superiores, ciudadanos que no protestaron la rebelión, parados abajo, mirando hacia arriba, boquiabiertos. A Gwen le dio gusto que estuvieran; quería enviarles a todos un mensaje.

Falus representó el último de los hijos rebeldes de la familia de Tirus, el último de la gente que Gwen había ejecutado cuando había apresado a todos los sobrevivientes rebeldes en las Islas Superiores. Mientras observaba el cuerpo de él balancearse, se dio cuenta de que debía haberlos apresado a todos — especialmente a Tirus— desde hacía mucho tiempo. Ella se dio cuenta que había sido una joven e ingenua gobernante, que había puesto demasiada confianza en la esperanza de paz. Durante mucho tiempo ella le había dado a Tirus demasiadas oportunidades de sobrevivir. Había intentado evitar a toda costa el conflicto — pero al hacerlo se dio cuenta de que en última instancia sólo había generado más conflicto. Ella debió haber actuado con valentía y sin piedad desde el principio.

Mientras observaba el cadáver balancearse en medio de la fría niebla y las nubes negras de las Islas Superiores, recordó que unas lunas atrás esa imagen le habría molestado; pero ahora, desde que Thor la había dejado, desde que había tenido un bebé, desde que había sobrevivido siendo reina, algo dentro de ella se había endurecido, y miró el cuerpo balanceándose sin la menor emoción. Y eso la asustó. ¿Estaba perdiendo la visión de quién era? ¿En quién se estaba convirtiendo?

"Mi señora", dijo Kendrick, de pie junto a ella.

Ella se volvió y lo enfrentó, reaccionando.

"¿Bajamos el cadáver?".

Gwen miró y vio a su gente alrededor de ella en el gran salón, todas ellos después de su valiente victoria, después de sus decisiones sin miedo ante la adversidad, después de que ella los salvara de manos de Rómulo, ahora la veían como una gran gobernante y reina. Estaban Kendrick, Aberthol, Steffen,



Elden, O'Connor, Conven —todos los hombres valientes que habían luchado con ella para recuperar este lugar. Y entre ellos, su corazón se alegró al ver, allí parado a Reece y a Stara junto a él. Estaba herido, pero intacto, y aunque en el pasado verlo la había hecho enojar, ahora estaba muy agradecida de que estuviera vivo.

Gwen se dio vuelta hacia la ventana, al darse cuenta de que todos estaban en espera de su decisión. Ella observaba cómo oscilaba el cadáver, el último de ellos, el único que no había sido bajado. Vio con satisfacción en el patio, que bajaban la antigua bandera de las Islas Superiores, y subían la nueva bandera de los MacGil. Ahora, este era su territorio.

"No", respondió Gwen, con su voz fría y firme. "Déjalo colgar hasta que caiga el sol. Que la gente de las Islas Superiores sepan quién manda en esta isla ahora".

"Sí, mi señora", dijo él. "¿Y el resto de los soldados de Tirus? Tenemos a casi un centenar de ellos en cautiverio".

Puesto que habían tomado las Islas, Gwen hizo que sus hombres sistemáticamente apresaran a todos los soldados de las Islas Superiores que quedaran vivos, a cualquiera que fuera leal a Tirus. Ella no se arriesgaría esta vez.

Se volvió y lo enfrentó, y su tono se volvió severo.

"Mátalos a todos", ordenó.

Kendrick miró a los hombres, quienes también la miraron, recelosos.

"Mi señora, ¿eso es humano?", preguntó Aberthol.

Gwen lo miró, con frialdad y dureza.

"¿Humano?", repitió ella. "¿Ellos fueron humanos cuando nos traicionaron, cuando mataron a nuestros hombres?"

Aberthol no dijo nada.

"He intentado ser humana. Muchas veces. Pero he aprendido que no hay lugar para la humanidad cuando uno está en guerra. Ojalá fuera diferente".

Se volvió hacia Kendrick.

"Los únicos que vivirán serán aquellos que nunca levantaron un arma contra nosotros. Los ciudadanos. No tengo recursos para tener prisioneros, ni la voluntad para retenerlos. Ni confío en ellos. ¡Mátalos de inmediato!".

."Sí, mi señora", respondió Kendrick.

Gwendolyn analizó todas las caras, los vio mirándola con un nuevo respeto y se sintió muy orgullosa de ellos por todo lo que habían logrado, porque

estaban todos vivos en este día.

"Quiero que todos sepan lo orgullosa que estoy", dijo. "Ganaron esta isla en una batalla gloriosa. Lucharon sin miedo, y ahora, tenemos un nuevo hogar aquí, gracias a todos ustedes. Enfrentaron a la muerte, y combatieron hasta el final".

Los hombres asintieron con gratitud, y Reece se adelantó y bajó la cabeza.

"Mi reina", dijo él. Ella pudo escuchar en su tono que finalmente le estaba hablando como gobernante, y no como a una hermana. "Debo ofrecer disculpas por haber empezado todo esto. No me disculpo por haber matado a Tirus, pero sí por las vidas perdidas de nuestros hombres".

Ella lo miró, con frialdad y dureza.

"No vuelvas a desafiar mis órdenes otra vez", dijo ella.

Reece asintió con la cabeza, humildemente.

"Sí, mi señora".

Ella pudo ver que estaba arrepentido, y su expresión se suavizó.

"Pero debo decir que no te equivocaste al matar a Tirus", admitió. "Se lo merecía desde hacía mucho tiempo. De hecho, soy yo quien debo disculparme, por no haberlo matado antes".

Reece la miró, asintiendo con la cabeza, con una nueva comprensión y respeto.

De pronto se escuchó una ovación desde abajo, y Gwen miró por la ventana y vio a miles de personas de su pueblo, a aquellos que había evacuado del Anillo, llenando los patios, entrando en las casas desiertas y en las tabernas, haciendo suyas las casas.

"Nuestro pueblo parece feliz de estar aquí", dijo Godfrey.

"Están felices de estar vivos", corrigió Gwen. "La vida aquí es mejor que no tener ninguna vida".

"Debes estar muy orgullosa, hermana mía", dijo Kendrick. "Tú los salvaste".

Gwen asintió con la cabeza, pero suspiró, se sentía descorazonada por todo lo que había dejado atrás — y por todos los peligros que se avecinaban.

"Este podría ser un nuevo hogar para nosotros", dijo Godfrey.

Gwen meneó la cabeza.

"Me gustaría pensar que sí", dijo. Pero solamente estamos seguros aquí, mientras aguante el escudo de Argon. Pero si el hechizo de Argon se termina, entonces todo lo que ves aquí será fugaz. No habrá nada en el mundo que

pueda detener la devastación que vendría".

"Pero seguramente Rómulo estará contento con lo que tiene", dijo Godfrey. "Después de todo, él tiene el Anillo ahora. Tiene todo lo que quiere".

Gwendolyn sacudió la cabeza, conociendo demasiado bien a Rómulo.

"El Anillo nunca nunca fue lo que él quería", dijo. "Lo que ha querido, lo que siempre ha querido, es nuestra completa destrucción. Y nos seguirá hasta los confines de la Tierra para tenerlo".

¿Y cuáles son las posibilidades de que el escudo de Argon continúe activado?", preguntó Kendrick.

"Eso solo Argón puede decirlo", dijo Gwen.

"Tú lo conoces mejor", dijo Reece. "¿Va a despertar?".

Gwendolyn se volvió hacia él.

"Solo hay sólo una manera de saberlo", dijo ella, decidida a descubrirlo.

\*

Reece estaba parado con Stara en la cima más alta de las Islas Superiores, los dos habiendo subido juntos aquí, en silencio. Con todo en paz en las Islas Superiores, quedaba poco por hacer más que instalarse, y tal vez esperar a que llegara la invasión. La sensación en el aire estaba tranquila — y sombría — y cuando Stara le había preguntado a Reece si quería dar un paseo, él aceptó de inmediato. Necesitaba algo que lo distrajera de los eventos que podrían venir — y tenía que admitir que en su interior, una parte de él, quería estar con ella. Se odiaba por ello, y todavía tenía que reconocer que era cierto. Habían pasado demasiadas cosas juntos, para que fuera diferente.

Sin embargo, ninguno de los dos había dicho una palabra desde entonces. Habían caminado durante casi una hora, y era evidente para ambos que, mientras estuvieran cómodos uno con el otro, este no era un paseo romántico. Fue un paseo sombrío, una caminata de reflexión, de comprensión.

Reece miró alrededor y le pareció irónico que la misma isla en la que habían caminado unas lunas atrás, que antes estaba rebosante de la riqueza del verano, ahora era azotada por un viento frío, cubierto por un cielo gris, con nubes oscuras. ¿Podría cambiar la vida tan rápidamente?, se preguntaba. ¿Podría alguien conservar algo?

Reece comenzó a sentirse incómodo en ese pesado silencio; no sabía qué decirle. Aparentemente, ella no tenía nada que decirle tampoco, y comenzó a

preguntarse por qué ella quería pasear. Había ido con ella para alejarse de toda la muerte que le había rodeado, para despejar su mente.

Cuando llegaron a la meseta más alta de los acantilados, finalmente se detuvieron junto a un pequeño lago, por donde corría un arroyo apacible, serpenteando hacia abajo de la montaña.

Reece miraba desconcertado, mientras Stara se arrodillaba, buscaba en su bolsa y sacaba una flor negra en forma de tazón, con una pequeña vela al centro. Se preguntó qué estaba haciendo.

"¿Es una vela de luto?", preguntó.

Stara asintió con la cabeza.

"Sé que las cosas nunca serán igual entre nosotros", dijo ella suavemente, con la voz sombría. "No es por eso que te invité a venir aquí. Te invité a venir para decirte que lamento todo lo que pasó con Selese. En especial, quiero decirle también a Selese que lo siento. Dondequiera que esté".

Reece bajó la mirada, avergonzado, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

"Nunca quise que le pasara algo malo", dijo Stara. "Debes creerme. *Necesito* que me creas".

Reece asintió con la cabeza.

"Te creo", dijo. "Yo tampoco quise que pasara algo malo", dijo, mientras limpiaba una lágrima de su mejilla.

"Y sin embargo, fui egoísta", dijo ella, "egoístas al intentar robarte. Mis acciones fueron egoístas. Y fueron incorrectas".

Ella suspiró.

"Dicen que si enciendes una vela de luto aquí en este estanque, y la corriente se la lleva por el torrente de lágrimas, le dará consuelo a los muertos", comentó. "Por eso te invité a venir aquí".

Stara tomó dos piedras y encendió la vela con la chispa. Brillaba en el centro de la flor negra, de manera extraña y surrealista.

Ella se la entregó a Reece.

"¿Quieres colocarla?", preguntó.

Reece suavemente tomó la flor con la vela encendida adentro, y sus dedos se tocaron al hacerlo. Luego se arrodilló y la colocó suavemente en el pequeño estanque. Sintió las aguas heladas en sus dedos.

Reece estaba parado al lado de Stara y vio cómo flotaba en el estanque. No fue a ningún lugar, ya que no había brisa en ese lugar protegido.

"Selese", dijo Reece, bajando la cabeza. "Te amo. "Perdóname, por favor".  
"Por favor, perdónanos", agregó Stara.

La flor comenzó a flotar, sólo un poco más allá, pero aún no se la llevaba la corriente.

"Sé que nunca podremos estar juntos", le dijo Stara a Reece. "No después de todo esto. Pero al menos podremos estar juntos en esto, en nuestro duelo por Selese".

Stara extendió una mano, y Reece la tomó. Se quedaron allí parados, uno junto al otro, mirando la vela, mientras bajaban sus cabezas y cerraban sus ojos.

Reece oró pidiendo bendiciones para Selese. Y sobre todo, su perdón.

Reece abrió los ojos cuando de repente un viento sopló y él observó sorprendido cómo se movía la flor, desplazándose hacia el otro lado del estanque antes de ser recogida por la corriente.

Reece observó con asombro, mientras la corriente se la llevaba hacia el Arrollo de Lágrimas. Se abrió paso hacia abajo de la montaña, serpenteando.

Reece se volvió y vio cómo el agua la transportaba hacia la inclinación de la montaña, hasta perderse de vista, finalmente.

Reece se volvió para mirar a Stara, y ella se volvió y lo miró. Continuaron manteniendo las manos entrelazadas, y por alguna razón, a pesar de sus esfuerzos, ninguno parecía ser capaz de soltarse.

\*

Gwendolyn caminó rápidamente a través del patio de su nuevo corte, flanqueado por varios de sus hombres. Se dirigió hacia las antiguas puertas de piedra fuera del patio y tomó caminos sinuosos, rocosos hacia el campo, preparándose contra el viento y la lluvia. Pero ella no se detendría por nada. Estaba decidida a ver a Argon y, una vez más, a ver si lo podía despertar.

El camino finalmente la llevó a una pequeña colina, y mientras Gwendolyn miraba hacia arriba, se sintió tranquila al ver a Ralibar. Finalmente había vuelto, depositando el cuerpo inerte de Argon y había montado guardia allí, desde entonces.

Gwendolyn alcanzó la cima de la meseta, una fría ráfaga de viento azotaba su rostro, y miró a Ralibar. Él estaba allí, con las alas extendidas, mirándola, mientras mantenía la guardia sobre el cuerpo de Argon, que yacía a sus pies,

inmóvil.

Gwendolyn miró a los ojos conmovedores de Ralibar.

"¿Donde habías estado, amigo mío?", preguntó ella. "Podríamos haberte utilizado en mar abierto".

Ralibar ronroneó, agitó sus alas suavemente, y movió su nariz hacia arriba y hacia abajo. Ella podía sentir que él estaba pasando por uno de sus estados de ánimo, de tormenta emocional. Ella sabía que estaba angustiado por algo, pero no podía entender lo que le estaba comunicando.

"¿Te quedarás, amigo mío?", preguntó ella. "¿O volverás a dejarnos otra vez?"

Él bajó la cabeza y frotó su nariz contra su mano mientras ella la tenía extendida, parpadeando lentamente y haciendo un extraño ronroneo. Ella no le entendía; nunca lo había hecho y sabía que nunca lo haría. Nunca sabía cuándo podría desaparecer ni cuando podría venir a ayudarla, pese a la relación cercana que tenían. Había llegado a la conclusión de que la forma de ser de los dragones, eran incomprensibles para ella.

Ella acarició las escamas de Ralibar, su nariz larga, y al principio parecía contento. Pero luego la sorprendió al mover sus enormes alas de repente, chillando y elevándose en el aire, con sus garras a punto de tocar su cabeza mientras aleteaba.

Ella se volvió y lo miró volar hacia el horizonte. Se preguntó hacia dónde iba, y si alguna vez volvería. Él era un misterio para ella, ahora más que nunca.

Gwendolyn giró su atención hacia el cuerpo inerte de Argon. Ella se arrodilló junto a él y acarició su rostro atemporal. Estaba congelado, frío al tacto.

"Argon", le dijo. "¿Me oyes?"

Pero no se movió.

Gwendolyn se dio vuelta, vio a sus hombres de pie detrás de ella y levantó una mano. Presintió que Argon necesitaba estar a solas con ella.

"por favor", dijo. "Déjenos".

Sus hombres la obedecieron, y Gwen pronto se encontró de rodillas, sola en esta meseta, al lado de Argon, con el aullido del viento. Subió la mano y le quitó la capucha, examinando su rostro.

"por favor, Argon", le dijo. "Regresa conmigo".

Pero nada.

Gwen sintió una lágrima rodar por su mejilla; tuvo una sensación de catástrofe inminente, y se sentía tan impotente y más sola que nunca, aquí en este lugar extranjero.

"Te necesito, Argon", dijo ella. Ahora más que nunca".

Hubo un largo silencio, como una fría ráfaga de viento golpeando sus mejillas — y finalmente, la lluvia se detuvo. Al hacerlo, Gwen miró hacia abajo y su corazón se aceleró al ver que los ojos de Argon pestañeaban.

Luego, poco a poco los abrió.

El corazón de Gwen saltó cuando él la miró. Sus ojos brillaban con tal intensidad, que casi tuvo que apartar la mirada. Ella lo miró, maravillada.

"Argon", dijo ella, riendo con alivio, encantada de que estuviera vivo.

Ella se agachó y apretó las manos de él.

"¿Te encuentras bien?", le preguntó.

Él asintió suavemente, y ella se maravilló.

"¿Dónde estás, Argon? ¿Estás aquí conmigo?".

"En parte", contestó él.

Ella sintió que su tiempo juntos era corto, y que podría perderlo otra vez. Sentía un ardiente deseo de que contestara sus preguntas.

"Argon, tu escudo", dijo ella, "debes decirme si va a durar activado. Por favor. Solo respóndeme esto. ¿Durará activado?".

Hubo un largo silencio, tanto, que Gwen sospechó que nunca respondería.

Y luego, finalmente, Argon meneó la cabeza suavemente.

Al hacerlo, Gwen se sintió descorazonada.

"No", declaró. "Incluso ahora, está destruido".

El corazón de Gwen se desplomó, al considerar las consecuencias. Significaba que todo sería destruido: esta isla, su gente, todo. Toda su vida, a todos los que ella amaba.

Se quedó sin aliento, mientras sus manos temblaban.

"¿Existe alguna forma de restaurarlo?", preguntó. "¿Alguna forma de proteger este lugar?".

Argon movió la cabeza, débilmente.

"Mi Escudo—y el Anillo—se destruyeron para siempre".

Gwen sintió un frío recorrer su sangre. No sabía qué decir.

"Incluso ahora, los dragones de Rómulo se están acercando", agregó Argon. "Y un millón de sus hombres".

El corazón de Gwen latía acelerado, y notó que sus manos se enfriaban.

"¿Cómo podemos detenerlos?", preguntó.

Argon meneó la cabeza.

"No pueden", dijo él. "Pronto, muy pronto, esta isla será destruida".

Gwen se puso a llorar.

"¿Y qué pasará con Thorgrin?", preguntó ella, entre lágrimas. "¿Él regresará con nosotros? ¿Nos ayudará a salvarnos?".

Argon esperó mucho tiempo, y finalmente sacudió la cabeza.

"Lo siento", dijo él. "Él tiene su propio destino".

Gwendolyn seguía llorando, limpiando sus lágrimas, pese a su mejor esfuerzo.

"¿Y qué hay de mi bebé?", preguntó. "¿Qué pasará con Guwayne?".

Argon permanecía callado, inexpresivo, mientras cerraba los ojos. El corazón de Gwen se aceleró, preguntándose si lo perdería.

"Argon", suplicó Gwen, agarrando su brazo, "respóndeme. Por favor. Te lo ruego".

Argon abrió nuevamente los ojos y la miró fijamente.

"Hiciste una elección", dijo. "En el Mundo de las Tinieblas. Lo siento. Las promesas cobran un precio".-

Gwen sollozó, incapaz de contener sus lágrimas.

"Has sido una reina maravillosa", dijo. "Tu gente ha vivido mucho más tiempo del que tenían destinado. Pero incluso a la mejor de las reinas, le llega su hora. No siempre puedes escapar de tu destino".

Por último, Gwen, devastada, se tranquilizó.

"¿No queda nada por hacer, mas que prepararnos para morir?", preguntó ella, desesperada.

Argon se quedó callado mucho tiempo, hasta que finalmente, asintió.

"Lo siento", dijo él. "Pero a veces, eso es todo lo que tenemos".



## CAPÍTULO TREINTA

Luanda estaba parada en el barco de Rómulo, no lejos de él, viendo su espalda mientras él observaba el mar, con las manos en las caderas, sonriendo victorioso. Luanda escuchó el chirriar incesante, y miró hacia arriba y vio el ejército de dragones en el horizonte, guiando el camino, desapareciendo a medida que se dirigían hacia las Islas Superiores, en su camino para destruir a su hermana y a toda su gente.

Rómulo rio y rio, mientras conducía la flota de barcos, miles de ellos, cubriendo el mar como banco de peces, navegando lejos del Anillo hacia las Islas Superiores. Luanda miró al horizonte y sabía que debía sentirse satisfecha. Después de todo, ella por fin había conseguido lo que quería. El Anillo fue destruido; ella se vengó. Vengó a Bronson, se vengó de su exilio de la Corte del Rey. Se vengó por no haber sido nunca tratada de la manera que merecía, se vengó por ser saltada y elegir a la menor. Se vengó por todos los que habían dudado de ella, por todos los que la echaron como algo inútil.

Pero Luanda se sorprendió al darse cuenta de que no se sentía triunfante; ni siquiera sentía satisfacción. En vez de eso, observó los acontecimientos que se desenvolvían ante ella, se sentía vacía, y sentía un profundo pesar. Ahora que sus planes se habían convertido en realidad, no pudo evitar admitir que una parte de ella todavía amaba a su gente, que todavía quería ser amada y aceptada por ellos. Que los quería vivos, que quería que las cosas fueran como antes.

Ella había pensado que esta destrucción la haría feliz. Pero ahora que no quedaba nada, por alguna razón, se sentía triste. No sabía por qué. Tal vez porque con su gente y su tierra destruida, no quedaba nada para recordar su tiempo en la tierra. No quedaba nada que fuera conocido en el mundo. Todo lo que quedaba ahora era Rómulo y su Imperio — todas estas criaturas horribles.

Mientras Luanda miraba la espalda amplia de Rómulo con los músculos ondeando, un comandante a la altura de sus poderes, listo para conquistar hasta el último centímetro del mundo, un tremendo odio se acumuló en su interior. Él tenía la culpa de todo esto. Ella odiaba el trato que le daba. Como si fuera un pedazo de tierra. Ella odiaba lo servil que había sido obligada a

ser con él. Odiaba todo de él.

Los soldados de Rómulo estaban todos preocupados en la cubierta, y Rómulo estaba parado solo en la proa del barco, de espaldas a todos, Luanda era la única a la que se le permitía acercarse a él, a escasos tres metros de distancia. Ella miró alrededor una última vez para asegurarse de que nadie estuviera mirando, después, secretamente tomó la empuñadura de la daga que había mantenido escondida en su cinturón. Ella la apretó con tanta fuerza, que podía sentir los nudillos volviéndose blancos. Se imaginaba estrangulando a Rómulo, mientras apretaba.

Luanda dio un paso hacia adelante, hacia la espalda expuesta de Rómulo, una fría ráfaga de viento y rocío del mar golpeó su cara.

Luego dio otro paso.

Luego otro más.

Luanda no podía rectificar los errores, no podía cambiar lo que ya había hecho, los errores que ya había cometido. No podía deshacer la destrucción de su patria. No podría restaurar el escudo.

Pero todavía había una cosa que podía hacer, tenía tiempo para un último acto de redención antes de morir. Podría matar a un bárbaro. Podría asesinar a Rómulo. Al menos se vengaría por ella misma, y se vengaría por todos ellos. Si no podía tener nada más en la vida, al menos podría tener eso.

Luanda apretó su sujeción mientras extraía la daga y dio otro paso. Estaba a dos pasos de distancia, a segundos de matar a este monstruo. Sabía que sería capturada y asesinada después de eso, pero ya no le importaba — mientras tuviera éxito.

Allí estaba él parado, tan petulante, tan arrogante. Él la había subestimado — como todos ellos. Él la había visto como una propiedad, como alguien a quien no tenía que temer. Luanda había sido subestimada toda su vida. Ahora estaba decidida a hacer que él — y todos los otros hombres en su vida — pagaran. Con un movimiento de la hoja, su vida encontraría satisfacción.

Luanda dio el último paso, levantó su daga por lo alto y anticipó la sensación satisfactoria de cuchilla perforando su carne y poniendo fin a la vida de esta criatura para siempre. Ya podía ver que sucediera, podía verlo cayendo de rodillas, derrumbándose boca abajo, muerto.

Luanda hundió la hoja de con toda su fuerza — y sin embargo, sucedió algo muy curioso. La hoja se detuvo cuando la punta tocó su espalda. Era como golpear acero — no podía perforar la piel. Se quedó allí en el aire, y sin

importar con cuánta fuerza intentara clavarla, no entraba en su piel. Era como si estuviera protegido por un escudo mágico.

Rómulo se dio vuelta, despacio, con calma, con una sonrisa en su rostro mientras movía la cabeza y la miraba, sosteniendo la navaja en el aire, sin causar daño. Luanda miró la hoja, preguntándose qué había pasado.

Rómulo movió la cabeza.

"Fue un buen intento", dijo. "Y en cualquier otro momento, me habrías matado. Pero como ves", dijo, acercándose, con su acre aliento en la cara de ella, "mientras dure esta luna, yo soy invencible. Para cualquier hombre, para cualquier cuchilla, para cualquier cosa en esta tierra. Incluyéndote a ti y a tu daga".

Rómulo se inclinó hacia atrás y se echó a reír, entonces estiró la mano y lentamente tomó la espada de su mano. Ella fue incapaz de detenerlo. La levantó por lo alto, hizo una mueca, después dio un paso adelante y la hundió en su corazón.

Luanda jadeó al sentir el frío metal entrando en su corazón. Sintió que su corazón se detuvo, sintió que la vida y el aire salían de su cuerpo, sintió que su cuerpo se entumecía, sintió derrumbarse en la cubierta de madera de la nave. Ella miró hacia arriba y vio la cara de Rómulo riendo antes de que sus ojos se cerraran por última vez, dándose cuenta de que nada en el mundo detendría a Rómulo. Nada.

Sus pensamientos finales, antes de que se le fuera la vida, eran, curiosamente, de su padre.

Padre, pensó, nunca quise decepcionarte. Perdóname.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Thorgrin cayó a través del aire, gritando, agitándose, sintiendo el aire frío pasando por él a una velocidad impresionante, mientras caía en picado en el océano y los acantilados. Cayó cientos de pies, sintiendo pasar apresuradamente toda su vida. Él sabía que en momentos aterrizaría, muerto y todo habría acabado, aquí, en estas piedras, en este océano, tan cerca de encontrar a su madre. Aquí, en esta Tierra de los Druidas, tierra de sueños. Se preguntaba cómo podía ser, cómo era posible que él pudiera luchar por algo toda su vida sólo para que se escabullera fuera de su alcance.

De alguna manera, él había fallado. Se había convertido en el mayor guerrero que podría ser en el campo de batalla; y sin embargo, él no había conquistado las profundidades de su propia psique. El rival que quedaba en el mundo, a quien no podía derrotar, era a sí mismo.

Él había sido derrotado por él mismo. ¿Qué significaba eso? Trató de entenderlo, a la velocidad de la luz, mientras caía. Para él, significaba que debía haber una parte de sí mismo que era más fuerte que la otra. Una parte que podría derrotarse a sí mismo. Una parte que era tan fuerte, que podría superar cualquier cosa. Tenía una gran fuerza dentro de él.

Thor se dio cuenta repentinamente de algo: esa gran fuerza, aunque fuera destructiva, todavía era parte de él. Seguía siendo una fuerza que podría aprovecharse. Lo que significaba que podría encontrar esa parte oscura de sí mismo y aprovecharla para el bien. La energía es energía — sólo debía ser redirigida. Tal vez podría hacer que esa parte de sí mismo trabajara para él, en vez de en contra él. Si Thor podía utilizar ese poder para derrotarse a sí mismo, tal vez podría usarla para salvarse.

Thor cerró los ojos mientras caía por el aire, y trató de invocar su poder interior, el poder de su mente. Se dio cuenta de que había confiado demasiado en su lado físico toda su vida. Él estaba empezando a darse cuenta de que su mente era tan poderosa como su cuerpo — si no es que más. Él podría utilizar su mente para hacer cosas maravillosas, cosas milagrosas, cosas que su cuerpo no podría hacer.

Thorgrin se centró, y al hacerlo, usó el poder de su mente para ralentizar el

mundo, para ralentizar la estructura en el aire.

Thorgrin sentía que el mundo giraba lentamente, luego se detuvo. Se sentía flotando en el aire, congelado en la estructura del tiempo y del espacio. Sentía que parte de sí mismo creaba el tiempo y el espacio. Sentía el poder infinito dentro de sí mismo, el poder que no estaba separado del universo. Él golpeó ligeramente la interminable corriente de energía que fluye a través del universo, como Argon a menudo le había enseñado, y se sintió en el centro de la misma.

Thor extendió sus manos con las palmas arriba, y sintió en sus dedos y palmas un hormigueo a través de la estructura del cielo. Se sentía como si estuvieran en el fuego, ardiendo de energía.

Thor fue más allá, hasta llegar al lugar en su mente donde comenzó a ver que no había ninguna separación entre su mente y el universo, entre la energía que fluye hacia él desde el universo y la energía que fluye hacia afuera. Empezó a notar que podía controlarla. Que podía controlar su entorno. También podía crear todo lo que le rodeaba. Vio que podía crear su circunstancia. Y que su mente y su energía eran más poderosas que la manifestación en la que estaba.

Thor se ordenó a sí mismo, a la parte de sí mismo que no podía controlar, la parte más oscura de sí mismo. Se ordenó detener la manifestación de esta circunstancia. Cambiar todo lo que le rodeaba. Y en el proceso, se obligó a dejar de resistirse, a dejar que el universo fuera lo que era. A dejar que él mismo fuera quién era. Una vez que sintió una total aceptación del universo, una completa aceptación de sí mismo, entonces una profunda paz lo venció, una paz como nunca había sentido.

Thor abrió lentamente los ojos, y supo, antes de que él viera nada, que el universo a su alrededor había cambiado. Había dejado de caer y en vez de eso, ahora estaba flotando hacia arriba, suavemente, más y más arriba, pasando a estar en una posición vertical, más y más rápido, hasta que llegó a la cima del acantilado. Bajó suavemente, y se quedó parado ante el castillo de su madre.

Ya no había ningún peligro, ya no había más miedo. Había llegado a lo más profundo de él mismo, y se había levantado. Aquí estaba, solo, frente a la entrada al castillo de su madre. Cruzaría la pasarela, el lugar que nunca podía cruzar en sus sueños. Finalmente había logrado cruzar al otro lado.

Thor examinó el castillo, con asombro. Ante él había dos enormes puertas

arqueadas de oro, cinco veces más altas que él y cinco veces más amplias. Ellas brillaban tanto, que casi lo cegaron, cada una con enormes asas talladas en forma de halcón.

Thor sintió intuitivamente que agarrar las manijas y tratar de abrir la puerta, no le servirían de nada. Él sabía que era una puerta mágica, la puerta más poderosa del mundo. Que la única forma de entrar, era si las puertas se abrían para él.

Thor esperó a que abrieran, pero no lo hicieron.

"¡Exijo que me dejen entrar!". Thor espetó.

"No eres digno de entrar aquí", resonó una voz, sombría, masculina.

Thor se mantuvo firme, decidido.

"¡Yo soy digno!". Thor le gritó, sintiéndose digno por primera vez.

¿Y por qué eres digno?", dijo la voz.

"Yo soy Thorgrin. Hijo de mi madre, la reina de la Tierra de los Druidas. Hijo de Andrónico, Rey del Imperio. Yo soy él. Yo, y ningún otro. Yo no soy digno debido a mis poderes. Yo no soy digno debido a mis habilidades. Yo soy digno por *quien soy*. Merezco que me dejen entrar por estas puertas. Por ninguna otra razón que por *quien soy*".

Thor sentía que todo su cuerpo vibraba mientras pronunciaba las palabras. Sentía que finalmente había llegado a la verdad más profunda de este entrenamiento. La aceptación de sí mismo.

Él empezó a ver que todo lo que manifestaba en el universo era el resultado de cómo se sentía acerca de sí mismo. Todas las fuerzas oscuras eran reales, y sin embargo también lo eran las invenciones de sí mismo que tuvo que superar. El enemigo más profundo, más difícil de superar era cómo se sentía acerca de sí mismo.

Ahora comprendía que se había visto a sí mismo toda su vida como indigno. Todavía se sentía así ahora. Cuando soltó eso, cuando se aceptó a sí mismo total y completamente, sólo por quien era, entonces todas las puertas del universo se abrían para él. Ese fue el paso final hacia la conquista de sí mismo.

Thor sintió una profunda sensación de paz cuando se dio cuenta de todo esto, cuando se aceptó a sí mismo.

Abrió los ojos lentamente, y miró hacia arriba para ver las puertas brillando más que nunca, y abriéndose lentamente, más y más ampliamente; fue el sonido más hermoso del mundo cuando las bisagras se abrieron sin

esfuerzo. La luz lo inundó, una luz dorada salía del interior del castillo, abarcando, más caliente, más fuerte de lo que él podría imaginar.

Él dio su primer paso. Luego otro.

Se sentía más y más caliente, y sabía que dando unos pocos pasos más, estaría dentro de este castillo, con su madre. Finalmente, su destino sería completado. En unos pocos pasos más, todo le sería revelado.

Y esta vida nunca sería la misma otra vez.

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Alistair se encontró volando, mirando hacia abajo, sobre el Anillo, y no sabía cómo. Ella no tenía alas, no montaba ningún dragón, y sin embargo flotaba por lo alto del paisaje de su patria, mirando todo desde arriba.

Mientras miraba hacia abajo, se sintió confundida. En lugar de la generosidad del verano que había dejado, en lugar de los campos fértiles, de las huertas sin fin a las que se había acostumbrado, había una tierra quemada debajo de ella, destruida por el soplo de los dragones. No quedaba nada—ni una sola ciudad, pueblo, villa, ni una aldea. Hasta la última estructura había sido hecha cenizas.

Los árboles, antes tan exuberantes, antiguos, eran tocones quemados, y ya no había más estructuras que marcaran el paisaje. No quedaba nada sino basura y devastación.

Alistair estaba horrorizada. Ella volaba bajo, cubriendo todo el Anillo y se encontró volando sobre el Cañón, sobre el gran cruce fronterizo. Vio por debajo de ella a Rómulo, liderando a un ejército de millones de hombres, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Ahora, el Imperio estaba ocupando su patria.

Alistair sabía entonces que su patria había sido destruida para siempre, y el Escudo junto con él. El Anillo estaba ocupado, ahora era propiedad del Imperio. Lo que fue, nunca volvería a ser.

Alistair parpadeó y se encontró ante el castillo de su madre, de espaldas a él, frente a un gran puente peatonal que serpenteaba a kilómetros del continente. Era un camino largo, con curvas, y en él caminaba una sola persona. Se acercó y se dio cuenta de que era su hermano, Thorgrin, para ver a su madre.

Thor miró a Alistair, y estaba tan aliviada de ver a su hermano, la última persona viva en un mundo de desolación. Sintió que en unos momentos se reuniría con su madre, que estarían los tres juntos por primera vez.

Thor se acercó y sonrió mientras le tenía una mano. Ella estiró la mano hacia él.

De repente, se derrumbó el puente peatonal debajo de él, y Thor cayó en



picado por el aire y hacia las rocas y el océano.

Alistair miró hacia abajo y miró, impotente, su corazón se rompió; sin pensarlo, bajó en picado sobre el acantilado, para salvarlo.

"¡Thorgrin!", dijo ella.

Alistair se encontró aterrizando, no en el océano, sino en un paisaje totalmente nuevo, en la cima de una meseta, mirando a miles de personas de las Islas del Sur. Ella se volvió y vio a Erec de pie junto a ella, sosteniendo su mano, cada uno con su indumentaria de boda, en lujosas batas de seda.

Pero algo estaba mal con Erec cuando sonrió: sonrió ampliamente, y brotó sangre de su boca. Entonces se derrumbó, cayendo de bruces del borde del acantilado, con los brazos a un costado, sangrando, mientras su pueblo trataba de agarrarlo con los brazos abiertos. Alistair levantó sus manos, cubiertas de sangre, y se encontró parada allí, entre la multitud que estaba abajo.

"¡Erec!", gritó ella.

Alistair se despertó gritando, respirando con dificultad, mirando todo a su alrededor, en la luz antes del alba, de su habitación. Ella limpió el sudor de su frente y saltó de la cama, buscando sangre en sus manos.

Pero no había nada.

Alistair, confundida, trató de recuperar su respiración mientras paseaba por la habitación, frotando su cara, tratando de entender dónde estaba. Le tomó varios minutos darse cuenta de que todo había sido una pesadilla. Estaba a salvo. Erec estaba a salvo. Thorgrin estaba a salvo. No estaba en el Anillo sino aquí, a salvo, en las Islas del Sur.

Alistair respiró. Era la pesadilla más horrible que había tenido. Parecía más que una pesadilla—parecía un mensaje. Como una versión retorcida del futuro. Y parecía muy sombría.

Alistair intentó olvidarla, paseando por su habitación. ¿Cuál podría ser el significado de un sueño así? Ella intentó asegurarse a sí misma que era pánico nocturno — sin embargo, en su interior, no pudo evitar sentir que era algo más. ¿Realmente fue destruida su patria? ¿Su hermano estaba a punto de morir?

¿Su novio?

Seguramente, tal farsa no podría acontecer a la vez; seguramente no significaba nada.

Alistair cruzó el salón y salpicó agua fría en su rostro varias veces. Fue a la ventana abierta, entró una suave brisa y examinó las Islas del Sur en la luz del amanecer. Todavía era el paisaje más hermoso que había visto, el olor de

los azahares despertándola, el aire húmedo la calmaba. Era el más limpio que había respirado.

Alistair vio el paisaje perfecto, vio a todo el pueblo ya levantado, preparándose para la gran boda ese día, y estaba segura de que en un lugar como este, seguramente no podría sobrevenirles ningún mal.

Alistair suspiró, movió la cabeza y se reprendió a sí misma. Caprichos de la noche, se dijo a sí misma. Sólo son fantasías en la noche.

\*

El primer sol de la mañana se elevó en el cielo, y Alistair estaba sentada en su cámara nupcial, rodeada por una docena de asistentes riendo, todas ellas entusiasmadas, mientras la ayudaban a prepararse. Cuando una de ellas hizo un ajuste final en su vestido, Alistair dio un paso adelante, mientras otras levantaban un enorme cristal pulido. Ella se quedó allí parada, con el corazón acelerado por la emoción, y vio su reflejo.

Alistair resolló; nunca se había visto tan atractiva. Llevaba el vestido más hermoso que jamás había visto, todo blanco, hecho de encaje, que le cubría desde el cuello hasta los pies, y un velo que combinaba con los largos guantes blancos. Ella nunca había pensado que era bonita, a pesar de cómo habían reaccionado los hombres en su vida, pero ahora, mirándose a sí misma de esta manera, sentía que no estaba tan fea como creía.

"Es el vestido que utilicé en mi boda", dijo la madre de Erec, sonriendo, acercándose a ella, poniendo una mano suavemente en su hombro. "En ti se ve todavía más hermoso. Así es cómo estaba destinado a ser usado".

La madre de Erec la abrazó, y Alistair nunca se había sentido tan llena de alegría. Ella no podía esperar para la ceremonia.

La madre de Erec la llevó a la puerta, y la abrió y señaló a un pasaje de cobre.

"El camino te lleva a la cámara de tu novio", dijo. "Ve con él. Te está esperando. Él te llevará a la ceremonia".

Alistair se dirigió a ella, conmovida.

"No sé cómo darle las gracias", dijo, más agradecida de lo que podía expresar.

La madre de Erec la abrazó.

"Seré afortunada de tener una hija como tú".

Alistair se dio vuelta sobre el pasaje de cobre, sola, caminando hacia una casa de mármol hermosa, pequeña, al aire libre, con columnas en todos los lados, en la que ella sabía que Erec la esperaba.

Al llegar a su entrada, miró dentro y vio a Erec, más majestuoso que nunca, vestido con una cota de malla ligera, cubierta con un manto de seda blanco, con un corona de oro en su cabeza. Caminaba nervioso, claramente esperándola, y estaba segura de que estaba emocionado, dado el largo tiempo que le había costado prepararse.

Pensó en ir corriendo hacia él, pero decidió que quería sorprenderlo; quería ver la mirada en su rostro cuando entrara por la puerta.

"¡Mi Señor!", dijo ella juguetonamente, escondiéndose tras una columna. "¡Cierra los ojos y cuenta hasta cinco! ¡Quiero sorprenderte!".

Él se rio.

"Por ti, lo que sea", dijo él. "¡No puedo contar lo suficientemente rápido!".

Ella podía oír la emoción en su voz, como si fuera un niño pequeño.

"¡Poco a poco, mi amor!", dijo ella.

"Uno", dijo él, lentamente. "Dos... Tres..."

Alistair hizo un ajuste final a su velo, luego comenzó a caminar hacia la habitación.

"¡Cuatro!", gritó él.

Ella entró y lo miró, con sus ojos cerrados, brillando, y de repente, dejó de sonreír. Ella vio algo que no podía comprender. Era como sacado de una pesadilla: corriendo a la habitación, desde la parte posterior del salón, había una persona, yendo a toda velocidad, con una espada en la mano. Un asesino.

Él corrió hacia la espalda de Erec — pero Erec se quedó allí parado, sonriente, con los ojos cerrados, sin sospechar, mientras la esperaba.

Estaba ocurriendo tan rápidamente, y Alistair estaba tan conmocionada, tan desprevenida para ver eso, que apenas podía pronunciar las palabras para advertirle. Se le atoraron en la garganta.

"¡Erec!", finalmente logró gritar, presa del pánico, mientras el hombre lo alcanzaba.

Erec de repente abrió los ojos y la miró, con preocupación en su rostro.

Pero ya era demasiado tarde. La figura — que Alistair ahora reconocía como Bowyer, el guerrero de Alzac que Erec había derrotado en la competencia, ya había alcanzado a Erec. Él levantó su espada detrás de él, y con un grito gutural, la bajó — apuñalando a Erec, en la espalda.

Erec gritó, y Alistair gritó más fuerte. Él cayó de rodillas, con la sangre chorreando de su boca, de su espalda. Bowyer dejó la espada en la espalda de Erec, mientras se volvía y corría tan rápido como había entrado.

"¡Mi amor!". Erec exclamó, estirando una mano hacia Alistair, mientras se derrumbaba.

"¡NO!", gritó Alistair, perdiendo todo sentido de sí misma, como si estuviera viendo la pesadilla de otra persona desplegándose ante ella.

Alistair corrió al lado de Erec y se desplomó al lado de él, acunándolo, con su sangre cayendo sobre su vestido.

"Alistair, mi amor", dijo él débilmente.

Ella sentía que moría en sus brazos, sentía que su vida se escapaba mientras ella lloraba, con un llanto desgarrador que llenaba la habitación, irradiando más allá, elevándose al cielo. Ella sabía que era demasiado tarde. Y sintió que era su culpa — le había distraído con su estúpido juego. Erec seguramente habría visto venir al hombre, si no hubiera cerrado los ojos y esperado por ella. Ella, sin darse cuenta, había ayudado a matar al hombre por el que moría. El hombre que amaba más que nada en el mundo, moriría.

Había llegado el día de su boda — y el amor de su vida estaba muerto.

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Gwendolyn estaba parada sobre la muralla superior del fuerte de Tirus, mirando al horizonte, como había estado haciendo durante horas, mirando al mar. Su expresión era sombría mientras sostenía a Guwayne en sus brazos, las palabras de Argon resonaban en su mente. ¿Todo lo que había dicho Argon había sido cierto? ¿O habían sido las palabras de un hombre moribundo, delirante?

Gwen quería pensar que era esto último, pero no pudo evitar temer que sus palabras eran verdaderas.

Al asomarse, mientras veía y esperaba, el frío viento golpeaba su cara, y tuvo el mal presentimiento de que su tiempo aquí en la tierra, había llegado a su fin. Sintió una inevitabilidad en su vida, como si hubieran llegado a su última morada, aquí en estas islas escarpadas, desoladas. Deseaba, más que nada, que Thorgrin estuviera aquí, que volviera y estuviera a su lado. Con él a su lado, sentía que podía enfrentar cualquier cosa.

Pero de alguna manera, ella sabía que no vendría. Ella oró por su seguridad. Oró para que, dondequiera que se encontrara, estuviera bien. Para que la recordara. Para que recordara a Guwayne.

Mientras Gwen parpadeaba mirando las nubes, de repente, en el horizonte más lejano, pudo ver algo. Al principio era muy débil: era un movimiento, un movimiento en las nubes oscuras. Luego vio alas, un par de ellas, luego otras. Apareció un dragón. Luego otro.

Luego otro.

Gwen se sintió descorazonada cuando sus peores pesadillas se hicieron realidad: una serie de dragones llenó el horizonte lejano, chillando airadamente, batiendo sus enormes alas. Ella sabía que era la muerte que se acercaba para todos ellos.

"Que suenen las campanas", le dijo Gwendolyn con calma a Steffen, quien estaba parado esperando pacientemente cerca de ella.

Steffen se dio vuelta y corrió, y arriba y abajo de las murallas las campanas sonaron, advirtiendo a su pueblo. Desde abajo se escucharon los gritos, mientras la gente se abría paso para tratar de refugiarse, corriendo

hacia las cuevas, hacia los pasadizos subterráneos, como Gwen los había preparado — a dondequiera que pudieran escapar de los soplidos de los dragones.

En su interior, Gwen sabía que era un esfuerzo inútil. Nada podía escapar de la ira de un dragón — mucho menos de la ira de una multitud de dragones. Ella sabía que a quien sea que los dragones no vieran, los hombres de Rómulo los matarían.

Momentos después, Gwendolyn vio el océano lleno de colores negros. Había barcos negros — las embarcaciones del Imperio— hasta donde abarcaba la vista. Era todo un mundo de barcos; no sabía que podrían existir tantos en el mundo. Ella se maravilló que todos ellos quisieran descender en una pequeña isla. Que todos ellos venían solo por ella.

Gwen de pronto oyó un chillido en lo alto, muy cerca, y miró hacia arriba, pensando, preparándose. Se sorprendió al ver a Ralibar. Había aparecido de algún lugar de la isla, dando chirridos, batiendo sus grandes alas, con las garras extendidas. Ella supuso que se estaría alejando de la destrucción que venía para ellos, que se salvaría a sí mismo.

Pero para su sorpresa, Rómulo voló hacia adelante, él solo, para saludar al ejército que se aproximaba. Él voló con toda su fuerza, y no redujo la velocidad mientras aceleraba para enfrentarlos con valentía. El corazón de Gwen se aceleró ante el valor de Ralibar. Él sabía que moriría al enfrentarlos, y sin embargo, no se acobardó en la batalla. Este dragón era tan audaz, tan orgulloso, volando hasta sacrificar su vida para morir en la batalla, para defender a Gwendolyn y a todo su pueblo — y matar a tantos dragones como pudiera.

Gwendolyn agarró a Guwayne con más firmeza, se alejó de las murallas y bajó corriendo por las escaleras de espiral, de piedra. Había llegado el momento.

\*

Gwendolyn caminaba rápida y deliberadamente a lo largo de la costa rocosa al borde del océano, sujetando a Guwayne, los dos solos. A lo lejos, ella podía oír el chillido de los dragones, y sabía que estaba demasiado cerca, no quedaba mucho tiempo.

Gwen escuchó el sonido de las olas rompiendo suavemente en la orilla de

esta bahía, en la parte posterior de la isla que conducía hacia el mar; su fuerte corriente así como la marea tiraban hacia el mar. Caminó hacia una pequeña embarcación que ella había hecho sólo con este propósito, de dos metros y medio de largo, con un mástil tan alto como una vela pequeña. El barco era lo suficientemente grande para un niño.

Para un solo niño.

Gwen rompió a llorar mientras sujetaba a Guwayne una última vez, se inclinó y lo besó. Lo besó todo el tiempo que pudo, hasta que Guwayne empezó a llorar.

Mientras Gwen empezaba a bajarlo, él la sujetó del cabello y tiró de él. Ella continuó bajándolo hasta que él estuvo seguro en su cuna dentro de la embarcación, envuelto en mantas y con su sombrero de lana.

Gwendolyn rompió a llorar, arrodillándose a su lado, mientras Guwayne lloraba.

Gwen miró al océano, en el horizonte, y su corazón se partió en dos. No podía soportar la idea de enviar a su hijo por ahí, hacia lo desconocido. Sin embargo, sabía que sería egoísta mantenerlo aquí con ella. Quedarse aquí significa una muerte instantánea y cruel. Allá, probablemente también moriría. Pero al menos podría tener una oportunidad. Podría ser una posibilidad en un millón, flotando en algún lugar, ahí, en el mar vasto y abierto. Pero quién sabe dónde las mareas, dónde los destinos, podrían llevarlo. Ella oró para que tal vez, lo llevaran a un lugar seguro. A una madre y un padre que lo amara. Tal vez podría crecer con alguien más, ser un gran guerrero, vivir la vida que le tocaba. Tal vez, sólo tal vez, este niño tendría una oportunidad, podría sobrevivir por ellos. Deseaba más que nada, poderle dar esto a él; pero sabía que no podía ser.

"Te amo, hijo mío", dijo ella, diciendo con toda intención cada palabra, incapaz de contener sus lágrimas.

Y con esas últimas palabras, ella se arrodilló, agarró el bote y le dio un empujón.

Era un bote pequeño, y se movió mientras ella lo empujaba hacia las aguas tranquilas. La corriente tranquila, lenta y suavemente tiró de él hacia el mar. El llanto de Guwayne, en vez de desaparecer, fue más y más fuerte, mientras la corriente tiraba de él, solo en la extensión de un vacío mar gris.

Gwendolyn lo vio partir, con sus ojos destellando, el color del mar, y no pudo seguir mirando; cerró sus ojos y rezó su última oración con todas sus

fuerzas.

*Por favor, Dios. Quédate con él.*



**¡YA ESTÁ DISPONIBLE!**



**UNA TIERRA DE FUEGO**  
**(Libro #12 de El Anillo del Hechicero)**

En UNA TIERRA DE FUEGO (LIBRO #12 DE EL ANILLO DEL HECHICERO), Gwendolyn y su gente se encuentran rodeados en las Islas Superiores, asediados por los dragones de Rómulo y su ejército de un millón de hombres. Todo parece perdido—cuando la salvación llega de una fuente increíble.

Gwendolyn está decidida a encontrar a su bebé, perdido en el mar, y conducir a su nación en exilio, a un nuevo hogar. Ella viaja a través de extraños y exóticos mares, encontrando peligros impensables, rebelión y hambre, mientras viajan hacia el sueño de un puerto seguro.

Thorgrin finalmente se reúne con su madre en la Tierra de los Druidas, y su encuentro cambiará su vida para siempre, lo hará más fuerte que nunca. Con una nueva misión, se embarca, decidido a rescatar a Gwendolyn, a buscar a su bebé y a cumplir con su destino. En una batalla épica de dragones y hombres, Thor será puesto a prueba en todos los sentidos; mientras lucha contra monstruos y expone su vida por sus hermanos, cavará profundamente para ser el gran guerrero que se supone que debe ser.

En las Islas Superiores, Erec se encuentra moribundo y Alistar, acusada de asesinato, debe hacer lo que puede para salvar a Erec y eximirse de la culpa. Estalla una guerra civil en una lucha por el trono y Alistar se encuentra atrapada en el medio, con su destino y el de Erec pendiendo de un hilo.

Rómulo sigue con la intención de destruir a Gwendolyn, a Thorgrin y lo que queda del Anillo; pero su ciclo lunar está finalizando, y su poder será puesto a prueba severamente.

Mientras tanto, en la provincia del norte del Imperio, está surgiendo un nuevo héroe: Darius, un guerrero de 15 años, está decidido a romper las cadenas de la esclavitud y sublevarse contra su gente. Pero el Capitolio del Norte está al mando de Volusia, una chica de 18 años, famosa por su belleza—y también por su crueldad brutal.

¿Gwen y su pueblo sobrevivirá? ¿Encontrarán a Guwayne? ¿Rómulo aplastará al Anillo? ¿Sobrevivirá Erec? ¿Thorgrin volverá a tiempo?

Con su sofisticada construcción y caracterización del mundo, UNA TIERRA DE FUEGO, es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de llegar a la mayoría de edad, de corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una historia de honor y valor, de suerte y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos, y que gustará a personas de todas las edades y géneros.



## **UNA TIERRA DE FUEGO**

**(Libro #12 de El Anillo del Hechicero)**

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡[Escuche](#) la saga de EL ANILLO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Ya está disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

## Libros de Morgan Rice

### **REYES Y HECHICEROS**

- EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)
- EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)
- EL PESO DEL HONOR (Libro #3)
- UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)
- UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

### **EL ANILLO DEL HECHICERO**

- LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)
- UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)
- UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)
- UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
- UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
- UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)
- UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)
- UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)
- UN REINO DE ACERO (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)
- UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)
- UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)
- UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)
- UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)
- EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

### **LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**

- ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)
- ARENA DOS (Libro #2)

### **EL DIARIO DEL VAMPIRO**

- TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)
- AMORES (Libro # 2)
- TRAICIONADA (Libro # 3)
- DESTINADA (Libro # 4)
- DESEADA (Libro # 5)
- COMPROMETIDA (Libro # 6)
- JURADA (Libro # 7)
- ENCONTRADA (Libro # 8)
- RESUCITADA (Libro # 9)
- ANSIADA (Libro # 10)

CONDENADA (Libro # 11)

## Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de cuatro libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita [www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com) para unirte a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!